Carlos González Herrera

La frontera que vino del norte





Carlos González Herrera

La frontera que vino del norte

taurus historia

Gracias permanentes a Carlos y a Laura,
por su amorosa paciencia.

Gracias por las charlas, risas, amarguras y mesas
compartidas con mis amigos y maestros
de la ENAH, *la* UACI *y la* UNAM.

Gracias a Margarita Salazar, por ayudar
a darle vida a este texto.

Introducción

El arco temporal y la región

Hace algunos años me encontraba "haciendo puente" para cruzar el río Bravo, una de las marcas físicas de la frontera internacional entre México y Estados Unidos, y así salvar los pocos metros que separan a las ciudades de Juárez, en Chihuahua, y El Paso, en Texas. "Hacer puente", como puede adivinarse, es la colorida expresión que los habitantes de la frontera norte de México usamos para referirnos a la línea que hacemos para cruzar el puente internacional. Se cruza hacia las ciudades estadounidenses de California, Arizona, Nuevo México y Texas por múltiples razones: trabajo, estudio, visitas sociales y familiares y, por supuesto, para encontrar alguna forma de gozo en los paraísos de consumo que se ofrecen al pasar al otro país.

Poco antes de someterme a la revisión migratoria de rutina, me descubrí realizando un ritual de apariencias para librar mejor el escrutinio al que iba a ser sometido: me enderecé en el asiento, ajusté el cinturón de seguridad, bajé los cristales de las ventanas y liberé los seguros de las puertas de mi automóvil; me quité los anteojos oscuros, preparé mi visa y deseé haber lavado el carro.

Me encontraba representando un auténtico ceremonial contemporáneo de relaciones de poder interiorizadas. El sencillo acontecimiento cotidiano de cruzar una línea divisoria internacional es un vivo ejemplo de la relación, abismalmente asimétrica, entre dos Estados-nación que asumen su vecindad con cargas históricas y memorias colectivas muy distintas.

Mientras que al atender a la experiencia de consolidación del Estado-nación estadounidense —que incluye toda la parafernalia nacionalista e identitaria— encontraba una poderosa maquinaria montada desde fines del siglo XIX y principios del XX, para lograr una definición más precisa y vigilada de su frontera con México, como parte de su proceso de autoafirmación como nación-imperio, veía a la contraparte mexicana notoriamente débil, casi inexistente. Dos explicaciones me permitían dar respuesta a semejante disparidad: la primera la atribuía a un simple pero angustiante problema de falta de fuentes; la otra, de fondo mayor, hacía referencia a la fuerza y coherencia con que los dos Estados-nación hicieron presentes sus proyectos en la zona fronteriza.

¿Cómo entendieron, asumieron y construyeron Estados Unidos y México sus zonas fronterizas? Por principio rechacé la idea de que hubiese bastado el simple trazado de una línea divisoria para que los grupos sociales que habitaban la región hubiesen aceptado de manera inmediata una nueva forma de organización, una tabla rasa a la compleja y vieja historia de relaciones y movimientos humanos. Debía, pues, entender qué tipo de maquinaria cultural y de ingeniería social había sido necesaria para que conceptos como soberanía, ciudadanía, Estado-nación, raza, nacionalidad o extranjería se acreditaran como guía de la vida diaria de los habitantes de esta región que, súbitamente, a partir de 1848, se había convertido en binacional.

Este libro explora —utilizando el mirador que nos da la región de El Paso y Ciudad Juárez— algunas de las vías usadas por Estados Unidos para entender, inventar y construir una de sus dos fronteras continentales, la que da al sur con ese extraño país llamado México. También a proponer que esta frontera, como hoy la conocemos, es resultado de una larga cadena de relaciones complejas en las que se han expresado, en primer lugar, la suma de acciones e iniciativas hegemónicas por parte de Estados Unidos y que han dado cuerpo a una política bilateral consistente y de largo plazo; en segundo lugar, una política desarticulada y de largos periodos de semiabandono por parte del Estado mexicano, y, en tercer lugar, la actuación, imprevisible en ocasiones, de los grupos sociales que viven en ambos lados de la frontera, los cuales han llevado la relación fronteriza en direcciones que ninguna de las dos naciones previeron.

La frontera que vino del norte es, pues, algo más que un juego de palabras; intenta ser un recuento de prácticas socioculturales que relacionan los procesos de construcción y consolidación de los Estados nacionales con aquéllos dirigidos a dar forma e intención a sus fronteras comunes. No intenta ser un libro lineal sobre la frontera entre 1880 y 1930 sino uno que toque nuevas aristas. Es más una opción de investigación y de elaboración de una historia social que sigue la huella de algunos elementos menos conocidos y evidentes que han estado en la conformación de la región que separa a Estados Unidos de México, y que tuvieron como escenario espacios específicos —como el puente internacional— compartidos por dos ciudades: una mexicana, Juárez, y otra estadounidense, El Paso. No he intentado elaborar una cronología completa de la vida fronteriza, en general, o de las relaciones entre estas dos ciudades, en particular. Invito a que se piense este libro como una colección de ensayos que abordan te-

mas no incluidos en los libros de historia tradicionales, tanto de México como de Estados Unidos.

El arco temporal es particularmente interesante, pues la construcción de la frontera moderna coincide con dos procesos diferentes en cada uno de los países. Estados Unidos se encuentra entonces en un momento clave en el proceso de afirmación de su poderío transnacional y la construcción de los límites físicos de su dominio imperial. México vive un periodo en el que cruzan varios acontecimientos: primero, el final de un régimen político de corte conservador que, habiéndose empeñado en el fortalecimiento del Estado-nación, se opuso a cambios en la estructura social del país; segundo, el estallido de una revolución y guerra civil que durante diez años convulsionó al país; tercero, el surgimiento de un régimen posrevolucionario que impulsó una combinación de Estado corporativo fuerte, movimientos de masas con cierta autonomía y un proyecto nacionalista de grandes alcances políticos, sociales, económicos y culturales.

Para Estados Unidos, la frontera se convirtió en un proceso de autoafirmación imperial con rasgos políticos, culturales, raciales, médico-científicos, económicos y militares. Para México, la frontera, a pesar del origen norteño de los hombres poderosos del nuevo régimen, continuó siendo una región ajena, atípica, a la que en buena medida se siguió viendo como el espacio que nos separaba y distanciaba del vecino poderoso: el vacío protector.

Desde Estados Unidos, el puesto fronterizo de El Paso, Texas, se convirtió en un laboratorio para las afirmaciones de su carácter imperial y de un nacionalismo basado en la exclusión. Fue un espacio política y simbólicamente importante para terminar de afinar el dominio sobre la barbarie de la *frontier*, con la finalidad de convertirlo en un lugar "políticamente correcto": la *border*. El Paso-Juárez fue el escenario de la mezcla de políticas de Estado,

comportamientos y talantes populares para hacerle evidente a los mexicanos de ambos lados de la frontera que ese punto era un resguardo de la civilización y la democracia occidentales, de las que evidentemente ellos no formaban parte.[1] Desde Juárez, la ausencia de una política de Estado clara y continua fue sustituida con otros elementos de gran importancia para la comprensión y construcción del espacio fronterizo mexicano y el diseño de estrategias populares para enfrentar el poderío estadounidense.

Al emprender este examen renuncié a la idea de un enfoque macro que siguiera la tradición de la historia diplomática o del análisis de las relaciones bilaterales; de igual manera, decidí no centrarme en un estudio general de toda la línea fronteriza entre los dos países. Consideré que la selección de un estudio de caso me permitiría una aproximación antropológica a una historia social y cultural de esta zona fronteriza.

Este abordaje de un escenario, como el de El Paso-Juárez, me permitió entender las prácticas concretas con las que una sociedad, el Estado y sus agencias elaboran la ruta para la construcción de una frontera, de un límite; en otras palabras, la forma en que codifican las diferencias y construyen la "otredad". En una frontera se tratan de afirmar los límites propios de una nación y procesar las diferencias que la separan de otra.

Los procedimientos para lograr lo anterior nunca serán suaves, sencillos ni espontáneos. Siempre implicarán dosis de violencia física y simbólica, y de ejercicios de exclusión de unos seres humanos sobre otros. La construcción de esa "otredad" nacional no se hace en el aire ni sobre la otra nación en general; el marco jurídico, los tratados internacionales y todo el cuerpo regulatorio que Estados Unidos elaboró para distinguir al *alien-otro-extraño* pueden ser entendidos por gobernantes y burócratas, incluso

por ciertos segmentos "ilustrados" de las sociedades pero, y es un pero mayúsculo, son absolutamente inútiles cuando se busca interiorizarlos en la conciencia de los ciudadanos "de a pie". La implantación de la frontera, como espacio para la construcción de la diferencia y la legitimación de prácticas excluyentes, requiere de mucho más escenografías y coreografías apropiadas para el despliegue del poder del Estado y de la sociedad dominante; una tecnología de escrutinio y examen que permita clasificar y poner adjetivo —de etnicidad, género, nacionalidad, ciudadanía, cultura y posición económica— a hombres y mujeres que participan en la puesta en escena de la vida en frontera.

El suroeste estadounidense fue, todavía durante la primera mitad del siglo XIX, una región de identidades diferentes de la anglosajona: unas indígenas, despreciadas y semidestruidas por siglos de presencia europea y mestiza producida primero por la Nueva España y luego por el México independiente; otra hispánica, que por años pudo ufanarse de ser la cultura "civilizada" y dominante de estas regiones. El crecimiento y dominio arrollador que los anglosajones estadounidenses lograron en esta porción del territorio les demandó continuar la cruzada civilizatoria que Turner había enunciado describiendo el avance hacia el oeste de Estados Unidos.

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX el Estado y una parte de la sociedad estadounidenses se empeñaron en convertir la región de una gran zona de difusas fronteras culturales *(frontier)* en un auténtico límite de su soberanía nacional-territorial e identidad étnico-cultural *(border)*. Esa nueva frontera no podía ser construida y luego asegurada sólo con la presencia de fuerzas militares, asunto que por otro lado hubiese resultado más que imposible. La construcción de la frontera con México fue ejecutada sobre dos premisas: la primera exigía considerar al país del

sur como fuente —que consideraban inagotable— de fuerza de trabajo barata, no calificada y a la que se podía expulsar de nuevo gracias a la contigüidad física; la segunda resultó de una ejecución más compleja y siempre imperfecta, pues sin dejar de atraer a los mexicanos como fuerza de trabajo para asegurar la competitividad del suroeste en el concierto de la economía de Estados Unidos, había que construir escenarios, prácticas, instituciones de Estado y ambientes sociales que aseguraran su identificación como un *alien-otro-extraño* permanente.

El reto no era menor: fincar una frontera de porosidad dinámica, adaptada a los grandes intereses de la economía regional que, al mismo tiempo, fuera inflexible en su afán de marcar las diferencias y vigilar la seguridad de la nación y el Estado. Por ello, no podía ser vigilada indiscriminadamente y con la presencia masiva de ejércitos. Al arrancar el siglo XX, se aceleró la sofisticación de la vigilancia. La frontera con México, no obstante sus características únicas, sería monitoreada y vigilada según las experiencias adquiridas en los puertos marítimos que administraban los flujos de inmigrantes a Estados Unidos en Ellis Island, en Nueva York, y Angel Island, en California; asimismo, se aprovecharía el conocimiento médico-científico acumulado en las grandes ciudades del este, donde se concentraban los inmigrantes europeos, y el del establecimiento de cordones sanitarios contra enfermedades transmisibles, como en Texas, Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Ello exigía que las técnicas de vigilancia tuvieran una escala adecuada. Ésta sería la del cuerpo humano.

La burocracia estadounidense que administró la frontera con México centró su vigilancia en los cuerpos de los mexicanos atendiendo a la doble premisa recién mencionada; por ello fueron sujetos a una constante elaboración dicotómica: necesidad-rechazo, aceptación-contención, simpatía-antipatía, aprobación-discriminación, inclusión-

exclusión. Para sustentar legal y culturalmente esa dicotomía debió proveerse una lectura que permitiera ubicar los dos polos de valoración. El positivo señalaba al cuerpo mexicano como una oportunidad: fuerza de trabajo abundante, barata, hábil, dócil y aguantadora; el negativo confeccionó la idea del cuerpo mexicano como ajeno, no apto para las virtudes ciudadanas, incapaz de asimilación y como un reto para la salud pública estadounidense. A este juego de polos opuestos se dedica la mayor parte de este texto.

El ritual de "cruce" con el que inicié esta introducción no es ni fue producto de coerciones abiertas aplicadas con lujo de violencia. Se trata, al decir de Foucault, de ejercicios de "coerción débil", aunque efectiva. El escrutinio en esta frontera ha sido un asunto similar a la mecánica del sentido de la vista y de la percepción: se vigilan movimientos, gestos, actitudes, rapidez de respuesta y apariencia. El paso por un puesto migratorio no es el ingreso a un convento, una fábrica o al ejército; tampoco supone formas de esclavitud, servidumbre o vasallaje; ¡pero no debe haber duda!, en las fronteras se elabora efectivamente una nueva forma de percepción del cuerpo: para ser explotado o patologizado. De nuevo Foucault:

> El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una "anatomía política", que es igualmente una "mecánica del poder", está naciendo: define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así [...] cuerpos dóciles.[2]

Este periodo de vida fronteriza tiene como novedad la aparición de un sistema articulado de vigilancia de los movimientos de personas de sur a norte que, además de registrarlas y convertirlas en estadísticas, las clasifica y las

nombra de acuerdo con una red de valores.[3] Doy por sentado que la frontera entre Estados Unidos y México, entendida sólo como una línea imaginaria trazada en un mapa y reconocida como un hecho político y diplomático, es mucho más antigua. Ese monitoreo sobre lo que cruzaba desde México exigió que el punto de cruce fronterizo en el que se instalaban las autoridades de las diferentes agencias del Estado, el Servicio de Inmigración (INS, por sus siglas en inglés) y el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos (USPHS, por sus siglas en inglés), principalmente, se convirtiera en el teatro de escrutinios y exámenes para permitir o no la entrada a Estados Unidos.

Las técnicas de reconocimiento de los que cruzaban el puente internacional se iniciaban con revisiones oculares que, frecuentemente, eran seguidas por otras de tipo verbal y físico. Cruzar bajo escrutinio tenía como objetivo ritualizar la conversión de la persona en un *alien-otro-extraño*. Si la guerra de 1846-1848 y la firma de tratados internacionales entre los dos países no habían convencido a los habitantes mexicanos de la región de que a partir del puente internacional se pasaba a otro país soberano, lo harían esas medidas a las que se sometían cada vez que cruzaban "ese límite".

La importancia de las inspecciones y su parafernalia reside en el hecho de implantar en los cuerpos y mentes de las personas un nuevo sistema de identidades y de relaciones de poder. Las acciones de inspección fronteriza son mucho más útiles para entender la dominación de un país sobre otro que la lectura de las diferencias en los productos internos brutos respectivos. Sostengo que, durante las primeras décadas del siglo XX, la fuerza del Estado estadounidense creó esa frontera basándose en la imposición paulatina de una disciplina sobre los cuerpos de los mexicanos. Observar, preguntar, tocar, bañar, desinfectar y vacunar son parte de un engarzamiento de técnicas que van

sofisticándose y volviéndose cada vez más intrusivas y violentas.

La administración de la frontera con México se convirtió, sin exagerar, en "microfísica del poder", mediante la cual México y los mexicanos eran "legal y científicamente" jerarquizados a través de

> una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar [y establecer] sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. A esto se debe que, en todos los dispositivos de disciplina, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquiere en el examen toda su notoriedad visible.[4]

La administración del movimiento de personas entre dos puntos físicamente tan cercanos, Juárez y El Paso, permitió fincar la verdadera frontera entre las dos naciones al volver culturalmente comprensibles los límites y las asimetrías entre ambas. La sofisticación de los procesos de esa administración de cuerpos, identidades, espacios y movimientos, es una clara relación de la intrínseca correspondencia que hay entre conocimiento y poder. Desde los escenarios coloniales del siglo XVI hasta los poscoloniales de los siglos XIX y XX, la necesidad de definir al "otro" crea ese vínculo.

España, frente a la conmoción causada por el "surgimiento" de América, tuvo que inventar la manera de aproximarse

> a la novedad representada por América, el pensamiento europeo se hallaba ante la tarea de definir y delimitar lo nuevo para establecer un orden que eliminara la confusión e inseguridad que habían surgido. Nombrar, construir y acotar la nueva realidad: ésa fue la tarea de los teólogos

y teóricos del Viejo Mundo frente al reto que había representado el descubrimiento de un mundo desconocido.[5]

Siglos después, los poderes neocoloniales se enfrentaban —en uno de los *continuum* de angustia de la cultura occidental— a la necesidad de identificar y clasificar a los "otros" para poder ejercer su dominio a "plenitud". El gran antropólogo Bernard Cohn ha mostrado, con el ejemplo del régimen Raj en la India, que los dominios del modelo colonial tuvieron que crear sistemas de categorías para definir las identidades que permitieran trazar las líneas para la inclusión o exclusión: los británicos y los indios en ese caso particular.[6]

En el siglo XIX, estos regímenes habían sustituido a los teólogos por nuevos teóricos que, basados en la "ciencia", se integrarían a las grandes burocracias coloniales y se ocuparían de dar sustento "objetivo" al saqueo de inmensas regiones de la tierra no occidental en la India, África u Oriente: clasificando a los pueblos, "descubriendo" sus atributos, potencialidades y debilidades, con la finalidad de "otorgarles" su lugar en el mundo; para ello, se crearon especialidades como censos, estudios prospectivos, etnografías. Se levantaron registros de movimientos, costumbres y gustos, relaciones y transacciones, de hábitos y enfermedades y, con esa información, se confeccionaron estadísticas que facilitaron disciplinar a los cuerpos mediante el establecimiento de rutinas y la estandarización de prácticas cotidianas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los distintos sistemas imperiales impulsaron aún más la ampliación y especialización de la base científica de su sistema de dominación. Si bien es cierto que las ideas de estas operaciones de conocimiento-poder-dominación provienen, generalmente, de estudios del comportamiento del colonialismo norte-europeo en Asia, África y el subcontinente Hindú,

me parece que deben ser cotejadas con las formas de comportamiento de Estados Unidos en América Latina, de manera muy prometedora, para el entendimiento de la región fronteriza con México. La ausencia de estudios poscoloniales de las relaciones entre Estados Unidos con México y el resto de América Latina se empieza a reconocer,[7] pero aún es muy largo el camino antes de llegar a comprender la riqueza que estas aproximaciones podrían aportar a una nueva etapa de las ciencias sociales en México.

Por mucho tiempo, el enfoque tradicional que la academia mexicana ha aplicado a la economía política ha significado el olvido de las dimensiones culturales de las prácticas que pretende explicar.[8] Tampoco se trata de justificar los estudios culturales que, moviéndose al otro polo, han olvidado las prácticas económicas y sus complejas redes de implicaciones político-culturales y parecen esmerarse en fragmentar la historia. Coincido con Fernando Coronil en que no hay razón para polarizar y que la crítica al modernismo debería llevar a una aproximación más lúcida a la complejidad de la historia y no a la proliferación de "viñetas y cuentos desunidos".[9]

La frontera que vino del norte está animado por la idea de que es posible hacer dialogar a la historia y a la antropología mexicanas con el trabajo académico de otras latitudes, que pueden encontrar escenarios históricos y vivencias humanas compartidas: los encuentros imperiales de manera preponderante. El movimiento en el puente internacional sobre el río Bravo y entre estas dos poblaciones, que una vez fueron la misma, conlleva interacciones culturales entre actores locales y extranjeros; entre gente común e instituciones del Estado; entre seres humanos que empiezan a usar la raza, la nacionalidad, la ciudadanía y el discurso de la superioridad de cierto *stock* genético para ejercer el poder o defenderse de él. Todo ello en condi-

ciones de transformaciones históricas profundas, como las que vivieron ambos países desde el último tercio del siglo XIX y los primeros decenios del pasado.

Las descripciones e ideas que vendrán a continuación ubicarán este punto de la geografía binacional en un tiempo determinado y buscarán desdoblar las apariencias físicas en los paisajes sociales en que se sucedieron encuentros imperial-subalternos, fijados por ciertos modos de explotación de las riquezas de la naturaleza y del trabajo del hombre (el modelo económico del suroeste estadounidense); intentarán explicar cómo esos paisajes, esos sujetos sociales y los espacios para su actuación y encuentro fueron constituidos por relaciones y discursos de nacionalidad, clase, etnicidad, cultura, religión y género. Estos paisajes, relaciones y discursos alineados en eje con la formación de la identidad nacional, la consolidación del Estado-nación-imperio estadounidense, dan, definitivamente, carácter a la frontera con México. El cruce fronterizo entre Juárez y El Paso es un mirador extraordinario pues es una "zona de contacto" donde no sólo se han producido choques entre culturas, historias, lenguas y religiones diferentes, sino que desde el poder se han modelado métodos para su clasificación y tratamiento.[10]

Otro de los argumentos que este libro sostiene se relaciona con el mundo de las migraciones. Los traslados de poblaciones o partes de ellas del lugar donde consideran que están el hogar, la familia y lo propio, a sitios alejados física o culturalmente se han dado durante muchísimos años. El siglo XIX llevó esa experiencia humana a proporciones nuevas y en el XX las migraciones redefinieron las antiguas relaciones metrópoli-colonia, centro-periferia, primer mundo-tercer mundo, por un aquí y allá que se había sobrepuesto a las distancias; las "zonas de contacto" entre esos mundos asimétricos dejaron de estar en la segu-

ridad de los alejados espacios coloniales africanos, asiáticos o indostaníes.

Las corrientes migratorias de los últimos cien años son producto del desdoblamiento de las realidades coloniales, de la descomposición de los legados de siglos de colonialismo y dominios imperiales. La migración masiva y descontrolada pareciera ser la venganza no planeada, "el tiro por la culata" del despotismo y la falta de sensibilidad metropolitanos. Esta migración, producto del desanudado de los remedos de sociedad civil que se dejaron en las colonias o continuación de proyectos de extracción de mano de obra de un país hacia otro (como en el caso de México y Estados Unidos), mueven las "zonas de contacto" al traspatio de las potencias:

> Cuando el "tercer mundo" no puede mantenerse ya en un remoto "allá" sino que empieza a aparecer "aquí"; cuando el choque entre culturas, historia, religiones y lenguas diferentes ya no ocurre en la periferia, [...] sino que irrumpe en el centro de nuestra vida cotidiana, en las ciudades y culturas del llamado "primer mundo o mundo desarrollado". [11]

La inmigración impactó de manera profunda la historia del siglo XIX estadounidense, pero no fue sino hasta finales de siglo que, con la aprobación de la Ley de Inmigración de 1891, la llegada de personas a ese país se convirtió en un "rito de pasaje", cada vez más definido por el conocimiento científico de especialistas en medicina, patología y salud pública:[12] "De Ellis Island a Angel Island, las manos, los ojos y los instrumentos de los funcionarios de salud pública pusieron bajo escrutinio la condición física de los futuros ciudadanos de la nación".[13]

La frontera estadounidense con México no tuvo la intención inicial de impedir que los mexicanos cruzaran a Estados Unidos. Como se mostrará, esa frontera primero funcionó como puesto de embarque para la importación,

selección y distribución de miles y miles de trabajadores que apuntalaron el *boom* económico del suroeste; luego se pretendió que funcionara como filtro de la inmigración clandestina de las razas y nacionalidades consideradas riesgosas para la pureza racial de la nación. La "otredad" de los mexicanos llevó más tiempo en ser elaborada: hasta la segunda década del siglo xx, cuando la violencia de la Revolución Mexicana y el trabajo de clasificación de eugenistas y médicos lograron acumular evidencia suficiente para considerar a los mexicanos o mexicoamericanos como riesgos para la salud pública, los mercados laborales y la integridad genético-racial de Estados Unidos.

Los siguientes cinco ensayos trazan el curso de esa transformación de la concepción de los mexicanos en la conciencia del Estado y la conciencia popular estadounidenses. Observaremos cómo durante la era progresiva, además de que se revolucionó la comprensión de las etiologías de muchas enfermedades infecciosas, emergieron con fuerza teorías que se autonombraban de base "científica" —relacionadas con la herencia—, las cuales proponían que los diferentes grupos humanos eran "portadores" de capacidades diferentes. Justamente cuando la vigilancia sobre los mexicanos que cruzaban la frontera se radicalizó, el papel de los servicios de salud pública y el racismo científico —apuntalados por la eugenesia— alcanzaron su máximo de influencia y poder, transformando la experiencia de los inmigrantes que pretendían entrar a Estados Unidos.

Se podrá observar cómo estos sistemas de escrutinio migratorio funcionaron con tal oportunismo y cinismo, que no sorprenderá que, con todo el discurso sanitarista y a pesar de las voces oficiales y científicas de alarma sobre el peligro infeccioso que representaban los migrantes mexicanos, el número de retenidos, descalificados o rechazados en las fronteras estrictamente por motivos de salud fue

mínimo. Ello se debió, además de las presiones por exenciones promovidas por los grandes empleadores de mano de obra mexicana, a que ese complicadísimo sistema de observación, examen y clasificación que montaron el USPHS y el INS tenía el gran objetivo de definir al *alien-otro-extraño* para definir la frontera. Como veremos, más importantes que la salud fueron las evidencias visuales de pobreza, aspecto criminal o inmoral, debilidad mental o, sencillamente, la sospecha de ser agente de ideas políticas subversivas de tufillo comunista, anarquista o sindicalista; aspectos todos inconvenientes para forjar el rostro de la nación-imperio.[14]

No tengo duda de que las elaboraciones sobre México y lo mexicano —como mano de obra o riesgo de salud— son una clara expresión del pensamiento occidental y de la burguesía en particular, impedida para otorgar el estatus de racionalidad a ese amplio horizonte de "otros" que en diferentes momentos ha enfrentado, controlado o destruido: indios, negros, mexicanos, mujeres, locos, campesinos, trabajadores. En palabras de Guy Rozat:

> El nuevo *anthropos, Homo economicus*, encuentra su propio motor en sí mismo y en el intercambio generalizado. Así, sólo es poseedor de racionalidad verdadera el hombre blanco, varón, burgués, dueño de medios de producción, amo de la vida y de la muerte sobre este planeta. Es ese *anthropos* fundamentalmente etnocentrista y racista, nacido de las "luces burguesas", que impregnan aún totalmente nuestra vida cotidiana y, a *fortiori*, el objeto de investigación de las "ciencias humanas".[15]

Los últimos dos ensayos concentran la mirada en la forma en que la población mexicana asentada en la ciudad de El Paso respondió, rechazó o se adaptó a esa cultura de discriminación construida, sobre todo, durante el último tercio del siglo XIX. Demográficamente, la región estuvo poblada por una mayoría de mestizos mexicanos pero, a partir de 1870, la presencia de población angloamericana

se volvió no sólo importante sino mayoritaria, sobre todo a fines del siglo XIX y durante los primeros años del XX. Esos vaivenes de la composición étnico-nacional de la población local obligaron a patrones de convivencia social que se adaptaron a la realidad de una presencia anglo minoritaria, desde su aparición hasta su predominio en todos los campos de la vida regional.

Comparada con otras zonas del estado de Texas y del sur y suroeste estadounidenses, la región de El Paso mostró un comportamiento notoriamente tolerante hacia las poblaciones de origen no anglo. Esto no implicó, sin embargo, que la cultura de discriminación no se hiciera presente; tal como se plantea en el ensayo "Una sociedad anglo en la frontera", si la sociedad paseña se comportó de manera tolerante e incluyente fue por la presencia mayoritaria de mexicanos, que además detentaban buena parte del poder político y económico. Como se explicará, la guerra mexicano-estadounidense de 1846-1848, la pérdida de los territorios del norte, los resultados de la guerra de secesión de Estados Unidos de 1861-1865 y, luego, la notable ausencia física y espiritual del Estado mexicano favorecieron el paulatino pero incontenible ascenso de los grupos anglos a la cima de la vida social, política y económica de El Paso.

La elite paseña tejió una complicada red de solidaridades, protecciones y subordinaciones que le permitió explotar el potencial económico y político-electoral de la población mexicana de El Paso y elaborar un verdadero modelo de control corporativo. Esa sujeción de los mexicanos paseños tuvo como eje la recomposición urbano-espacial de la ciudad, basada en criterios de tipo racial, cultural y económico.

El último ensayo insiste en el papel importantísimo que la Revolución Mexicana tuvo en reorientar el posicionamiento político y cultural de los diversos sectores de la so-

ciedad mexicana que vivía en El Paso, pero que se puede hacer extensivo a otras muchas ciudades de características similares. Como podrá verse, prácticamente todas las facetas de la vida diaria mexicana en El Paso experimentaron una transformación a partir del movimiento revolucionario. Tanto si se trataba de población refugiada por la violencia, exiliada por la política o simplemente inmigrada por razones económicas, su posicionamiento frente al país de origen y al que los recibía fue reagrupado y fortalecido por los elementos de un intenso nacionalismo.

Un nacionalismo que les permitía dar la cara y discutir el devenir político de México y así sentar las bases para su eventual y, casi siempre, deseado regreso; pero que también sirvió como arsenal de armas y herramientas para hacer frente a una cultura que los excluía y los discriminaba, aun tratándose de mexicanos de las burguesías porfirista, maderista o delahuertista. Ese nacionalismo tendría expresiones de carácter elitista, pero también una orientación claramente popular. En ambos casos se comparte una mecánica: son producidos de abajo hacia arriba, no son nacionalismos oficiales ni de Estado.

1
Border, frontier

Para cuando México había alcanzado su independencia, en Estados Unidos se empezaban a tomar iniciativas no sólo para defender sus fronteras, sino para expandirlas. Los caminos evidentes para hacerlo veían hacía el oeste; como nación, iniciaba su primer gran acción de conquista. Contra la ingenua y ambivalente idea de que esa conquista sería sobre los elementos de la naturaleza, el proceso evidentemente alteró la vida de grupos humanos. La conquista del oeste afectó a conquistadores y conquistados, de igual manera que la esclavitud afectó a los blancos dueños de esclavos y a los negros sometidos a la esclavitud.

La conquista del oeste y la esclavitud en el sur de Estados Unidos son las dos marcas distintivas de la historia de ese país durante el siglo XIX. Pero, nos dice Patricia Nelson Limerick,[1] mientras que la esclavitud en la conciencia colectiva de los estadounidenses es asunto de gran seriedad, no ocurre lo mismo con el legado de la expansión hacia el oeste. Los historiadores del sur colocaron la esclavitud, las relaciones entre blancos y negros, la Guerra Civil y el futuro de la población negra como elementos centrales de la historia nacional estadounidense. La academia de ese país ha reconocido, dentro y fuera de las aulas uni-

versitarias, a la sociedad esclavista, a la Guerra Civil y al periodo de la Reconstrucción como parte de los *curricula* en la formación de historiadores profesionales y en la enseñanza de la historia.

La conquista del oeste, la expansión de la frontera americana, tuvo otro destino en la memoria nacional y en el imaginario popular. Este proceso sufrió una suerte de disolución y simplificación hasta la aparición de la nueva historia del oeste americano, de la que Limerick es un pilar. El drama humano que significó esa conquista, banalizada por la cultura del *wild west*, fue resuelto con un juego de estereotipos: valientes y nobles pioneros con un sentido, quizá inconsciente, de destino manifiesto, se embarcaban en riesgosas y sacrificadas caravanas-cruzadas hacia el oeste del río Misisipi. En su peregrinaje pionero se llegarían a enfrentar contra los pueblos nativos, a quienes en esa imagen idílica también se otorgaría nobleza de espíritu. En ese enfrentamiento de dos diferentes tipos de nobleza se daría la competencia por aquellas tierras salvajes e inexploradas. Predominó así la visión de que aquellos territorios no pertenecían a nadie y que en la lucha por ellos triunfó el más apto, el que más los merecía. La realidad de la conquista, invasión y despojo territorial —que llevó en la práctica al etnocidio— fue sustituida por esa gran invención nacional de un territorio virgen y vacío colonizado gracias al arrojo, el espíritu pionero y la visión de futuro de hombres blancos. Por ello le ha sido tan sencillo a la cultura popular estadounidense —en pinturas, novelas, cine y televisión— presentar al teatro del oeste con una enorme banalidad que evade los problemas reales del pasado y desconecta esa conflictividad social con las crisis del presente. En palabras de Patricia Nelson Limerick:

> El asunto de la esclavitud fue del dominio de académicos de gran seriedad y fue motivo de una sobria reflexión nacional: el asunto de la conquista del oeste fue del dominio de la industria del entretenimiento y

> ocasión para un alegre escapismo nacional. Un signo de arrepentimiento por "lo que hicimos a los indios" ha entrado a la escena pero el rasgo dominante de la conquista sigue siendo el de la aventura. Los niños juegan felices a "vaqueros e indios", nunca a amos y esclavos.[2]

Lo anterior no significa que relevantes miembros de la academia estadounidense no se ocuparan del oeste y su proceso de conquista. La primera etapa del expansionismo de ese país se experimentó en los territorios adyacentes al propio: la incorporación de la República de Texas y la adquisición de Luisiana. La guerra con México (1846-1848) prácticamente creó el futuro suroeste del país. Así pues, el oeste americano tiene momentos estelares cuando se narra la historia del expansionismo nacional. Sin embargo, ese proceso de banalización retoma fuerza cuando el proceso de conquista termina, en el momento en que la expansión se topa con el océano Pacífico y esa inmensa franja territorial que conocemos como el oeste es llenada por la presencia cultural de la sociedad blanca estadounidense. No es, pues, arriesgado afirmar que la mirada histórica profunda y crítica ha sido un inquilino de estancias cortas en los intentos por aprender y entender el "salvaje oeste".

De hecho, tanto la versión académica como la popular del significado de la expansión de la presencia estadounidense en el oeste tienen en común narrativas idealizadas y plagadas de propuestas ideológicas tendentes a congelar realidades y crear estereotipos. El poder de influencia de ambas visiones ha sido enorme al modelar la cultura estadounidense moderna y contemporánea. En lo que toca a la historia del oeste americano, la figura señera es la de Frederick Jackson Turner quien en 1893 presentó un breve ensayo titulado "El significado de la frontera en la historia americana". Turner fue un académico cuyo entusiasmo, espíritu innovador y narrativa vigorosa le granjearon grandes simpatías y respeto intelectual. La historia del

oeste encontró entonces un nuevo sinónimo: la expansión de la frontera.

En su ensayo, Turner propuso la retadora idea de que la sustancia de que estaba formada la historia americana se encontraba, en su estado más puro, en los límites geográficos de la sociedad protagónica de esa historia. La línea limítrofe a la que se refería era la frontera occidental que durante casi todo el siglo XIX había estado en permanente movimiento. En ese espacio cambiante se reproducía constantemente el "genio" creador de la nación, lo que le permitía un rejuvenecimiento permanente de sus instituciones. Mientras en el este, decía Turner:

> Vemos el habitual fenómeno de la evolución de instituciones en una zona limitada, [en el oeste] observamos una repetición del proceso de evolución en cada zona occidental alcanzada por el proceso de expansión. Así pues, el desarrollo norteamericano no ha representado un mero adelanto a lo largo de una línea única, sino un retorno a condiciones primitivas en una línea fronteriza continuamente en movimiento de avance, con un nuevo desarrollo zonal. El desarrollo social norteamericano ha recomenzado continuamente en la frontera. Ese renacimiento perenne, esa fluidez de la vida norteamericana, esa expansión hacia el Oeste con sus nuevas oportunidades y su contacto ininterrumpido con la simplicidad de la sociedad primitiva, proporcionan las fuerzas que dominan la idiosincrasia norteamericana. La verdadera mira en la historia de esta Nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste.[3]

El oeste como frontera tuvo un significado equivalente al del septentrión colonial novohispano, fue un escenario para el encuentro dramático entre la civilización y la barbarie. Pero, a diferencia del caso mexicano, ese lugar no se consideró como excéntrico o periférico, sino como el espacio privilegiado para reafirmar la cultura americana; mientras más se viajaba hacia el oeste, más puros se volvían los valores primigenios que la nación angloamericana se adjudicaba: "Al moverse hacia el Oeste, la frontera se vuelve cada vez más norteamericana",[4] según Turner.

Todos los puntos de la geografía que habían servido como lugares para el relanzamiento del camino al oeste conservaban la frescura de ese espíritu en sus pobladores:

> El inflexible medio ambiente norteamericano está allí, con sus imperiosas incitaciones a que se acepten sus condiciones; también están allí los hábitos heredados en cuanto a la forma de hacer las cosas; y sin embargo, a pesar del medio ambiente, a pesar de la costumbre, cada frontera proporcionó ciertamente un nuevo campo de oportunidad, una puerta de escape a la esclavitud del pasado; y la frontera se ha visto acompañada por una frescura, una confianza y un desprecio por la vieja sociedad, junto con una impaciencia ante sus imposiciones e ideas en indiferencia ante sus enseñanzas.[5]

La desaparición de un oeste continental que pudiera seguirse conquistando debió limitar también la narrativa de la frontera como incubadora permanente del espíritu americano, pero el discurso turneriano se encargó de asegurarle futuro a su papel seminal para la historia de Estados Unidos.

A punto de iniciarse el siglo XX, reconocía Turner con optimismo, la desaparición física de la frontera cerraba el primer periodo de la historia estadounidense. Pero la nación debería reconocer en ella un papel similar al que el Mediterráneo había tenido para la cultura griega.[6]

La frontera era tierra de pioneros y los pioneros en el discurso turneriano estaban determinados por elementos de nacionalidad, de raza y de género; el pionero era, pues, de habla inglesa, anglosajón y hombre, y se desenvolvía en un medio rural de espectacular y ruda belleza. Los indios, los hispanos, los asiáticos e incluso los francocanadienses eran, dice Limerick, en el mejor de los casos, actores de reparto. De la mujer ni hablar; era prácticamente invisible.[7] A pesar de tan evidentes omisiones, la visión de frontera de Frederick Jackson Turner pareció haber quedado grabada en piedra, ya que gozó de enorme popularidad y respeto dentro y fuera de la academia. Empezan-

do por el hecho de que su propuesta estaba presentada con las credenciales de la historia profesional: definiciones, conceptos, utilización de material estadístico (el Censo de Población de 1890) y de archivos locales; incluso la propuesta de una periodización que incorporaba a Estados Unidos en la historia de la civilización occidental y su presencia en el nuevo continente: la frontera concluía cuatro siglos después de iniciada la expedición de Cristóbal Colón. Pero también por la capacidad que la narrativa de Turner tuvo para generar entusiasmo y apego casi devoto en muchos sectores de la vida cultural y política estadounidenses. Dos presidentes, Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt, formaron parte del público seguidor de Turner.[8]

La tesis de Turner sobre la frontera siguió gozando de un prestigio casi incontestado por décadas. Richard Etulain, otro de los fundadores de la nueva historia del oeste americano, advierte que aun pasados cuarenta años de aparecido el ensayo de Turner, las críticas que se le hacían estaban llenas de cautela. En 1933 Frederic Paxson, autor de la primera síntesis histórica sobre la frontera, dejaba claro que las ideas de Turner seguían siendo válidas, aunque aceptaba que sus propuestas no habían sido examinadas con evidencia empírica.[9] Pero como quedó dicho, la fuerza de las ideas de este historiador debe buscarse lejos de su capacidad para lidiar con los problemas pasados y presentes de la región a la que dedicó su ensayo. La complejidad de una historia de la frontera que incluya las relaciones entre diversos grupos étnicos y nacionales, que abarque la perspectiva de género o incluso se desenvuelva en un escenario distinto al *wilderness* turneriano, una ciudad o un medio industrial, por ejemplo, no sólo desborda al modelo, sino que se encuentra en otro eje de reflexión.[10]

Para entender a Turner me vienen a la mente las propuestas coincidentes de tres estudiosos de la "manufactura" de la ciencia histórica: el recuento de los sucesos históricos que llegan a nosotros se transmite en forma de narrativas o discursos. Ninguno de estos acontecimientos ocurrieron u ocurren en una forma narrativa: en el mejor de los casos pueden ser sus reflejos más o menos nítidos pero nunca los sucesos mismos. Por eso las narrativas históricas no pueden corresponder a sus objetos: el intento de explicarlos ya los ha transformado.[11] Patricia Limerick parece no alejarse mucho de esta plataforma de entendimiento: vale la pena estudiar la idea de la frontera como un artificio de creación histórica.

La llegada del siglo XX convirtió la tesis de la frontera en un anacronismo que retrasó el surgimiento de nuevas ideas que produjesen una nueva historiografía. El propio Turner fue víctima de la petrificación de su juicio de 1893, pues era prácticamente imposible explicar el rápido crecimiento económico del suroeste y la región fronteriza con México en aquellos términos. Como método de investigación histórica, esa opinión sobre la frontera se volvió inútil, pues no hacía sino resaltar una ruptura difícil de entender entre el mundo rural y el rápido surgimiento de una economía urbana industrial —evidente en todos los estados del oeste americano, incluidos California, Arizona, Nuevo México y Texas— que explicaba su vigor económico y su abundante oferta de mano de obra barata gracias a su conveniente vecindad con México. Pero aun así, la sombra de esa proposición de la frontera ha continuado nublando muchas percepciones dentro y fuera del mundo de la academia. Paradójicamente, la gran limitante de la tesis, al no tener las herramientas para explicar el oeste americano y su región fronteriza en las condiciones del siglo XX, se ha convertido en una forma de ver la historia estadounidense. Hay una falta de continuidad entre la

expansión territorial hacia el oeste del Misisipi durante el siglo XIX y la historia del oeste americano durante todo el siglo XX hasta nuestros días.[12]

Desligar ese continuo histórico permite proponer como novedades las inconformidades de los pueblos indios, los graves problemas de asimilación de poblaciones inmigrantes, el papel que los braceros mexicanos han tenido y tienen en la competitividad de la economía del suroeste o los programas para la internación temporal de trabajadores mexicanos de baja calificación para realizar labores físicamente más arduas.[13]

La frontera en la tradición cultural de Estados Unidos

La frontera en la tradición cultural estadounidense tiene un papel de una magnitud que se agiganta al contemplar la influencia de este fenómeno en la tradición mexicana. Comencemos con el hecho de que en inglés se puede acudir a las palabras *frontier* y *border* para diferenciar procesos históricos de naturaleza diferente. Los discursos históricos estadounidenses —el académico, el político y el popular— son impensables para narrar y explicar el siglo XIX sin el protagonismo de la frontera-*frontier*; de hecho, el sustento ideológico de la frontera sigue teniendo un peso formidable en la ideología popular y del Estado a la hora de enfrentar a sus adversarios. La dicotomía civilización-barbarie sigue operando como justificación suficiente para crear un sustento histórico y moral que no sólo permita sino que obligue a Estados Unidos a actuar como guardián universal de la civilización occidental.

La literatura —narrativa histórica, memorias, diarios de viaje, diarios militares, novelas, periodística— producida durante el siglo XIX en Estados Unidos acerca de “su fron-

tera", es de una abundancia prodigiosa. Sin embargo, hasta fines de ese siglo, la *frontier history* y la historia del *American West* se elevarían a la cima del mundo académico y del pensamiento político estadounidenses. En 1893, Frederick Jackson Turner lanzó su hipótesis sobre la frontera en su célebre ensayo "The Significance of the Frontier in American History",[14] creando una auténtica revolución en la manera en que Estados Unidos se veía a sí mismo y alimentando, particularmente, su autoconciencia como el imperio del bien.

Se podría decir que Turner concluye medio siglo de un intenso trabajo de invención y construcción de un concepto de frontera que se acomodara al Destino Manifiesto de la joven nación. En efecto, desde la Independencia de las Trece Colonias y hasta poco antes de mediar el siglo XIX, para los estadounidenses la idea de frontera era muy similar a la que tenían las naciones europeas: una línea que demarca los límites de las naciones. Había una tácita aceptación de que los pueblos indios al oeste del territorio que ocupaban las Trece Colonias constituían naciones, tal como España lo hacía con Francia o con Portugal. No obstante, esta situación habría de cambiar drásticamente por la concatenación de acontecimientos: la Independencia y pronta anexión de Texas; la compra de la Luisiana y de Alaska; la guerra con México que tuvo como resultado una inmensa ganancia territorial, y el *Gold Rush* o fiebre del oro en California. De súbito, la frontera-*border* que separaba a Estados Unidos de las naciones indias con sus territorios se convirtió en una frontera-*frontier* que separaba a la civilización de la barbarie, al orden de las poblaciones asentadas del desorden de pueblos itinerantes. La gran distinción entre la frontera de Estados Unidos con aquellas de Europa —señaló Turner— residía en que, a diferencia de las densas poblaciones y los paisajes fortifica-

dos, en América existía la división entre la "tierra de nadie" y los pioneros que esperaban reclamarla.

El *American West* fue, en efecto, el lugar donde se encontraron europeos y nativos; aunque tradicionalmente el oeste se entiende en el sentido geográfico —oeste del río Misisipi—, en realidad el concepto trae consigo la idea occidental del oeste: donde las civilizaciones históricas se encuentran con la barbarie no histórica. La historia de la frontera-*frontier* fue una manera efectiva de poner a Estados Unidos en un lugar de privilegio en el curso de la historia.

La influencia turneriana en la manera de concebir a la frontera desde la tradición estadounidense fue no sólo profunda, sino de largo aliento y sin parangón en la mexicana. Durante las siguientes décadas, el significado de frontera de Turner empezó a multiplicar sus sinónimos: "el oeste", "el límite de la tierra libre", "la línea de la más efectiva y rápida americanización", "la evidencia que registra la energía expansiva de los pioneros que empujan la línea divisoria", "una región migrante", "el límite de lo asentado" o "una forma de sociedad más que un área o región".

Además, Turner completó el concepto de frontera para adaptarlo aún más a las condiciones modernas de la nación-imperio al señalar que el efecto más importante de la frontera había sido promover la democracia. En una explosión de optimismo decía que la frontera era productora de hombres individualistas que, al tener que enfrentar un medio hostil y salvaje, transformaban las complejidades de la sociedad en una organización primitiva basada en la familia, con ciertas tendencias antisociales e igualitarias que producían una antipatía natural hacia el control y particularmente hacia cualquier forma de centralismo. El individualismo fronterizo —continúa Turner— había sido desde siempre un auténtico promotor de la democracia.

Uno podría pensar que la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades pronto desecharían el despliegue discursivo de Turner sobre la frontera y la historia de Estados Unidos. No fue así, y no solamente porque hubiera sido un miembro prominente de la academia estadounidense que logró una importante lealtad entre sus colegas, sino porque este autor logró crear un estado de ánimo y alimentar las emociones dentro y fuera de las instituciones educativas, desde donde se defendieron los elementos poéticos de sus ensayos, proponiendo la idea de que sus tesis eran una herramienta de interpretación más que una teoría. Pero sus ideas fueron más allá; al idealizarse e ideologizarse las características del oeste y de la frontera, se volvieron metafísicas: mientras avanzaran los asentamientos hacia el occidente, el desarrollo americano estaba asegurado. La frontera y sus características políticas y rasgos culturales eran el motor del desarrollo de Estados Unidos.

Un análisis riguroso de los planteamientos turnerianos logra demostrar que no sólo son provincianos y emocionales, sino ilógicos y entrampados en confusiones y contradicciones. Sus ideas tienen cimientos históricos vagos, aunque quizá presentados con belleza poética. Turner hizo un intercambio fácil pero dudoso, en lugar del rigor de las pruebas, él ofreció la épica y leyenda de la *Great Frontier*, llenándola de simbolismos y emociones patrióticas y de mitos y romance nacionalista. Al introducir en su definición de *frontier* —y en toda su interpretación— un cuerpo de valores morales y significados sociales, Turner hizo un uso instrumental del nacionalismo y de la nación, colocando a la frontera como elemento imaginario definitorio del pasado y el devenir de Estados Unidos.[15]

En otro momento, este texto pondrá atención no sólo en el seguimiento de los efectos del turnerismo en la literatura sobre la frontera producida en Estados Unidos, sino

sobre todo en las posibles repercusiones en las formas concretas en que la frontera con México fue imaginada y construida. Nos detendremos a examinar cómo ese discurso poético sobre la frontera se usa para encubrir el afianzamiento de la nación-imperio[16] y en qué forma toda esa imaginería académico-popular se ha expresado con diferentes niveles de violencia simbólica y física: el racismo científico y de Estado amparado en diversas disciplinas, entre ellas la medicina y la biología, discursos pseudocientíficos como la eugenesia y prácticas profilácticas como la medicalización de los puestos fronterizos; la aparición del pensamiento nativista que se hizo presente en diversos sectores de la población anglo del suroeste: la prensa y sectores populares como el movimiento obrero organizado; en la militarización de la frontera a través de los Texas Rangers y luego de la Border Patrol; llegando a la expresión más evidentemente brutal practicada por extremistas blancos agrupados en el Ku Klux Klan.

Ciertamente, la literatura producida desde las ciencias sociales y las humanidades sobre la frontera no se agota en Frederick Jackson Turner ni en la escuela turneriana. Desde hace un par de décadas, antropólogos, historiadores e incluso investigadores del campo de la crítica literaria han iniciado muy serios esfuerzos por cambiar el carácter marcadamente ideológico de los estudios sobre la frontera y el *American West*. De hecho, desde los años cuarenta se realizaron críticas a la hipótesis fronteriza de Turner. George W. Pearson[17] acusó a Turner de explotar los sentimientos del público estadounidense que con gusto aceptaba sus explicaciones sobre el carácter único de su país. Con Turner —decía Pearson— la palabra *frontera* se ha convertido en una caja de Pandora llena de problemas para los historiadores.

Más recientemente, desde el campo de la filosofía, John J. Juricek señaló que Turner había trabajado el lenguaje

histórico de manera que su propuesta armonizara muy bien con las creencias de sus lectores, sobre todo con las de aquellos que tenían una fe notable en la excepcionalidad de Estados Unidos.[18] En las pasadas dos décadas, los estudios de la frontera han sido incluidos en perspectivas teóricas[19] amplias y en combinación con otros elementos como identidad, género, nacionalismo y el propio estudio de los procesos de construcción de lo nacional *(nation-building)*.[20]

La frontera en la tradición cultural de México

No es la intención de este texto detenerse en la manera en que la formación de la frontera movilizó a la sociedad y al Estado mexicanos; sin embargo, no quisiera dejar pasar la oportunidad de hacer un rapidísimo vuelo de pájaro sobre la frontera en la tradición cultural de México, que nos permita un vistazo superficial de la gran diferencia que la frontera entre ambos países significó para la formación del "alma nacional".

La relación de nuestro país con Estados Unidos es omnipresente, es tan definitoria en la conformación y comportamiento nacionales, que se podría esperar una literatura rica, si no en lo académico, sí al menos en los géneros de la novela, el cuento o la ciencia ficción. No es así y pareciera que esta ausencia refleja el papel que la frontera ha tenido en la agenda del Estado mexicano y en el proceso de construcción del Estado-nación y de la identidad nacional.

El papel que desempeña la frontera en la biografía de Estados Unidos —como fuente de inspiración, optimismo, excepcionalidad y causa del desarrollo nacional y de su carácter democrático— cambia radicalmente al poner la mirada en México. La frontera en nuestra tradición histó-

rico-cultural es un espacio un tanto indefinido de oscuridad, lejanía, incertidumbre y fuente de miedo a lo desconocido. La máxima del presidente Lerdo de Tejada, "entre México y Estados Unidos: el desierto", pareciera resumir esa ambigua y quizá conflictiva relación entre el México central y su septentrión; se reconoce el norte, sí, como parte del patrimonio territorial de la nación, pero como un patrimonio periférico al corazón espacial y espiritual del país y, quizá por ello, como una mercancía negociable.

A raíz de la separación de Texas en 1836, la enorme pérdida territorial tras la guerra entre 1846 y 1848, la compra del territorio de La Mesilla en 1853 y luego las décadas de conflicto con apaches, comanches y lipanes, la frontera pareció no significar otra cosa que memoria afrentada, derrota y un miedo rencoroso. Nada más contrastante que la visión de la frontera como símbolo de triunfo para el país vecino. Quizá por ello, las relaciones entre México y Estados Unidos eran lo que sucedía en la ciudad de México y en Washington; las fronteras reales, y lo que en ellas sucedía, fueron una especie de vacío y quedaron sujetas al olvido del Estado mexicano.[21]

Si revisamos el desarrollo de otros países latinoamericanos, destaca ese papel mínimo que la frontera desempeña en la construcción de la historia y cultura nacionales. El rol de la Pampa como frontera interna, en la que se forja el carácter nacional argentino, ha recibido mucha atención, desde la literatura popular con el *Martín Fierro* de José Hernández hasta la prodigiosa *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada.[22] En Brasil, los estudios sobre frontera son muy importantes; allí incluso se vuelve a encontrar el desdoblamiento del concepto y se ha adoptado *frontier* para describir el proceso y "gesta" de la expansión de una sociedad que había sido dotada de territorios muy por encima de lo que le era posible aprovechar. Precisamente en esos territorios periféricos (Rio

Grande do Sul desde principios del siglo XIX o el Paraná en pleno siglo XX) se crean zonas pioneras a las que se atribuyen características "democráticas" paralelas a las de los pioneros estadounidenses.[23]

La frontera durante estos años no pudo tener un carácter más pragmático e instrumental: fue lugar de exilio para los desafectos al régimen de Porfirio Díaz: el magonismo es inexplicable sin el espacio fronterizo, que fue fundamental también para maderistas, orozquistas, porfiristas, mexicanos adinerados, integrantes de facciones revolucionarias en desgracia, etc. Fue el mercado natural para la obtención de armas antes, durante y después de la Revolución. Fue la forma más sencilla de solventar el lento, deficitario y caro mercado de los bienes de consumo provenientes del centro de México.[24]

Pero junto a estos elementos que se pueden considerar positivos, la población fronteriza construyó —probablemente muy de cerca con el resto de los mexicanos— su concepto de frontera con una mezcla de patriotismo político, xenofobia popular y nacionalismo político-cultural, y con menos énfasis en un nacionalismo económico. En el caso del patriotismo, se trata de un sentimiento que en México tiene sus antecedentes en el liberalismo popular que, desde poco después de la guerra con Estados Unidos, había empezado a desarrollarse con amplitud y a encontrar raigambre bastante profunda, primero en el México central, en estados como Puebla, pero que con mucha rapidez se expandió hacia otros puntos de la geografía nacional.[25] La xenofobia tenía el objetivo concreto de lograr la sensación de homogeneidad entre la población mexicana al hacer clara la distinción entre locales y fuereños, y aunque intentaba obviar las fuertes diferencias de clases y de intereses de la población fronteriza, era en muchas ocasiones la única arma y consuelo de las clases populares ante los "güeros" o los gringos: una burla, un desprecio o

quizá la posibilidad de esquilmarle unos dólares de más por un producto o servicio.

En el caso del nacionalismo, en los campos de la política, la cultura y la economía, sí es posible rastrear una posición de los gobiernos mexicanos, más que del Estado como tal. A través de la educación, la diplomacia y la prensa de la época se notan esfuerzos importantes por afianzar la identidad ligándola de manera indisoluble a la soberanía nacional.[26] En estos ensayos también me propongo hacer un esfuerzo por rescatar la mestizofilia[27] como la corriente eugenésica mexicana opuesta a su contraparte estadounidense, en la que se resume mucho del esfuerzo ideológico del Estado mexicano para la construcción de una identidad nacional sólida, con sus inicios en las propuestas de ciertos intelectuales del grupo de los "científicos", como Vicente Riva Palacio y Francisco Pimentel, quienes rechazaron las teorías que señalaban al mestizo como símbolo de la degeneración racial de la humanidad. Ellos, por el contrario, encontraron en el mestizo a un ser vigoroso, producto de la mezcla del europeo con el indio. No hay duda de que la veneración a lo mestizo alcanzó un nivel superior en la obra de Andrés Molina Enríquez *Los grandes problemas nacionales*, de 1909. La idea de que el exotismo mestizo nos hacía universales pero, sobre todo, nos aseguraba la identidad, la soberanía y la unidad nacional, fue muy socorrida durante esas décadas y, naturalmente, impactó a ciertos sectores de la población chihuahuense y de la frontera en particular.[28]

2
La lenta construcción de una frontera

I knew that eternal vigilante on the Mexican border line is the prize of liberty [...]

Marcus Braun, inspector de inmigración, 1907.[1]

Tanto un libro de historia nacional estadounidense como uno mexicano resuelven la existencia de la frontera internacional como un acto fundacional, de tabla rasa. Se inaugura un presente sin ataduras en el pasado. La guerra entre ambos países, entre 1846 y 1848, significó el cambió de soberanía de un inmenso territorio que pronto conformó la región suroeste de Estados Unidos. Poblaciones que, como Paso del Norte, habían sido por siglos un punto intermedio para la protección, descanso y reabastecimiento de viajeros en camino hacia el norte de Nuevo México o, en sentido contrario, hacia Chihuahua, Zacatecas o la ciudad de México, se transformaron súbitamente en lugares limítrofes sobre una frontera internacional.

Así, a partir de la mitad del siglo xix, el concepto de frontera ha seguido las pautas que los tratados internacionales de límites fijaron por acuerdo de los dos gobiernos federales, ambos situados a miles de kilómetros de esa región que, siendo vieja, se consideraba novedosa por iniciarse como zona de frontera. Una vez practicada la tabla

rasa, esa frontera sólo ha ido siguiendo el curso de sucesos presentados de manera simplista y predecible. Nada más alejado de la verdad. Los tratados internacionales que fijan en un mapa las líneas divisorias que llamamos frontera son la más superficial de las cubiertas del largo proceso histórico que derivó en la conformación de ese espacio regional que sólo adquirió las características que hoy le conocemos hasta casi la tercera década del siglo XX: ¡ochenta años después del Tratado de Guadalupe Hidalgo!

Para Estados Unidos, la frontera con México constituyó, sin exagerar, un laboratorio para decantar conceptos de identidad y exclusión, culturales, sociales y raciales, que dieran elementos al gran proyecto de ingeniería cultural que implica la construcción de una identidad nacional y la afirmación de la condición no sólo de Estado-nación, sino de nación-imperio. En ese proyecto podemos reconocer una compleja yuxtaposición de ideas y políticas concretas de lo que la frontera con México debería ser. Contra lo que pudiera suponerse, fue hasta relativamente tarde cuando la línea fronteriza de Estados Unidos con México, funcionó en efecto como mecanismo de identificación, clasificación y contención sobre la población mexicana. Por raro que pueda parecer, la vigilancia sobre la frontera que cruza desde el Pacífico hasta el Golfo de México y divide ciudades como El Paso, en Texas, y Juárez, en Chihuahua, tuvo como objetivo, durante muchos años, no a inmigrantes mexicanos sino a los de origen asiático, medio oriente o Europa central. Quizá sea éste un buen lugar para realizar el primer descenso que permita examinar los cimientos sobre los que se finca esa abigarrada construcción cultural llamada frontera.

Migrantes asiáticos

Una constante de la economía estadounidense ha sido la práctica, por parte de sus hombres de empresa, de impulsar la importación de mano de obra barata, poco calificada, que les permita no sólo aliviar la escasez real de mano de obra, sino también multiplicar sus ganancias, gracias al pago de salarios bajos a una clase trabajadora sin derechos, poco organizada y de la que se podía prescindir en cuanto conviniera a sus intereses. Desde mediados del siglo XIX, la floreciente economía californiana requirió de una fuerte inyección de esa mano de obra barata y la encontró al otro lado del mundo: en China. Un reporte de 1877 estimaba que el número de chinos en Estados Unidos oscilaba entre 150,000 y 200,000. Sólo la ciudad de San Francisco tenía una comunidad china calculada en más de 50,000. Por décadas las minas y los ferrocarriles usaron a plenitud el trabajo chino y, sin embargo, siempre existieron las miradas nativistas que vieron con recelo extremo la presencia de asiáticos en Estados Unidos:

> El mongol tiene un profundo desprecio por las demás civilizaciones. Rechaza en absoluto nuestra civilización por la única razón de estar fundada en la cristiandad. Cualquier forma de gobierno republicano o liberal es bastante incomprensible para ellos […] Sus supersticiones, sus prejuicios y sus opiniones se han vuelto tan rígidas como sus hábitos y costumbres, y sus observaciones sólo descubren los defectos aparentes, las contradicciones y las inconsistencias de nuestro gobierno y de nuestra religión, las cuales según su punto de vista son evidencia radical de su carácter general. Si aparenta amoldarse a nuestra idiosincrasia, lo hace únicamente para tener una mejor posibilidad de acumular dinero. Profesa amistad, sentimiento del cual no tiene ni la más remota idea. Es cruel e inflexible, esperando únicamente la oportunidad para dar el golpe.[2]

Muchas de la ideas que en estos años se expresaron contra los chinos serían reelaboradas veinte o veinticinco años después para calificar a los mexicanos, particularmente sobre el carácter inasimilable de "razas" como la mexicana y el conflicto racial latente cuando se permite la

inmigración sin restricciones, así como lo ilusorio que era pensar que esa mayoría de inmigrantes hombres y solteros no intentarían traer a sus familias y, como consecuencia, ensanchar su presencia en el país. Creer que todo se resolvía colocando a esos inmigrantes en una situación de inferioridad social a la de la mayoría blanca era un gran error.[3] Pero como sucedió cíclicamente en la historia de la inmigración a Estados Unidos, sólo cuando quienes detentan el poder material hacen segunda voz a los discursos nativistas antiinmigrantes, las restricciones se vuelven materia de la acción del Estado. Hacia fines de la década de setenta del siglo XIX, una crisis económica restringió el mercado laboral y la clase obrera organizada hizo presión para que se restringiera la llegada de chinos al país. El 6 de mayo de 1882, el Congreso estadounidense decidió prohibir la entrada de trabajadores provenientes de China durante los siguientes diez años, argumentando que se estaba poniendo "en peligro el buen orden de ciertas localidades dentro del territorio [de Estados Unidos]".[4]

Ahora bien, con lo anterior no estoy proponiendo una vulgar simplificación que implique que es la "base material" la que determina la acción del Estado. Se verá con mayor profundidad al analizar el proceso de construcción de la percepción sobre "lo mexicano": hay momentos precisos cuando prejuicios, miedos e intereses materiales coinciden en embarcarse en esos amplios proyectos de ingeniería cultural para transformar a fondo a la sociedad. En este caso, la necesidad de numerosos trabajadores chinos coincidió con políticas restrictivas que reflejaban mucho del pensamiento y ánimo de la sociedad blanca, como negarles derechos ciudadanos, presentarse ante un juez o participar en el sistema electoral. En 1854, el juez de la Suprema Corte de Justicia del Estado de California, J. Murray, argumentó que las leyes estatales excluían del derecho a testificar en la corte a todo aquel que no fuera de

"sangre blanca", y aunque la ley respectiva sólo mencionaba la prohibición para que negros, mulatos e indios lo hicieran, ésta debería hacerse extensiva a los chinos, ya que no eran mencionados por una "omisión insignificante".[5]

Tal como después sucedería con los "peones" mexicanos, el movimiento para llegar a la exclusión no es automático, se forma durante años y se nutre de numerosos elementos. La visión antichina estadounidense fue alimentada no sólo por nativistas y racistas nacionalistas dentro del territorio nacional; a ella contribuyeron viajeros, misioneros, diplomáticos que después de sus viajes a China popularizaban sus impresiones a través de artículos periodísticos, conferencias y memorias. Pero quizá el punto de quiebre, anterior a la Ley de Exclusión de 1882, fue el envío de trabajadores chinos a centros industriales del este en calidad de rompehuelgas. Y, justo como veremos más adelante, cuando se discutieron las restricciones al cruce de trabajadores mexicanos, los principales opositores a la imposoción de dichas restricciones eran quienes obtenían beneficios con su presencia. Leland Stanford, accionista fundador del ferrocarril Central Pacific, decía que su empresa dependía de la presencia de trabajadores chinos y que el trabajo que hacían en el tramo de Sierra Nevada sólo podía ser realizado por ellos, ya que las avalanchas de nieve habían cobrado la vida de trabajadores blancos. Para los empresarios ferrocarrileros, señala Patricia Limerick, "los chinos eran baratos y reemplazables y realizaban labores necesarias pero poco atractivas y dignas para los obreros blancos".[6]

El sentimiento antichino estuvo presente desde el momento en que los primeros trabajadores llegaron a las costas del Pacífico, pero el punto crítico para su exclusión llegó en 1882 y permaneció inalterado por décadas: la Ley de Exclusión fue refrendada por diez años más, en 1892,

y se hizo permanente en 1902. Los chinos, tal como lo harían los mexicanos después, representaron un doble papel en la historia del oeste americano; por un lado, proporcionaron la mano de obra barata, abundante y sumisa que la región necesitó para fincar su competitividad frente al este y mediooeste; por el otro, sirvieron como explicación para los posibles fracasos que la sociedad blanca pudiera experimentar:

> Los americanos fueron al oeste con grandes expectativas de mejorar su fortuna, esas expectativas estaban cargadas tanto de optimismo como de las semillas del desencanto, la frustración y la necesidad de encontrar a alguien a quien culpar. [...] chivos expiatorios se encuentran por todo el mundo, y son un común denominador en Europa, en Asia o en Latinoamérica; la frontera no fue una excepción.[7]

No debe pues extrañar que, en ese ambiente, el sentimiento antichino incluyese, además de las buenas conciencias de los grupos dominantes, a las clases trabajadores estadounidenses que estaban envueltas por la retórica que disfrazaba los grandes intereses de tipo imperial que en Estados Unidos empezaron a fortalecerse al final de la Guerra Civil (1862-1865), durante la Época Dorada, como lo ha mostrado Alexander Saxton.

La vigilancia ejercida en los puertos marítimos, por los que tradicionalmente habían desembarcado los inmigrantes chinos, era bastante estricta, por lo que, a partir de 1892 (año cuando se amplió el efecto restrictivo de la Ley de Exclusión de 1882), el contrabando de estos trabajadores empezó a desarrollarse y a generar grandes ganancias a quienes operaban estas mafias de transporte ilegal de inmigrantes de China. La frontera entre México y Estados Unidos se convirtió en una de las vías más atractivas para hacerlo. El puesto migratorio en El Paso, Texas, tenía los ojos puestos en chinos que quisieran utilizar el enorme movimiento humano que provocaba la inmediata vecin-

dad de esa población con Ciudad Juárez, para cruzar subrepticiamente hacia Estados Unidos. Gracias a que, desde la década anterior, El Paso había quedado comunicado por importantes líneas férreas transcontinentales, desde el inicio de la década de 1890 y particularmente al iniciar el siglo XX, la ciudad se había convertido en centro de transportación, minero, comercial y de la importación de trabajadores mexicanos, indispensable para la bonanza económica del suroeste.[8] La presencia vigilante del Estado también creció, materializada en agencias de escrutinio y vigilancia: inmigración, aduanas, salud pública, ejército.

En 1907, Frank W. Berkshire, uno de los más lúcidos y acuciosos inspectores del Servicio de Inmigración de Estados Unidos y, desde mi perspectiva, uno de los arquitectos de la moderna frontera estadounidense con México, fue comisionado a El Paso, a cargo de los "asuntos chinos". Muy pronto fue nombrado inspector general a cargo del distrito que vigilaba toda la frontera desde sus oficinas en esa ciudad. A Berkshire le tomó poco tiempo comprender que Juárez-El Paso había dejado de ser un punto importante para el contrabando de inmigrantes chinos y que éste, seguramente, se llevaba a cabo entre Sonora-Arizona y Baja California-California, debido, en parte, a las nuevas regulaciones mexicanas relativas a la inmigración china a México —el gobierno de Porfirio Díaz había decidido que las condiciones de salud en China habían mejorado lo suficiente para abrir las puertas del país a chinos que cumplieran ciertas condiciones de higiene, además de haber limitado el desembarco a puertos situados en su mayoría en la costa del Pacífico mexicano: Manzanillo para grupos grandes, Mazatlán y Guaymas para grupos menores de diez personas—.[9]

El crecimiento de la colonia china de El Paso se dio por la inmigración realizada antes de 1882 o por haber burlado las disposiciones de la exclusión durante los últimos

diez o quince años del siglo XIX. Así, en este punto específico de la frontera, el "problema chino" era más un asunto que preocupaba a las autoridades y buenas conciencias de la ciudad, que al Servicio de Inmigración. En 1893, por ejemplo, se daba la noticia —llena de un tono escandaloso, cínico y exagerado— de que el sur de El Paso tenía más fumaderos de opio que cualquier otra ciudad en Estados Unidos y "se debía sin duda a que El Paso tiene más residentes chinos en relación a su población que cualquier otra ciudad de Texas".[10]

La información de que dispongo indica que al inicio del siglo XX otros asiáticos, los japoneses, usaron este punto de cruce para internarse en Estados Unidos. La crisis que acompañó la guerra con Rusia de 1905 provocaba la salida de miles de japoneses que buscaron cabida en Estados Unidos, aprovechando que hacia ellos existía una actitud menos hostil que la sufrida por los chinos.[11]

En el contexto final de la guerra, el presidente Theodore Roosevelt intervino como mediador entre los rivales y en 1908 se firmó el "Pacto de Caballeros" con el gobierno de Japón, que comprometía a este país a frenar la emigración de sus súbditos hacia Estados Unidos a cambio de que este último aceptara que las familias de japoneses que ya habían inmigrado pudieran unírseles.[12] Aun así, las autoridades de inmigración en El Paso montaron un operativo para impedir la entrada de japoneses que hubiesen llegado al continente americano por puertos mexicanos. Como siempre, se hicieron excepciones. A fines de 1906, los agentes consulares estadounidenses en Manzanillo y Guadalajara informaron que un grupo de 150 japoneses había tomado el ferrocarril hacia Ciudad Juárez con la idea de cruzar a El Paso; se trataba de profesionistas, artesanos calificados y estudiantes que contaban con cantidades importantes de dinero, lo que los hacía sujetos de internación sin mayores problemas.[13]

Suerte muy distinta corrió otro grupo de doscientos japoneses, que sólo unas semanas después fue detenido en el puente internacional y obligado a regresar a Juárez, donde se les informó que el gobierno mexicano tampoco los admitiría.[14] Una política de endurecimiento fue dada a conocer por el Departamento de Comercio y Trabajo, del que dependía el Servicio de Inmigración, para prevenir que ciudadanos japoneses usaran a México como trampolín; incluso, se hacía la predicción de que hasta quinientos de ellos serían detenidos mensualmente sólo en el cruce Juárez-El Paso.[15]

Aunque, como veremos más adelante, las voces de alerta sobre la "amenaza mexicana" ya se hacían escuchar, la política de vigilancia de la frontera sur estadounidense seguía pensando en ese límite como un espacio de riesgos relacionados con el cruce ilegal e indeseado de nacionalidades diferentes de la mexicana. De los reportes oficiales que circulaban entre funcionarios de alto rango del Servicio de Inmigración deriva la idea de que la reorganización para vigilar la frontera con México debía hacerse en buena medida considerando la relativa facilidad con que trabajadores inmigrantes chinos y japoneses lograban internarse por tierra a Estados Unidos. Hasta ese momento, la "buena voluntad" y las poco efectivas órdenes y circulares originadas desde Washington no habían logrado detener a una muy bien organizada red de agentes enganchadores de trabajadores asiáticos, particularmente japoneses quienes contrataban los servicios de ciertas compañías que, literalmente, importaban trabajadores pagando sus pasajes desde Japón hasta algún puerto mexicano del Pacífico, desde donde se les llevaba por tren hasta la frontera; ahí sólo se esperaba la oportunidad para contrabandearlos hacia territorio estadounidense.

El monitoreo de la frontera en lugares como Juárez y El Paso continuó funcionando como laboratorio para perfeccionar los filtros y técnicas de clasificación de personas de acuerdo con su estatus migratorio, pertenencia racial y nacionalidad, conceptos que poco a poco iban logrando empatar a las teorías eugenésicas, los sentimientos nativistas y un nacionalismo racista con las políticas de Estado para la inmigración selectiva. Durante la primera década del siglo xx, el cruce Juárez-El Paso fue escenario de un creciente tráfico de inmigrantes sirios, turcos y griegos que ocuparon al Servicio de Inmigración y fortalecieron la imagen de que la vigilancia sobre ese lugar era indispensable para consolidar la nacionalidad americana, conceptual y anímicamente basada en la pureza de la raza blanca y la protección de su soberanía —entendida como la necesidad de defender esa pureza de presencia y mezclas raciales indeseables por ser inferiores—.

A fines del año 1905, el Servicio de Inmigración realizó el más serio esfuerzo por comprender las condiciones en que se realizaba la inmigración siria y griega por México; comisionó al inspector A. Seraphic, quien se encontraba estacionado en Florida para que, aprovechando su origen griego y capacidad para trabajar como agente secreto, viajara de incógnito a México y documentara las fases de esa inmigración.

Seraphic inició su periplo en Veracruz, donde las líneas de vapores francesas y alemanas que traían a los inmigrantes tocaban tierra mexicana. Al desembarcar en ese puerto, los sirios y griegos viajaban en ferrocarril a las ciudades de México, Monterrey, Torreón o Nuevo Laredo, según el contacto de la red de manejo de inmigrantes que les recibiera en Veracruz. Seraphic averiguó que la red griega era la mejor montada (quizá el hecho de hablar

griego le permitió explorarla mejor) y tenía su sede en Torreón que por aquellos años vivía una bonanza económica importante. Ahí, los hermanos Nicolopoulos, propietarios de una fábrica de ropa, concentraban a sus paisanos hasta reunir un número atractivo para luego enviarlos por el Ferrocarril Central Mexicano hasta Ciudad Juárez, acompañados por otro comerciante griego, Teodoro Kyriacopoulos, quien vivía en la pequeña ciudad de Jiménez, Chihuahua, al norte de Torreón; este último no tuvo empacho en confesar a Seraphic que se había encargado "él mismo de pasar a muchos griegos por el propio puente Santa Fe".[16] En Ciudad Juárez, la red de contrabandistas de griegos la completaba el californiano Alfredo Duboys, un antiguo funcionario del mismo Ferrocarril Central.

Seraphic descubrió que el método era ingenioso pero sencillo. Los griegos dejaban todo su equipaje en Juárez para ir con las manos libres, luego Kyriacopoulos o Duboys los hacían subir al tranvía que cruzaba el puente en horarios en que iba repleto de mexicanos, les conseguían algunos sombreros anchos y ya sentados en el tranvía les hablaban en español. Los griegos, que no tenían la menor idea de qué les decían, se concretaban a soltar algunas carcajadas, de acuerdo con las instrucciones recibidas. El inspector de inmigración que, por absurdo que parezca, no hablaba español, hacía caso omiso de esos grupos de "mexicanos alegres". El "Informe Seraphic" dedica buena parte de sus 25 páginas a criticar la indisciplina con que funcionaba la estación de vigilancia migratoria del puente Santa Fe en El Paso, aprovechando para sugerir que ahí los inspectores, además de insubordinados, buscaban esas posiciones por los privilegios e influencia política que ganarían.

Tomando en consideración que la vigilancia en las ciudades texanas de Laredo, Brownsville e Eagle Pass no era

mejor, Seraphic hizo varias recomendaciones al Comisionado General de Inmigración, entre las que destacó dos: la necesidad de que los inspectores de inmigración hablaran al menos un español elemental y la referente a que los inspectores sanitarios tuvieran como antecedente haber trabajado, cuando menos, un par de años en Ellis Island en el examen de extranjeros. Esta última propuesta se hacía tras considerar que un porcentaje importante de griegos y sirios sufrían de tracoma y que los médicos inspectores eran incapaces de reconocer el padecimiento ocular que, además de causar ceguera, era infeccioso.[17] El Informe Seraphic causó molestias en el Servicio, pues se pensó que retrataba una realidad exagerada; por otro lado, si bien describió con exactitud la red para la internación de griegos en Estados Unidos, dejó descuidado lo referente a los sirios que, en consideración de las autoridades del Servicio de Inmigración en Washington, eran de mayor riesgo para la salud pública del país.

Al mismo tiempo que se enviaban agentes encubiertos a México, sin conocimiento del gobierno de Porfiro Díaz, la diplomacia formal ejercía presiones sobre el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, para que se colaborara decididamente en desactivar, desde México, el problema de la inmigración sirio-griega.[18] E. Thompson, embajador estadounidense en México, se encargó de las negociaciones con el secretario Mariscal, con el fin de que México adoptase medidas similares a las del gobierno canadiense, mismas que contribuyeran a que la frontera entre los dos países se liberara de ese problema. Muchos de estos sirios, le decía, estaban enfermos, y al saber que si viajaban directo a Estados Unidos serían rechazados en Ellis Island, decidían hacerlo por México, donde no se les ponían restricciones, sentando así un peligroso precedente, pues "será sólo cuestión de tiempo para que clases

inadmisibles de otras nacionalidades puedan usar también esa ruta”.[19]

En realidad esta situación era mucho más complicada, como pronto iría quedándole claro a las autoridades en Washington. La red de tráfico de inmigrantes no sólo se movía por rutas diferentes, sino que el Servicio de Inmigración era en verdad ineficiente e incluso, corrupto. En cuanto a las rutas, además de la posibilidad de viajar directamente a México desde un puerto francés o alemán, los sirios usaban la alternativa de viajar desde Marsella a Buenos Aires y de ahí otro barco los transportaba a Veracruz, desde donde viajaban en ferrocarril hasta Ciudad Juárez, pasando por la ciudad de México. Otra de las opciones era de Veracruz a diferentes puntos de México, donde trabajaban como empleados de comerciantes sirios establecidos en el país. Después regresaban a Veracruz desde donde se embarcaban a Puerto Progreso, Yucatán, para abordar otro barco que los conduciría a Nueva York; al llegar allí, la embarcación, por provenir de un puerto mexicano, no pasaba los rigores de las inspecciones del Servicio de Inmigración y del Servicio de Salud Pública de Ellis Island.[20]

Los testimonios rendidos por inmigrantes de nacionalidad siria en lugares como San Louis Missouri, dejan claro que la red de contrabando estaba bien organizada e incluía a los propios servicios de monitoreo de la frontera. El doctor E. D. Sinks, inspector sanitario del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos en El Paso, declaró, en interrogatorio oficial, que él no formaba parte de la red de extorsión a inmigrantes; afirmaba que el negocio había sido diseñado y manejado por un vecino de Ciudad Juárez de origen sirio, Alexander Lemon, quien conseguía certificados oficiales de inspección médica que luego vendía a sus paisanos para cruzar a El Paso.[21] El contrabando de inmigrantes sirios se hacía también por el cruce de Nuevo

Laredo-Laredo y esta parte del negocio era controlada por Antón Gazen (o Kazen), comerciante sirio establecido en Monterrey, señalado como el jefe de la red siria en México. Gazen, al parecer, contaba con el apoyo de su hermano Abraham, quien era empleado como traductor por ¡el Servicio de Inmigración! en Laredo, Texas.[22]

La corrupción estaba tan enraizada que hasta 1908, la investigación realizada por el inspector Seraphic obtuvo pruebas de que varios funcionarios gubernamentales de alto rango, junto con otras personas, habían hecho una fortuna y fueron removidos. El centro del fraude fue localizado en la oficina de la USPHS desde la cual se expedían certificados de salud para ser traficados entre los sirios que aguardaban en Ciudad Juárez para cruzar hacia El Paso. El certificado de salud podía valer oro cuando existía la sospecha de que la persona padecía tracoma, cosa que sucedía con 10 a 20 por ciento del total de los sirios. El mecanismo en la frontera funcionaba de esta manera: se expedían certificados de salud, reales o apócrifos, usados para que determinado número de sirios cruzara; luego, un asociado de la red regresaba con los certificados y los llevaba a Alexander Lemon, dueño de una casa de huéspedes, o a Selim Mattar, otro sirio propietario de una frutería, y ellos los revendían a los sirios que tenían escondidos. Era simplemente cosa de esperar el momento adecuado y serían llevados al puente Santa Fe, donde, además de seguridad, se contaba con alguna forma de complicidad en el Servicio de Inmigración.[23]

Nacionalidades y cuerpos

Como podemos observar, las acciones de exclusión basadas en el origen nacional de los inmigrantes continuaban refinándose y ensayándose en el laboratorio de la

frontera con México. No obstante, las baterías de los mecanismos de monitoreo aún no apuntaban a los mexicanos. De hecho, entre la Ley de Exclusión China de 1882 —que puede considerarse como el final de la inmigración indiscriminada— y el intento por poner freno a la entrada de sirios, griegos, turcos o europeos del este, presenciamos un cambio de enorme importancia en el proceso de construcción de la identidad de la nación-imperio y en la vigilancia de sus fronteras: de la selectividad basada solamente en restricciones por origen nacional a la selectividad basada en los cuerpos (entendidos como unión de lo físico, lo mental y lo espiritual) de los inmigrantes. No debe pues extrañarnos que, en sólo unos años, el peso de la inspección médica rivalizara e incluso rebasara a la inspección estrictamente migratoria. La centralidad de la corporeidad del inmigrante queda evidenciada con sencillez en las instrucciones que el Servicio de Inmigración en Washington enviaba a sus agentes en El Paso, urgiendo a que fuera más riguroso su escrutinio, pues "los sirios utilizan la argucia de hacerse pasar por mexicanos con tanto éxito que inmigrantes ilegales de otras nacionalidades están empezando a hacerlo también".[24]

La mirada vigilante que se mueve del origen nacional al cuerpo del individuo que cruza las fronteras puso a la política migratoria estadounidense en el umbral de una conceptualización particular para México y sus habitantes. Los impulsos racistas de la sociedad anglosajona se habían expresado desde hacía muchos años, pero sólo hasta los últimos años del siglo XIX empezó a armarse un sólido discurso antimexicano. El nacionalismo racista se empezó a refinar y a volver "políticamente correcto" con la aparición de la voz de la ciencia y la medicina; con ello se logró un público más numeroso para las ideas que resaltaban las diferencias raciales, pues en ellas no sólo descansaba la nacionalidad y el "genio" de un pueblo, sino también los

peligros de enfermedades propias de “razas contaminadas”.[25]

En la propuesta de ley de inmigración del senador Henry Cabot Lodge encontramos una síntesis adecuada de lo que podríamos llamar el despertar estadounidense a la realidad migratoria del siglo que estaba por iniciarse; la salida del estado de inocencia en el que ese país se habría encontrado desde su nacimiento, cuando las Trece colonias estaban fundadas en la unidad de pobladores de la “misma estirpe racial”. Holandeses, suecos y alemanes no habían encontrado dificultad alguna para fundirse con los colonos de habla inglesa, pues todos ellos “descendían de las tribus germánicas que el César combatió y Tácito describió”. Hasta 1875 la inmigración había continuado con el mismo patrón de los dos siglos anteriores, basado en las “razas hermanas o aliadas”, por lo que el progreso del país había sido grande y sin dificultades; continuaba la fantasía racial de Lodge. Sin embargo, las últimas dos décadas habían descompuesto el horizonte:

> Razas de origen racial totalmente diferente y con las que el pueblo de habla inglesa no se había mezclado o relacionado hasta el momento, repentinamente han comenzado a inmigrar a Estados Unidos en grandes cantidades. Rusos, húngaros, polacos, bohemios, italianos, griegos e incluso asiáticos [...] durante estos últimos veinte años han ingresado en números cada vez mayores [y] actualmente casi igualan a la inmigración de razas hermanadas por la sangre y la lengua, [...] que hasta ahora han construido Estados Unidos y conformado el pueblo norteamericano.[26]

Sin avanzar aún hacia las cuotas migratorias por nacionalidad, que se harían efectivas un cuarto de siglo después, Lodge señalaba la importancia del frágil equilibrio racial en Estados Unidos. La base poblacional de la nación —continuaba su argumentación— es lo que genéricamente se llamaba la raza inglesa y a la que, habiéndose formado lentamente, por siglos y con muy poca mezcla de sangres, correspondía llamarle una raza histórica. Así

pues, con el peso de la historia encima, la política migratoria estadounidense debería considerar los riesgos de un cambio: estaban en peligro la apariencia física, las instituciones y leyes, la cultura y la lengua misma, ya que, como "la historia nos muestra [...] La raza baja absorberá a la alta, no la alta a la baja, cuando las dos especies se aproximen a la igualdad numérica".[27]

Medidas restrictivas y selectivas, basadas en ideas radicales como las de Lodge y otras emparentadas en espíritu y estilo, fueron cobrando cada día más adeptos en el mundo de la ciencia y la medicina, la política, el movimiento obrero, las iglesias; sin embargo, su implementación, particularmente las pruebas de alfabetización, fue vetada sucesivamente por los gobiernos de los presidentes Cleveland en 1897, Taft en 1913 y Wilson en 1917, aunque en esta última ocasión el Congreso se impuso decretando una nueva Ley General de Inmigración en febrero de ese año. [28]

Casi un decenio después de la Ley de Exclusión China, el Congreso estadounidense decretó el Acta de Enfermedades de 1891, seguida por la Ley de Inmigración de 1903, que fortalecían mucho la capacidad de manejar la movilidad en la frontera por parte de los inspectores de los servicios de Inmigración y de Salud Pública, particularmente en El Paso, donde se habían instalado las oficinas centrales de inmigración para el suroeste del país. La ciudad de El Paso, por su incómoda vecindad inmediata con Ciudad Juárez, se había convertido en la "puerta trasera", a través de la cual enfermos, criminales y demás inmigrantes indeseables, que no habían podido entrar a Estados Unidos por la vía marítima, estaban inundando al país. [29]

3
¿Nativistas, eugenistas o racistas?

El nativismo estadounidense[1]

El origen de la ideología nativista data del siglo XVIII y desde su inicio preconizó la "natural" superioridad de los blancos anglosajones sobre cualquier otro grupo humano. Durante el siglo XIX, las elites económicas, religiosas y políticas vieron en la población indígena de Estados Unidos —que sólo se interesaba por sus tierras—, y en las oleadas de inmigrantes, un reto a la integridad y pureza racial y cultural del grupo angloprotestante que desde entonces gobernó esa nación.

A pesar de sus aprensiones, tuvieron que reconocer que la expansión del capitalismo en su país requería de refuerzos numerosos y constantes de mano de obra que soportara el espectacular crecimiento de industrias, comunicaciones, minería y agricultura. Así pues, desde mediados del siglo XIX se empezaron a afinar los puntos de vista y las posiciones políticas respecto a los inmigrantes: algunos eran mucho más deseables que otros.

El nativismo estadounidense permeó el aparato gubernamental y permitió delinear las políticas migratorias más trascendentes de aquel país, como la Ley de Exclusión China de 1882, el acuerdo antijaponés de 1907 o la serie

de medidas tomadas entre 1917 y 1924, diseñadas para prevenir la llegada a territorio de Estados Unidos de inmigrantes del sur y del este de Europa. No puede olvidarse el acta de 1924 que redujo la posibilidad de inmigrar a católicos, italianos y polacos, así como a judíos de Europa oriental y a la población asiática. El nativismo, tanto en Europa como en Estados Unidos, definió, por vez primera, a la "raza blanca" como un grupo social con un papel de privilegio en la historia mundial.

Como producto de estas ideas, se desarrolló el nacionalismo blanco que creció durante todo el siglo XIX, con un acuerdo tácito entre las elites políticas y económicas originarias del norte europeo que siguieron dominando al país después de la Guerra Civil (1861–1865) y los cuadros académicos que, desde las instituciones de educación superior y la prensa, generaban el discurso narrativo que daba "sustento" a la superioridad anglosajona, adoptando para ello el darwinismo social que les permitía proponer no sólo la sobrevivencia del "más apto", sino su derecho "natural" a dominar a los demás.[2]

Este nativismo racial tomó la forma de un anglosajonismo o nacionalismo blanco que gradualmente empezó a centrar sus "dudas" en los numerosos inmigrantes que llegaban del sur y del este europeos. Fueron considerados no sólo distintos culturalmente, sino inferiores en el sentido racial. Sin embargo, y durante algún tiempo, el nativismo racial fue contenido en círculos elitistas debido a que la expansión económica experimentada durante la Era Progresiva (1889-1920) requería del ingrediente esencial de mano de obra abundante. Desde entonces, se ha vuelto casi oficial el hecho de que los ciclos económicos determinen las políticas migratorias. En tiempos de escasez de mano de obra, el Estado impuso pocos obstáculos a la inmigración.

La palabra *eugenesia* fue ideada por el científico inglés Francis Galton en 1883, con la premisa de que el conocimiento de las leyes de la herencia podía usarse para lograr mejoras importantes en la reproducción y desarrollo de las razas. Puesto en otras palabras, la eugenesia dio cobijo a un movimiento para mejorar la raza humana y, particularmente, para preservar la pureza de algunos de sus integrantes. Como ciencia, se basó en el supuesto de un entendimiento novedoso de las leyes de la herencia humana. Como movimiento social, fue un intento de asegurar el constante mejoramiento de la sociedad mediante el manejo de la herencia, haciendo que los individuos y grupos más aptos se reprodujesen entre ellos y, como consecuencia obligada, previniendo que los poco aptos descompusieran o contaminaran las generaciones futuras.

El nuevo evolucionismo que desató la aparición de *El origen de las especies* de Charles Darwin en 1865 fue una poderosa avenida de influencias sobre lo que después sería conocido como la eugenesia, la cual reconoce como su texto fundador al *Hereditary Genious*, del propio Galton, que apareció en 1869. Desde entonces, dos tradiciones eugenésicas —ligadas también a nacionalismos y procesos de construcción de Estados-nación diferentes— se extendieron por buena parte del "mundo occidental"; una dominó el mundo anglosajón y otra se arraigó en el mundo latino.

La tradición eugenésica anglosajona cobijó de manera más celosa las ideas, sobre todo políticas, del darwinismo social. Un notable biólogo alemán, August Weismann, propuso que en las sociedades y los grupos humanos era distinguible un patrón genético, al cual llamó germoplasma, y que, sin importar las condiciones externas, era

transmitido de generación en generación sin sufrir alteraciones. En el mundo latino —Francia, Italia y América Latina— las ideas de Lamarck, de un germoplasma capaz de responder a las influencias externas, positivas o negativas, fueron determinantes para moldear una eugenesia *light* que profesaba un racismo menos evidente y que se veía obligada —particularmente en América Latina— a una visión optimista de las mezclas raciales. La mestizofilia mexicana destaca, sin lugar a dudas, en esta línea de pensamiento como una corriente particularmente rica en propuestas que fueron abrazadas por los regímenes posrevolucionarios durante los años veinte y treinta.[3]

Las ideas de Weismann (el weismanismo) fueron objeto de, al menos, dos tipos de lectura: una optimista, radical y positiva que señalaba que si el germoplasma no sufría cambios, entonces era posible encontrar elementos y rasgos alentadores, tanto en clases privilegiadas como en desfavorecidas; pero también una lectura pesimista, conservadora y negativa que lanzaba la idea de que sólo los que se encontraban en la cima de la estructura social eran los más aptos y mejor dotados. Fue esta última la que empezó a popularizarse en medio de los temores desatados en Europa, y más aún en Estados Unidos, de una degeneración social provocada por los cambios que producían la industrialización, la migración de millones de seres humanos, los cambios en las conductas y hábitos sexuales y el salto de la mujer al mundo del trabajo asalariado. La agitada atención de los eugenistas se centró primero en esas clases miserables que crecían en arrabales, las masas de desempleados, la creciente población presa del alcoholismo y los enfermos mentales e inadaptados que deambulaban en las calles o atestaban los asilos y hospitales.[4]

En ese ambiente, los primeros proyectos para la esterilización involuntaria se empezaron a discutir como políticas sanitarias oficiales, dando con ellos un giro brutal a

las tradicionales formas que habían normado los derechos a la reproducción de la familia occidental. A principios del siglo xx se expidió la primera ley estatal de esterilización obligada o involuntaria en Estados Unidos; hacia finales de los veinte, leyes similares habían sido aprobadas en 24 estados, tomando como sujetos de su acción a hombres pobres, generalmente negros recluidos en cárceles e instituciones para enfermos mentales. Se ha calculado que, entre 1917 y 1945, setenta mil individuos fueron esterilizados.[5]

Por supuesto, el ejemplo más aterrador de esterilización involuntaria masiva organizada por el Estado ocurrió en la Alemania nazi. Apenas llegado al poder en 1933, Adolfo Hitler promovió una ley que estableció tribunales de salud genética, desde los cuales se ordenó y supervisó la esterilización involuntaria de aproximadamente uno por ciento de la población alemana de entonces.[6]

Estado y eugenesia

La confluencia e interacción del nativismo, la eugenesia, la ciencia médica y los procesos de racialización de grupos humanos y de regiones específicas —como la frontera entre Estados Unidos y México— deben entenderse en el contexto de los grandes cambios políticos, culturales, sociales y económicos experimentados en Estados Unidos durante la Era Progresista entre 1880 y 1920, pero que en muchos sentidos se extienden hasta la entrada del país a la Segunda Guerra Mundial.

La aparición de la sociedad industrial y la consolidación de grandes teatros manufactureros como Nueva York, Chicago, Detroit y Los Ángeles fracturaron, en más de un sentido, las estructuras sociales tradicionales. Desde

los años ochenta del siglo XIX, las ciudades del norte recibieron oleadas de afroamericanos del antiguo sur esclavista, junto con otra que trajo a cientos de miles de inmigrantes de países como Italia y Hungría. La aparición de estos mares de caras nuevas hizo que los miembros de la elite, junto con una mayoría del cuerpo científico y académico del este y el medio oeste, vieran con pánico los "deteriorantes" efectos que la segunda Revolución Industrial estaba teniendo sobre sus otrora "pacíficos" *hinterlands*. La eugenesia logró articular un discurso que rebasaba con mucho a la mera diatriba racista y antiinmigrante.[7] Con fundamentos tomados del evolucionismo, concibió métodos para poner un alto a la onda expansiva y destructiva de una sociedad que estaba distendida y siendo carcomida por una dinámica centrípeta; para ello, era necesario y urgente establecer y monitorear límites claros del *body politic* nacional.

Además de las medidas de orden técnico que pregonaban los eugenistas, como la planeación científica y racional del crecimiento y manejo adecuado del "germoplasma humano", en sectores cada vez más extendidos se urgían políticas contra los inmigrantes. El ambiente social y cultural que los rodeaba había ido cambiando irremisible y radicalmente, de uno que se enorgullecía de enriquecerse de influencias que fortalecían el "ser americano" a otro que engendraba claras formas de nacionalismo xenofóbico. Esta actitud de las primeras tres décadas del siglo XX encontró en la biología, y, claro está, en la genética, los elementos "científicos" para su discurso. Con esos nuevos argumentos creyeron poder explicar la pobreza, la criminalidad, los comportamientos sexuales desviados, la desorganización urbana y la enfermedad.[8]

La eugenesia en la frontera

El ideal de la blancura nórdica emblemática del nativismo racista, al que ya nos referimos, se mezcló con las propuestas eugenistas de administración del “germoplasma” en la acción de las agencias gubernamentales encargadas de lidiar con el fenómeno migratorio. La profilaxis fronteriza, basada en la inspección higiénico-sanitaria, en apariencia una actividad fría y meramente técnica, buscó de manera febril la racialización y la taxonomización de los cuerpos para categorizarlos y controlarlos en nombre de la pureza nacional. En su afán por demostrar la validez de sus ideas acerca de administrar y controlar al máximo la llegada de razas no favorecidas por la naturaleza, idearon pruebas difíciles de imaginar en los famosos puertos de entrada de Angel Island en el Pacífico y Ellis Island en el Atlántico. Como es conocido, fueron particularmente duros con los inmigrantes chinos a quienes, junto con otros no deseados, se les practicaron exámenes médicos invasivos e internamientos sanitarios; también se les sujetó a pruebas de inteligencia que en la práctica estaban diseñadas para exponer la debilidad mental de esos inmigrantes. Toda esa práctica logró la burocratización y la estandarización de la visión del otro.[9]

La geografía ha obligado a Estados Unidos a una relación casi íntima con México. El proceso de racializar y medicalizar a México y a los mexicanos no fue tan intenso como lo sucedido con las poblaciones asiáticas pero, pasado el tiempo, le llegó la hora a la frontera, cuya falta de precisión social y cultural tanto preocupaba a la elite anglo de las ciudades fronterizas estadounidenses. Y es que los mexicanos eran un “otro” diferente, no venían del otro lado del Atlántico ni eran antípodas como los chinos; los mexicanos estaban pegaditos, de hecho formaban parte del *body politic* de Estados Unidos, ya que todo el su-

roeste era impensable sin el componente histórico “no importado” de lo hispánico y mexicano.

A partir de la segunda década del siglo xx, la frontera con México empezó a ganar espacio en el imaginario estadounidense y las ideas eugenistas fueron situando al vecino del sur en la mira de la burocracia y las instituciones encargadas del resguardo de la esencia nacional. Para estos años, las ideas clasistas y racistas de las elites urbanas, como la de El Paso, confluyeron con las propuestas eugenistas en el seno del gobierno federal, en agencias como el Servicio de Inmigración y Naturalización y el Servicio de Salud Pública, y en la acción e integración de cuerpos paramilitares como los Texas Rangers y la Border Patrol.

La Revolución Mexicana fue el punto de quiebre para las relaciones diplomáticas entre los dos países, pero también fue un viraje cultural, ya que los eugenistas y nativistas estadounidenses encontraron en esa coyuntura el momento y pretexto ideal para cambiar el centro de su preocupación, de los chinos hacia el híbrido llamado mestizo mexicano. Esto se volvió particularmente cierto en momentos en que Estados Unidos empezó a estacionar tropas pertenecientes a la Guardia Nacional en la frontera, justo antes de su entrada al escenario bélico de la Primera Guerra Mundial. La presencia de una población flotante tan importante revivió el *wide open town*,[10] pues los vicios se volvieron a disparar; en esta ocasión la purificación de El Paso había logrado que la mayor parte del consumo de alcohol y la práctica de la prostitución pasara a Juárez. La militarización de la frontera, a partir de 1915, trajo como consecuencia que los eugenistas, civiles y militares identificaran injustamente la región y, particularmente, el lado mexicano, como un sitio de enfermedad e inmoralidad.[11]

Juárez y El Paso representan un caso ideal para el estudio de los eugenistas, agencias gubernamentales, cuerpos

paramilitares, la elite anglo y organizaciones racistas extremistas como el Ku Klux Klan, en interacción frente al fenómeno migratorio mexicano. Las acciones encaminadas a la purificación del *body politic* quedaron inextricablemente conectadas con el manejo de la inmigración como una herramienta de Estado que incluyó el rediseño sociorracial de la ciudad de El Paso, y con la creación y popularización de un discurso médico que, con su particular poética y metáforas, logró instalar en el imaginario popular la oposición de un Estados Unidos limpio contra un México corrupto y patologizado.[12]

En 1925 David Starr Jordan, ex rector de la Universidad de Stanford y uno de los fundadores del Comité Eugenista de la American Breeders Association y de la asociación filantrópica MexicanAmerican League, señalaba en una carta a Charles Davenport —a quien ya nos referimos— su preocupación por la entrada masiva de mexicanos a California y a Estados Unidos, así como su urgencia para que su entrada y presencia fueran monitoreadas de manera más meticulosa:

> Los mexicanos han traído consigo la plaga bubónica, la viruela y el tifus. Y aunque estas enfermedades no han afectado las partes del sur del país con buenos estándares de limpieza, los funcionarios de salud se encuentran agobiados por el trabajo, y el miedo a las enfermedades ha derrumbado a la mitad la principal cosecha del sur de California: los turistas invernales.[13]

Esta directa correlación de Jordan entre el individuo mexicano y la condición de impureza y enfermedad encontró cada día más audiencia entre la clase política y los grupos de elite de la porción suroeste de Estados Unidos, y constituyó una vinculación entre el discurso científico, el nativismo y un nacionalismo blanco que empujaban la consolidación de la identidad de la nación-imperio.

4
La medicalización de la frontera

Las circunstancias que originaron la moderna frontera entre México y Estados Unidos obligaron a que su trazo se hiciera sobre un territorio con dominio político, territorial y cultural que no reconocía la hegemonía de la sociedad angloamericana. Como parte del patrimonio territorial estadounidense había quedado, merced a la derrota mexicana estipulada en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, una extensa región con una población importante de origen hispano y mexicano. Al correr el nuevo límite internacional en zonas acostumbradas a una constante comunicación y movilidad, la frontera se mantuvo por muchos años ajena a la vida cotidiana de los habitantes mexicanos en lugares como Juárez y El Paso. Ambas poblaciones seguían unidas por prácticas viejas, lazos interpersonales profundos, intereses económicos muy fuertes. En varios sentidos, la verdadera frontera aún se encontraba muchos kilómetros al norte; la frontera política no estaba sobrepuesta a la frontera anímica y cultural, y esto es especialmente cierto en el caso de la línea divisoria entre México y Texas.

Debería sernos casi evidente que una línea fronteriza, aunque fuese resultado de una guerra como la de 1846-1848, no iba a resolver los conflictos derivados de los in-

tentos por imponer un nuevo sistema de identidades que dejaría de reconocer al que, bien o mal, había proporcionado lazos de comunidad a la población del viejo septentrión mexicano: lengua española, religión católica y administración colonial. Así, la frontera sur de Estados Unidos enfrentó su primer reto como contenedora de identidad y ciudadanía estadounidense y, por tanto, como diferenciadora del "otro", no en el mismo límite con México, sino dentro de sus nuevos territorios ganados en guerra. No importó que el Tratado de Guadalupe Hidalgo hubiese ordenado el otorgamiento de la ciudadanía estadounidense a los mexicanos que se quedaron "voluntariamente" al norte de la frontera;[1] los verdaderos límites de la ciudadanía tuvieron que ser definidos una y otra vez en todos los espacios sociales: tribunales, calles, escuelas, iglesias, lugares de trabajo.[2]

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX, esos estadounidenses de origen mexicano tuvieron que luchar por hacer efectivas las disposiciones del tratado en materia de reconocimiento a sus derechos de propiedad. Durante muchas décadas, se habían acostumbrado a verse como el grupo dominante respecto de los grupos étnicos nativos que por centurias habían habitado y transitado esos enormes territorios. Particularmente cierto resultaba ese sentimiento en la elite, la cual se afirmaba de origen español y poseía tierras y ganado, aunque el mencionado tratado también otorgó derechos civiles, incluidos los de propiedad, a poco más de noventa mil mexicanos que decidieron quedarse en los territorios que Estados Unidos se anexaba.

Tanto el gobierno de Texas como el federal, tuvieron un reconocimiento especial hacia los mexicanos blancos y españoles. Sin embargo, conforme el simple control de la tierra dejó de tener tanta importancia, la elite terrateniente hispana —especialmente en Texas— vio el rápido des-

vanecimiento de su antiguo prestigio y poder. Como ha mostrado de manera espléndida David Montejano, la expansión de líneas ferrocarrileras a través del territorio completó su desplazamiento.[3] Perdidos estatus y fortuna, para los texanos anglos[4] un mexicano era un mexicano, sin importar árboles genealógicos. El ferrocarril, podemos decir, produjo el efecto sociocultural de borrar las antiguas ambigüedades raciales, dejando asentadas dos sociedades diferenciadas: la anglo y la mexicana.[5] Pero ni la ciudadanía estadounidense se encontraba asegurada por completo; desde 1850 y hasta fines del siglo, tuvieron que recurrir repetidamente a tribunales federales para que invalidaran las decisiones tomadas por legislaturas locales de California y Texas, principalmente, en las que se pretendía excluirlos de sus derechos ciudadanos, basados en su origen nacional como mexicanos.[6] El nacionalismo blanco, fundado en ideas nativistas, defendía la unidad raza-nacionalidad-ciudadanía como la legítima portadora de las virtudes culturales y cívicas de los ciudadanos blancos.

Como señalé atrás, la frontera con México queda más exactamente descrita, a fines del siglo XIX y principios del XX, como el límite sur de la nación estadounidense, puesto que los esfuerzos de monitoreo estaban centrados en detener la entrada de nacionalidades y cuerpos definidos: asiáticos, árabes del Oriente Medio, judíos y eslavos del centro de Europa. Antes de tener una frontera funcional con México, en Estados Unidos tenía que producirse un conjunto adecuado de herramientas y filtros identificadores de los habitantes de ese país al sur. La perorata estrictamente racista que despreciaba sin más a cualquier grupo étnico fuera del grupo racial fundador de la nación, no proporcionaba la sofisticación que necesitaba una política de Estado para la defensa de su integridad y de sus fronteras.

La frontera con México significó un reto para las autoridades y clases dirigentes del país; la comunidad médica y científica asumió una parte considerable del desafío. El impulso que recibió la reflexión basada en la eugenesia correspondió a las enormes dificultades enfrentadas para clasificar apropiadamente a los mexicanos. El esquema racial que establecía dicotomías tales como blanco-negro o tropical-templado, o que permitía diferenciar a un "otro" con claridad —como en el caso de los grupos de inmigrantes recién mencionados—, simplemente no funcionaban en el caso de los vecinos del sur. Sin embargo, los racistas y nativistas, que para fines del siglo XIX ya dominaban económica y políticamente El Paso, San Antonio, Brownsville o Laredo, insistían en que "sus" ciudades se encontraban "infectadas" del fenómeno *mongrel*.[7]

Cordones sanitarios

Durante todo el siglo XIX la gran región que abarcaba Texas, Nuevo México y estados como Nuevo León, Tamaulipas, Coahuila y Chihuahua había sido escenario de una intensa actividad que creció aún más durante los años de la Guerra Civil.[8] Así pues, Texas, en lo particular, no obstante el claro predominio social y económico que ya tenían los angloamericanos en su territorio a comienzos de 1880, experimentaba una fuerte presencia mexicana producida no sólo por la vieja población anterior a la guerra con México, sino por una notable movilidad de trabajadores que iban y venían cruzando la frontera cotidianamente sin mayores obstáculos.

A principios del otoño de 1882 apareció un brote epidémico de fiebre amarilla en las poblaciones de los valles bajos del río Bravo, resultando muy afectada la ciudad de Brownsville (frente a Matamoros). Con independencia de

los efectos que causó la epidemia, en términos de las vidas que cobró, se convirtió en uno de los momentos clave para la instalación de una frontera con México, real, definida y vigilada, pues permitió sembrar la semilla —en los terrenos oficial, científico-médico y en el popular— de un discurso y una imagen de México y los mexicanos como amenaza para el bienestar de la población blanca de Estados Unidos y, muy particularmente, de la población de sureños blancos.

Después de la Era de la Reconstrucción (1865-1877), y durante el arranque de la Era Progresiva (1889-1920), y al igual que otros muchos aspectos de la vida de la república,[9] la óptica de la salud pública dio el giro de un total localismo hacia una visión amplia y nacional en lo referente a enfermedades contagiosas. Por ello, también se convirtió en un momento clave para afirmar el poder del gobierno federal, gracias al manejo del lenguaje científico-médico que logró ganarse el respeto de la población. Tenemos, pues, que también la salud pública, como discurso y como organismo burocrático para la afirmación del Estado sobre regiones e individuos, tiene un papel protagónico en la definición de esa nueva frontera con México.

La aparición de la fiebre amarilla en la región limítrofe entre Texas y México legitimó la presencia de dos brazos de gran alcance del gobierno federal: el United States Marine Hospital Service (antecesor del U. S. Public Health Service) y el ejército. Estas agencias fueron investidas de una autoridad que llegó a intimidar a los habitantes de la región, pues no habiendo rebelión, disturbio o brote de violencia generalizada que ameritara una medida similar a un toque de queda, médicos apoyados por soldados tuvieron el poder para decidir sobre el movimiento de las personas, inspeccionar la intimidad de los hogares y confinar en instalaciones de detención a quienes se considerase como riesgo de salud. El poder del Estado pudo inspeccio-

nar y tocar los cuerpos de habitantes que quizá nunca habían sentido su presencia de manera tan cercana. Terminada la epidemia, las autoridades sanitarias pudieron proclamar con orgullo que el ejercicio de ese amplísimo poder sobre la gente, sus cuerpos y sus movimientos había rendido frutos satisfactorios, pues entre las ciudades de Corpus Christi y Laredo, una distancia de casi 260 kilómetros, no se había reportado ningún caso de fiebre amarilla. La excepción había sido Brownsville, donde la mitad de sus 4,500 habitantes se infectaron y 114 murieron.

¿Qué hacía diferente a Brownsville? La gran presencia de población mexicana y el movimiento de "peones" que cruzaban constantemente desde la ribera mexicana del río Bravo para trabajar en ranchos, granjas y fincas del lado texano. La notable diferencia en la mortalidad demostraba, de acuerdo con el Surgeon General,[10] John Hamilton, cuan legítimo era el uso de la autoridad médica federal y el establecimiento de vigilancia armada que limitara la movilidad de las personas, insistiendo en llamar a esas líneas armadas "cordones sanitarios", en busca de afianzar la legitimidad de la medida, ya que en la práctica se establecía una frontera interna que dividía el sur de Texas (de fuerte presencia mexicana) con el interior del país. Ese cordón sanitario iría perdiendo importancia conforme "todas las ciudades sean tan limpias que la suciedad que ahora padecen no sea más nido para el crecimiento y propagación de las semillas del contagio, y que el movimiento provocado por el comercio se vuelva también limpio y saludable"; mientras tanto, los cordones sanitarios, bajo control de los médicos del gobierno federal, deberían seguirse usando para "separar y proteger a las formas de comercio limpias y saludables de los peligros de ciudades dentro y fuera de las fronteras de Estados Unidos".[11]

Las medidas de salud pública desplegadas por el USMHS en la región cercana a la frontera con México incluyeron

un proceso de racialización de la zona. Los cordones sanitarios —vallas humanas de soldados y médicos— funcionaron, en efecto, como método para evitar la expansión de enfermedades infecciosas, pero también trazaron líneas imaginarias poderosas en las que se diferenciaba a poblaciones texanas con una composición eminente o mayoritariamente mexicana de aquellas cuyo componente racial dominante era el anglosajón. Esa frontera interior segregaba zonas que no cumplían con los estereotipos estadounidenses de hábitos, limpieza y actitud hacia las fiebres, y cuyas poblaciones tenían dificultades en reconocer y respetar con facilidad los límites establecidos por la autoridad del Estado, como en el caso de los cordones sanitarios. Los mexicanos a ambos lados de la frontera ofrecían una lectura adicional sumada a la racial: para los monitores sanitarios y los grupos dominantes del sur de Texas, eran una población que mostraba una extremada movilidad. El peón mexicano era altamente mutable, podía hacer trabajo en granjas para luego aparecer como residente en pueblos y ciudades como sirvientes, en el sector de servicios o como obrero industrial, y luego convertirse en trabajador ferrocarrilero. Esa enorme adaptabilidad del trabajador mexicano, que tanto beneficiaba la economía del suroeste, era vista como un riesgo de salud que se ligaba a la naturaleza misma de las epidemias; una de las soluciones que por entonces se pensó ayudaría fue una paulatina represión de la movilidad mexicana. Resulta fascinante que en este ejercicio de profilaxis se estuviera pensando en los mexicanos a ambos lados de la frontera: limitar el movimiento de mexicanos al sur de Texas para luego volverlo a restringir entre esta zona y el norte de Estados Unidos.

La construcción de la ecuación "mexicano igual a riesgo de salud" se constituyó en una forma de discriminación por origen nacional, que afectó la vida de los trabaja-

dores mexicanos pero insultó a las muy racistas clases altas y medias mexicanas de los estados norteños que fueron igualados a sus compatriotas del sur del país y particularmente a la población indígena. Los inspectores médicos angloamericanos pensaron que los mexicanos de todas las clases sociales, residentes en la región fronteriza, compartían una suerte de inmunidad en contra de las enfermedades "tropicales", lo que los hacía actuar con una actitud floja y negligente, convirtiéndolos en auténticos vectores para la transmisión de enfermedades contagiosas. El ferrocarril, que modificó las economías del suroeste estadounidense y del norte mexicano, no hacía sino potenciar ese peligro.[12] Por ello, se intentó llegar a un acuerdo con las compañías ferrocarrileras que llegaban a la frontera y con el gobierno mexicano para que aceptaran medidas de filtro e imponer restricciones a las personas que viajaban a la frontera y que pudieran representar algún riesgo de salud. El gobierno mexicano, pensando en los inmigrantes turcos y sirios que usaban al país como vía para entrar a Estados Unidos, rechazó la propuesta por considerar que, de aceptarla, las personas infectadas o enfermas se podrían quedar estacionadas en ciudades como Juárez o Matamoros.[13]

Estos argumentos esencialmente racistas, aunque amparados por la "voz médica", son el antecedente inmediato de las políticas de inspección fronteriza basadas en el escrutinio de los cuerpos de los extranjeros que cruzan la línea divisoria atrás enunciada y en las que nos detendremos con detalle más adelante. De manera adicional, son muy importantes porque lograron conceptuar y hacer operar limitadamente una frontera interna que dividía el sur de Texas del resto del país, utilizando argumentos sanitarios y étnico-raciales.[14] En los hechos, este proyecto de profilaxis regional solicitado por los grupos angloamericanos dominantes, operado por agencias del go-

bierno federal y apoyado discursiva y profesionalmente por parte del *establishment* científico, hacía un reconocimiento tácito de la presencia mexicana como elemento contrario al ideal "nacional" de desarrollo.[15]

Los cordones sanitarios eran una herramienta de la ingeniería del poder del Estado para combatir la epidemias, pero al ser éstas portadas y transportadas por cuerpos, tanto las epidemias como las medidas para combatirlas permitieron debatir, desde una plataforma arreglada con escenografía científica, la raza de las personas y su origen nacional e, incluso, presentar con nuevo vestuario las conveniencias que tenía el sistema esclavista del sur abolido en 1862.[16] Se argumentó que la movilidad física de las clases bajas era un riesgo para la salud del *body politic* nacional pues, en el caso de la población negra liberada, su libertad de movimiento permitía la propagación de las epidemias. Los negros, señalaban, eran más propensos a ser víctimas de las enfermedades infecciosas y por ello su condición natural debía caracterizarse por una movilidad restringida; como consecuencia, se les debería otorgar un estilo de vida patriarcal, protegido y con todo lo que pudieran desear. Puesto en corto, la libertad iba contra su naturaleza.[17] La identificación del mexicano como un "otro" totalmente definido y diferente fue un proceso cultural más bien lento, debido a la cercanía y cotidianidad con la que los mexicanos se hacían presentes en la vida diaria de, cuando menos, el suroeste estadounidense. El bagaje teórico y cultural acumulado, a finales del siglo XIX, por la naciónimperio para las imágenes de sí misma y el resto del mundo, le sirvieron en su proceso de consolidación de la frontera con México, más allá de los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo de corte estrictamente político-diplomático y de las líneas divisorias que trazaron las comisiones binacionales de límites.

El legado de lo que se llamó el *southern problem*, es decir, la libertad de la población negra, permitió la elaboración de conceptos que ligaban la libertad de movimiento con enfermedades contagiosas —la fiebre amarilla, en particular—, el trabajo libre y la raza. Ese amplio marco del debate imperial sobre clases bajas, orígenes raciales, salud pública y libertad de movimiento creó algo parecido a un sustento teórico para calificar a esos *aliens* del sur, tan cercanos pero tan ajenos. Ayudó a identificar el riesgo nacional que significaba que la frontera entre los dos países se cruzara sin respeto y con tal facilidad.[18] A partir de una reflexión de tipo sanitaria, basada en la creciente autoridad médico-científica, el sentimiento excluyente, que apuntaba que, en las zonas adyacentes o cercanas a la frontera con México, la falta de una mayoría angloamericana hacía que trabajadores de origen mexicano representaran una competencia excesiva a la fuerza trabajadora blanca, fue creciendo en legitimidad y consenso.

Antes de 1880, se habían experimentado brotes epidémicos de mayor o menor consideración, como es natural suponer, pero esa década se volvió particularmente fértil para el discurso nativista y exclusionista por el hecho de que ahora se podía vincular de manera directa la aparición de enfermedades infecciosas, como la fiebre amarilla o la viruela, a la movilidad de poblaciones de origen no angloamericano que ahora contaban con el ferrocarril para desplazarse desde lugares más distantes. El debate sobre el trabajo, la migración y la fiebre amarilla no hizo sino crear un foro para construir una correlación, directamente aplicable a la frontera con México, entre una cultura distintiva (que incluía hábitos de higiene, condiciones de las viviendas, infraestructura urbana y actitud hacia las medidas de salud como la vacuna) y una de movilidad constante, así como la relación de ambas con el sistema de salud pública estadounidense.[19]

Ya desde un momento tan temprano como 1883, se afirma que, entre los mexicanos, las enfermedades y las infecciones eran mucho más frecuentes por su estilo y condiciones de vida. A ambos lados de la frontera "los jacales mexicanos son posibles criaderos de infecciones [...] pues aunque no tenemos la información suficiente, [los jacales] están muy sucios y desagradables, y pueden, en el caso de una epidemia, convertirse en sitios de infecciones y muerte".[20]

Muchos años antes de que se endurecieran las políticas fronterizas contra los mexicanos, un inspector del United States Marine Hospital Service informaba, desde El Paso, un diagnóstico sintético de Ciudad Juárez: "La ciudad no tiene sistema de drenaje, y probablemente por doscientos cincuenta años la gente ha arrojado sus suciedades a la calle, y siete octavos de la población defecan al aire libre, en lugares muy cercanos a sus casas." [21]

Según otro testimonio sobre las relaciones El Paso-Juárez a principios del siglo XX, la viuda del doctor Huge White señalaba que su esposo había trabajado mucho a favor de la salud pública de El Paso. Al conocerse la posibilidad de un brote de sarampión o viruela, el doctor White pasaba recogiendo a los mexicanos en grandes vehículos y

> los bañaba y desinfectaba en el puente [...] Recogía a todos los mexicanos que podía a ambos lados de la frontera [pero] los mexicanos son la gente más amable del mundo. Mi esposo había vivido en Virginia donde están los negros. Si él hubiera tratado de hacer lo mismo con los negros, yo no estaría aquí ahora. Los mexicanos entendían el sentido de lo que se hacía e iban.[22]

Los cordones sanitarios establecidos por las autoridades federales de Estados Unidos causaron dos efectos que pueden considerarse paradójicos. El primero se relaciona con la cultura política estadounidense que normalmente ha

visto con recelo, o de plano ha rechazado, la expansión del poder federal sobre los espacios locales; en este caso, la experiencia resultó en una notable docilidad a esas medidas, que podemos entender debido a la creciente legitimidad que la voz médica ganaba y que le permitió moverse de los márgenes al centro mismo de la cultura estadounidense. El tradicional ejercicio de la democracia desde las localidades fue abandonando al irse entregando parte de las libertades ciudadanas —como las de tránsito o comercio— a la autoridad de los profesionales de la medicina. El segundo efecto tiene que ver con que la instrumentación del concepto y práctica moderna de la frontera con México hubiese sido delineada y administrada por funcionarios que, por regla general, desconocían por completo la región. Esa falta de familiaridad con la frontera, espacio de imbricaciones culturales tan profundas, también significó la posibilidad de una más rápida y radical construcción de la "mexicanidad".[23]

Finalmente, se puede afirmar que los cordones sanitarios y prácticas asociadas son responsables de la consolidación de la autoridad del Estado, ya que no sólo legitimó su preeminencia por encima de poderes, autoridades locales e intereses particulares, sino inclusive sobre los propios cuerpos y espacios de vida de los individuos. Se trataba de asentar los cimientos de la soberanía del Estado en una zona blanda y porosa, demasiado influida por la cultura de un país que, se aseguraba, era casi incompatible. Para hacerlo, trazó una frontera interna que, poco a poco, fue haciendo retroceder hacia el sur, hasta hacerla coincidir con la línea que en términos políticos y territoriales dividía a ambos países. En ese sentido, las agencias de salud estadounidenses conquistaron en definitiva, para su nación, la frontera con México.

El puente Santa Fe: Ellis Island del desierto[24]

Al iniciarse la década de 1880, el río Bravo dividía físicamente a dos poblaciones, Paso del Norte en Chihuahua y Franklin en Texas. Las abismales diferencias que pronto separarían a las dos poblaciones apenas se dejaban ver. La zona completa debió parecer polvorienta, adormilada y quizá un poco sórdida. La llegada de los ferrocarriles pronto zarandeó a sus habitantes y una actividad económica febril empezó a notarse. Los cambios llegaron incluso a los nombres de las ciudades: Paso del Norte dejaría de hacer mención a su lugar geográfico para honrar al presidente benemérito; Franklin, en cambio, decidió explotar precisamente su privilegiado lugar en la geografía estadounidense.[25] El viejo método de cruzar el río usando chalanas o a pie, en los meses de secas, fue sustituido en 1887 por un puente de madera que corría de la calle Santa Fe en El Paso a la calle Juárez del lado mexicano.[26]

Por muchos años, el puente Santa Fe significó, simplemente, una mejora para las condiciones de cruce del río Bravo, una edificación hecha para la comodidad y para facilitar la vida. Conforme creció la oleada conservadora que llamaba a la terminación de una frontera abierta y sin control, el puente Santa Fe cambiaría la vida de muchos al convertirse en espacio de observación, escrutinio, clasificación y exclusión por parte de los agentes monitores del Estado, encargados de fortalecer una frontera que, se pretendía, fuera la contenedora de la nación americana. El puente pasó de ser una simple obra de ingeniería civil para convertirse en escenario del despliegue de la ingeniería cultural que combatiría la realidad de una frontera permeable y de límites culturales imprecisos.

Si aceptamos total o parcialmente la propuesta del carácter instrumental del nacionalismo como herramienta

clave en la ruta de consolidación de los Estados nacionales, podremos imaginar que éstos y sus grupos dominantes usaron un ancho abanico de opciones para construir las categorías de identidad, ciudadanía y nacionalidad. Ese despliegue y desdoblamiento del poder del Estado utiliza o crea lugares que servirán como espacios escenográficos sobre los cuales se puedan llevar a cabo las puestas en escena que afirmen las definiciones de nación, espíritu nacional y ciudadano. Hacerlo permitirá también definir los opuestos de ese *hinterland* cultural, a quienes se deberá excluir.[27] El puente Santa Fe es, pues, un espacio escenográfico privilegiado en el que se desarrolla una narrativa espacial que entrelaza cuerpos en movimiento en su deseo o necesidad de cruzar un territorio con instalaciones ingenieriles en las que se han dispuesto monitores que desplegarán sobre esos cuerpos sus técnicas de escrutinio, revisión, clasificación social y racial, técnicas que llevarán a formular una identidad o una no identidad u otredad. En el puente se escenifica un ritual con el que se afirma la condición nacional e imperial de Estados Unidos: en ese momento, quienes se encuentran en sus márgenes la convierten en una "zona de contacto" para el ejercicio de la hegemonía del imperio.[28]

El puente internacional Santa Fe y, particularmente, los edificios de revisión migratoria y sanitaria sirvieron no sólo para el paso físico de las personas que necesitaban moverse de un lado al otro, sino que fueron espacios para la exploración y lugares de contención, así como sitios para la integración y procesamiento de estadísticas. Fueron, sin duda, exhibiciones del poder del Estado, pero también de la pobreza y de sus necesidades, del trato diferenciado gracias al dinero y a la apariencia física. Ahí se realizaron las exhibiciones más dramáticas de la condición fronteriza: los rituales de desinfección. Éstos enfatizaron la declaración implícita de cruce de fronteras y en particular de

ésta: la condición de ser un *alien*, es decir, de no estadounidense, un ser diferente, un riesgo potencial a la salud y seguridad del *body politic* EUA, un mal necesario. El puente Santa Fe, como observatorio, permitió producir la evidencia médica y estadística que ayudaría a crear el contenedor conceptual sobre México y sus nacionales, elevando a categorías "legítimas" y "neutras" muchas de las actitudes prejuiciosas de nativistas y racistas que circulaban en medios tan diversos como la prensa, la academia, las elites políticas y económicas, las iglesias y el movimiento obrero.[29]

El estallido de la Revolución Mexicana resultó ser el momento preciso para encaminar con mayor rapidez la definición precisa de México y de los mexicanos, y la redefinición del tipo de frontera que se debería levantar frente a ellos. Debemos recordar que el estado de Chihuahua, y de manera importante Ciudad Juárez, fue teatro de las acciones decisivas de la primera fase del movimiento revolucionario que lograría deponer al viejo presidente Porfirio Díaz en mayo de 1911.[30] Por el resto de la década, e incluso durante los años veinte, la ciudad no volvería a vivir una situación por completo estable y pacífica. La visión estadounidense sobre México, y la de El Paso sobre su vecina del sur, se consolidaron como las del lugar donde, además de la enfermedad, la suciedad y la pobreza, se enseñoreaban la violencia y los enfrentamientos de camarillas militares sin un gobierno nacional que de verdad funcionara.

Ese ambiente se agravó de manera exponencial cuando, en marzo de 1916, un grupo de mexicanos (entre ellos varios señalados como villistas), detenidos en el puente Santa Fe, fueron conducidos a la cárcel de El Paso y ahí, al sometérseles a un baño de desinfección contra el piojo portador del tifus, con una mezcla de querosén y vinagre, se produjo una gran explosión que mató a 28 personas.

[31] El suceso conocido como "el holocausto" suscitó una fuerte respuesta popular que requirió del ejército para ser controlada. Pocos días después otro acontecimiento, que no sufrió la suerte del olvido, caldeó aún más los ánimos antimexicanos: un grupo de villistas se adentraron en territorio de Nuevo México y atacaron la pequeña población de Columbus. El resultado militar fue desastroso para los mexicanos, pero fue enorme el efecto anímico e incluso propagandístico de la primera invasión armada territorial a Estados Unidos.[32]

En dos oficinas del gobierno federal, el Bureau of Immigration y el United States Public Health Service, se vio la coyuntura ideal que esperaban para ampliar la "profesionalización" de la vigilancia fronteriza y obtener del Congreso los recursos para modernizar y ampliar la antigua estación de desinfección. Sobre el mismo sitio, nivel inferior del flanco derecho del puente, se empezó a levantar un sólido edificio de ladrillo, equipado con modernas calderas, hornos, tuberías para la conducción de vapor, contenedores de sustancias químicas, regaderas y equipo para la desinfección. Finalmente, el 23 de enero de 1917 se inauguraron las instalaciones y llegó "el momento [para] una cuarentena blindada contra todos aquellos que entraran a Estados Unidos desde México". El encargado de ese proyecto fue el doctor Claude C. Pierce.[33]

El doctor Pierce formaba parte del equipo estrella de médicos del USPHS y, por orden de Washington, fue enviado a El Paso desde marzo de 1916, por lo que pudo darse cuenta de la tensión social provocada por "el holocausto" y por el asalto a Columbus. Pierce era el primer inspector sanitario con auténtica experiencia en "zonas de contacto", ya que había servido en la guerra con España en Cuba, conocía Puerto Rico y había pasado una larga estancia (1904–1912) en Panamá como inspector de cuarentenas. Al llegar a El Paso, era un auténtico experto no sólo en lo

que se denominaban enfermedades tropicales, sino en la efectividad de las medidas sanitarias apoyadas por fuerzas armadas para la protección de los intereses de Estados Unidos.

Sin embargo, el doctor Pierce tenía otra faceta que puede descuidarse si no se pone especial atención: conocía el enorme poder de una escenografía bien montada para generar sentimientos colectivos —seguridad, bienestar, imposición, subordinación—. En efecto, había obtenido esa parte importantísima de su formación gracias a que había sido encargado de montar la muestra del USPHS para la Exposición Internacional Panamá-Pacífico realizada en San Francisco en 1915.[34] Si en el Caribe y Panamá se había vuelto un experto en montaje de enclaves sanitarios en defensa de las áreas de influencia de su país, en San Francisco afinó su puntería para lograr incrementar el dramatismo de una acción, obteniendo la admiración y legitimidad de unos, y el respeto temeroso y subordinado de otros. La estación sanitaria del puente Santa Fe le otorgó la oportunidad de transformar los conocimientos adquiridos fuera del territorio estadounidense y su experiencia escenográfica en un montaje en vivo en tiempo y situaciones reales, justo en un punto tan controversial de la geografía de la nación-imperio.[35]

Mártires del tifus

La muerte en la frontera de tres personajes ligados a la lucha contra el tifus y la vigilancia fronteriza —dos médicos y un inspector— logró agregarle dramatismo y legitimidad a la puesta en marcha de la estación sanitaria de Pierce. Desde el año de 1915, diversos brotes de tifus mantenían en alerta al aparato de salud pública en el estado de Texas. La cantidad de infectados alcanzó tal pro-

porción que incluso 1915 fue llamado por un periódico “el año del tifus”.[36] Justo cuando la epidemia cedía en la región de El Paso,[37] el inspector Morris Buttner murió, el 27 de febrero de 1916, por síntomas asociados a esa enfermedad; sólo unas semanas más tarde el conocido doctor Carlos Husk se contagió y murió el 17 de marzo en Laredo.[38]

El impacto relacionado con estas dos muertes, más allá del duelo de sus amigos y familiares, permitió un despliegue propagandístico que, en el caso de Buttner, dejó claro el riesgo que enfrentaban los funcionarios públicos que tenían, como parte de su deber, tratar a los inmigrantes mexicanos. *El Paso Times* y el USPHS iniciaron una campaña para recabar fondos y apoyar a los deudos del inspector, a la que se sumaron varias iglesias, escuelas y empleados de las oficinas públicas, ya que Buttner era considerado un mártir. Unos cuantos días después, la campaña produjo un segundo resultado. El médico de la ciudad, Harry Klutzz, y el recién llegado doctor Pierce, recibieron autorización para realizar baños de querosén y vinagre en las instalaciones de la cárcel y del hospital del condado. Animado por sus experiencias previas en regiones “remotas”, Pierce, con el apoyo de Klutzz, y a quien se sumó el doctor J.W. Tappan de la Sociedad Médica del Condado de El Paso, pensó en revivir las acciones de combate, no al tifus sino a la fiebre amarilla, llevadas a cabo años antes en Cuba y Panamá, las cuales, a su vez, estaban inspiradas en la campaña contra el tifus de los alemanes que proponían como espacios privilegiados, para estas acciones de desinfección, cárceles y hospitales públicos. Sin embargo, el entusiasmo se arruinó. El 6 de marzo se produjo en la cárcel del condado una tremenda explosión que mató a 28 detenidos, todos mexicanos.[39]

La muerte de Husk afectó de inmediato a la comunidad médica de la ciudad y a todo el espectro político de la so-

ciedad angloamericana de El Paso, ya que el doctor Husk había sido un hombre de "grandes simpatías por México". Trabajando como oficial médico en jefe de la gran compañía minera Guggenheim, había organizado expediciones sanitarias para el combate del tifus a lugares como la Huasteca potosina, pues estaba convencido de que México "debería ser salvado de las furias de las enfermedades infecciosas". De igual manera, la muerte de Husk se integró a la retórica de la campaña mediática; el médico fue declarado "mártir de la humanidad" e incluso el gobierno de Venustiano Carranza anunció que se honraría su memoria.[40] Durante el resto del año se elevó el nivel de las reacciones contra una frontera poco vigilada. La retórica antimexicana queda bien expresada en las palabras del muy popular Tom Lea, alcalde de El Paso: "Las hordas de mexicanos pobres y cargados de enfermedades que están buscando entrar a El Paso desde México deben mantenerse fuera [...] a menos que se tomen los pasos conducentes para mantener a los indeseables fuera, declararé una cuarentena en contra de México."[41]

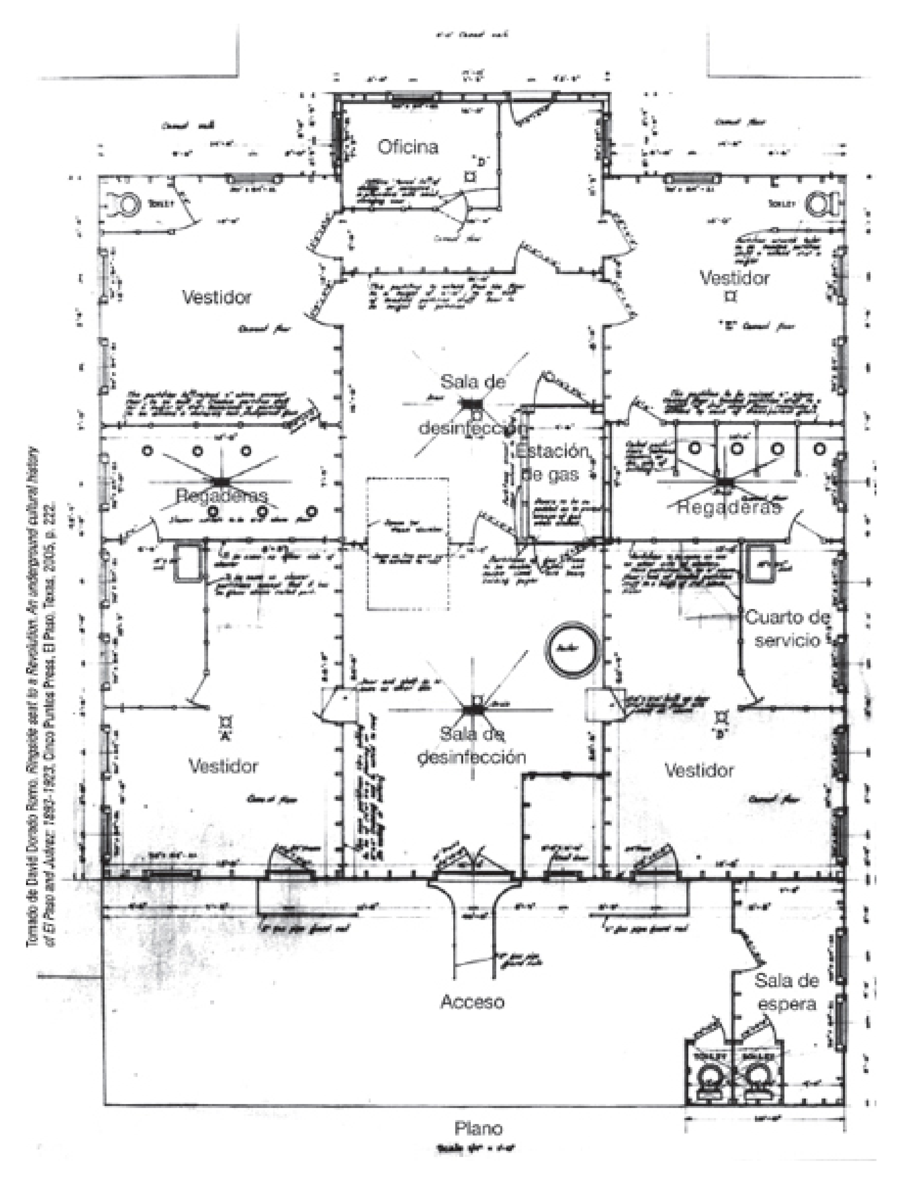
Pero el clímax llegó con la muerte, por tifus también, del doctor W.C. Klutzz, el 2 de enero de 1917, por haber sido director de los servicios médicos de la ciudad y un ardiente defensor del proyecto de convertir El Paso en un gran centro de salud para el suroeste del país. Klutzz fue caracterizado como un mártir por la prensa y, de alguna manera, podía inferirse que tanto su muerte como el fracaso por convertir a El Paso en la Montaña Mágica[42] del desierto se vinculaban con la desafortunada y perniciosa presencia de México.[43]

El ritual de desinfección

Al finalizar el mes de enero de 1917, quienes cruzaban el puente internacional experimentaron el surgimiento de un proceso de inspección fronteriza, cuya novedad era lo elaborado del ritual de reconocimiento y la impresión que causaban las instalaciones necesarias para realizarlo.[44] Para intentar comprender el impacto de este nuevo método de revisión, deben considerarse las décadas de vigilancia tenue e ineficaz que caracterizaba a la frontera con México y que había descrito bien el inspector Seraphic,[45] lo que significaba una considerable libertad de movimiento. Ese ritual de inspección tuvo marcadas diferencias con los practicados en Ellis Island en Nueva York y en Angel Island en San Francisco. Pierce lo estableció contando ya con los espacios necesarios para ello: un sitio para la esterilización de ropas y pertenencias, una sala donde esperaban ser desempiojados, salas de regaderas separadas para cada sexo. Un ritual que no sólo practicaba escrutinio, sino que clasificaba y diferenciaba para luego limpiar esos cruces multitudinarios entre México y Estados Unidos. El ritual partía de una premisa: toda aquella persona que viene de México es considerada como probablemente infestada de bichos y sabandijas.

Al terminar de cruzar el puente, el trabajo conjunto de los inspectores del Servicio de Inmigración y del Servicio de Salud Pública decidía, a partir de una inspección ocular —la apariencia física, evidencias de marcas por erupciones, cicatrices de vacunas—, si el extranjero que intentaba cruzar hacia Estados Unidos seguiría su paso —ya que aún no se necesitaban pasaportes— o se le sometería a una mayor inspección. De ser así, los extranjeros que estaban en duda debían bajar unas escaleras que los llevarían al costado inferior derecho del puente, donde se encontraba la planta de desinfección. Al entrar, los individuos esperaban un tiempo para formar un grupo, luego eran separados por sexo y llevados a las "salas para desvestirse",

en las que forzosamente debían despojarse de todas sus ropas y pertenencias, formando con ellas pequeños montoncitos en el piso; éstos eran recogidos y amontonados en grandes canastas metálicas para llevarlos a una sección del edifico, donde la ropa era restregada con sustancias químicas y vapor. Los cuerpos ya desnudos pasaban a las "salas de desinfección" respectivas y ahí los empleados revisaban el cuero cabelludo de los migrantes; de encontrárseles piojos, se les rapaba —si eran hombres— y el cabello se recogía en papel periódico para incinerarse. En caso de que la cabellera infestada estuviese en el cuerpo de una mujer, se le aplicaba una mezcla con partes iguales de querosén y vinagre, que deberían mantener por media hora con una toalla atada a manera de turbante.



Tomado de David Dorado Romo, *Ringside seat to a Revolution. An underground cultural history of El Paso and Juárez: 1893-1923*, Cinco Puntos Press, El Paso, Texas, 2005, p. 222.

Ya desempiojados, debían pasar a las "salas de regaderas" de cada sexo, donde los cuerpos desnudos eran rociados con una mezcla de jabón, querosén y agua. Aun esta parte del proceso era vigilada y atestiguada por un empleado. Para algunos el ritual no había terminado, pues de haberse considerado necesario, todavía eran conducidos con sus cuerpos desnudos a ser vacunados contra la virue-

la. El ritual concluía en las “salas vestidores”, en las que les entregaban su ropa en bultos y, según los testimonios, arrugada, húmeda, irritante y apestosa.[46] Al salir de las cámaras se les entregaba un certificado del USPHS, el Mexican Border Quarantine, que señalaba que el portador había sido desempiojado, bañado y vacunado, y todas sus ropas y pertenencias desinfectadas. Después de terminado el ritual, algunos cruzantes podían aún ser aislados por razones físicas o mentales, lo cual daba derecho a un examen médico a profundidad, que incluiría un perfil psicológico y un interrogatorio acerca de su persona y su ciudadanía.[47]

A cuatro meses de su puesta en marcha, la estación sanitaria del puente Santa Fe arrojaba estadísticas que permitían a Pierce reportar que no había nuevos casos de tifus en la frontera; sin embargo, anotaba, no se podía bajar la guardia. Para él seguía latente el peligro, pues una de las más prolíficas fuentes de epidemias seguía estando frente a ellos en Ciudad Juárez. Las estadísticas de inspección, de entre el 13 de enero y el 9 de junio de 1917, que elaboró para el USPHS y que fueron consultadas por Alexandra Stern, indicaban que en esos cuatro meses se habían presentado 31 casos de tifus en Estados Unidos, con resultados fatales en sólo tres de los infectados, pero ¡todos eran de El Paso! Aparte de las dudas que podamos tener de los datos de Pierce, sus resultados contribuyeron a fortalecer aún más la retórica antiinmigrante y antimexicana al dejar claro que El Paso era, quizá, el lugar más peligroso desde el punto de vista de las enfermedades contagiosas del país, por la altísima presencia de nacionales mexicanos, tanto en Juárez como en El Paso mismo.

La verdad es que, aun considerando como correcto el dato de esas tres muertes por tifus en El Paso, éste empequeñece al compararse con el número de cruces y cuerpos inspeccionados reportados por Pierce: 872,000.[48] La

misma información reunida por el doctor Pierce indicaba que por la frontera que Texas tenía con México, se realizaban unos cuarenta mil cruces semanales, lo que equivaldría a unas 5,700 personas inspeccionadas diariamente. Detengámonos brevemente en esta cifra que, al compararla con la cantidad de inspecciones realizadas en Ellis Island, deja ver cómo, a través de un ritual sanitario, se construía la imagen de México. De esas 5,700 personas, aproximadamente tres mil cruzaban por el puente Santa Fe; sus instalaciones daban servicio de 7 de la mañana a 7 de la tarde, lo que significa que, en promedio, cada hora unos 250 extranjeros eran sujetos a inspección. Ello también significa que si los tres médicos inspectores, Pierce, Tappan y Galloway, trabajaban sin parar las doce horas y no cumplían con ninguna otra obligación, cada uno revisaba entre 80 y 85 personas cada hora. Es un ritmo que sorprende si se le compara con la actividad en Ellis Island. Ahí, durante todo el año de 1917, fueron inspeccionados 129,000 inmigrantes, de los cuales hay que restar a todos los que viajaban en las cabinas de clases superiores de los trasatlánticos, que eran inspeccionados a bordo. Tomando en cuenta que allí el cuerpo médico estaba compuesto por 20 galenos y que el promedio diario de desembarco era de 350 inmigrantes, podemos imaginar que cada médico examinaba alrededor de 17 y 20 personas por día.[49]

De esa cantidad impresionante, setenta mil fueron sometidos al ritual de desinfección que acabamos de describir y 31,000 fueron vacunados contra la viruela. De nuevo, si nos atenemos a las cifras de Pierce, podemos concluir que durante esos cuatro meses del reporte, entre 550 y 600 personas, diariamente, habrían bajado las escaleras y descendido a las instalaciones sanitarias inauguradas a finales de enero de 1917.

Comparar las cifras del puente Santa Fe y de Ellis Island nos obliga a preguntarnos por qué la cuarentena me-

xicana era practicada con tal celo y fervor, cuánto de verdadero control sanitario hubo y cuánto fue parte de un discurso y prácticas de control de otro tipo. Las prácticas y rituales sanitarios son, sin duda, formas privilegiadas de afirmación del control, el poder y la superioridad de una nación frente a otra y, por ende, una forma de afirmar su frontera. La razón puede resultar relativamente sencilla de enunciar: fueron mecanismos de gran efecto dramático y enorme poder de convencimiento, pues golpearon e invadieron los lugares más íntimos de las mentes y cuerpos de aquellos mexicanos, cuya experiencia al cruzar el río Bravo usando el puente Santa Fe había cambiado tan radicalmente. No hay duda de que la dureza y la fuerza de sometimiento al ritual sanitario creaban una pedagogía mucho más efectiva que la de los tratados internacionales y los mapas que señalaban gráficamente las fronteras, para interiorizar en cuerpo y mente la condición de *alien* que la frontera con Estados Unidos debía imponer.

Resulta fácil imaginar que los inmigrantes que desembarcaban en Ellis Island, después de semanas de viaje, ofrecían una imagen más "criticable" o "sospechosa" ante los ojos de los inspectores que la presentada por muchos de los mexicanos que cruzaban el puente para trabajar, comerciar o simplemente socializar. Aun así, en Ellis Island sólo se desnudaba a la gente cuando había sospechas fundadas de enfermedad; la desinfección para eliminar los piojos era una práctica aleatoria sólo aplicada en el caso de que el inmigrante hubiese sido detenido para observaciones adicionales. Sin embargo, en el caso de la frontera con México, para los inmigrantes, cuya inmensa mayoría pasaba a pie, "la medicalización fue incorporada directamente al proceso de entrada. Más aún, en El Paso, y en general a lo largo de la frontera, el desnudarse a fuerza y la desinfección total continuó hasta fines de los vein-

te, mucho después de que el pánico por el tifus había desaparecido.”[50]

En la década siguiente, lo que tendió a incrementarse fue un trato más duro hacia los llamados “trabajadores locales”. En 1923, Irving Mcniel, uno de los médicos inspectores, informaba que “basados en apariencia y la clase social a que pertenecían, 90 por ciento de los que cruzaban eran enviados a desinfección”.[51]

5
El enemigo indispensable

> La legislación migratoria de Estados Unidos fue pensada en los puertos marítimos y no en la frontera con México, cuyos límites son fundamentalmente imaginarios.
>
> F. W. Berkshire, Inspector de inmigración en El Paso.

Si bien es cierto que el suroeste de Estados Unidos había quedado fuertemente impregnado de sabor mexicano y con una población de ese origen que pudo llegar a los cien mil habitantes, bien sabemos que la mayor contribución a la temprana diáspora mexicana en esa región del país proviene de los centenares de miles de inmigrantes que cruzaron la frontera y se asentaron de manera estacional, temporal y, en muchos casos, permanente, en Texas, Arizona y California. La migración de estos mexicanos es indispensable para entender el *boom* económico del suroeste americano entre 1880 y 1920.

La industrialización estadounidense está totalmente ligada a la inmigración y ello la hace una experiencia única en la historia económica mundial. El despegue manufacturero del este y el medio oeste tuvo como condición la llegada de enormes oleadas de inmigrantes europeos que allí se convirtieron en una auténtica clase obrera industrial. El sur, agrícola y esclavista, y el suroeste, de reciente incorporación a la nación, fueron mucho menos activos en

atraer a esos inmigrantes europeos o asiáticos; la distancia y los fuertes prejuicios raciales lo impidieron. Sin embargo, la especialización de esta enorme región estadounidense en proveer productos agrícolas y mineros encontró que, sin tener que cruzar océanos, existía una gran reserva potencial de mano de obra poco costosa. Miraron al sur de su frontera e iniciaron una clara cruzada de atracción de trabajadores, aumentando así los miles de mexicanos que ya vivían al norte de la frontera a cerca de un millón de inmigrantes durante esos cuarenta años de bonanza.[1]

La migración mexicana hacia Estados Unidos estaba bien enraizada en el siglo XIX y fue provocada, hay que reconocerlo, por las pésimas condiciones de vida para las clases populares en México —incluso en los años del “milagro” económico porfirista—. Pero si la pobreza fue la fuerza expulsora, no cabe duda de que hubo una deliberada fuerza de atracción de ese potencial laboral. Los intereses económicos del suroeste estadounidense auspiciaron claramente la primera gran oleada migratoria de trabajadores mexicanos.

Esta corriente migratoria alcanzó, como se dijo antes, de manera principal los estados de Texas, Arizona y California, y El Paso fue el principal puerto de entrada a la enorme maquinaria económica del suroeste, sedienta de mano de obra barata y poco calificada. Si, como dice Mario T. García, El Paso simboliza para los mexicanos lo que Nueva York para los inmigrantes europeos, podemos completar la alegoría diciendo que el puente Santa Fe fue la Ellis Island del desierto.

No obstante que las restricciones se enunciaban con claridad, las características de la economía regional las hacían inoperantes. Prácticamente todos los giros: transporte, fundición de metales, minería, comercio, construcción, servicios, dependían del trabajo realizado por los braceros del sur de la frontera. Las mujeres, por su lado,

también estaban presentes en el mundo del trabajo: servicio doméstico, lavanderías, industria de la confección. En el sur de El Paso, en los llamados “barrios”, muchos mexicanos encontraron en el servicio a la comunidad de compatriotas una forma de vida: en abarrotes, fondas, sastrerías, peluquerías e incluso la publicación de periódicos.[2]

El Paso pronto aventajó a su vecina, Ciudad Juárez, sobre la que caían casi todos los males del subdesarrollo y la pobreza, con el agravante de tener que atestiguar a diario y en vivo los efectos de la disparidad con sólo ver hacia el otro lado del río. En 1880, El Paso, entonces llamada Franklin, no era más que un humilde caserío de menos de mil habitantes; por su ubicación geográfica, en poco tiempo llegó a ser un punto de convergencia para el paso de importantes líneas ferrocarrileras transcontinentales, además de ser, en la práctica, uno de los extremos del Ferrocarril Central Mexicano. La avalancha de negocios que ello trajo fue en verdad impresionante: la ciudad se volvió centro comercializador y refinador de minerales, centro importador y exportador de ganado, centro comercial y banquero para el oeste de Texas, sur de Nuevo México y sureste de Arizona. La población creció de manera prodigiosa hasta alcanzar cerca de 78 mil habitantes en 1920, a los que habría que agregar unos veinte mil mexicanos más, no contados por su condición migratoria.

La ciudad de El Paso se convirtió en beneficiaria de dos niveles del subdesarrollo económico. Por un lado, fue mediadora en la relación centro-periferia que caracterizó el intercambio entre el noreste y el medio oeste de Estados Unidos, ricos en capitales, tecnología, trabajo especializado y manufacturas, y el suroeste, que proveía de materias primas y productos agrícola-ganaderos. Asimismo, por su ubicación y relación con México, esa ciudad texana fue el gozne para la integración de dos economías tan desiguales

y llegó a convertirse en lo que quizá fue el mayor mercado de enganche y distribución de mano de obra barata mexicana del suroeste. Resulta difícil pensar que aún bajo esas condiciones, el bracero mexicano encontrara atractivo cruzar la frontera e insertarse en un mundo laboral producto de una doble relación de sumisión, desigualdad y explotación.[3]

El estallido de la Revolución Mexicana, que después de 1911 se convertiría en una auténtica guerra civil, sacudió al país y produjo una gran avalancha de refugiados hacia Texas, Arizona y California; varias voces de la "conciencia anglo" quisieron alertar al pueblo y gobierno estadounidenses sobre los focos rojos prendidos por una migración descontrolada proveniente del sur. En fechas tan tempranas como 1895, funcionarios de la aduana estadounidense se defendían de ciertas acusaciones de ineficacia en su trabajo, al declarar que "encontraban casi imposible prevenir que mexicanos depauperados cruzaran la frontera [ya que en caso de] ser atrapados simplemente declaraban que habían estado de visita y venían de regreso a México".[4] Esta facilidad de tránsito se debía a que los mexicanos no estuvieron sujetos —como ya vimos— a ninguna restricción migratoria hasta bien entrado el siglo XX. La Ley de Inmigración de 1917 por vez primera incluyó a los mexicanos como grupo migratorio al que se le exigirían requisitos adicionales, de manera señalada el pasaporte. Antes de ese año, bastaba con no dar muestras evidentes de incapacidad física o mental y no ser pordiosero o mendigo, así como no ser catalogado bajo los siguientes criterios excluyentes: ser criminal convicto, anarquista o ejercer la prostitución.[5]

Al iniciarse el siglo XX, la economía regional del suroeste, y de El Paso en particular, continuaba su explosivo crecimiento por lo que quienes se oponían a la entrada de mexicanos chocaban con la demanda de mano de obra in-

migrante. En el verano de 1901 una serie de notas —de evidente inspiración conservadora— clamaban que la falta de trabajadores estaba causando que “hasta cien” inmigrantes de México, de “la más pobre clasificación, llegaran a la ciudad”, y señalaban que éstos eran un tipo de inmigrantes que no convenían al país. La inmensa mayoría de los mexicanos que llegaban a El Paso, señalaban, eran “peones de clase baja totalmente indeseables como ciudadanos”.[6]

En declaraciones a *El Paso Times*, el jefe de la Oficina de Inmigración en El Paso señalaba que “hordas de mexicanos de todas las edades estaban inundando la frontera, buscando los beneficios de la ciudadanía estadounidense”, aunque el mismo diario se encargó de confirmar la idea del apetito voraz que el mercado laboral regional tenía por la mano de obra mexicana, al decir que “los enganchadores pastorean a los mexicanos y los transportan a los campos ferrocarrileros para ser usados como mano de obra barata”.[7] Entre las primeras y más importantes compañías enganchadoras de braceros mexicanos estuvieron la Zarate and Aviña Company, la Handlin Supply Company y la Holmes Supply Company, establecidas todas muy cerca del puente internacional.[8]

Poco después, en 1903, la El Paso Medical Association se quejaba de que la inmigración de peones mexicanos era un riesgo potencial de salud y solicitó la vigilancia federal de la frontera. La voz de alerta que lanzaron los protectores de la salud de El Paso llamó a proteger la ciudad combatiendo la entrada ilegal de pobres y enfermos, haciendo que todos las agencias y cuerpos de vigilancia local, estatal o federal, agentes de aduanas, médicos o simples policías de barrio, se convirtiesen en inspectores de migración con capacidad para detener a cualquier sospechoso de ser mexicano, pobre, enfermo o ilegal. La validación racial y visual para el movimiento a través de la frontera, empezó

a ganar terreno gracias a las opiniones "autorizadas del gremio médico". En esa ocasión, los médicos paseños pidieron un año completo de prohibición para la entrada de peones inmigrantes.[9]

Sin embargo, las medidas proteccionistas extremas, lanzadas tanto por higienistas, racistas y aislacionistas, fueron opacadas por el ímpetu del crecimiento económico regional.[10] El mismo periódico daría cuenta de las estadísticas migratorias de la ciudad que indicaron que, durante los años fiscales 1905 y 1906, 25 mil y 32 mil inmigrantes habían cruzado la frontera por El Paso. La demanda por la mano de obra mexicana inmigrante se había vuelto casi frenética, aun antes de que la Revolución Mexicana produjera tantos inmigrantes hacia Estados Unidos. Cientos de empresas de todos tamaños y giros habían empezado a depender de los bajos salarios que pagaban a los trabajadores venidos del sur de la frontera para mantener amplios márgenes de utilidad. Al iniciarse la Primera Guerra Mundial, la planta fundidora de metales de la American Smelting and Refining Company (Asarco) en El Paso tenía tres mil trabajadores; la gran mayoría venían de México. The Santa Fe Railroad Company tenía 2,700 empleados, 2,600 de los cuales eran mexicanos. Para el ferrocarril Southern Pacific trabajaban cerca de 13 mil empleados; una cuarta parte ellos lo hacían en su División Suroeste, de los cuales 2,700 eran mexicanos.[11]

Desde esta época, la política migratoria oficial de Estados Unidos estuvo ligada de manera íntima a los ciclos económicos regionales o nacionales. Mientras los mercados laborales requerían a los trabajadores inmigrantes, los reclamos de un monitoreo estricto de la frontera eran escuchados y respondidos con medidas ciertamente laxas: solicitudes al gobierno mexicano para que vigilara más la frontera e impidiera que "personas indeseables cruzaran" el límite internacional, formación y distribución de listas

de “inmigrantes indeseables” que debían ser rechazados, o incluso el decreto de nueva leyes migratorias como la del 1 de julio de 1903 que imponía un impuesto de 2 a 4 dólares por inmigrante.[12]

Hasta que la economía estadounidense sufrió el primer revés provocado por una de sus crisis cíclicas, las filas se cerraron contra los trabajadores inmigrantes de México, de manera por demás rápida. Todavía en el verano de 1906, las compañías ferrocarrileras pedían mayores facilidades para contratar braceros en el sur de la frontera. La demanda era tan grande que incluso los salarios tendían a aumentar.[13] Súbitamente, el intenso tráfico de mexicanos hacia la frontera fue detenido antes de cruzar: cientos de ellos fueron rechazados todos los días durante muchos meses por las autoridades estadounidenses. Las grandes compañías mineras y ferroviarias que habían enganchado a estos braceros en varios puntos del norte del país, simplemente los dejaron abandonados del lado mexicano, pues ya no tenían interés en llevarlos a trabajar a sus minas y campamentos. Durante 1907, miles de braceros rechazados se quedaron varados en Ciudad Juárez y algunos otros, los menos, en El Paso. En la primera no había trabajo para ellos; en la segunda, se quería impedir que se convirtieran en una carga para el erario público.[14]

El mal momento de la economía estadounidense fue breve. Para mediados de 1909, los negocios volvieron a recobrar su tono de vigor y, como consecuencia, los mercados laborales se reanimaron. El suroeste del país vecino no fue la excepción, y pronto los contratistas y enganchadores de trabajadores extranjeros estaban de nuevo en la frontera de El Paso con Ciudad Juárez, peleando por obtener el mayor número de braceros para campos mineros y ferrocarrileros, principalmente.[15]

El enganche de trabajadores mexicanos fue uno de los negocios más lucrativos que el “milagro económico” del

suroeste permitió. En El Paso, varias de las compañías tenían su sede para el enganche de peones y fueron uno de los grupos de interés que más fervientemente luchó para que no se impusieran restricciones de movimiento a los mexicanos que cruzaban desde Ciudad Juárez con la intención de emplearse en trabajos indispensables para el crecimiento de la riqueza regional, pero que eran constantemente despreciados por los trabajadores de origen anglo. Además, los mexicanos eran presentados como la mano de obra extranjera más idónea para contribuir al desarrollo de las empresas estadounidenses. La Holmes Supply Company, que tenía representaciones en Los Ángeles, El Paso y San Antonio, respondió a un cuestionario oficial en 1907 —año de una fuerte crisis económica en Estados Unidos— señalando que "ante la imposibilidad de encontrar trabajadores americanos, los mexicanos son la segunda opción".

Por otra parte, para argumentar a favor de los mexicanos, la empresa abundaba en la explicación de los rasgos que definían a otros grupos de trabajadores. Los japoneses, analizaba la compañía,

> son de trato difícil [y] poco confiables para cumplir acuerdos o contratos; [además] organizan bandas que utilizan para negociar aumentos de salarios amenazando con dejar el trabajo. [...] Los negros han sido un fracaso hasta ahora, primero porque no se les consigue en suficiencia, y no se adaptan a vivir en los carros de ferrocarril que las compañías proveen. [...] Los griegos y los italianos, las pocas veces que los hemos contratado, nos hemos alegrado cuando se van; tienen mucha habilidad con las herramientas pero no se ganan el salario, se pelean y roban entre ellos mismos. [...] Los rusos siempre llegan en grupos muy pequeños y, justo cuando deben estar por llegar, parecen encontrar otro trabajo y dejan plantado al patrón. Los mexicanos, en cambio, [...] son fáciles de manejar, hacen lo que se les pide, no se quejan ni protestan. Con un poquito de amabilidad y trato justo, se les puede retener por mucho tiempo.[16]

La misma compañía Holmes completaba la descripción del trabajador mexicano en un informe a la Comisión de

Irrigación de Nueva York. Después de haber intentado por más de cinco años proveer trabajadores extranjeros no mexicanos a las compañías de ferrocarriles Atchinson Topeka y la Southern Pacific, nunca había logrado conseguirlos en número suficiente. El mexicano, además de ser parte de un grupo numeroso, era

> pacífico e industrioso. No hay pleitos entre ellos pues no forman facciones rivales como los griegos e italianos. Trabaja constantemente todo el día y trabaja de noche si hay emergencias, sin queja. No amenaza con huelgas o paros. [...] Finalmente, en comparación, el rendimiento promedio de un trabajador mexicano es mayor al de los otros y puede trabajar sin problemas en los desiertos de California y Arizona durante el verano.[17]

Sin embargo, por aquellos años, el crecimiento de la economía estadounidense no era una fuerza suficiente como para establecer las corrientes de trabajadores de México que aseguraran el abasto de mano de obra poco calificada, barata y estacional. Estos movimientos fueron propiciados desde fines del siglo XIX desde Estados Unidos, de manera que las oleadas migratorias hacia aquel país no fueron sólo resultado de la pobreza mexicana. Las compañías enganchadoras jugaron un papel muy importante en crear esa cultura migratoria; desde El Paso, la J. B. Donahue & Company o la Zarate & Aviña enviaban al interior del país a sus agentes, quienes remitían a los trabajadores a Ciudad Juárez, donde esperaban que se juntara un "lote" suficiente como para satisfacer un contrato grande. Embarcados por ferrocarril, eran trasladados a puntos como Kansas, donde el capataz de alguna de las empresas —por lo regular, ferrocarrileras o mineras— que los había encargado los recogía. Usualmente, con el primer salario, el trabajador liquidaba su boleto.[18]

Este método de enganche queda ratificado por el testimonio de J.M. White, subjefe de la oficina del sheriff en

El Paso. En el verano de 1909, regresaba a Ciudad Juárez en el Ferrocarril Central, y antes de llegar a Torreón, un individuo mexicano —agente de la Donahue & Company— había abordado uno de los carros de segunda clase y dirigido un mensaje a los viajeros en el que los invitaba a trabajar en California, prometiendo transporte y buenos salarios. Después de salir de la ciudad de Chihuahua —sigue el recuento de White—, el enganchador y un compañero empezaron a hacer una lista de los interesados. Poco antes de llegar a Juárez, Juan Ochoa, enganchador de la compañía Holmes, se dedicó a convencer a los pasajeros de segunda clase de que la mejor opción para trabajar en Estados Unidos era su compañía. Al día siguiente, desde El Paso, ambas empresas de enganche hicieron "importantes cargamentos de trabajadores".[19]

La demanda de "peones" —como llamaban a los trabajadores mexicanos no calificados— por parte de los grandes patrones del suroeste, e incluso partes del medio oeste, creció al grado que las compañías enganchadoras empezaron a utilizar la mismas prácticas que sus competidores ilegales, los *rustlers* (cuatreros), ir a México cada día más lejos y prometer condiciones de trabajo que quizá no estaban aseguradas. El inspector de inmigración en San Antonio, F. Berkshire, que después sería trasladado a El Paso, indicaba que las compañías establecidas[20] se veían rebasadas, incluso en la propia ciudad de El Paso, por la enorme agresividad de los *rustlers*, que al ser de "raza mexicana" conseguían convencer más rápidamente a sus paisanos, "rompiendo el equilibrio entre las agencias". Así describe Berkshire el proceso de enganche a la salida del puente Santa Fe:

> Durante la primera parte de cada día, unos cincuenta de esos cuatreros de trabajadores se congregan muy cerca de la estación migratoria; en el momento en que los peones son admitidos, cada uno de los cuatreros se empeña en crear la mayor impresión en esos mexicanos ignorantes. Al

tomar ventaja separan a los peones y los tratan de embarcar cuanto antes al empleador que estén representando [...] el ruido fuera de la estación cuando éstos empiezan a acosar a los peones puede ser mejor imaginado que descrito.[21]

En su comunicado, Berkshire ofrece una de las primeras evaluaciones de la tensión permanente que significaría, por un lado, el fenómeno de México como almacén de mano de obra barata, cercana y abundante, y, por el otro, las presiones de muy distintos grupos de interés para que la frontera con México se cerrase o al menos el tránsito por ella quedase muy restringido. El Servicio de Inmigración, decía a su jefe,

deberá reconocer que El Paso es un mercado de trabajo y lo continuará siendo. [Debería] reconocerse que en verdad prácticamente ninguno de los inmigrantes mexicanos se convertirían en carga pública por ser tan solicitados por los patrones. En caso de ser rechazados [por el endurecimiento de las disposiciones migratorias], todos los mexicanos entrarán por otras vías, pues es imposible vigilar las líneas de ferrocarril por muchas millas; de hecho, sólo podemos vigilar el puente y cualquiera puede cruzar por otro lado y ser recogido por los enganchadores.[22]

Deja también ver el dilema que el gobierno federal, a través de su Servicio de Inmigración, enfrentaba ante la anarquía que producía el negocio de la importación de peones. Berkshire proponía la posibilidad de marginar a los *rustlers* y agencias enganchadoras independientes, estableciendo un sistema que “administrara de manera ordenada y legal la entrada de trabajadores inmigrantes por El Paso” en conjunto con las compañías más grandes.

En la respuesta del Comisionado General a su propuesta, se establecieron dos objeciones; primero, si el gobierno se embarcara en una empresa de esa clase, podría tomarse como precedente, el modelo podría intentar reproducirse en otros muchos sitios y no habría forma de imponer control alguno; en segundo lugar, preocupaba al funcionario

que con el modelo de *clearing house* o venta de liquidación para ofrecer trabajadores migratorios a los grandes patrones se estuviese avalando un gran monopolio entre las empresas y el gobierno federal. ¿Por qué no pensar que la solución sería que ese modelo se pusiera en marcha pero directamente con las compañías ferrocarrileras? Es decir, un gran centro de contratación legal para los grandes patrones.[23] Pero esta idea ignoraba el hecho de que a las compañías ferroviarias no querían encargarse de la contratación directa sino de sólo solicitar trabajadores y recibirlos en las vías.[24]

La dualidad: bienvenido… ¡lárgate!

La presencia y movilidad de mexicanos en Estados Unidos producían una gama de representaciones que podían ser radicalmente opuestas; algunas estaban basadas en un rechazo total y racista a una nacionalidad considerada como inferior y con potencial de convertirse en distorsión de la unidad racial y contaminante de la reserva genética de la nación estadounidense; otras eran resultado del pragmatismo que crea el cinismo de los intereses materiales. Entre ellas, las posibilidades eran muchas. Conforme fue avanzando el siglo XX, la conciencia nacional estadounidense acerca de la inmigración fue volviéndose más aguda y alerta, y resulta particularmente cierta en el caso del movimiento obrero, cuando la American Federation of Labor (AFL) desplegó, desde el año 1910, un fuerte movimiento propagandístico y de cabildeo antiinmigrante que tuvo repercusiones directas en la frontera con México.

La Texas Federation of Labor, afiliada a la AFL, empezó a presionar a los dirigentes nacionales, Samuel Gompers y Frank Morrison, presidente y secretario respectivamente,

para que gestionaran ante las autoridades federales en Washington el levantamiento de barreras migratorias efectivas contra los trabajadores mexicanos, tanto los que ya estaban en el país como los que podrían seguir llegando del sur. En ciudades como El Paso, resultaba muy sencilla no sólo la contratación de peones para trabajos muy pesados pero poco calificados, sino también el que dueños de negocios tales como fábricas, talleres, restaurantes y salones de baile llevasen a trabajar a carpinteros, plomeros, pintores o músicos, afectando así el derecho que los ciudadanos estadounidenses tenían a los trabajos calificados.[25] Como se podrá comprender, las compañías enganchadoras se convirtieron en adversarios del movimiento obrero organizado; la AFL las empezó a denunciar en 1910 por actividad ilegal, ya que iban al interior de México a contratar a trabajadores "de la clase más indeseable", que luego afectarían a la clase trabajadora estadounidense. Los inspectores del Servicio de Inmigración, denunciaba la AFL, "no ponían ningún interés en prevenir esa admisión al mayoreo [de trabajadores mexicanos]".[26]

Estas denuncias de la AFL nos dejan ver una nueva etapa en el proceso de construcción de México y sus ciudadanos como el "otro amenazante"; primero, John R. Spencer, secretario de la Texas State Federation of Labor, establecía una conexión directa entre el trabajo calificado y bien remunerado con la nacionalidad angloamericana y, por oposición, el no calificado y de menor salario con el nacional mexicano; después, se agrega la categoría de "indeseable" a ese trabajador mexicano que, en lo fundamental, no hacía sino responder a las fuerzas de atracción establecidas por los intereses de grandes compañías ferrocarrileras, mineras y agroganaderas. Además, y siguiendo la ruta trazada por los eugenistas y sanitaristas que manejaban el USPHS, organizaciones obreras como la AFL señalaban que el más grande obstáculo que enfrentaba una ciudad

como El Paso para su definitivo despegue hacia el progreso era la nociva presencia de una gran población mexicana a ambos lados de la frontera. *The Labor Advocate*, periódico ligado a la oficina local de la AFL, señalaba que ciudades como San Antonio o Galveston estaban en pleno crecimiento económico debido a que se estaba dando preferencia a los ciudadanos estadounidenses para ocupar las plazas de trabajo, logrando que éstos gastaran sus salarios en la misma ciudad; mientras tanto, El Paso contrataba a sus trabajadores fuera de la ciudad. Ésta es una muestra del tono de la retórica obrerista hacia los trabajadores mexicanos:

> Vayan cualquier mañana hasta el puente y podrán ver las hordas de peones miserables que, en grupos de hasta seiscientos, cruzan diariamente hacia este lado para trabajar, tomando nuestros dólares americanos para luego regresar con ellos por la noche y gastarlos allá. Vienen y compiten injustamente, quedándose con los trabajos de construcción de los grandes edificios, y se apoderan de los parques públicos para tocar música.[27]

Este grupo de trabajadores había sido bien estudiado en el "Reporte Stone", el cual nos permite observar distorsiones de la realidad que hacían las reclamaciones de la AFL. Si bien es cierto que un número que pudo ser de entre quinientas y seiscientas personas cruzaban diariamente el puente para trabajar en El Paso, resulta incorrecto afirmar que estuviesen ocupando puestos de trabajo especializados. Stone calculó que 20 por ciento de estos trabajadores podrían ser empleados calificados, pero la abrumadora mayoría se desempeñaban como trabajadores sin calificación (45 por ciento) o mujeres empleadas en el servicio doméstico (30 por ciento).[28]

El discurso de la organización obrera ensanchaba su definición sobre el significado de México, denunciando que la presencia de los mexicanos no sólo robaba puestos de

trabajo, sino que dañaba a la ciudad de El Paso. Los peones eran, según una nota periodística, un auténtico riesgo para la integridad nacional pues

> la llegada y admisión de las hordas de mexicanos pobres [a El Paso] permite que se embarque a todo el suroeste gente sin valor y criminales vagabundeando [y] cuando finalmente se establecen en algún pueblo, se rehúsan a trabajar y se dedican a vivir del dinero que sus mujeres ganan, ya que los hombres practican la poligamia, el adulterio y todos los crímenes morales posibles. [...] Nuestras cárceles están llenándose de esta clase de personas y nos obligan así a gastar grandes cantidades de dinero [...] parece que México se está deshaciendo de todos sus ciudadanos sin valor y criminales mandándolos a cruzar por El Paso.[29]

Llama poderosamente la atención la visión que sobre el problema mexicano tenía el Servicio de Inmigración: justamente cuando la AFL lanzaba su campaña contra los trabajadores migratorios mexicanos, el INS realizó un amplio estudio denominado "Mexican Labor Conditions", encargado al inspector Frank R. Stone, quien produjo un informe de 102 páginas presentado en mayo de 1910. El "Informe Stone" tuvo como objeto trazar el fenómeno del movimiento mexicano a Estados Unidos y parte de sus conclusiones son diametralmente opuestas a la retórica del AFL: "La inmigración de peones mexicanos es legítima y constituye un movimiento natural para satisfacer las demandas económicas del suroeste, y gracias a este flujo la región puede competir. El movimiento mexicano ha tendido a salirse de control por el hecho de que los peones regresan a sus pueblos y su experiencia invita a muchos más a venir".[30]

Es evidente que el Servicio de Inmigración en ese tiempo estaba alineado con los intereses de algunos de los grandes patrones del suroeste estadounidense, quienes se beneficiaban del flujo de peones mexicanos y que, paradójicamente, en el tono de su discurso parecen reflejar una simpatía humanitaria y un aire de solidaridad hacia los in-

migrantes mexicanos. El “Informe Stone” traza una línea de continuidad con la valoración que habían realizado, años antes, las compañías enganchadoras: “El peón mexicano es una necesidad para el desarrollo de esta sección de Estados Unidos, y contra la idea de que son trabajadores de menor calidad, son mejor mano de obra que los extranjeros que vienen del este o del sur de Europa.”[31]

El trabajador mexicano inmigrante desempeñaba, además, el papel de elemento controlador de ciertas variables de la economía regional y nacional, ya que el promedio de entre treinta y cincuenta mil trabajadores que llegaban al año de México permitía que los salarios no se dispararan, aunque no fuera cierto que su presencia produjese el abatimiento de los sueldos.

El inspector Berkshire representa muy bien a ese sector de opinión que se reflejaba en una corriente de manejo y administración de la migración, que veía en el trabajador mexicano inmigrante una especie de mal necesario, que si bien no agradaba a las conciencias, sí suponía un puntal de la competitividad del suroeste en el marco de la economía nacional. Por ello, sus sugerencias seguían moviéndose en un escenario de luces sin definición completa sobre la forma de definir a México y a sus peones inmigrantes, y que, por lo tanto, obligaba a una administración del movimiento fronterizo muy ambigua. Berkshire siguió pensando por un tiempo que un acuerdo entre el Servicio de Inmigración, las compañías enganchadoras, los cuatreros o enganchadores independientes y las empresas ferrocarrileras ayudaría a establecer un *statu quo* del movimiento inmigrante mexicano y las necesidades de mano de obra en Estados Unidos.

Pero la base de ese acuerdo resultaba de gran complicación por las condiciones de capitalismo semisalvaje que se desarrollaba, sobre todo en el suroeste estadounidense. Se requería que todos los involucrados se comprometieran a

indicar en todo momento el lugar preciso en que se encontraba cada inmigrante y el tipo de trabajo que desarrollaba: ello significaba llevar controles oficiales de *a*) inmigrantes que, habiendo sido admitidos en el puente Santa Fe, hubieran desechado la oferta del enganchador; *b*) inmigrantes que habiendo llegado al lugar de su contrato, lo hubiesen desertado; *c*) inmigrantes que, habiendo empezado a trabajar con la empresa ferrocarrilera, hubiesen abandonado el empleo después del primer pago.[32]

La respuesta de los enganchadores fue de rechazo pues para ellos suponía convertirse "en ojos del Servicio de Inmigración", además de considerar que se trataba de un reglamento anticonstitucional por considerar que violaba no sólo los privilegios y derechos de los extranjeros, sino de los ciudadanos y empresarios americanos. El alegato jurídico expuesto por las compañías enganchadoras es interesante, pues para defender los intereses económicos que representaban, hacen una defensa de los derechos mexicanos, por su cercanía y correspondencia con los intereses y leyes de Estados Unidos:

> A México lo separa sólo una línea imaginaria de Estados Unidos, y los intereses de los dos pueblos están, en muchos aspectos, íntimamente relacionados [en nuestro país] hemos obtenido grandes beneficios por nuestra relación de negocios con esa república. Esto es especialmente cierto en El Paso. [...] Cuando un inmigrante ha sido admitido ha mostrado que es digno de estar en Estados Unidos, y en ese preciso momento, los derechos y privilegios que tenían antes de cruzar cambian y se ensanchan, al menos provisionalmente, al nivel de un ciudadano americano.[33]

En esta definición de la persona de nacionalidad mexicana se omiten los comentarios relativos a su condición de pobreza, hábitos de limpieza o pertenencia a una "familia racial" distinta que habitualmente se escuchaban por entonces, para llegar a igualarla "temporalmente" al nivel de la condiciones de un ciudadano estadounidense. Resul-

ta importante señalarlo de nuevo: ese alegato de igualdad se basaba en la capacidad que tenía ese trabajador mexicano de beneficiar los intereses de Estados Unidos.

Pero al igual que en el caso de la polarización de opiniones que el Servicio había mostrado con la AFL, el Servicio de Inmigración tenía en la mira a las casas de enganche, pues consideraba que desarrollaban una actividad perversa. Estos mercantilistas sin límites "pervierten las leyes migratorias" porque crean dos efectos graves: estimulan artificialmente la inmigración y estafan a los inmigrantes. En ambos casos —señalaba— el dinero estaba de por medio: la importación de peones mexicanos era un gran negocio. En esa época, aprovechando los primeros efectos desestabilizadores de la Revolución Mexicana, una agencia de enganche en El Paso podía introducir, mensualmente, hasta 1,100 trabajadores inmigrantes por los que hacía un cargo de seis dólares por persona, descontando uno por el costo de mantenimiento y traslado a sus lugares de trabajo. La ganancia mensual andaba por los 5,500 dólares y, por aquellos años, una empresa que reportaba utilidades por 65,000 dólares al año era un negocio fabuloso.[34]

Siendo tal el negocio, a las agencias de enganche les convenía estimular la inmigración, animando a más gente en México para llegar a Estados Unidos; para ello, contaban no sólo con el trabajo de los enganchadores y cuatreros que penetraban el interior del país sino, sobre todo, con la propaganda que los propios inmigrantes hacían al regresar temporalmente a sus pueblos. Pero, además, la propia economía de la región suroeste implicaba que nuevos patrones aparecieran cerca de los campamentos de mantenimiento de las vías de ferrocarril, invitando a esos mexicanos para ir a ocupar otros empleos mejor pagados o menos extenuantes; ello generaba un círculo de utilización y reutilización de la mano de obra del peón inmi-

grante que inflaba permanentemente la demanda. Ese efecto de la economía regional, ajeno a la voluntad de los mexicanos, era aprovechado por los patrones para mantener plantillas de trabajadores con pocos derechos y bajos salarios y, por supuesto, por las compañías enganchadoras; efecto riesgoso que de acuerdo al Comisionado General de Inmigración, ya no se encontraba limitado a los estados del suroeste sino que se movía hacia otros lugares del país:

> El peón es un trabajador de vía satisfactorio por las razones de su docilidad, su ignorancia, su servilismo, el poco afecto a organizarse y su voluntad de trabajar por un salario bajo. Antes, el peón fue usado en los climas calientes de los desiertos del suroeste; ahora se ha ido moviendo hacia el medio oeste y hacia el norte, hasta la frontera con Canadá. En el suroeste satisface una demanda económica, pero en los sitios a los que se ha desplazado recientemente, sin duda desplazará a trabajadores que, pudiendo realizar labores de manera igual o mejor, demandarán salarios más altos.[35]

Para cuando llegó 1912, la idea de la Revolución de 1910 como una revuelta corta que habría de concluir con la caída de Porfirio Díaz se esfumaba en la percepción de las autoridades estadounidenses que, además de tener informes sobre la violencia creciente en México, empezaban a ver aumentar las oleadas de inmigrantes, muchos de los cuales llegaban en calidad de refugiados.[36] En ese marco de intranquilidad, las prácticas migratorias fueron sujetas a mayores críticas. El inspector en jefe de la estación de El Paso, Frank Berkshire, fue objeto del "fuego amigo", ya que el plan propuesto a principios de 1911 para trabajar con cierto nivel, de acuerdo con las agencias para el enganche de trabajadores mexicanos, terminaba su periodo de prueba con malos resultados. El experimento de Berkshire, señalaba uno de sus críticos, era ideal para los intereses de esas compañías, pues seguían teniendo acceso a mano de obra baratísima y casi ilimitada, con el apoyo

del Servicio de Inmigración, que había caído en el absurdo de basar una política de contención migratoria en acuerdos de contratación: "Parecería que la mera presencia en los puertos de cruce fronterizo de grandes agentes de contratación de trabajadores, que son necesariamente bien conocidos al otro lado de la frontera, constituye por sí misma una tremenda fuerza de inducción a la inmigración, con independencia de la labor de enganche que realizan en México.[37]

El Servicio de Inmigración —continuaba la crítica— había dejado de prevenir la entrada ilegal de trabajadores pues parecía dedicado a facilitarlo, olvidando el carácter de esas agencias de empleo y que la ley de migración del país prohibía que los extranjeros dejaran los trabajos por los que habían sido admitidos y fuesen a buscar otros mejor pagados.

En la crítica realizada por Taylor a Berkshire está implícita la influencia del nativismo y del discurso eugenista sobre los peligros de la inmigración no selectiva, pues en la preocupación sobre la forma en que se estaba administrando el flujo de extranjeros por El Paso se marcaba que se admitía a personas indeseables;

> son los más pobres de México, sin posibilidad de aportar nada, absolutamente destituidos e incapaces de asegurarse una comida o una noche de hospedaje, [ésos] son los que pasan ininterrumpidamente por El Paso directamente a las manos de los agentes que representan a las compañías ferrocarrileras, a cuyo nombre son embarcados como animales al interior del país donde, como se ha mostrado, un gran porcentaje abandona el trabajo y busca empleos mejor pagados con la ventaja de que el costo de su pasaje ya fue cubierto.[38]

Muy pronto esas críticas desbordarían al Servicio y se realizarían desde el Congreso de Estados Unidos. La presión que las organizaciones laborales empezaron a ejercer sobre senadores y diputados logró que se culpara al Servicio de Inmigración de las constantes violaciones a la Con-

tract Labor Law, “por el trabajo ineficiente de sus agentes en la frontera con México”.[39]

Entre restricciones y excepciones

Si bien estas visiones contradictorias parecen lo suficientemente graves, apenas se inauguraba una situación de contradicción constante sobre el deseo de acabar con la presencia mexicana y los intereses económicos que la reclamaban, lo cual se extendería por los siguientes quince o veinte años. Un periódico de Kansas expuso de manera muy clara la relación entre la rentabilidad de las empresas ferrocarrileras y el trabajo inmigrante:

> Los días del hombre blanco trabajando en la construcción de las vías férreas han terminado. Ningún blanco trabajará por $1.70 al día. Desde el Río Misisipi hasta el Pacífico los ferrocarriles usan el trabajo mexicano. Esos hombres son asegurados en El Paso. […] En Illinois los ferrocarriles tienen a los italianos. En Misuri hay algunos italianos, pero la mayoría son mexicanos. En Oklahoma y Texas se contratan negros. En el este, casi todos son italianos y polacos.[40]

Aun en contra de esos grandes intereses económicos, el Congreso de Estados Unidos se disponía a enmendar la Ley de Inmigración vigente, añadiendo algunas medidas para restringir la entrada de extranjeros al país. Los congresistas Dillingham y Burnett propusieron una iniciativa, que llevó su nombre, para incluir el uso de pruebas de alfabetismo en el proceso de admisión fronteriza. De inmediato las compañías ferrocarrileras expresaron su oposición; sólo en el otoño de 1911, la línea Santa Fe & Rock Island había tenido que mandar agentes a México, para conseguir 1,500 trabajadores.[41] Al iniciarse 1913, la línea Atchison, Topeka & Santa Fe inició una campaña de activismo distribuyendo unos volantes para ser llenados y

enviados al Congreso; en ellos se le pedía evitar que dicha enmienda fuese aprobada, pues

> impediría la entrada de 99 por ciento de los peones mexicanos y todos los ferrocarriles de Kansas y el suroeste dependen de su trabajo, [...] sin ellos sería imposible mantener las vías en buen estado y las compañías quedarían paralizadas. [Además] los mexicanos, en sólo unos años, se adaptan a los estilos de vida de Estados Unidos y generalmente mandan a sus hijos a la escuela.[42]

Pero los reclamos de la American Federation of Labor arreciaban y encontraron eco en el propio Congreso. Samuel Gompers, su presidente, fue escuchado cuidadosamente por el senador Henry Cabot Lodge, impulsor de una nueva ley migratoria basada en la teoría de las familias raciales superiores e inferiores. Entre ambos crearon una mancuerna poderosa que ejerció presión sobre el gobierno del presidente Taft, en la persona de Charles Nagel, secretario de Comercio y Trabajo, a quien se acusaba de una política extremadamente liberal e irresponsable en la vigilancia de la frontera con México. Pero Nagel se defendía diciendo que las violaciones masivas a la Contract Labor Law, denunciadas por Gompers eran inexistentes y que la mayoría de los grandes patrones usaban métodos legales para hacerse de trabajadores mexicanos. La mentira era evidente: los peones mexicanos sí eran invitados y enganchados desde el lado mexicano y sí cambiaban frecuentemente de empleo durante su estancia en Estados Unidos:

> Llegan voluntariamente a El Paso y ahí son peleados por las agencias de empleo, pero bajo la vigilancia del Servicio de Inmigración. [Y] sólo cuando los de esta clase no alcanzan, se les induce para traerlos desde México violando así la Contract Labor Law, [pero] aun reconociéndolo, el personal del Servicio de Inmigración es insuficiente para vigilar el proceso.[43]

Contra viento y marea, el presidente William H. Taft vetó la iniciativa Dillingham-Burnett, como uno de los últimos actos de su presidencia, alertando a todo el disperso universo nativista a enfilar sus esfuerzos hacia la obtención de una ley de migración que contuviese los más importantes postulados de su pensamiento: la prohibición para inmigrar a pobres y convictos, y las pruebas de alfabetismo y admisión selectiva de extranjeros, basada en el origen nacional y racial. Las actitudes antimexicanas fueron ganando terreno en ese movimiento que antes se había concentrado en los inmigrantes asiáticos y de la Europa central. Representativa de éstas es la de A. A. Graham, abogado republicano conservador de la ciudad de Topeka, quien, aprovechando el arribo de Woodrow Wilson a la presidencia, lanzó furiosos ataques a la política migratoria respecto a los mexicanos seguida por el anterior gobierno, señalando de paso que si el presidente Taft había alcanzado a vetar la iniciativa para la prueba de alfabetismo, lo había hecho por la nefasta influencia de Charles Nagel, quien había actuado como aliado de las agencias de enganche y en abierto beneficio para las compañías ferrocarrileras del oeste y medio oeste.[44]

Graham, en esa carta dirigida a Wilson, le advierte, de forma amenazante, que

> la inmigración es el problema más grande que enfrenta su administración, y demanda la exclusión de europeos de clase baja de la costa Atlántica y de los mexicanos que ahora inundan el oeste y el medio oeste [...] si a la inmigración no se le da inmediata atención, muy pronto no habrá americanos. [...] Me siento impelido a advertirle lo que yo atestigüé en mi pueblo natal en el condado de Westmoreland, Pensilvania, que ha sido entregado por completo a los extranjeros.[45]

La voz de alarma de Graham ayuda a entender el marco que servía para definir a los mexicanos y su presencia en Estados Unidos; su retórica es representativa de la rein-

geniería cultual a la que se estaba sometiendo a la frontera con México: "Si no impedimos que los mexicanos sigan entrando, se apoderarán del oeste y del medio oeste. [...] La población propiamente americana está desapareciendo con rapidez, y muy pronto la daremos por muerta, a menos que restrinjamos la inmigración de europeos de clase baja y de mexicanos."[46] Le pide al presidente Wilson que vea por el interés de su pueblo y rompa con la tradición de proteger los intereses corporativos y monopólicos de sus antecesores, particularmente Nagel, quien era "alma y cuerpo de los intereses de las grandes corporaciones que sólo deseaban trabajo barato sin importar ningún sacrificio o calamidad".[47]

Graham logra agregar un nivel adicional al discurso de esa reingeniería cultural que intentaba modelar una nueva realidad fronteriza y que he venido tratando de describir. De nuevo, como se puede observar, las ecuaciones resultan la vía más radical para obtener discursos de impacto: los mexicanos son igual a clases indeseables, los mexicanos son igual a trabajo físico extremo y mal pagado, la presencia mexicana es antiestadounidense.

Detengámonos de nuevo en la forma en que Graham propone entender a los mexicanos, que se puede ver en una comunicación dirigida al nuevo secretario de Comercio y Trabajo. Primero, en lo que se refiere a la presencia mexicana como riesgo a la sociedad estadounidense:

> Si bien es cierto que no podemos conectar directamente a los ferrocarriles [con la importación ilegal de peones], seguimos teniendo el hecho de que nativos de México, que han trabajado un tiempo suficiente en Estados Unidos para convertirse en trabajadores ferrocarrileros más o menos calificados, regresan a sus hogares y muy pronto reaparecen en el Río Grande con un pequeño ejército que reclutaron a nombre de los ferrocarriles. Estos mexicanos nos burlan, entran ellos mismos al negocio de la inmigración, mandan a sus paisanos a la frontera y ahí empleados de los ferrocarriles los recogen. [...] El deseo que me anima en este particular no es otro, sino el de salvar un poquito de América para los americanos. Hace unos años, visité mi pueblo natal en el condado de Westmo-

reland, Pennsylvania, donde, hace treinta años, no había un solo inmigrante, mientras que ahora está llena de extranjeros europeos del tipo más indeseable. Cuando dejé mi pueblo hace treinta años, se habían sufrido dos homicidios en doscientos años; en los últimos treinta se han cometido entre 200 y 250. Los mexicanos ya han monopolizado algunas líneas de trabajo en el oeste y están expandiéndose con rapidez por todo el país. ¿Salvaremos a América o dejaremos que las razas de mortales más bajas de los dos hemisferios nos destruyan? Ésta es una pregunta que requiere respuesta inmediata.[48]

En seguida, se pinta a los mexicanos como sumario de la pobreza material y espiritual:

> Si los americanos hubieran consentido, como algo natural, a vivir en casas minúsculas, a comer pan duro, a vivir sin ningún mobiliario, sin un cambio de ropa, sin combustible para calentarse en el invierno o sin protección contra el calor del verano, en pocas palabras, si los americanos hubieran consentido a vivir como si fuesen mexicanos, entonces no habrían sido arrojados de sus trabajos.[49]

Graham también habla de la necesidad de una política antimexicana como una jornada nacionalista y patriótica,

> aunque en el presente estado de nuestras leyes, si fueran vigiladas, podríamos reducir mucho la entrada de mexicanos; lo que necesitamos es excluirlos por completo, pues muy pronto se apoderarán del occidente del país para luego extenderse hacia el este […] si alguna parte de América puede aún salvarse para los americanos, debemos empezar a salvarla ahora mismo.[50]

Un año después, en 1914, Graham volverá a dirigirse a la administración del presidente Wilson, a través de su secretario del Trabajo, reclamándole que un año después de haber accedido al poder, su administración había hecho poco por atacar la inmigración mexicana. Le exhibe, como prueba dura de la "invasión mexicana" y de la clara política de los consorcios ferrocarrileros del suroeste de no contratar estadounidenses, un vocabulario de términos ferrocarrileros llamado "Mexican Translation" [*sic*], del

inglés al español con su pronunciación. Independientemente de la valoración que se pueda hacer de una prueba de esta naturaleza, el impacto que tuvo su publicación en varios periódicos del suroeste, sobre todo en los sectores anglos más conservadores, debió de haber sido grande: ¡un capataz o gerente tenía que aprender a pronunciar un vocabulario básico para ser entendido por sus peones mexicanos![51]

No obstante el panorama anterior, sabemos que el desacuerdo sobre la valoración de la presencia mexicana en la vida diaria, cultural y laboral en amplias regiones de Estados Unidos era muy grande. Se hace evidente al leer, por ejemplo, la evaluación que hacía un personaje como el jefe del servicio migratorio, quien informaba a su superior, el secretario de Comercio y Trabajo, que las pruebas en contra de la agencia de inmigración, sobre la situación mexicana, estaban basadas en evidencias de segunda mano y que la realidad oficial era que en Estados Unidos eran necesarios los peones mexicanos; que su entrada era vigilada con los recursos con los que se contaban: 183 inspectores para una frontera de 2,900 kilómetros; que ocupaban puestos de trabajo en ferrocarriles, minería y agricultura, que eran rechazados por los trabajadores angloamericanos; finalmente, que —sorprendentemente— había que desestimar la voz de alarma de una inmigración masiva: "De acuerdo con el censo de 1910, el número de mexicanos que han penetrado más allá de nuestra frontera no es tan grande, [pues] el crecimiento de esa población entre 1900 y 1910 ha pasado de 100,384 a 214,390."[52]

El análisis oficial que se hacía por entonces de la ley de inmigración vigente y de la Contract Labor Law, a la luz de la "situación mexicana", deja ver que se estaba preparando una gran reforma para el control de la frontera con México y de la administración de su flujo migratorio, que se iniciaría con la nueva acta migratoria de 1917. La re-

forma debería tener como premisa que las mencionadas disposiciones eran irreales e inoperantes, ya que eran incapaces de diferenciar la doble naturaleza del movimiento mexicano. Por un lado, —señala un informe de enero de 1914—, era fácil entender que los mexicanos que regresaban a sus pueblos en México, de manera natural promovieranla inmigración al contar sus experiencias:

> Ellos son las fuentes de diseminación más grande de las condiciones de trabajo en Estados Unidos, que tomando en cuenta la pobreza y las dificultades derivadas de tres años de revolución, son aún más atractivas. Pero, por el otro, debían reconocerse las prácticas, casi imposibles de evitar, de los agentes enganchadores que viajaban libremente a México a convencer a más mexicanos de viajar a Estados Unidos, ofreciéndoles todas las facilidades, repartiendo en sus recorridos folletos y publicidad, así como pidiendo a los inmigrantes mexicanos que incluyesen en su correspondencia a México cartas de presentación de sus agencias.[53]

El informe hace además un reconocimiento que en mi opinión es central: acepta que, en efecto, el Servicio de Inmigración había descuidado a los mexicanos, no les había dado la suficiente importancia "por no conocer la manera adecuada de hacer cumplir la ley en referencia a los mexicanos"; esto es, la comprensión del mexicano como un "otro" totalmente diferenciado había requerido de un largo periodo de maduración y, aun después de seis décadas de la aparición de la frontera como resultado de un acuerdo político-diplomático entre las dos naciones, en la práctica todavía tenía grandes dificultades para establecerse.

La ley migratoria de 1917

Conforme la Revolución Mexicana crecía en violencia y producía mayores disturbios contra la población general, la frontera era sometida a mayores presiones por el crecimiento de las oleadas migratorias. Además de las razones

estrictamente económicas para emigrar, que también aumentaron, muchos miles de mexicanos marcharon a Estados Unidos en calidad de exiliados o refugiados, desde la revolución maderista hasta el levantamiento reyista que produjo entre dos mil y cinco mil exiliados y refugiados en Estados Unidos, según los imprecisos cálculos del Servicio de Inmigración.[54] A ello habría que agregar que buena parte de las colonias chinas y japonesas del norte del país fueron acosadas y buscaron refugio en ciudades como El Paso.[55] El triunfo villista sobre Chihuahua, en diciembre de 1913, trajo como consecuencia uno de los movimientos de refugiados hacia Estados Unidos más importantes de la década; en sólo unas semanas entre cinco mil y siete mil personas —entre soldados y civiles— entraron a Texas procedentes de Chihuahua, a través de los puertos fronterizos de El Paso y Presidio; ahí tuvieron que ser concentrados en varios fuertes militares,[56] en donde permanecieron hasta fines del verano de 1914.[57]

Sin duda fue el ataque de fuerzas villistas sobre la población de Columbus, Nuevo México, en marzo de 1916, lo que convertiría la presencia mexicana refugiada en el suroeste en una situación explosiva para los ánimos de los grupos con poca simpatía hacia México. Las decenas de miles de mexicanos que en cuestión de meses se habían hecho notorias en ciudades como El Paso, Tucson, San Antonio, Laredo o Denver calentaron todavía más el ambiente nativista antimexicano. Un prominente vecino anglo de la ciudad de Tucson expresaba —sólo unos días antes del ataque— que el gobierno de su país ponía poca o nula atención a la situación del suroeste porque "electoralmente los votos vienen del este", pero advertía que el reto mexicano ponía en riesgo a todo el país, ya que los mexicanos esos, la clase más baja de la sociedad, estaban olvidando su lugar. Según sus palabras,

lo más molesto es ver a los mexicanos en Tucson reunidos hablando mal de Estados Unidos. Poco a poco los mexicanos nos van perdiendo el miedo y el respeto. Aunque por el momento no anticipo problemas serios, es un hecho que en todos los barrios mexicanos se puede escuchar a cualquier hora "a nuestros queridos primos del sur" lanzando amenazas de venganza contra los gringos, a sabiendas de que en esta tierra de libertad de expresión pueden decir y hacer lo que les venga en gana.[58]

Una nueva Ley de Inmigración fue finalmente aprobada por el Congreso el 5 de febrero de 1917. Las reformas a la política migratoria de Estados Unidos se debieron, entre otros, al congresista John L. Burnett y al senador Dillingham, representantes ambos de las corrientes que abogaban por una inmigración acotada por fuertes medidas de selectividad. Por vez primera, los mexicanos pasaban a formar parte del grupo de nacionalidades que se veían sujetas a una inmigración selectiva a través de filtros como la Contract Labor Law, pruebas de alfabetismo, inspección sanitaria que incluiría la vacunación forzosa y entrevistas a fondo para determinar si el pretenso inmigrante no era políticamente peligroso, pues a los anarquistas y socialistas se sumaba ahora el fantasma bolchevique. Ahora, el Servicio de Inmigración contaba con el armamento legal suficiente para clasificar a los mexicanos como extranjeros "completos" a los que se podían aplicar numerosos obstáculos para cruzar libremente la frontera, como el puente Santa Fe. Sin embargo, la transgresión de esa nueva disposición legal fue respaldada desde las más altas esferas del poder político y económico, no bien había entrado en vigor.

Poco después, el congresista Burnett logró que se aprobara una iniciativa que llevaba su nombre; a partir del 5 de mayo, se impuso un impuesto de ocho dólares por cada extranjero que pretendiera ingresar a Estados Unidos, además de que se reiteró la aplicación de las pruebas de alfabetismo. La intención de las nuevas restricciones, según se señaló, seguía teniendo como principal objetivo a

los inmigrantes europeos; no obstante, al no haber quedado expresamente excluidos los mexicanos, su libertad para cruzar sufrió la primera gran sacudida desde que la frontera había quedado fijada por los Tratados de Guadalupe Hidalgo, casi setenta años atrás. A esta situación se sumaron los temores que muchos mexicanos tuvieron de ser reclutados por el ejército estadounidense al entrar el país en el conflicto bélico europeo.[59]

La respuesta de los grandes patrones de peones mexicanos fue inmediata. Los intereses ferrocarrileros empezaron a ejercer presión sobre legisladores con quienes mantenían vínculos políticos y económicos, para que se buscara la forma, no de derogar la nueva Ley de Inmigración, sino de establecer mecanismos de excepción para asegurarse el abasto de mano de obra mexicana. En mayo de 1917, el senador Morris Sheppard recibió la siguiente carta:

> Mi querido amigo:
>
> El Acta Burnett de Inmigración, [...] que impone un impuesto de $8.00 a cada inmigrante y las pruebas de alfabetismo, así como la propia nueva Ley, están afectando de manera desastrosa a los ferrocarriles en Texas.
>
> Entiendo que el Secretario del Trabajo Wilson ha anulado el acta en lo referente a la posibilidad de importar trabajo mexicano para fines agrícolas en el estado de Texas, pero que aquellos que van a trabajar a los ferrocarriles son arrestados e inmediatamente deportados. Los trabajadores mexicanos, hoy como siempre ha sido, vienen a este país al iniciarse la primavera y trabajan en el ferrocarril hasta el tiempo en que comienza la época de cosecha y los agricultores logran llevárselos a sus granjas, ofreciéndoles un salario un poco mejor, pero terminada la cosecha, siempre regresan a los campamentos ferrocarrileros. Es absolutamente necesario, y especialmente en estos tiempos, que los ferrocarriles, especialmente el mantenimiento de las vías, funcionen con el mayor de los estándares de manera que se pueda responder al gobierno para el movimiento de tropas y su abasto. La rapidez y la seguridad de esta tarea están en juego.
>
> Ahora bien, lo que yo quiero que usted haga, y lo que los ferrocarriles desean que se haga, es que usted lleve esta preocupación al Secretario Wilson y vea que éste encuentre la forma de suspender temporalmente el Acta en todos sus aspectos. Usted entiende que la razón es que debemos

seguir contando con un flujo continuo de mano de obra mexicana. [...] [60]

La puerta para vulnerar la nueva Ley de Inmigración fue abierta por el propio secretario del Trabajo, William Wilson, al girar una instrucción al Servicio de Inmigración para que se suspendiera la aplicación de dos de los más importantes filtros migratorios: la prueba de alfabetismo y el requerimiento de un contrato de trabajo exigido por la Contract Labor Law. La medida, según explicaba el departamento del Trabajo, "se toma para proporcionar la mano de obra que los agricultores del suroeste necesitaban. [Y que] los mexicanos serán admitidos para el trabajo agrícola exclusivamente, y en caso de tomar trabajo en cualquier otra industria, serán deportados". Como parte de las instrucciones a los inspectores de inmigración, se ordenaba exceptuar el pago de los ocho dólares por trabajador. La acción de Wilson fue duramente criticada por el congresista Burnett, quien lo acusó de violar flagrantemente la ley.[61]

El Servicio de Inmigración intentó crear ciertos mecanismos de contrapeso a las medidas de excepción recibidas. Los peones que entraran bajo la nueva circunstancia deberían ser anotados uno por uno y se pedía al patrón que ejerciera cierta vigilancia sobre ellos para "mantener contacto con los extranjeros admitidos temporalmente". De igual manera, se pedía que los patrones fueran corporaciones y sociedades responsables. Incluso se solicitó que fueran los "consejos locales de guerra", en las poblaciones donde existieran, los que ejercieran esa vigilancia. Sin embargo, teniendo en cuenta que la solicitud de no abusar de las condiciones de excepción se basaba en la buena fe, era de esperarse que resultara poco menos que imposible que los grandes patrones no utilizasen al libre arbitrio de sus intereses las posibilidades de seguir importando mano de obra mexicana en condiciones más que beneficiosas.[62]

La compañía E. L. Manning, una de las grandes enganchadoras del suroeste, inició una fuerte campaña de reclutamiento de trabajadores en el lado mexicano de la frontera, enviándolos en grupos de cien a trabajos disfrazados de labores agrícolas, pero en beneficio directo del ferrocarril Eastern Arizona: nivelar terrenos, manejar maquinaria, etc. Otras grandes compañías vieron la posibilidad de explotar de manera legal el trabajo de inmigrantes mexicanos, haciendo uso de la "cláusula agrícola" y de las medidas de excepción para fines industriales. La Goodrich Tire Company preparó casi cuatro mil hectáreas del desierto de Arizona para abrirlas al cultivo de algodón egipcio que sería utilizado en la fabricación de neumáticos.

El peón mexicano era importado, en realidad contrabandeado, como parte de una gran estrategia económica, y manejado como una mercancía que permitía ganancias muy atractivas y que, a diferencia de otro tipo de contrabando, digamos de alcohol o de drogas, no implicaba riesgo alguno. La expedición de un certificado de entrada que las agencias enganchadoras conseguían para cada inmigrante llevaría a que, teóricamente, el Servicio de Inmigración tuviese control y seguimiento de cada uno de ellos mientras estuviesen en Estados Unidos. Sin embargo, resultó simplemente inútil. En palabras de un inspector de inmigración:

> Supongamos que admitimos cinco, diez o cualquier número de extranjeros cuyo destino es Phoenix o su región, y lo hacemos basados en la mera promesa de que el patrón cumplirá con nuestras instrucciones. Supongamos que en efecto el extranjero vaya a Phoenix: trabaja tres o cuatro días como peón agrícola, luego renuncia a su trabajo para marcharse a las minas. Lo único que tiene que hacer es destruir el certificado, que no tiene ningún valor para él e incluso pude serle perjudicial si se le encuentra trabajando como minero. [...] Al Servicio de Inmigración le es imposible asegurar qué pasa con centenares de inmigrantes mexicanos: en qué trabajan o si regresan a México.[63]

Las circunstancias especiales creadas por la participación, en 1917, de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, afectaron la relación que diferentes sectores habían ido construyendo alrededor de México y sus nacionales. Podemos decir que, culturalmente, los procesos de integración del expediente sobre "lo mexicano" y el del significado de la frontera con México, así como sus métodos de manejo y vigilancia, estaban prácticamente terminados. Sin embargo, de nueva cuenta los grandes intereses materiales introdujeron el elemento "pragmático" en esa relación. A las medidas flexibilizadoras de mayo de 1917 se sumó una enmienda del Departamento del Trabajo del 12 de abril de 1924 que, en lo esencial, ratificaba las excepciones. La aplicación de las medidas de vigilancia sobre esos peones era igualmente difícil de creer; lo que sucedía era que en 1918 las urgencias de la guerra introducían entre líneas una cláusula patriótica que hacía de la importación temporal de mano de obra mexicana una práctica "políticamente correcta". La única novedad era una disposición para retener 25 centavos diarios del salario del inmigrante hasta reunirse 50 dólares que el patrón depositaría en el Banco del Servicio Postal de Estados Unidos para que el trabajador los pudiese retirar cuando regresara a México, seis meses después o incluso un año después, dependiendo de si su permiso de trabajo se ampliaba por otros seis meses.[64]

La voracidad de las compañías enganchadoras se potenció al ritmo del apetito por el trabajo abundante y barato de miles de mexicanos que encontraban las condiciones de abuso y discriminación en Estados Unidos preferibles a la pobreza e inestabilidad que se vivía en México. Aceptar escenarios tan precarios no era una decisión basada en la docilidad, la pasividad o algún otro atavismo cultural de

inferioridad, tal como lo hacían suponer los patrones ya mencionados. Debe pensarse que el inmigrante mexicano generalmente tenía el sueño y la esperanza, que pudieran no cumplirse, de ahorrar dinero para regresar a su pueblo a tener una vida de mejor nivel. A diferencia de los inmigrantes de Asia o Europa, el mexicano en Estados Unidos tenía la posibilidad muy real de regresar a su país: cultural, anímica, espiritual y físicamente, México estaba al alcance. También a la luz de esa situación debe entenderse la histórica falta de interés por obtener residencia legal o estatus de ciudadanía estadounidense y, por consecuencia, una muy baja participación en la vida política, desde las elecciones hasta la pertenencia al movimiento obrero.

Los problemas que las agencias enganchadoras empezaron a tener por aquellos días no estaban ni en la vigilancia de sus fronteras ni en las leyes migratorias de su país, sino en México, donde se empezó a observar con inquietud la emigración de tantos hombres jóvenes, que despoblaba más todavía al país. De hecho, el gobierno federal mexicano inició una campaña, junto con los gobernadores de los estados de Jalisco, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, San Luis Potosí, Aguascalientes, Guanajuato y Michoacán, para prevenir contra los engaños de esas empresas.[65] Además, el Comisionado General de Inmigración fue informado de las pésimas condiciones en las que se encontraban las instalaciones de vivienda y sanitarias en los campamentos de peones mexicanos en estados como Arizona, Nuevo México y Texas, lo cual podría obstaculizar la importación de más trabajadores: "La deserción, el descontento y las enfermedades de los mexicanos que cruzaron gracias a las dispensas de la ley de inmigración son causados por las pobres condiciones de vida en los campamentos, [y] causan pérdidas de 25 por ciento en el rendimiento diario."[66] Sumados a las repercusiones económicas, deberían considerarse los efectos so-

bre la industria de guerra, por ello “el gobierno federal debe intervenir, [pues] en el caso de las plantaciones de algodón egipcio de Arizona, éste es necesario para la fabricación de aviones”.[67]

En cuanto las excepciones a la Ley de Inmigración beneficiaron a empresas de los estados fronterizos, otros grandes patrones empezaron a ejercer presión sobre el departamento del Trabajo y el Servicio de Inmigración. Dueños de grandes plantaciones de betabel en Colorado y Utah, y de caña de azúcar y arroz en Luisiana, felicitaban el patriotismo y la inteligencia de las medidas de excepción y de inmediato solicitaban un poquito más de flexibilidad. Ya no sólo querían mano de obra en general, también pedían que se les autorizase a formar cuadrillas de trabajadores mexicanos *ad hoc* a sus necesidades. Los cañeros y arroceros de Luisiana apuntaban que sus cosechas dependían enteramente del trabajo importado y que “no había mejores trabajadores que los mexicanos [...] requerimos en esta ocasión que provengan de zonas tropicales”, pero que precisaban de la aprobación del gobierno en Washington para que el mexicano autorizara el “embarque” de los trabajadores.[68]

Luego de la agricultura de plantación lejos de la frontera, tocó el turno a los consorcios mineros de solicitar ser beneficiados también por las bondades de las medidas de excepción por guerra: “Sabemos que el gobierno de Estados Unidos ha ampliado las excepciones a la Ley de Inmigración para la introducción de trabajadores para la agricultura, los ferrocarriles y la extracción de carbón [...] ¿será posible que el Departamento extienda ese permiso para cubrir las necesidades de la minería de piritas?”[69]

Inmediatamente después de la solicitud venía el señalamiento de cómo la excepción repercutiría en el desempeño estadounidense en el escenario bélico:

> Acabamos de construir una línea secundaria de ferrocarril de 16 kilómetros, una planta hidroeléctrica, así como una planta beneficiadora para noventa mil toneladas de piritas. PERO si se quiere que cumpla con su tarea de producción […] tan intensamente deseada por la Junta de Industrias de Guerra, […] quiero decir que no veo posibilidad alguna de operar las minas y la planta beneficiadora a menos que estemos en posición de asegurarnos de suficiente trabajo mexicano. [Por ello] solicitamos se hagan los arreglos para que se nos permita ir a México y obtener todos los trabajadores que necesitemos.[70]

En 1918, la atracción de peones mexicanos se convirtió, merced a las tensiones reales o falsas de la guerra, en asunto de seguridad nacional y defensa de la patria. Sectores del gobierno federal estadounidense, alineados a los intereses de los sectores económicos que se beneficiaban de la importación de trabajo mexicano, aseguraban que la liberación completa de la frontera en esta materia sería en beneficio del país y una forma de compensar las simpatías progermanas del gobierno mexicano. El colmo del cabildeo realizado ante el senador por Texas, Chas Culbertson, ¡por un inspector de inmigración!, es el siguiente:

> La situación del trabajo es aguda. Me parece que estamos obligados a realizar algunos cambios al burocratismo necesario para que un trabajador mexicano ingrese en Estados Unidos. México es una abundante fuente de oferta de trabajo que estaría disponible para nuestro uso si las leyes de migración fueran menos estrictas. Las restricciones para restringir la entrada a los propagandistas alemanes no están en riesgo con las medidas solicitadas. […] Las siembras son espléndidas en toda la nación y por seguro necesitaremos de los mexicanos para su cosecha. Los ferrocarriles están sufriendo una seria escasez de trabajadores que nunca hemos sido capaces de satisfacer. Creo que la eliminación del impuesto de $8.00 sería la mejor vía para asegurar tanta mano de obra como se necesite. Respetuosamente le pido hacer su mejor esfuerzo para que al Servicio de Empleo de Estados Unidos le sea posible proveer de mano de obra a los molinos, fábricas y cualquier otra industria necesaria para nuestra victoria en la Guerra, y para ello, la mano de obra debe venir de México.[71]

A punto de finalizar la segunda década del siglo XX, la construcción del concepto de México y los mexicanos ha-

bía avanzado tanto en la reingeniería sociocultural realizada en Estados Unidos —teniendo como laboratorio de prácticas la frontera— que incluso era posible llegar a extremos tales como la mezcla de actitudes racistas, de exclusión cultural pero de utilización laboral en su mirada hacia el país del sur. Howard C. Hopkins, quien era el jefe de la división de trabajadores mexicanos del Servicio de Empleo —muy poderoso en esos años de guerra—, dirigió a su jefe inmediato un documento que es una auténtica perla del cinismo, el oportunismo y la visión del mundo de las autoridades de la naciónimperio:

> Las previsiones que se han tomado desde ahora para la importación de trabajadores mexicanos han requerido de un considerable aumento de trabajo por parte de los empleados de Inmigración en los puertos de entrada, ocasionando la interrupción de las rutinas establecidas; esto, naturalmente, no ha sido bienvenido por el Servicio de Inmigración y se ha generado cierta oposición de su parte, lo que ha reducido considerablemente la admisión de peones. La reglamentación actual para la admisión de trabajadores mexicanos ha incrementado mucho el trabajo hecho por el Servicio, y naturalmente ellos generarán oposición. En el pasado, el Servicio de Inmigración en la frontera ha seguido la política de sólo admitir a unos cuantos trabajadores por día, sin importar que un gran número siga esperando cruzar y a pesar de que las agencias de empleo ya realizaron todos los esfuerzos por traerlos a la frontera y estar listos para embarcarlos a distintos puntos. Pero estos retrasos son también producidos por parte de los funcionarios mexicanos que hacen lo posible por entorpecer el cruce. Al Servicio de Inmigración se lo deberá instruir para que facilite el rápido cruce de trabajadores que el Servicio de Empleo necesite. Como resultado de la influencia alemana, la antipatía de los funcionarios mexicanos hacia Estados Unidos y la actitud de llevar la contraria natural de los mexicanos, se están poniendo muchos obstáculos en México para que sus trabajadores vengan a Estados Unidos, llegando incluso a negárseles el cruce. Como consecuencia, muchos de ellos están optando por vadear o nadar el río con la esperanza de evitar tanto a los inspectores mexicanos como a los estadounidenses. Éstos han tenido por costumbre detener a los trabajadores, llevarlos al puerto de entrada y desde ahí deportarlos a México, arrojándolos en manos de los inspectores mexicanos que intentarán impedirles cruzar. Al Servicio de Inmigración se le deberá ordenar que no solamente permita a los trabajadores cruzar, cuando sea y como sea, sino incluso que los anime a hacerlo.[72]

Un día después de enviar el memorando anterior, Hopkins completó su propuesta ofreciendo la solución a los obstáculos para la libre y masiva importación de mano de obra mexicana. De nuevo, su retórica oficial se presenta con un lenguaje quirúrgico, frío, totalmente cínico y con un gran sentido de superioridad racial. Al evaluar la situación de las relaciones con México, señalaba la dificultad que surgía con el gobierno de Carranza por su actitud progermana y antiestadounidense.[73] Sin embargo, proponía solucionar los problemas empleando las debilidades de los mexicanos y de sus autoridades; sus funcionarios, decía, "nos odian por envidia y por miedo y seguirán siendo antiamericanos hasta que se les fuerce a otra cosa". Los dos grandes obstáculos para facilitar el paso de trabajadores mexicanos a Estados Unidos, la propaganda alemana y la corrupción mexicana podían ser manejados con facilidad por el gobierno estadounidense. La más poderosa herramienta para contrarrestar la pretendida influencia alemana será

> el montón de trabajadores mexicanos, contentos y bien comidos, que escriben a sus amigos y familiares en México, contándoles lo bien que se encuentran acá; sin duda ello invitará a muchos otros a venir y así incrementar el número de peones que llegan hasta la frontera; a todos aquellos en México, se les puede hacer creer cualquier cosa, ya que generalmente tienen poca información de los que ya se encuentran aquí [...] el hecho de que la mayoría de los mexicanos no sepa escribir lo podemos solucionar proveyéndoles de alguien que les ayude a hacerlo; no sobrarán los mexicanos que quieran ayudar para ese propósito. Deberá realizarse un gran esfuerzo para lograr que cada peón escriba a México cada semana.[74]

Los otros obstáculos, el sentimiento antiestadounidense y la corrupción en la frontera, tendrían una solución basada en el manejo de la "naturaleza de los mexicanos". Los funcionarios de México, decía Hopkins, son "profundamente corruptos, como siempre lo han sido", por lo que se podría decidir pagarles el equivalente al impuesto por

inmigrante *(head-tax)* de manera oficial o como soborno. "Esto lo hemos hecho antes, se está haciendo ahora y se seguirá haciendo en el futuro". Continúa así el análisis de la naturaleza mexicana y sus autoridades:

> Hay un estilo mexicano para negociar: si ellos notan que los americanos necesitamos algo, nos lo negarán o tratarán de sacar el máximo provecho en el menor tiempo. Por ello nuestro trabajo para atraer peones debe ser discreto, cuidadoso e inteligente. Deberemos trabajar sin demasiados escrúpulos, ya que los obstáculos de los funcionarios mexicanos pueden ser minimizados si dejamos a los peones escabullirse cruzando el río y la frontera fuera de la vista de las autoridades mexicanas que nunca vigilan efectivamente la frontera. [...] Es muy importante que todas las agencias de vigilancia de la frontera coincidan en que el cruce clandestino de mexicanos no debe ser combatido ni detenido.[75]

Asustado por el nivel de descaro que un altísimo funcionario federal podía expresar acerca del manejo de la política de inmigración y la administración de la frontera con México, el comisionado general de inmigración, A. Caminetti, dirigió un memorando al secretario del Trabajo, muy molesto, pues de dársele luz verde a las propuestas del Servicio de Empleo, el Servicio de Inmigración quedaría sometido al anterior y su poder se vería muy mermado. Las propuestas de Hopkins, protestaba Caminetti, "son ridículas y peligrosas y ni el estado de guerra las justifica". Apuntaba que, además, ese curso de acción era un atentado contra las relaciones con México: "cualquier cosa que se haga para asegurar la mano de obra mexicana debe hacerse, al menos, con maquillaje de legalidad y respeto a aquel país". Después, Caminetti hacía una afirmación muy reveladora, cuando decía que todas las provisiones legales derivadas del estado de guerra (La Ley de Espionaje, la Ley de Comercio con el Enemigo, la Ley de Sabotaje y la Ley de Pasaportes) entraban en conflicto con la reglamentación migratoria y del trabajo, y que en medio habían quedado los mexicanos sin definición.[76]

El Comisionado de Inmigración decidió consultar con F. Berkshire, quizá el inspector con mayor experiencia en la frontera mexicana, y éste le pidió informar al secretario del Trabajo la barbaridad del propósito del Servicio de Empleo. Su evaluación fue muy inteligente, pero también indicó muy claramente que había un proyecto de ingeniería cultural muy avanzado en la construcción del sentido de la frontera y de la nación vecina. Decía Berkshire que, visto el problema de manera simplista, es decir, reducido al de traer peones, la propuesta de Hopkins tenía cierto sentido, "pero visto con la amplitud nacional es ridícula, pues al dejar libre la frontera no sólo llegarían trabajadores, sino espías, saboteadores y enfermos mentales, y el esfuerzo por contener y manejar a la población mexicana se vería invalidado".[77]

Completan su evaluación otras dos ideas de gran importancia. La primera apuntaba que la importación masiva y sin restricciones de mano de obra haría volver a los años cuando la frontera no se respetaba. La importación de mano de obra debería evitar conflictos internacionales y el procedimiento debería ser, tal como ya se avanzaba con Carranza, "un acuerdo binacional para la emigración oficial de peones que acabe con el desorden del contrabando, que cumpla con los derechos de los trabajadores y les respete el derecho a regresar a México una vez cumplidos sus contratos". La segunda desestimaba la realidad de una frontera cuya contraparte mexicana estaba sumida en la corrupción y en una actitud antiyanqui que impedía el cruce de los peones a Estados Unidos.[78]

Resulta fascinante como el propio gobierno federal estadounidense de aquellos años se valía de retóricas con acentos tan disímiles y que, al menos en apariencia, provenían de intereses políticos y culturales de fuentes separadas. La verdad es que, en varios sentidos, las diferencias tenían que ver con la transparencia con que los sectores

del Estado de la nación-imperio dejaban ver los grandes intereses económicos (consorcios ferrocarrileros, mineros, agroindustriales) o grandes proyectos ideológico-culturales (nativistas, racistas, eugenistas). De la fuerza con la que pudieran proyectar sus intereses, debieron haber dependido, en mucho, la actitud y respuestas del Congreso, el Servicio de Empleo, el Servicio de Inmigración, el Servicio de Salud Pública, los gobiernos estatales y locales, etc.

En la propuesta de Hopkins se percibe un fuerte tufillo de capitalismo salvaje, mientras que en Berkshire, además de adivinarse una mirada cercana a una visión de Estado que no descuida los reclamos por beneficios de la economía, hay también una propuesta mucho más cercana a la eugenesia, que se empeña por definir cabalmente los límites de la exclusión que se deberán aplicar a ese "otro" recién construido, en el sentido cultural, diferente de los indeseables asiáticos y europeos, aunque igualmente diferente a la estirpe de la gran familia racial angloamericana que proclamaba el senador Lodge.

Mientras sucedían disputas como la anterior, las presiones por flexibilizar los trámites de inmigración de modo que se permitiera la pronta llegada de la mano de obra mexicana siguieron siendo lo común durante los últimos meses de 1918, cuando la Primera Guerra Mundial estaba por terminar. La avalancha de solicitudes de patrones para la importación de peones mexicanos, haría suponer que el conflicto europeo duraría muchos años más. Me parece importante reseñar algunas de las más notables, de manera que quede claro cómo el aumento de las corrientes inmigrantes fue resultado, en muy buena medida, del enorme apetito de la economía estadounidense por contar con mano de obra barata, sin calificación y abundante. Personas como el congresista por Oklahoma James V. McClintic solicitaban al Servicio de Inmigración que, no obstante la prohibición para que los trabajadores mexicanos fueran

importados para trabajos distintos a la minería de carbón, el mantenimiento de las vías férreas y la agricultura, se dejara llegar mano de obra mexicana para que varios contratistas realizasen trabajos de pavimentación de calles en ciudades del estado de Oklahoma, al cual, por cierto, estaba prohibido llevar mano de obra mexicana.[79]

Una compañía texana de carbón bituminoso obsequia una muestra de cómo la importación de peones era una tarea patriótica:

> La siguiente súplica de ayuda está escrita con un patriotismo que supera nuestros intereses personales y solicita de usted su graciosa asistencia para retirar cualquier obstáculo que pueda interrumpir la satisfacción de la más grande necesidad que nuestra Patria tiene hoy. Nuestra capacidad para la producción de carbón está atada de pies y manos por la falta de trabajadores. La ley de inmigración que incluye la prueba de alfabetismo, etcétera, es lo único que nos impide asegurar la mano de obra adicional que requerimos. Sabemos que hay una enmienda que permite salvar esos trámites a trabajadores para tareas agrícolas, para el trabajo en ferrocarriles e incluso en cierta minería de lignita. Nosotros sabemos que nuestro combustible es superior a la lignita y, por ello, sería un mejor combustible para nuestro gobierno; así, sentimos que la enmienda anterior debería incluir nuestro campo. A todos los productores de carbón se nos ha pedido que con patriotismo incrementemos nuestra producción para satisfacer el aumento de la demanda, y nuestra mina está en perfectas condiciones para surtir al gobierno, a los astilleros y a todas las industrias que directa e indirectamente abastecen al gobierno. Nuestra capacidad de producción puede ampliarse si las condiciones de trabajo lo permiten y [...] se instruye a nuestro inspector de inmigración admitir a iletrados para trabajar en nuestros campos. Esta solicitud la hacemos en nombre del deber patriótico, por lo que urgentemente pido se le de patriótica consideración.[80]

Las compañías ferrocarrileras, que contaban con permiso para importar mano de obra mexicana, solicitaban ya no flexibilidad sino rapidez en los trámites de internamiento. Pedían que el papeleo se redujese y que, en cuanto sus agentes de enganche llegasen con los grupos de peones a la frontera, se les dejase cruzar sin dilación. Solamente entre los días 16 y 17 de julio se habían girado órdenes

para que 1,500 trabajadores se internaran por El Paso.[81]

La documentación del Servicio de Inmigración es una muestra clara de que las vueltas bruscas de timón, las dudas escondidas y la incapacidad de armar una política migratoria única y firme en la frontera sur reflejaban, sin duda, las contradicciones y enfrentamientos dentro de la sociedad estadounidense sobre el papel que los mexicanos —en uno y otro lado de la frontera— deberían tener en el momento tan definitivo que su nación atravesaba: en el camino de Estados Unidos a la consolidación imperial de su poder. En ese proceso de construcción, era más que urgente la cimentación de una nueva política de protección de sus áreas de influencia geopolíticas y, de manera central, de sus fronteras físicas. De cómo se explicara a México y a los mexicanos dependería el tipo de cimentación de esa frontera que a setenta años de fundada no acababa de ser definida.

La segunda mitad de 1918 hizo del Servicio de Inmigración un escenario para la expresión de esas contradicciones. Mientras en la Casa Blanca el presidente Wilson recibía innumerables peticiones de patrones que le anunciaban la inminente paralización de actividades agrícolas, ferroviarias y mineras en estados como Texas, Colorado, Nuevo México y Oklahoma, "decenas de quejas y críticas inundan todos los días al Departamento del Trabajo por permitir la entrada de trabajadores mexicanos".[82] En ese escenario, se pudo observar cómo los grandes intereses económicos utilizaron el estado de excepción por la guerra para intentar introducir en grandes sectores de la economía estadounidense una política de bajos salarios permanentes con la utilización de mano de obra mexicana. Ésta, al rotar continuamente, requería una fluidez constante. Por ello demandaban una política fronteriza flexible. Muestra de lo anterior fueron los estudios que encar-

gó el propio secretario del Trabajo para ofrecer una alternativa a la situación. El jefe del Servicio de Inmigración llegó a la siguiente conclusión:

> Si lo que necesitamos es mano de obra barata y poco calificada, y lo que queremos es evitar las críticas por aumentar la presencia mexicana en Estados Unidos en clara violación "oficial" de las leyes, entonces se podría hacer uso de los cientos de miles de pobres que viven en las posesiones ultramarinas de Estados Unidos: Puerto Rico, las Islas Vírgenes y las Filipinas. [...] En Puerto Rico, se calcula puede haber entre cien mi y doscientos mil trabajadores no calificados [y] en Filipinas puedo asegurar que se sobrepasa la oferta de Puerto Rico y las Vírgenes sumadas.[83]

La ventaja que el comisionado Caminetti encontraba en su propuesta era que, cumpliendo con las "características" de los peones mexicanos, que los harían aguantar las más duras condiciones del trabajo agrícola, estos trabajadores

> son ciudadanos de Estados Unidos y ciertamente debería dárseles la primera oportunidad [pero] precisamente por ello deberá señalárseles a esos gobiernos y a los trabajadores que sólo irían durante el periodo de guerra y que luego tendrían que regresar, aunque por supuesto algunos de ellos podrían elegir quedarse aquí permanentemente y nosotros no podríamos hacer nada para evitarlo.[84]

No tengo noticia de que el plan anterior fuese puesto en práctica, pero lo cierto es que impresiona la variedad de medios que los patrones utilizaron para exprimir al máximo la situación.

Por esos mismos días, otra agencia del gobierno federal —que recuerda el plan Hopkins del Servicio de Empleo—, la Administración Federal de Alimento de Estados Unidos, a través de la Junta de Guerra para Políticas Laborales, realizó trabajo de cabildeo a favor de los grandes plantadores de algodón de Texas que habían amenazado con reducir la siembra para la siguiente temporada a menos que el Servicio de Inmigración facilitase la importa-

ción de cuarenta mil peones mexicanos.[85] Los algodoneros también habían ejercido su capacidad de persuasión sobre algunos congresistas, que a su vez habían influido la decisión del departamento del Trabajo para autorizar esa importación masiva de trabajadores; para fines de agosto de ese año, el Servicio de Inmigración ya había recibido las órdenes de ayudar a los poderosos agroindustriales del centro de Texas.[86]

La administración de tal cantidad de peticiones particulares y especiales llevó al Servicio de Inmigración, de plano, a modificar las instrucciones anteriores y liberalizar los rubros que serían cubiertos por las condiciones de guerra. Además del trabajo agrícola, el mantenimiento de vías férreas y la minería de carbón, los mexicanos podrían ser importados "para trabajar en cualquier tipo de minería, para ser empleados en todo tipo de trabajo de construcción comisionado por el Gobierno en los estados de Texas, Nuevo México, Arizona y California".[87] En todo ese marasmo de intereses desmedidos y políticas irresponsables, el gobierno conservador de Texas expresó quizá uno de los pocos puntos de vista relativamente honestos. Señaló que, aunque siempre había estado a favor de una inmigración controlada y de hecho deseaba una ley migratoria aún más estricta,

> estaba a favor [*sic*] de la importación temporal del suficiente número de trabajadores mexicanos para satisfacer cualquier demanda que pudiera existir ahora o en adelante por parte de cualquier industria o línea de empleo esencial [...] con la salvaguarda de que al regresar los ciudadanos americanos de la guerra, los mexicanos deberán ser obligados a regresar a México.[88]

Los millares de mexicanos que viajaron durante aquellos meses para incorporarse a los mercados laborales del suroeste, del medio oeste y aun del este[89] de Estados Unidos fueron prácticamente aspirados por los agentes

enganchadores y, como hemos visto, por el mismísimo gobierno federal, a través del Servicio de Empleo. Naturalmente, la difícil situación que vivía México hacía más exitosa esa labor. Sin embargo, a fines de 1918 el ambiente de nuevo se volvió adverso para los mexicanos y para la administración y vigilancia de la frontera. A partir del 18 de diciembre se suspendió la expedición de los permisos temporales de trabajo; periódicos mexicanos, tales como *El Pueblo* y *El Demócrata*, citados por Caminetti, empezaron a anunciar con alarma la inminente puesta en marcha de una deportación masiva necesaria para crear empleos para la masa de combatientes angloamericanos que regresaban de Europa.[90]

Aparte de la amenaza de deportaciones, los trabajadores inmigrantes debieron resistir los embates antimexicanos del nativismo conservador y del movimiento obrero. Una de las más grandes organizaciones gremiales de mecánicos afiliados a la AFL en su congreso nacional, tomó el acuerdo de exigir al gobierno estadounidense el estricto cumplimiento de la ley de inmigración, acusando de actitud antiamericana a quien la violara, ya que decían que el peón mexicano robaba el trabajo de los ciudadanos.[91] Desde el punto de vista de las organizaciones obreras, los mexicanos, además de ser "trabajadores inferiores", estaban convertidos en los rompehuelgas de los patrones. Los cónsules mexicanos de Estados Unidos informaban a la Secretaría de Relaciones Exteriores que una de las razones para evitar que los compatriotas fueran engañados por los enganchadores era "el que estaban siendo utilizados como rompehuelgas, o como elemento para evitar que estallen [las huelgas…], lo cual les trae, con razón o sin ella, dificultades con los trabajadores estadounidenses, sus competidores, quienes cuentan al efecto con la protección y ayuda de sus sindicatos".

Además, los diplomáticos mexicanos advertían de dos riesgos adicionales:

> Los peones son llevados para trabajar con sueldos inferiores al promedio [y] los trabajadores son enrolados en el Ejército de dicho país, dejando en el más completo abandono a sus mujeres e hijos, sin que esté al alcance de nuestro gobierno poder evitarles o remediar [...] la miseria en que éstos se ven envueltos.[92]

No cuento con suficiente información para verificar la noticia de que, incluso, algunas agrupaciones obreras radicales, como la Internacional Workers of the World, en algunas ocasiones llegaron prácticamente a asaltar a los trabajadores mexicanos a la hora en que éstos cobraban sus cheques, bajo la amenaza de represalias si no pagaban dos dólares. La denuncia proviene de un actor que resulta parcial por ser representante de los algodoneros de Arizona y enemigo natural de cualquier tipo de politización que "los pacíficos trabajadores mexicanos" pudieran experimentar en manos de los agitadores sociales.[93]

Empleados ferrocarrileros angloamericanos incluso llegaron a utilizar los servicios particulares de abogados que realizaran labores de cabildeo y denuncia ante diferentes ámbitos del gobierno. Hugh R. Osburn, abogado californiano, señaló al secretario del Trabajo que los ciudadanos americanos empleados estaban siendo desplazados de sus trabajos, en el ferrocarril del Southern Pacific, por mexicanos "en complicidad con agentes dedicados a la contratación de peones". Escuchemos el tono racista y patriótico usado para describir la situación:

> Me parece que la importación de los *greasers* deberá ser detenida de inmediato, particularmente cuando se nos está solicitando hacer todo lo posible por darles empleo a los soldados en su regreso. [...] Estos hombres que están siendo desplazados trabajaron lealmente durante el tiempo de guerra por salarios que apenas les daban para vivir y, si ellos estuvieron listos para servir a su país en su pequeñez, también deberían ser

dignos de recibir su protección [del gobierno] para tener una forma de ganarse la vida ahora, y es totalmente injusto estar importando a estos aliados de los hunos y que vengan a desplazar a la gente decente de este país. [Y] si el gobierno de Estados Unidos va a tratar a sus ciudadanos de esta manera, no siento que nuestro trabajo por liberar al mundo de la servidumbre haya logrado mucho. Acciones como las anteriores convierten a socialistas en bolcheviques o en anarquistas de la IWW, y es como entregarles a esas gentes compañías del ferrocarril, [pues] esto está pasando en todo el sistema del Southern Pacific y los *japs* y los *greasers* son los únicos empleados. [...] Respetuosamente someto ante usted la propuesta para que los *greasers* sean expulsados por arrebatar el dinero que en derecho pertenece a nuestra gente; los peones deberían ser regresados a México a que apuñalen a "the mananya men" allá en lugar de estar apuñalando a ciudadanos americanos. [...] Cuando ayudamos a los *greasers*, ayudamos a los hunos y desacreditamos el control gubernamental de los ferrocarriles, además de estar aprobando los actos de *greasers* que asesinan a nuestra gente y confiscan nuestras propiedades en México.

Nuestra población [King City] ha sido maldecida con esta gente [que] además de robar los trabajos en los ferrocarriles y en los campos de betabel [...] está costando miles de dólares por los juicios que se les siguen por sus robos y asesinatos. El trabajo de un americano vale por el de cuatro peones mexicanos, ya que sólo trabaja tres días de la semana, y se necesitarán cuatro de ellos para hacer el trabajo del americano, además de que se requerirá de "un buen hombre blanco" para vigilarlos y hacerlos trabajar.[94]

The Ugly Mexican

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, la relación de Estados Unidos, con ese amplio fenómeno llamado México, se alteró definitivamente. Las ambigüedades sobre cómo entender al mexicano fueron eliminándose. Las reglas del juego y la identidad de la nación imperial habían logrado finalmente interiorizarse en la identidad de los mexicanos de ambos lados de la frontera, gracias a las consecutivas capas de clasificación, definición, selección y exclusión que fueron decantando el concepto de frontera.

La utilización del término *greasers* que acabamos de atestiguar marca la culminación de un proceso en el que se construyó el concepto de "mexicano" iniciado quizá

desde la Guerra de 1846-1848 y, de manera más orgánica, desde las medidas sanitarias de la década de 1880.[95] Ante la falta de evidencia lógica para definir de inmediato una inferioridad natural de la "raza mexicana", fue necesario construir un entramado ideológico complejo y de marcha tortuosa para que, a través de un discurso amparado en la ciencia y en la medicina, se ocultase lo que el racismo vil y ramplón ya sentía por el mexicano. El *greaser* es el mexicano feo, desprovisto de cualquier virtud o elemento positivo, incluso de su carácter de mercancía que se utiliza oportunistamente para la obtención de las mayores y más veloces ganancias; el término es la declaración extralógica de la superioridad de una nación en relación con la inferioridad de otras, sobre las que se construiría un nuevo vínculo metrópoli-colonia en el mundo poscolonial.

Sin embargo, la pesadilla de la presencia mexicana en Estados Unidos, el monstruo de una inmigración de proporciones no deseadas, había sido contraída en el seno mismo de esa nación, alimentada de una manera clara y transparente por intereses materiales de la naturaleza más elemental. En el propio Servicio de Inmigración se entendía la dimensión del problema:

> Aunque no hay duda en la mente del que esto escribe de que el principio fundamental sobre el cual debe actuar el Departamento es el que los extranjeros deben ser regresados a México, ¿qué haremos si se extiende la idea de que los requisitos que cumplieron los braceros que entraron a Estados Unidos bajo las excepciones hechas por la Guerra se convierten en antecedentes para permanecer y pretender legalizar su residencia, como la lógica lo aconsejaría?[96]

Leído en términos más directos y con todas sus implicaciones, lo que el inspector Harris señalaba era un hecho contundente. Prácticamente se había aspirado a miles de mexicanos pobres para trabajar como peones en las más

duras faenas del espectro del mercado laboral estadounidense; se les había desarraigado y ubicado en condiciones de subordinación y discriminación en diferentes puntos del país, y, de buenas a primeras, se quería el cumplimiento de la obligación de regresar a México al terminar su contrato de trabajo, cuando ese retorno era, en la práctica, imposible para la mayoría. Al terminar la guerra, los mercados laborales se deprimieron para muchos miles de mexicanos que empezaron a concentrarse en ciudades del suroeste, pobres y sin empleo.

En Texas, Oklahoma y Kansas, esos grupos de desempleados formaron pequeños ejércitos de reserva para algunos ramos industriales que utilizaron su presencia para deprimir los salarios o favorecer la contratación de personal no sindicalizado. Los empleados de las grandes compañías empacadoras y los carniceros de dichos estados protestaban por la presencia de esos mexicanos que representaban competencia y que habían llegado a sus ciudades a finales del año 1920, traídos por las agencias enganchadoras y por encargo de grandes patrones, es decir, ya cuando no eran necesarios y cuando las excepciones migratorias de guerra estaban abolidas.[97] De manera muy rápida, muchos desempleados y desplazados que no podían o no tenían a qué regresar a México, empezaron a constituir agrupamientos humanos lumpenizados en grandes ciudades como Fort Worth, Denver, San Antonio, El Paso o Houston, donde se calculaba que se encontraban en situación desesperada unos diez mil mexicanos.[98]

En el estado de Colorado, durante toda la década anterior, y particularmente durante el periodo de guerra, se habían hecho súplicas y reclamos para que se facilitara la importación masiva de trabajadores mexicanos que fuesen a laborar en la industria azucarera de la región levantando las cosechas de betabel. Sólo unos meses después se hablaba de los peones desempleados deambulando por las

calles de Denver, como si se acabase de descubrir que estaban ahí ilegalmente y que ponían en riesgo a la sociedad angloamericana de la ciudad. El periódico *The Denver Post* hacía advertencias apocalípticas tales como "La seguridad de Denver está] amenazada por 3,500 mexicanos hambrientos", que reforzaban las condiciones anímicas antimexicanas ya existentes y, por consecuencia, legitimaban la rudeza y la discriminación que se pudiera usar para tratarlos. El jefe de la policía de Denver le señalaba al cónsul mexicano en esa ciudad, Vicente Rendón Quijano, en tono recriminador, que unos 3,500 mexicanos, mil de los cuales estaban desempleados por la industria del betabel, vagaban por las calles, cantinas y salas de billar. Cometían, continuaba el reclamo,

> al menos dos delitos al día, principalmente robos a tiendas y automóviles, y las quejas de los ciudadanos de Denver son tan numerosas que la policía se ve obligada a tomar métodos astringentes para la protección no sólo de los ciudadanos, sino de los mexicanos mismos [… para] evitar que maten o lastimen a otro y así evitar que la gente blanca se tome la ley en sus manos. […] En Denver, con una población de 260,000, los mexicanos cometen más crímenes que todas las nacionalidades combinadas. […] Ya podrá usted observar cuán indeseables son esos mexicanos.[99]

Como observamos, sin que aparezca la palabra *greaser*, al concepto-contenedor del mexicano se le añaden varias características adicionales: no es un ciudadano, no es blanco y es un peligro.

El resentimiento de amplios sectores de la población angloamericana era el resultado de una mirada absolutamente parcial del fenómeno mexicano. Detrás de la declaratoria de patriotismo y legalidad se encontraba bien enraizado el convencimiento de la superioridad de la raza anglosajona y de su derecho sobre los recursos de la patria. Apelar al origen hispano del territorio suroeste de Estados Unidos o a la forma en que la inmigración había si-

do prácticamente inventada por sus intereses era poco menos que inútil.

El siguiente testimonio forma parte de la cultura popular y dominante de la nación. Ésta es la voz de George R. Elder, veterano de guerra:

> A mis compatriotas (los trabajadores americanos), tanto como a mí mismo, nos gustar ver solamente a extranjeros blancos trabajar y prosperar, en lugar de trabajadores sin valor que se quedan con nuestros puestos con salarios de hambre, como sucede en todos los estados fronterizos, y más lejos aún, de acuerdo con los periódicos. Si no se detiene la importación y contrabando de este tipo de trabajadores a nuestro "Glorioso País", como sucede de acuerdo con las pruebas (según dicen los periódicos), ¿qué será de los americanos? Bien sabemos que no sólo llegan peones, sino personas de ambos sexos que vienen a tomar los lugares que por derecho les pertenecen a los americanos nacidos en este país. Es descorazonador y llena de coraje ir a molinos, fábricas, talleres e incluso tiendas y oficinas de todos los estados fronterizos, y ver que están llenos de estos trabajadores extranjeros sin valor, fundamentalmente mexicanos. Salga a las calles y observe cómo mucha gente blanca camina en busca de un trabajo para ganarse honestamente la vida, como yo mismo hago. Si por casualidad hay un puesto de trabajo y se le ofrece a un blanco, pretenden darnos salarios para mexicanos. [...] Muchos peones han sido traídos por la ambición del capital y de las industrias, pero muchos otros se han introducido ilegalmente, y yo pregunto: ¿no es la obligación de los departamentos de Inmigración y del Trabajo detenerlos y deportarlos?[100]

No obstante lo generalizado de estos sentimientos exclusionistas, los intereses económicos siguieron sentando sus reales en las decisiones para administrar la frontera, produciendo un constante estira y afloja de las disposiciones migratorias. En teoría, la internación masiva de trabajadores temporales, basada en las excepciones de guerra, había terminado en diciembre de 1918 (el armisticio se firmó en noviembre de ese año). Sin embargo, por las múltiples presiones que recibía el gobierno federal en la persona del secretario del Trabajo, se extendieron las facilidades hasta el 30 de junio de 1919 y todavía, casi al vencer el plazo, seis senadores y cuatro congresistas apoyaron

a los dueños de plantaciones de betabel y de algodón para obtener una nueva extensión hasta enero de 1920.[101]

El contrapunto entre nativismo y cinismo continuó durante el resto de la década, hasta que las condiciones de la crisis de 1929 impusieron una dura política de restricción migratoria. Mientras tanto, la prensa, los sectores populistas conservadores, el movimiento obrero y el propio fortalecimiento y profesionalización de los aparatos de monitoreo fronterizo fueron haciendo cada vez más "políticamente incorrecta" la importación abierta de mexicanos. Durante toda la década aparecieron en la prensa de todos los estados fronterizos centenares de artículos que denunciaban el peligro mexicano. En California, por ejemplo, los lectores de *The Guadalupe Gazzette* se familiarizaban con retóricas como ésta:

> En unos cuantos años la población del gran estado de California se verá engrosada con los más indeseables ciudadanos imaginables. [...] No pasa un día sin que no se vean en las calles caras nuevas entre la creciente horda de esos criminales en potencia. Son de sangres india y mestiza. Para ganarse la vida, trabajan en los campos agrícolas, pero durante sus horas de ocio se la pasan cerca de cantinuchas y centros de juego y vicio. Muchas de sus mujeres jóvenes son prostitutas y, como es costumbre en su cultura, mantienen a dos o tres padrotes. Los hombres, en cuanto "agarran la onda", como ellos dicen, se convierten en traficantes ilegales de alcohol y drogas, siendo ellos mismos unos viciosos. Siempre he sido un fuerte promotor de leyes que impidan la entrada de cierto tipo de extranjeros. [Y] aunque a los mexicanos la gente les tiene el mismo recelo que a los japoneses, el código moral de los mestizos es mucho más bajo, a pesar de que impresiones superficiales pudieran indicar otra cosa. [...] El beneficio temporal que esa gente pudo hacer a nuestra agricultura será borrado por los daños permanentes que nos traerá su presencia.[102]

Como se mencionó antes, los nativistas y exclusionistas del suroeste recriminaban el hecho de que el este del país, por entonces el corazón político, económico y demográfico de la nación, hubiera sido durante décadas tan insensible al "riesgo mexicano". Sin embargo, para cuando se terminaba la década de los veinte, se señalaba que el este

y el medio oeste "empezaban a despertar a la expansión mexicana en sus mercados laborales".[103] Y es que, como consecuencia de las acciones deliberadas que las empresas ferrocarrileras, empacadoras de carne o compañías metalúrgicas como la Asarco tomaron para atraer a muchos de los trabajadores mexicanos que antes sólo llegaban hasta los estados fronterizos, se inauguraron nuevas rutas de inmigración para regiones completas de México. La presencia mexicana en Chicago, Detroit incluso Nueva York empezaba a ser evidente, y la prensa la resaltó como un "despertar a la amenaza" de efectos negativos en la escala de salarios. Pero, además, el peón mexicano, de acuerdo a este punto de vista nativista y racista, debía ser

> interpretado como inmigración de la más baja calidad [lo que] trae problemas por su estilo de vida [...] presentándose una larga cadena de crímenes en los cuales los mexicanos están implicados [...] como el asalto a un carro blindado en Chicago por tres mexicanos o un bombazo en Nueva York realizado por comunistas mexicanos [todo ello] está agitando al este y forzándolo a darse cuenta que la inmigración mexicana es, en pocas palabras, indeseable. El despertar del este nos hace creer que muy pronto habrá un remedio legislativo durante la siguiente sesión del Congreso.[104]

La desgracia de estos miles de mexicanos radicó en que fueron víctimas directas de un país pobre y convulso como aún era México en esos años, y de una nación cuya economía se expandía de manera prodigiosa, la cual sin escrúpulos o interés por el futuro los atrajo por todos los medios posibles. En Estados Unidos, muchos sabían lo sucedido lo explicaban en público, sin embargo, quienes estaban destinados a pagar eran los arrimados, los advenedizos, los inferiores. Los propagandistas de la inmigración irrestricta fueron llamados "los destructores", pues mentían respecto a las cantidades de trabajadores que se necesitaban para las labores agrícolas. Así se los denunciaba:

> Las agencias de empleo son las mayores propagandistas de la libre inmigración [...] sus argumentos son desafortunadamente repetidos por algunos periódicos que afirman que los mexicanos son trabajadores estacionales que en su inmensa mayoría regresaban a México. Pero esas agencias, así como los intereses agrícolas y mineros, mienten, pues bien saben que pronto se convertirán en una carga para la beneficencia pública. Se los importa para llevarlos a trabajos de recolección de algodón, melón y lechugas, pero luego buscan mejores salarios y se van a la minería y a la construcción. Los propagandistas dicen que la gran ventaja de los mexicanos es que permiten a la economía tener trabajadores cuando se los necesita, como en Kansas donde hacen falta 100,000 para la cosecha del trigo; 400,000 en Texas para la pizca del algodón; California necesita 100,000 para cosechar la fruta y los vegetales, y hacen falta cerca de 30,000 en Colorado para el betabel. Pero la necesidad también existe en Oregon, Idaho, Montana y las Dakotas. [...] Pero ellos no buscan más trabajadores. Hay más que suficiente a la mano, ellos buscan TRABAJO BARATO DE EXTRANJEROS para desplazar a los trabajadores blancos y ciudadanos [...] son intereses egoístas los que traen a una raza que crea problemas políticos y étnicos [... ésos] son los riesgos creados por el flujo de decenas de miles de mexicanos analfabetos, pobres e inasimilables. [105]

El punto de vista del movimiento obrero organizado no es menos duro al tratar al peón llegado de México, si bien reconoce que son los intereses de los empresarios los que mantienen la política migratoria sin restricciones para así presionar a la baja los salarios e inhibir las huelgas. El periódico de la AFL de Colorado se preguntaba:

> ¿Quiénes son esos mexicanos? Rompehuelgas, ladrones de puestos de trabajo, [...] son los más ignorantes, miserables y la más antisocial de las clases de México. [Los peones] rara vez se inconforman con las condiciones de trabajo o los salarios. Son fáciles de explotar y por ello para las compañías son los empleados ideales. Están dispuestos a trabajar por prácticamente nada y la pobreza les es tan natural que no entienden nada de los niveles de vida americanos.[106]

La retórica obrerista tomaba trayectorias de un conservadurismo racista y nativista casi puro, al elaborar ecuaciones entre ciudadanía, raza, nacionalidad y el lugar que se podía tener en la estructura social. Sin datos fehacien-

tes, centrales obreras del tamaño y recursos de la AFL eran capaces de condenar la presencia mexicana, no sólo en términos de competencia por los puestos de trabajo —sobre los cuales hay evidencia de que, en efecto, el trabajador anglosajón había dejado de aceptarlos—, sino en términos de inferioridad racial y cultural. Otro periódico afiliado a la AFL protestaba por lo pequeña que era la fuerza armada para vigilar la frontera y la urgencia de fortalecerla y darle más atribuciones; ésa era la única forma de parar a los inmigrantes del sur:

> Hay más mexicanos en Estados Unidos que los que pueden ser apropiadamente asimilados en una generación completa. Los peones indigentes, infestados de enfermedades e iletrados que cruzan la frontera son una amenaza y una carga para el ciudadano blanco, propietario de su casa y contribuyente fiscal de los estados fronterizos. Los peones son una amenaza a nuestra salud y a nuestra sociedad. La enorme cantidad de mexicanos que están en nuestras prisiones, cárceles, manicomios y hospitales de caridad es la evidencia de que el inmigrante mexicano se ha convertido en una carga insoportable.[107]

Prácticamente sin importar el sector social o cultural angloamericano de donde venga la evaluación del mexicano, la dureza del juicio es brutal y, desde mi perspectiva, sólo puede entenderse el gran acuerdo nacional al respecto, si se considera que las viejas propuestas nativistas, eugenistas y de vil racismo son ya parte no sólo del discurso social dominante, sino también de los sentimientos y la cosmovisión de la sociedad de la nación imperial. En otras palabras, el mexicano era culpable por ser quien era, un ser inferior en todas las posibles dimensiones a considerar. Durante la lectura de los centenares de testimonios e informes que guarda la colección del Servicio de Inmigración respecto a México, resulta desalentador, pero también muy revelador, que prácticamente no se encuentre ninguna expresión positiva, salvo la estrictamente eco-

nómica, sobre la presencia mexicana. De hecho, muchos pensaban que la colisión de culturas era inevitable.

Al hacer la crónica de una batalla campal entre dos pandillas de jóvenes en la ciudad de Glendale, Arizona, un editorial decía que el presagio era que se volverían cotidianas debido al

> flujo ilimitado de mexicanos en los años pasados. [...] Su presencia en Arizona ha demostrado que nuestras dos razas no fraternizan y nunca lo harán. [Y] conforme las dos razas se aproximen numéricamente, la mínima tolerancia se perderá y se producirán enfrentamientos. [...] Salvo casos excepcionales, los mexicanos no se convierten en parte del *body politic* de nuestro Estado. Ellos no se asimilan o amalgaman con nuestra ciudadanía y no tienen el deseo de hacerlo.[108]

Este discurso de exclusión buscaba que todas las prácticas sociales cotidianas de las comunidades y de los agentes del Estado, encargados del bienestar del *body politic* nacional, se alinearan a las ideas que proponían que la vecindad con México, el trato a sus nacionales y, por tanto, el monitoreo y administración de la frontera deberían basarse en la certeza de que esa zona de contacto era una zona de riesgo.

El poder del Estado, se entendía, debería actuar para erradicar primero la inmigración y luego la presencia de mexicanos dentro de Estados Unidos, hasta reducirlos a un número aceptable.[109] Un nativista de El Paso expone de manera serena su postura:

> La presencia mexicana debe ser detenida por dos motivos: el primero es local y es la prosperidad de El Paso; el segundo, más amplio, es la salud, el bienestar y la felicidad de Estados Unidos de América. [...] El Paso no se ha desarrollado de acuerdo con su potencial, pues ha sido ahogada por una raza de gente que ya constituye la mitad de la población y que carece del espíritu que anima a los anglosajones y a otros ramas de nuestra raza blanca, como lo son los irlandeses, los escoceses y otros europeos a los que sí se impone una cuota. Los mexicanos a los que no se les impone restricción son ajenos en todo el sentido de la pala-

> bra, y su inyección en nuestro *body politic* nos traerá el mismo tipo de problema creado por la presencia de los negros.[110]

Hay una voz que conviene rescatar antes de finalizar este ensayo. Se trata, quizá, de una de las pocas voces consecuentes de la época. H. R. Mansfield era un inspector del Servicio de Inmigración y realizó un análisis muy frío, que hecho público habría sido apabullante y rechazado por políticamente incorrecto:

> Es muy cierto que en regiones como Colorado, Nebraska, Wyoming, Utah y Idaho se deporta a una tercera parte de los mexicanos. La opción de que el Servicio los ubique, los persiga, los detenga y luego los deporte sería muy costosa, tardada, complicada y finalmente inútil. Estos mexicanos están acostumbrados a ir a pasar unos días a sus lugares de origen y pronto vuelven a Estados Unidos. Cuando los deportamos, en realidad les estamos pagando el boleto hasta la frontera. Por ello, se ha seguido la política de ignorar el caso de muchos mexicanos.[111]

Sin embargo, decía el inspector, "ésas son mis ideas". No pretendía entrar en contradicción con las instrucciones del Servicio; si éste ordenaba iniciar redadas para la deportación masiva de mexicanos, se procedería a cumplir las instrucciones pero, advertía de nuevo: "Se ha dado el caso de algunos que hemos deportado desde el puerto de San Francisco hasta Mazatlán y aun así han vuelto a Estados Unidos". Pareciera que, entre líneas, Mansfield advirtiera que, una vez creado el problema, habría que aprender a vivir con él.

6

Se completa el aparato de vigilancia

Resulta impactante que, ya bien entrada la tercera década del siglo xx, el sistema de vigilancia de la frontera con México no encontrara aún una cuadratura satisfactoria. Los agentes del Servicio de Inmigración comisionados en los puertos de entrada fronterizos insistían en que la Ley de Inmigración, habiendo sido pensada para puertos marítimos, no era funcional para monitorear adecuadamente la vecindad con México. El inspector G. C. Wilmoth insistía, como lo había hecho ya su antecesor, el inspector Berkshire, en que un lugar como El Paso-Juárez destacaba por su carácter único y sus particularidades. Estas ciudades, reportaba a su jefe, no pueden vivir separadas, y por ello las medidas para guardar la línea divisoria deben cuidarse para "que no causen congestionamientos que impidan o retrasen el tráfico entre ellas". Hacia 1923, ese asentamiento binacional se calculaba en unos 105 mil habitantes, noventa mil en El Paso y el resto en Ciudad Juárez; esa población generaba, de acuerdo con Wilmoth, unos diez mil cruces diarios, de los cuales 85 por ciento eran de mexicanos. La estación migratoria estaba preparada para una inspección real de unos cuantos cientos de personas al día, pero con diez mil cruces diarios el proce-

so no podía ser satisfactorio si se contaba sólo con un inspector, dos oficiales y un guardia por turno.[1]

No obstante, el problema de la vigilancia fronteriza no residía en un asunto meramente numérico que pudiera encontrar solución aumentando la cantidad de inspectores de inmigración. El *quid* seguía siendo el carácter de la frontera: por la lentitud con la que la autoridad vigilante, represora y excluyente del Estado se hacía presente en la zona y por los complicados mecanismos de interiorización de esa autoridad, en la mente y cuerpo de los que cruzaban los puentes sin conciencia total de su carácter de "otros", de extranjeros. En la estación de inspección migratoria de Ellis Island, a la que ya se hizo referencia, se articulaba con claridad el ritual de descenso de un barco con la calidad de extraño-extranjero que buscaba residir en Estados Unidos; además, el hecho de que el suceso aconteciese en un territorio de soberanía no disputada política, étnica ni culturalmente permitía un transcurrir terso de la autoridad y legitimidad del Estado. En la frontera entre El Paso y Ciudad Juárez, los inspectores de inmigración experimentaban un ejercicio mucho menos reconocido y legitimado de la autoridad del Estado, de la cual ellos eran brazo ejecutor. Mientras, en Ellis Island el ritual de desembarco era una experiencia única en la vida del extraño-extranjero, en el puente Santa Fe el ritual de cruzar se trivializaba y perdía su capacidad de impresionar e imponer autoridad por ser un hecho cotidiano.

Los obstáculos para que el poder vigilante del Estado se instalara de manera completa y legítima y para que se naturalizara en los habitantes mexicanos de la frontera residían, precisamente, en el carácter artificial de la frontera en un territorio que impedía aplicar la ecuación de raza igual a nacionalidad. Los inspectores en El Paso, de acuerdo con Wilmoth, administraban la movilidad en la frontera descansando de manera notable en su capacidad de dis-

criminación visual y en su memoria para almacenar caras, ya que basar la inspección exclusivamente en la apariencia era "muy riesgoso, pues un inspector podría no reconocer a un Cónsul, a un funcionario o algún ciudadano prominente de México, los cuales se ofenden rápidamente al inspeccionárseles y son propensos a de inmediato presentar quejas oficiales o a realizar denuncias amañadas a los periódicos".[2] Pero además tiene que considerarse que había un buen número de ciudadanos estadounidenses cuyo origen no permitía una identificación de nacionalidad basada en rasgos o apariencia:

> Un ciudadano americano de apariencia o extracción extranjera [...] resiente de manera aguda que se le pregunte si es ciudadano estadounidense o de qué país es ciudadano. Generalmente ese resentimiento se expresa en el uso de un lenguaje abusivo y en voz alta que recae sobre el desafortunado inspector. Esto sucede con tanta frecuencia que incluso los extranjeros han empezado a hacer uso de ese método de queja, por lo que el oficial en el puente se encuentra continuamente entre dos fuegos y el proceso de inspección resulta desacreditado.[3]

Y es que, en sentido estricto, vigilar una frontera de tal movilidad, complejidad y extensión rebasaba las capacidades físicas y conceptuales de los vigilantes. En 1923, el distrito del Servicio de Inmigración a cargo de toda la línea divisoria con México tenía trescientos empleados distribuidos en cruces desde Tijuana, en California, hasta Brownsville, en Texas.[4] Además, la década de los veinte fue también el crisol en que se mezclaron los aspectos más negativos de la condición fronteriza, para afianzar la idea de la frontera como un sitio de peligro, corrupción y vicio. Fueron años en los que los intereses estrictamente particulares fueron perdiendo una expresión nítida y automática en las políticas oficiales y en la actuación de las autoridades. También fue un periodo en que esas connotaciones negativas se racializaron y se les asignó la nacio-

nalidad mexicana dentro del discurso purificador angloamericano.

El gobierno federal estadounidense empezó a diseñar una política de vigilancia, monitoreo y administración de la frontera que cerraba un periplo de ingeniería cultural en el que se había embarcado el Estado para proteger la integridad de los intereses de la nación, y que había empezado con las medidas sanitarias de 1880. Cuarenta años después, la retórica nativista era una de las fibras primordiales de la política fronteriza con México y también, aunque en principio pueda parecer paradójico, del comportamiento neocolonial de la nación-imperio. James J. Davis, secretario del Trabajo en el gabinete del presidente Calvin Coolidge, filtraba ese ánimo hacia México cuando recordaba a un Senador que la vecindad con un país era una carga y una fábrica de problemas, y que los ciudadanos americanos asentados en la región fronteriza deberían sumar fuerzas con el gobierno y dejar de pedir tratamiento especial a la frontera: "No podemos seguir complaciendo sus intereses [...] debemos pensar como nación". En nombre de la "realidad fronteriza", las leyes migratorias fueron laxas y las estaciones migratorias, inútiles, alentando un comportamiento por parte de los mexicanos y estadounidenses de origen mexicano, de poco respeto a la ley: "nunca traen sus papeles, cruzan constantemente a México y cuando se les pide prueba de su ciudadanía se indignan y enojan y desgraciadamente tienen el apoyo acrítico de las cámaras de comercio y de los periódicos que gustan de explotar estos casos".[5]

En las palabras de Davis se anunciaba una nueva visión de la frontera que salvaría las dificultades de una vecindad con un país como México; una de las principales era la dificultad para empatar fisonomía con ciudadanía, provocada por la existencia de miles de extranjeros que habían logrado convertirse en ciudadanos americanos, pero que re-

querían de una prueba de su estatus, ya que "ellos saben que son ciudadanos americanos, pero los inspectores no pueden saberlo al observarlos". La vieja política de fronteras semiabiertas debía terminar de inmediato y, para ello, se debería emprender una jornada de reeducación de los habitantes de la región:

> La gente de la frontera, especialmente aquellos con intereses comerciales, parece no entender que ya no puede haber la misma libertad de movimiento y relaciones que prevaleció en los días anteriores al impuesto por inmigrante *[head tax]*, la prueba de alfabetismo, las visas, las cuotas por nacionalidad y el pasaporte. Parecen no entender que la reglamentación de inmigración es de carácter nacional en visión y efecto.[6]

El llamado de Davis a una "reconsideración" de los intereses locales a favor de los nacionales, se basaba en que muchos de los grandes patrones de los estados del suroeste seguían con la idea de que eran convenientes reglas migratorias más estrictas, "siempre y cuando" existiera la flexibilidad para que sus intereses particulares no fuesen afectados. Cámaras de comercio de Arizona y Texas hicieron escuchar sus voces ante el comisionado general de Inmigración señalándole que esperaban que se reconociese la condición especial de la frontera:

> Creemos que si se da cualquier consideración a las condiciones a lo largo de las fronteras de este país donde la gente a ambos lados es interdependiente [...] será entonces impensable que el Congreso intente que restricciones como la cláusula de alfabetismo se quiera aplicar a extranjeros que lo único que quieren es entrar temporalmente a comerciar con nosotros.

Además, en el colmo del cinismo, los comerciantes organizados decían que sus comercios eran para los mexicanos

> del norte de ese país, un centro de distribución de mercancías que no se podían vender en Estados Unidos a causa de su calidad o haber pasado de moda. Toda esta mercancía encuentra una vía de salida a lo largo de la frontera entre las clases pobres de México que la ven atractiva. [...] La venta de mercancía descontinuada o invendible por varios motivos en Estados Unidos, tiene un volumen de 10 millones de dólares.[7]

La Cámara de Comercio de Del Rio, Texas, sumada a la de El Paso y otras ciudades, remataba su alegato sobre su concepto de México y los mexicanos diciendo que "en México la mayoría es analfabeta [...] nunca hemos necesitado que los mexicanos sepan leer y escribir [...] si se los exigimos es tanto como condenar desde Washington a toda la frontera".[8]

Duelo de pasaportes

Muchos sectores de la sociedad estadounidense, particularmente el Servicio de Inmigración, hubieran esperado que, con la Ley de Inmigración de 1917 y las medidas complementarias tomadas con motivo de la entrada de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, la vigilancia de la frontera con México cambiaría para siempre, desterraría las ambigüedades y se volvería una auténtica línea de contención. Se extrañaba el uso de restricciones, sobre todo la exigencia del pasaporte que funcionó desde 1918, lo que, sin embargo, había nacido como una medida débil, pues, en el entendido de la comunidad fronteriza de ambos países, sería temporal y sólo justificada por las condiciones de guerra. Ya a principios de 1919 las cámaras de comercio de Ciudad Juárez y El Paso iniciaron campañas de presión y cabildeo para

> que se modifique el reglamento de pasaportes a fin de que tanto los vecinos de Juárez como los de El Paso transiten libremente entre ambas poblaciones y puedan acudir a hacer sus compras a cualquiera de ellas, lo

que será muy benéfico para el comercio y en mucho contribuirá al progreso de las dos ciudades y a fomentar relaciones mercantiles o simplemente amistosas entre sus vecinos [...]. Las medidas que restringieron el tráfico se tomaron con motivo de la guerra, y para evitar el espionaje, pero de hecho, habiendo terminado la contienda [y] a más tardar cuando se firmen los tratados de paz se declararán nulos [*sic*] y el tráfico libre entre El Paso y Juárez será un hecho.[9]

Pero para el gobierno estadounidense, durante aquellos años no sólo había aparecido el conflicto bélico, sino que había entrado en escena la "amenaza real del comunismo" personificada en la revolución bolchevique y sus agentes internacionales, por lo que se consideraba que un regreso irrestricto a la situación anterior a la guerra era casi imposible. La frontera mexicana, al igual que en épocas anteriores, se volvía un talón de Aquiles para la seguridad de la nación-imperio. El departamento de Estado y el Servicio de Inmigración "nunca habían tenido la intención de abrir el puerto sin ninguna clase de restricciones", acaso habían pensado hacerlas menos visibles y estrictas. De manera evidente y de nueva cuenta, el "asunto mexicano" se mezclaba con problemas globales que impedían su identificación exacta. La idea que empezó a explorarse desde entonces fue la de una tarjeta migratoria que, si bien no tenía la misma fuerza de un pasaporte visado, "ayudaría al gobierno a impedir que entraran al país individuos no deseables de ideas anarquistas o bolcheviques".[10]

La Primera Guerra Mundial creó uno de los horizontes de acuerdo en Estados Unidos sobre el nivel de vigilancia de la frontera. Podemos decir que se alinearon las visiones sobre los riesgos de la vecindad con un país como México: pobre, convulsionado por las guerras civiles desde 1910 y con peligrosas tendencias a simpatizar con potencias rivales, tales como Alemania y Japón, y con ideologías subversivas cercanas al socialismo bolchevique. Las autoridades federales, particularmente los servicios de In-

migración y Salud Pública, se esforzaron por mantener alineadas todas las fuentes de riesgo que implicaba la frontera e impedir que se separasen los peligros políticos —que implicaba el movimiento comunista internacional— de los peligros raciales, culturales y de salud —cuyos agentes patógenos eran los mexicanos—. El doctor Tappan, jefe de la oficina de la USPHS en El Paso, apuntaba que, aunque desapareciesen los pasaportes, el cruce de la frontera debería ser replanteado, habría que impedir que mexicanos indeseables vinieran a El Paso, pero también "salvar" a muchos estadounidenses de ir a Juárez:

> Se negará el permiso para cruzar a México a todos aquellos aficionados a las drogas —morfina, cocaína, opio, heroína, etc.—, pues [estoy] dispuesto a no fomentar el vicio que tan extendido se encuentra en ese lado de la frontera, e [impediré] que los "amateurs" a esos hábitos vayan a Juárez a proveerse de las drogas para después venir a esta ciudad a cometer sus excesos o sus crímenes. Igualmente, todos aquellos amantes de empinar el codo que únicamente pasan la línea para embriagarse habitualmente en la vecina ciudad y regresar a este lado "llenos".[11]

El tiempo de espera para tomar la decisión sobre los pasaportes provocó que durante esos años la exigencia de pasaportes, tarjetas y visas se convirtiera en un juego de "toma y daca", con tintes nacionalistas y de desquite. Si Estados Unidos exigía pasaporte, México lo exigiría también; si además se pedía visa, visados tendrían que estar los pasaportes de estadounidenses que cruzaran a México. El cobro por pasaportes y visas también sería respondido con una medida compensatoria equivalente. Un breve ejemplo de esta "guerra de los pasaportes" lo encontramos cuando, a fines de 1919, J. M. Tristán, secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros de México, viajó a Washington, en representación de Luis N. Morones, al congreso de la Pan-American Federation of Labor que presidía Samuel Gompers. Al intentar cruzar a Estados Unidos por el puente de Laredo, Texas, se le negó

el paso, a pesar de contar con pasaporte mexicano y visa estadounidense.[12] Un año después, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México tuvo que negar una instrucción dada por Roberto Pesqueira, agente del gobierno mexicano en Estados Unidos, para que ningún agente consular otorgara visa al Senador por Nuevo México, Albert B. Fall, quien pretendía viajar a México para la toma de posesión de Álvaro Obregón.[13] En el primer caso, el pretexto fue que los líderes sindicales mexicanos estaban catalogados por la Embajada estadounidense en México como "agitadores radicales"; en el segundo, la excusa fue que el senador Fall siempre había sido considerado "como un intervencionista". En las dos situaciones los permisos fueron finalmente otorgados.

La flexibilización volvió a tomar curso en julio de 1921 cuando el presidente Harding autorizó el restablecimiento de una franja de 40 millas para la libre internación de ciudadanos mexicanos. La medida obligaba a México a corresponder aboliendo los requisitos migratorios para una franja equivalente, aunque ello significara dejar de recibir ingresos considerables por la expedición de documentos.[14] En efecto, unas semanas más tarde, el gobierno mexicano declaró nulas las restricciones que había venido imponiendo para el cruce de ciudadanos estadounidenses a México que no fueran a internarse más de 40 millas.[15]

Tal como se señaló, la renuencia a eliminar esta medida de monitoreo fronterizo por parte de Estados Unidos, y de respuesta compensatoria y nacionalista por parte de México, siguió presente después de las instrucciones de ambos gobiernos federales. En Estados Unidos, si bien se dejó de exigir perentoriamente el pasaporte, el cobro del impuesto por inmigrante *(head tax)* siguió operando, al igual que la obligatoriedad de la vacuna y el baño de desinfección.[16] De nueva cuenta, México actuó de manera reactiva y la Secretaría de Relaciones Exteriores "dio instruc-

ciones a los consulados de la frontera para que se exijan a los turistas americanos que desean entrar a México los pasaportes debidamente expedidos por el Departamento de Estado, tal como el gobierno de este país exige a nuestros connacionales que van a los Estados Unidos".[17]

Este duelo de pasaportes enojó mucho a las cámaras de comercio de ambas ciudades vecinas, El Paso y Juárez, las cuales dirigieron comunicaciones de protesta al secretario de Estado, Charles Evans Hughes, y a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

El primero de febrero de 1922 una orden presidencial abolió el requisito del pasaporte,[18] pero de inmediato se hizo saber que las autoridades de inmigración y las del Servicio de Salud Pública intensificarían el escrutinio de aquellos que pretendieran ingresar a Estados Unidos. G. J. Harris, inspector del Servicio de Inmigración en El Paso, hizo unas declaraciones que resultan interesantes por volver a poner en relieve la centralidad de la inspección ocular sobre los cuerpos mexicanos:

> Los ciudadanos mexicanos y de otras nacionalidades que intenten entrar a El Paso por el puerto de Juárez deben cumplir con las disposiciones de migración, tal como se ha hecho en años anteriores. Los inspectores tendrán que interrogar a los inmigrantes para que se identifiquen. Los interesados pueden evitar ser sometidos a cuestionarios proveyéndose de tarjetas de identificación. Por ejemplo: suponiendo que se presenta una persona que hace frecuentes viajes a través de la frontera los inspectores habrán de preguntarle si es o no ciudadano americano; esto se repetirá con mucha frecuencia hasta que el viajero, para evitarlo, tendrá que pensar en algún medio para que no le pregunten cada vez que tenga que venir a El Paso, y en este caso se le aconsejaría que con un retrato se presentara a la oficina de migración para que se le extendiera una tarjeta de identificación, no obstante que bajo la ley no es necesaria la tarjeta en cuestión, ni tampoco está obligado el viajero a presentarla, si no le importa el examen a que pueda ser sometido.[19]

El tono de advertencia e intimidación del inspector Harris no podía ser más claro: la no obligatoriedad del pa-

saporte no implicaba que los mexicanos pudieran moverse con naturalidad por la frontera, como podría haber sucedido veinticinco años atrás. Los cuerpos mexicanos formaban parte ya de los patrones de riesgo incluidos en el sistema de vigilancia y monitoreo fronterizo: "Las personas perfectamente conocidas de los inspectores de inmigración no son molestadas, [...] pero aquellas que por su aspecto o desconocimiento presentan algunas sospechas [...] están siendo detenidas, o bajadas de tranvías y automóviles, y enviadas a la oficina de inmigración."[20]

En 1923 se empezó a discutir la conveniencia de una identificación para cruce fronterizo, y por más que nos parezca una solución simple y de fácil aplicación, los inspectores en El Paso consideraban que, aunque sería muy deseable, habría que estar preparados frente al raudal de respuestas negativas que la medida provocaría a ambos lados de la frontera: medidas compensatorias por parte del gobierno mexicano, protestas diarias de ciudadanos y funcionarios estadounidenses y mexicanos, y de los intereses comerciales, a las que harían eco congresistas, senadores y periódicos. La identificación para cruces fronterizos permitiría salvar el problema provocado por la presencia mexicana: "no poder identificar la ciudadanía de una persona a simple vista".[21] Durante la segunda mitad de 1921, los intereses comerciales de ambas ciudades, aliados a propagandistas influyentes como el periódico *La Patria*, montaron una campaña en la que prácticamente todos los días se hacían críticas y señalamientos públicos sobre el daño que las medidas migratorias hacían a la frontera, y de cómo los gobiernos federales respectivos eran incapaces de entender el carácter "especial" de la zona, discurso que ha probado ser en verdad longevo, pues sigue en boga en pleno inicio de siglo XXI.

A las medidas aplicadas por el Servicio de Inmigración en El Paso, el gobierno mexicano respondió exigiendo, a

partir de marzo de ese 1923, que cualquier turista que quisiese ingresar a Ciudad Juárez debería contar con una identificación de ciudadanía. El jefe de inspección migratoria en Juárez señaló, en un claro mensaje de inspiración nacionalista y rechazando la visión que desde El Paso se había creado de la ciudad mexicana, que

> los preceptos de la ley de inmigración [mexicana] expresan la resolución del gobierno de no permitir la entrada a los extranjeros no deseables, de purgar a C. Juárez de los malos elementos que vienen desde el lado americano, morfinómanos, traficantes de drogas, contrabandistas, rateros y demás agentes de la prostitución y de los vicios que imperan en C. Juárez. Estas órdenes no sólo rezan para los extranjeros varones, sino también para las mujeres extranjeras que [vienen] a comerciar con su cuerpo aumentando el gran número de meretrices que ya agobian a la sociedad mexicana.[22]

El nacimiento de la patrulla fronteriza

La influencia del movimiento nativista en la conformación de la política de Estado respecto a la inmigración tuvo un momento de gloria en 1924, cuando finalmente las restricciones migratorias fueron atadas a una reflexión sobre la preservación del *stock* racial y genético de Estados Unidos. Un periplo iniciado con el Ley de Exclusión China del 6 de mayo de 1882, que había pasado por el Acta de Inmigración del 5 de febrero de 1917 (exclusión de analfabetas, rechazo de entrada a enfermos y débiles mentales, ampliación de la exclusión china a toda la región Asia-Pacífico) y luego por una poco efectiva Ley de Cuotas de 19 de mayo de 1921, culminaba su travesía en la nueva Acta de Inmigración del 26 de mayo de 1924.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, y con el pretexto de que los extranjeros “robaban” los trabajos de los ciudadanos americanos, es decir, blancos anglosajones, diversos sectores sociales y culturales iniciaron una cruzada

antiinmigrante para el caso de los mexicanos que hemos descrito, pero que incluyó vociferantes y, en numerosas ocasiones, violentas jornadas, por ejemplo, contra japoneses, en California, o contra italianos, en Illinois. La iniciativa Johnson-Reid recogía esa agenda nativista, nacionalista y racista que se convirtió, después de su discusión y aprobación en el Congreso, en la Ley de Inmigración de 1924, también conocida como el Acta de Origen Nacional (National Origins Act). La nueva ley seguía muy influida por la experiencia histórica migratoria de Estados Unidos: se mantenía la idea dominante de que los puertos de entrada eran marítimos y, por ende, continuaba mostrándose poco efectiva para la realidad fronteriza. No obstante, sí fueron distinguibles algunos efectos sobre los inmigrantes mexicanos y habitantes de las zonas fronterizas. De manera inmediata, la ley de 1924 elevaba a 10 dólares el impuesto por inmigrante o *head tax* que había sido fijado en 8 dólares por la ley de inmigración de 1917, y que fue fácilmente obviado o evadido por las condiciones de guerra. Desde 1924 ese impuesto desalentó notablemente a muchos mexicanos de entrar a Estados Unidos de manera legal; de noventa mil que lo hicieron ese año, la cantidad bajó a una tercera parte en el siguiente. La mayoría encontró que ese impuesto era impagable, y los primeros incentivos para la inmigración ilegal empezaron a institucionalizarse.[23]

Hay otros elementos que distinguen la política migratoria estadounidense a partir de ese año. En primer lugar, la ley introdujo el concepto de cuotas migratorias por nacionalidad; en segundo lugar, hizo de la frontera un área sensible para el Estado, ya que a partir de entonces la inmigración quedaría bajo la supervisión conjunta del Servicio de Inmigración, que dependía del Departamento del Trabajo, y del Departamento de Estado a través de sus consulados en México. Finalmente, en forma paralela a la nue-

va ley de inmigración, el gobierno federal y el Congreso decidieron la creación del primer cuerpo especializado en la vigilancia armada de las fronteras con Canadá y México: la Patrulla Fronteriza.

Desde la década de los sesenta y hasta nuestros días, la Border Patrol o Patrulla Fronteriza ha impuesto temor al creciente número de inmigrantes ilegales, e incluso legales. Sin embargo, al ser fundada en 1924, pareció más un acto declarativo que una realidad contundente en materia de vigilancia fronteriza. El *establishment* político en Washington continuaba concibiendo la inmigración como un fenómeno con escenario en los puertos marítimos de San Francisco y Nueva York, por ejemplo; también, es importante reconocerlo, con todo y su impresionante crecimiento económico experimentado durante tres décadas consecutivas, el suroeste se mantenía como región marginal y periférica al centro político y cultural nacional. La Patrulla Fronteriza nació como un cuerpo armado totalmente inadecuado para la vigilancia de las fronteras terrestres, de manera particular la compartida con México, por la intensidad de sus raíces históricas y demográficas, y por la desigualdad en el desarrollo material de ambos países. Las líneas fronterizas con Canadá y México tenían una extensión de más de ocho mil kilómetros, por lo que un cuerpo de 450 agentes no podía sino enviar un débil mensaje sobre el compromiso del Estado para vigilar sus límites terrestres. Es cierto que, cuatro años después, la Patrulla Fronteriza ya contaba con ochocientos hombres que, además, estaban un poco mejor entrenados, lo cual sólo fue suficiente para realizar una vigilancia efectiva en puntos y momentos específicos.[24] Seguramente los puertos de entrada como el puente Santa Fe, entre El Paso y Ciudad Juárez, fueron mejor monitoreados; pero, como ya habían señalado antes los inspectores del Servicio de Inmigración, esos lugares sólo eran un pequeño lunar en la inmensidad

de la frontera y, ante las restricciones, los inmigrantes responderían entrando ilegalmente por áreas no vigiladas.

El área de El Paso que, por experiencia, había sido probada como la zona de mayor tráfico de inmigrantes —legales o ilegales, mexicanos o de otras nacionalidades—, sólo contaba con cuarenta agentes de la Patrulla Fronteriza para vigilar un territorio que incluía zona ribereña, de desierto y de montañas.[25] El problema no era exclusivamente numérico: los primeros agentes de la corporación eran notoriamente incompetentes para las funciones asignadas, desconocían las leyes y carecían del más mínimo manejo del español.

Wesley G. Stiles fue uno de los primeros agentes contratados para formar la Patrulla Fronteriza, y su testimonio es un fiel retrato de la calidad de ese nuevo cuerpo vigilante del estado estadounidense. Recuerda que el primer jefe inspector de la frontera con México fue el señor Corbin y que no obstante ser "un buen hombre, [...] no tenía la menor idea de qué era lo que tenía que hacer y menos cómo realizarlo". Stiles se había unido a la Patrulla junto con cinco jóvenes veinteañeros en búsqueda de aventuras, pero sin que nadie les hubiera indicado cuál era su misión, cómo debería ser ejecutada y cuándo hacerlo. Los primeros agentes de la Patrulla Fronteriza no contaban con transporte, por lo que sus recorridos se hacían a pie. Su única instrucción era "Atrapar a extranjeros y parar la oleada de europeos que venían huyendo de la depresión y que usarían a México para ingresar a Estados Unidos".[26] A la pregunta de cómo hacían para atrapar a esos extranjeros, Stiles respondió con gran candor que lo que hacían era usar una tarjeta que estaba escrita en español y se pedía a quien quería cruzar el puente que la leyera: ¡así reconocerían a los judíos y a los chinos!

A su incompetencia se sumaba el desprecio y desagrado que los agentes de la Patrulla Fronteriza sentían por los

mexicanos. Al no saber prácticamente ni una palabra de español se suscitaban episodios de discriminación como el siguiente, recordado por un texano que trabajó para la Patrulla Fronteriza, como traductor, entre 1924 y 1930:

> Recuerdo que un oficial de la Patrulla que creía hablar español muy bien llamó a un mexicano que cruzaba el puente y le preguntó:
>
> —¿Cómo se llama yo?
>
> —Pues quién sabe, señor (respondió el mexicano).
>
> Entonces el oficial me volteó a ver, buscando mi complicidad:
>
> —*How stupid can these people be, they don´t even konw their own names*.
>
> [Pero que estúpida puede ser esta gente, ni siquiera saben su propio nombre].[27]

No obstante el desagrado que ese cuerpo, totalmente integrado por anglos en principio, sentía por los mexicanos, todavía entonces se seguía imponiendo el oportunismo económico: eran mano de obra barata que aún se necesitaba. Sin embargo, no se debe dejar pasar el hecho de que la Patrulla Fronteriza sí tuvo un papel fundamental en terminar el armado del aparato cultural, político y legal para la definición del mexicano como un ser diferente, como un "otro" perfectamente identificable.

En la primera generación de agentes de la Patrulla Fronteriza no fue extraño encontrar simpatizantes y aun militantes del Ku Klux Klan, por lo que, aunque el marco de la política migratoria se mantenía lejos de consideraciones especialmente duras hacia los mexicanos, el acto de cruzar el puente se volvió, desde la instalación de la estación sanitaria en 1917, un espacio para actos denigrantes de discriminación cada vez mayores. Además de los baños desinfectantes, cuyo ritual resultaba tan infamante, muchos cruzantes, particularmente mujeres, fueron objeto de interrogatorios vejatorios de fuerte contenido sexual. El inspector Nick D. Collaer fue acusado de este tipo de

comportamiento durante su desempeño en varios cruces fronterizos, hasta que, en Naco, Arizona, fue claramente señalado por haber acosado con su interrogatorio a una mujer mexicana, en el que le hizo preguntas de esta clase: "¿Es usted casada?" o "¿Cuántas veces por noche tiene su esposo relaciones sexuales con usted?"[28]

Ir de Ciudad Juárez a El Paso había sido defendido por la población fronteriza mexicana como un hecho cotidiano y natural; sin embargo, la ingeniería cultural que hemos descrito se encargó de dejar clara una división, como lo señala George J. Sánchez, pues "cruzar el puente se convirtió en un hecho doloroso y abrupto permeado por una atmósfera de racismo y control, un hecho que claramente demarcaba a una sociedad de la otra".[29]

Es importante insistir en el papel cultural desempeñado por la Patrulla Fronteriza en la redefinición de la frontera mexicana, como un contexto en el que estaba en riesgo la dirección del proyecto nacional estadounidense. Ante la declarada ineficiencia de las anteriores medidas, dictadas para resguardar del "peligro mexicano", buena parte de los voceros del pensamiento conservador nativista antiinmigrante volcaron sus esperanzas en el fortalecimiento de la Patrulla Fronteriza, exigiendo al gobierno federal que la dotara de más y mejores elementos humanos y materiales. A tres años de su creación, se pugnaba por reformarla y volverla más poderosa mediante la integración, en un sólo cuerpo, de los agentes de la propia Patrulla, de los agentes del Servicio de Aduanas y de los pertenecientes a patrullas de narcóticos y alcohol.[30] La prensa anglo de El Paso se volcaba en elogios a la Patrulla Fronteriza y llamaba a mostrarles el interés de la sociedad en su trabajo patriótico. "Necesitan un amigo" señalaba una editorial. "Deben tener tacto, ser corteses, inteligentes, llenos de recursos, en buena condición física, aptos para pelear, deben ser fisonomistas y políglotas [y] todo por un sueldo de 155 a 188

dólares al mes [del] que tienen que pagar su uniforme, sus armas, su seguro de vida. Pero ¡eso sí! El gobierno provee a los inspectores con sus placas GRATIS".[31]

La idealización de los elementos de la Patrulla Fronteriza como prototipos de la masculinidad angloamericana presente en lo que se consideraba una nueva conquista del viejo oeste es evidente en la literatura periodística de la época: "Aún no descubierta por los poetas, novelistas o los directores de películas, la Patrulla Fronteriza del servicio de inmigración de Estados Unidos cumple la más pesada de las encomiendas. La notoria policía montada del Canadá ha ganado fama y *glamour* gracias a las canciones y la historia. No así nuestra Patrulla Fronteriza".[32]

Cruzando por cuotas

Después de por lo menos un cuarto de siglo de estimular la demanda de trabajadores mexicanos, incluso por medios artificiales para mantener salarios bajos, la frontera se había tornado cada vez más inmanejable. Los flujos migratorios formaban ya parte de las estrategias económicas y culturales de enormes sectores de la población mexicana, de muy distintos lugares de la geografía nacional, tal como lo habían estado reconociendo varios miembros del Servicio de Inmigración. Ese "pragmatismo económico" de poderosos intereses de Estados Unidos era responsable del carácter otorgado a la frontera con un vecino como México. Entre 1900 y 1920 se había cuadruplicado la entrada de mexicanos, y entre 50 y 60 por ciento terminaba por quedarse permanentemente en Estados Unidos. Hacia fines de la década de los veinte, la cifra oficial aproximada de mexicanos en ese país era de un millón, a los cuales habría que añadir a todos aquellos que habían entrado subrepticiamente, los que, contra lo que pudiera

pensarse, eran minoría por aquellos años en que, por los medios legales de inmigración, era relativamente fácil ingresar a Estados Unidos.

Resulta por demás interesante advertir que, una vez terminada la Primera Guerra Mundial y concluidos los periodos de excepción migratoria de 1919 y 1920, la llegada de mexicanos continúa elevándose durante los veinte, década en la que se reforzó la vigilancia fronteriza y se dictaron leyes para limitar la inmigración mexicana.[33] Década, también, en la cual se decantó totalmente el discurso nativista-exclusionista —basado en la eugenesia y en la medicina— que había clasificado como patógeno al mexicano, destacándolo como vector de enfermedades y foco de infección sociocultural. Sin embargo, todo el espectro antimexicano cedía ante las cínicas danzas de los intereses económicos.

Ante el fracaso de la Ley de Inmigración de 1924 para volver menos permeable la frontera, un amplio movimiento antiinmigrante ejerció la suficiente presión para que el Congreso empezara a discutir, en 1927, el sistema de cuotas aplicado a la inmigración. La propuesta del Congresista Box, llamada la Iniciativa de Ley Hill o *Box Bill*, invitaba a que la inmigración se permitiera tomando en cuenta la composición racial de la nación, y teniendo como base el censo de 1920, que había contabilizado a 106 millones de habitantes con la posibilidad de admitir hasta 150,000 inmigrantes por año. Esos lugares se distribuirían por país, considerando la contribución que esa nacionalidad hubiese hecho "por nacimiento o ascendencia" al total de la población en 1920. Entonces, si la contribución "racial" de una nación era de un vigésimo del total, le correspondería la vigésima parte de la cuota de 150,000. Aplicado este criterio a México, si se tomara como cifra base los 486,418 habitantes de ese origen en 1920, el país

calificaría con menos de la mitad de un punto porcentual, por lo que tendría derecho a ¡750 inmigrantes al año![34]

En febrero de 1928, el Comité de Inmigración de la Cámara de Representantes realizó las audiencias sobre la Iniciativa Box y me resulta de enorme interés la fuerza con que se planteaba por parte de los grandes intereses económicos la necesidad de fronteras semilibres, en abierta confrontación con la postura de sindicatos y posiciones nativistas. Pidieron ser escuchados al menos tres legisladores: dos congresistas, Hudspeth, demócrata por El Paso, y Dichinson, republicano por Iowa, y un senador, Waterman, republicano de Colorado. Los últimos dos señalaron que el sistema de cuotas sería un golpe mortal a la industria del betabel de sus estados; Hudspeth leyó, frente al Comité, las cartas de alarmados paseños que se oponían a las cuotas que acabarían con El Paso como el gran centro para enganche y distribución. Participaron también en las audiencias presidentes de consorcios azucareros y algodoneros de Colorado, Arizona y Ohio, quienes señalaban que habían hecho esfuerzos por obtener trabajadores blancos en las zonas mineras de Virginia, Pennsylvania y Ohio, sin ningún resultado. Los ganaderos y agricultores de Texas clamaban que una medida como ésa acabaría con la economía de distritos completos. Ninguna de las personas que ofrecieron su testimonio hizo siquiera la más mínima mención a la actitud que se debería tener hacia México y la forma de contribuir al bienestar del vecino pobre del sur. Solamente Hubert L. Shattuck, inmigrante centroeuropeo y ciudadano estadounidense, hizo una declaración con un timbre diferente al de una caja registradora: “Como ciudadano americano tengo el más grande orgullo en el hecho de que gente de los Estados Unidos, México y Canadá puedan ir y venir cruzando las fronteras sin restricciones, cosa que quien no ha vivido en Europa no puede apreciar”.[35]

El sistema de inmigración basado en cuotas, aunque fundado en una reflexión eugenista y por ello insalvablemente racista, pretendía crear un marco para la administración de la política de inmigración, en general, y para la vigilancia y prácticas de admisión de mexicanos, en lo particular. Pareciera que, proponiendo una fórmula aritmética, se pudiera enfriar el asunto para volverlo un problema neutro con necesidades de importación de una mercancía específica. El sistema de cuotas migratorias permitía ceder ante las presiones de los nativistas quienes pugnaban por permitir una inmigración altamente selectiva, y de los grandes intereses económicos a los que, entre líneas, se les daba a entender que una nueva ley de inmigración basada en cuotas por origen nacional sería un tope cuando conviniera, pero podría también convertirse en piso o punto mínimo de negociación, además de que se reconocía que siempre estaría el recurso de la inmigración ilegal o indocumentada. El sistema de cuotas también dejaba planteado un recurso para la apelación nacionalista y nativista: el corazón y el alma de Estados Unidos estaban compuestos por la gran familia racial anglosajona, y la contribución mexicana a la formación del espíritu nacional era tan marginal que no podía reclamar derecho alguno.

No obstante lo atractivo que en teoría pudiese parecer, el sistema de cuotas no se convirtió en ley y el debate al respecto siguió dividiendo al país. Aunque el sistema se proponía como marco global para reformular la política inmigratoria de Estados Unidos, el "asunto mexicano" detenía su aprobación o rechazo. La relativa facilidad con que la ingeniería cultural del nativismo y el eugenismo estadounidense había logrado producir leyes específicas para prohibir la inmigración de asiáticos o limitar sensiblemente la de personas del medio oriente, los Balcanes y algunos otros nacionales centroeuropeos y mediterráneos,

seguía enfrentando muchas dificultades para impugnar con el mismo éxito a los mexicanos. En 1928, Robert Norris McLean publicó su libro *That Mexican!*, que lo convirtió en una autoridad sobre el tema mexicano y le permitió realizar giras por el país, impartiendo conferencias sobre tan incómodo tema. Pero ni su libro ni sus conferencias daban una solución definitiva sobre cómo manejar la inmigración mexicana. Tenemos que admitir —decía— que se les necesita para la agricultura, así como en la industria ferroviaria, en donde había al menos un cuarto de millón de hombres, niños y mujeres.[36]

Al dictar una conferencia en la iglesia presbiteriana de Tucson, Arizona, McLean admitió que encontraba muy difícil que la inmigración mexicana pudiera ser detenida, en primer lugar porque la Ley Migratoria seguía reconociendo como legal la importación de mano de obra sin calificación y barata; además, un sistema de cuotas —advertía— agravaría la entrada ilegal de mexicanos y aumentaría los peligros que se vivían en la frontera. McLean parecería sumarse a la opinión de algunas de las voces que desde el Servicio de Inmigración señalaban que el "problema mexicano" había llegado para quedarse. Es evidente que poseía un profundo sentido de superioridad frente a los mexicanos, en general, y particularmente hacia los que vivían en su país. Así sentenciaba ante una audiencia a la que seguramente llegó a asustar:

> Los mexicanos no van a regresar: están para quedarse. Todo el gasto de caridad y asistencia que representan los mexicanos hace que a la larga su trabajo no sea tan barato. Los riesgos morales causados por sus pobres condiciones de vida son enormes, son un riesgo de salud por el tipo de trabajo que desempeñan, y por su costumbre de vivir hacinados y la pobre vigilancia médica. Los mexicanos son inmigrantes, por lo que nunca desarrollan la vida hogareña estable que Estados Unidos necesita. El peón mexicano no tiene las características para convertirse en ciudadano. Los peones no son asimilables, no se integran ni muestran interés por naturalizarse. La mayoría de los mexicanos son hombres solos que están esperando traer a sus familias, por lo que su número crecerá.[37]

Quizá, a diferencia de los señalamientos de los líderes sindicales de aquellos años, McLean trató de explicar el origen del fenómeno migratorio mexicano. México —decía— es un país en condiciones permanentes de violencia y pobreza, donde un trabajador gana menos de un dólar diario, contra los tres dólares que se obtienen en los empleos peor pagados en Estados Unidos. Además señalaba el papel que desempeñaba en esto la economía estadounidense: la notable expansión industrial, los grandes proyectos de irrigación, la imposibilidad de obtener mano de obra poco calificada de otras nacionalidades y la liberalidad con que se había administrado la frontera con México.

En este tablero de intereses e ideologías, resulta de enorme complicación quiénes son los "buenos" o los "malos" de la película. Las posiciones promexicanas eran las grandes beneficiarias del flujo constante de mano de obra barata sin calificación; los antimexicanos, que presentan la cara desagradable del racismo, acusaban a los opositores de la Iniciativa Box de querer perpetuar una ventaja competitiva injusta y que sumía al suroeste en el atraso. Hay que admitir que no les faltaba razón. Cuando los defensores de una frontera semiabierta con México lanzaban argumentos de que la presencia mexicana era indispensable para la economía del suroeste, estaban reviviendo en el ánimo colectivo el recuerdo de los orígenes de la Guerra Civil, cuando los estados sureños sintieron que la emancipación de los esclavos destruiría la base de la economía de plantación. Los defensores de la Iniciativa señalaban, y me parece que el tiempo ha terminado por darles la razón, que la apuesta por la mano de obra barata terminaba saliendo cara; "cheap labor is expensive labor" —decían—, porque la utilización intensiva y permanente de esa mano de obra para producir, por ejemplo, al-

godón, causaba que se produjesen productos por debajo de su costo real. Detener la entrada de mexicanos no arruinaría ni a la agricultura ni a las industrias del suroeste y, además, se haría una contribución nacionalista: "Esas actividades pueden cambiarse, se les forzará a adoptar o inventar maquinaria que elimine puestos de trabajo, se les forzará a adoptar el estándar americano, el trabajo americano y los precios americanos".[38]

La retórica de este discurso restriccionista es un decantado ejemplo del pensamiento eugenésico pues proponía el cierre de la frontera con México con una acción profiláctica, casi regenerativa de la nación americana:

> Terminar con la inmigración nos forzará a usar esa inteligencia, creatividad y energía característica de nuestra raza [...]. Pero hay que actuar ahora, en unos pocos años podrá ser demasiado tarde. El tiempo llegará en que la infiltración de peones pueda reducir esa inteligencia, creatividad y energía de la gente del suroeste. Es la preservación de la raza la que está en juego, no la preservación de una industria.[39]

El reconocimiento que hacían las más altas autoridades[40] de que, en efecto, los mexicanos que regresaban a su país eran minoría, hizo que, si bien no funcionaba el sistema de cuotas, la cantidad de requisitos para cruzar la frontera aumentara significativamente. Desde noviembre de 1928 se empezó a exigir presentar acta de nacimiento, certificado de matrimonio, carta de no antecedentes penales y certificado de salud mental, lo que se sumaba a los requisitos de vacunación y baños de desinfección. La expedición de visas en Ciudad Juárez para cruzar a El Paso se había reducido en un 95 por ciento.[41]

Ahora bien, el *impasse* en el que se encontraba la Iniciativa Box no impidió que avanzaran otras medidas. De hecho, durante los últimos años de la década de los veinte, era evidente cómo el discurso eugenésico se había vuelto herramienta de Estado para el análisis de la política mi-

gratoria de Estados Unidos. Un comité del Congreso, especializado en inmigración selectiva, señalaba, a fines de 1928, que la operación de la inmigración en el país había mejorado y que sólo faltaba que se rigiera por completo por "los principios inspirados por la investigación en inmigración selectiva". En su cuarto informe de trabajo se hacían las siguientes recomendaciones:

> 1. La futura legislación debe pensar en que los inmigrantes serán los padres de los futuros americanos. Por ello se debía pensar en qué cualidades hereditarias se querían ver transmitidas de una generación a otra: cualidades de cuerpo, mente, espíritu. Se deberá preferir que éstas sean superiores a las de los actuales habitantes.
>
> 2. En el futuro sólo deberán admitirse inmigrantes blancos cuyos ancestros sean caucásicos.
>
> 3. Que el estándar de inteligencia natural sea igual o superior al nivel C de la escala de inteligencia que aplica el ejército.
>
> 4. Que todos los parientes cercanos del futuro inmigrante sean de constitución física, mental y moral tales, que el stock familiar le permita al inmigrante convertirse en un bien para la ciudadanía americana.
>
> 5. Se intentará que la evaluación de los valores sociales y biológicos se realice en sus países de origen.
>
> 6. Que todos los países pasen a la categoría de "sujetos a cuota", con la excepción de aquellos que a su vez sólo acepten personas blancas.[42]

El notable antropólogo mexicano Manuel Gamio, que se encontraba entonces realizando su investigación sobre el inmigrante mexicano, gracias a una subvención del National Research Council, llegaba a conclusiones de una impactante similitud respecto de las de los eugenistas estadounidenses. En una entrevista con la Associated Press, Gamio declaró que, por el bien de los dos países, la inmigración mexicana debía ser urgentemente restringida, ya que estaba comprobado que el mexicano no podía asimilarse a la cultura y sociedad estadounidenses porque no era bienvenido socialmente, porque no había matrimonios entre los nacionales de ambos países, porque al ser objeto de prejuicios raciales, el mexicano tendía a vivir apartado

y, si bien lograba adoptar algunas costumbres de consumo y aumentaba su higiene, estaba atado por su ética y su religión nacional. Ese *ethos* nacionalista lo obligaba a seguir celebrando sus fiestas, a seguir creyendo en supersticiones y a continuar pensando que "México es la tierra de su corazón". Para Gamio, la inmigración mexicana debería estar sujeta a un acuerdo binacional que permitiera el trabajo estacional, regulado y seguro, de unos pocos cientos de miles de trabajadores; sin embargo, ese flujo migratorio debería ser paulatinamente disminuido gracias a la industrialización de México, que requeriría toda la mano de obra nacional. Ello compensaría, de acuerdo con Gamio, los cinco millones de dólares que los mexicanos enviaban a sus casas cada año.[43]

Zona de peligro

Hacia fines de los años veinte, los esfuerzos por desproveer de elementos positivos a los mexicanos, especialmente a los inmigrantes, y por consiguiente a la frontera con México, habían hecho avances importantísimos. Primero, la idea de un país pobre; después de iniciada la Revolución de 1910, la de una nación sumida en la violencia y el caos social; para luego sumarle también la idea de que México era tierra de peligrosos radicalismos políticos, donde las ideas anarquistas y bolcheviques encontraban un favorable caldo de cultivo. Esos nuevos retos para la protección de la nación-imperio llevaron a acciones conjuntas de vigilancia y espionaje entre el Servicio de Inmigración, que pertenecía al departamento del Trabajo, y la red consular, dependiente del departamento de Estado. Por estos años, a la revisión migratoria regular se añadió el filtro del potencial riesgo político.

El trabajo combinado de estas agencias federales logró ir tendiendo una red de espionaje en territorio mexicano. El tipo de rastreo realizado por el inspector Seraphic para analizar el funcionamiento de la mafia en el contrabando de nacionales sirios y turcos se perfeccionó y empezó a utilizar la estructura consular estadounidense en México para conocer por anticipado el posible arribo a la frontera de potenciales agitadores que, se sospechaba, podían llegar formando parte de grupos grandes de inmigrantes europeos que desembarcaban en puertos mexicanos. Esa red de inteligencia también integró listas de líderes obreros mexicanos que eran clasificados como "agitadores", cuya entrada a Estados Unidos debería ser vigilada e impedida. En 1919, a todos los consulados estadounidenses en México, así como a los inspectores de inmigración en la frontera, les fue proporcionada una lista de agitadores mexicanos que en algún momento podrían querer internarse a Estados Unidos, lo que había que impedir.[44]

Otra forma de actuación fue enviar inspectores de inmigración a lugares tan lejanos como Veracruz, para que desde ahí se intentara detener la llegada de europeos que se sospechara quisieran entrar ilegalmente a Estados Unidos por la frontera con México. Por increíble que parezca, las autoridades mexicanas autorizaban —o al menos se hacían de la vista gorda— que este tipo de inspectores subieran a bordo de los barcos, junto con las autoridades migratorias mexicanas, y detectaran a los viajeros que señalaran como su último destino Estados Unidos. Todos esos nombres eran enviados a El Paso, desde donde se prevenía a todos los cruces fronterizos.[45] Para las autoridades estadounidenses, este tipo de vigilancia era necesaria, ya que en México los europeos no eran excluidos por ningún motivo físico, mental o político. Al desembarcar en México, las rutas hacia el norte estaban ya muy bien establecidas por mafias de contrabandistas de inmigrantes

ilegales. Sin embargo, a esa flexibilidad de la ley migratoria mexicana se añadía el hecho, del que era responsable el Servicio de Inmigración de Estados Unidos, de que el cruce hacia ciudades texanas, fundamentalmente, fuese tan sencillo. En caso de ser aprehendidos, "muchos eran liberados con fianzas, particularmente los de raza hebrea, y se les permite quedarse indefinidamente". Así pues, la mitad de la responsabilidad se encontraba en México, pero la otra tenía su explicación la ineficiencia o en la corrupción del otro lado de la frontera.[46]

A partir de octubre de 1922, el gobierno mexicano hizo modificaciones a sus requisitos migratorios, exigiendo que cualquier persona que llegara al país debería traer consigo 50 pesos o 25 dólares, con excepción de "chinos y negros, que deberán contar con 500 pesos o 250 dólares".[47] Pero, desde el punto de vista de las autoridades estadounidenses, esos cambios en poco o nada contribuían a detener la inmigración ilegal de europeos desde México, "muchos de los cuales son indeseables y algunos deben ser criminales y anarquistas que habiendo sido deportados [desde Estados Unidos] hacia Europa, usan a México para conseguir papeles falsos y entrar de nuevo". Resulta obvio que las autoridades estadounidenses lo único que esperaban de México era la cooperación en la protección de los intereses de Estados Unidos, ya que no se expresaba ninguna esperanza realista de que México montara en el futuro próximo una vigilancia migratoria eficiente. De ahí la importancia de mantener al personal encubierto, tanto en los cruces fronterizos como en el interior de México.[48] Los inspectores a cargo en ciudades como El Paso, Brownsville, Laredo o Eagle Pass negociaban acuerdos amistosos semioficiales con los jefes de inmigración mexicana para "lograr la expulsión inmediata de europeos lejos de la frontera y hacia el interior de México". Naturalmente, el efecto perverso de esos acuerdos torcidos era que los

expulsados cayeran en manos de los traficantes de indocumentados.[49] Una red específica para el contrabando de europeos funcionaba desde la ciudad de Chihuahua hasta Miami, en Florida, que, sin embargo, ya había sido infiltrada por el Servicio de Inmigración, usando los odios raciales y nacionalistas entre los propios inmigrantes.[50]

7
Una sociedad anglo en la frontera

Un mismo espacio

La zona Juárez-El Paso se fundó como asentamiento no indio en 1659 con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe de los Mansos de El Paso del Río del Norte. Era un pueblo de misión atendido por la orden de los franciscanos. Se lo conoció simplemente como Paso del Norte y era la mejor vía de acceso hacia el territorio de Nuevo México, jurisdicción de la cual dependió hasta 1823, año cuando el asentamiento fue agregado al estado de Chihuahua, cuyo Congreso, en 1824, lo elevó a la categoría de villa, con el nombre de El Paso del Norte.

Su situación estratégica permitió que se beneficiara de intercambios comerciales entre las ciudades de Chihuahua y San Luis Misuri, que tenían como ruta Santa Fe, en el territorio de Nuevo México. Este atractivo impulsó a un grupo de comerciantes extranjeros a establecerse en la región paseña, en la ribera norte del río Bravo.

Como consecuencia de la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848), el río Bravo fue considerado línea divisoria internacional y, debido a ello, el Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado en febrero de 1848 y que estableció las condiciones de la paz, consideró que los po-

blados situados en la margen izquierda del Bravo pertenecían a la soberanía de Estados Unidos.

Poco tiempo después, se fundó el condado de El Paso, en Texas, y se designó al pueblo de San Elizario como asiento de sus autoridades, privilegio que mantuvo 23 años, entre 1850 y 1873. Mientras, la población situada frente al antiguo Paso del Norte, es decir, en la ribera norte del Bravo, que en realidad consistía de cinco diminutos asentamientos, fue llamada Franklin.

De manera lenta y a pesar de muchos obstáculos, Paso del Norte continuó su crecimiento y logró tener una traza de ciudad moderna. Esto lo reconoció el Congreso de Chihuahua cuando elevó el asentamiento a la categoría de ciudad. A partir del 16 de septiembre de 1888, y en memoria del presidente Benito Juárez, quien se vio obligado a dirigir desde este punto el gobierno federal entre 1865 y 1866, fue rebautizada como Ciudad Juárez.

El nombre de El Paso quedó libre. Por su parte Franklin, con una poderosa y pujante elite angloamericana, logró que la cabecera del condado se trasladara a la ciudad. Sin dilación la antigua Franklin aprovechó las circunstancias y cambió su nombre por El Paso.

La convivencia obligada

Antes de la anexión territorial, producto de la guerra México-Estados Unidos, e incluso con anterioridad a la independencia de Texas, la población local de origen anglo había mostrado una gran capacidad de adaptación a las condiciones especiales de la región de El Paso. La mayoría de los primeros colonos asentados en la región, desde principios del siglo XIX y sobre todo durante la tercera década, eran comerciantes ligados a la ruta Santa Fe-

Chihuahua que buscaron de inmediato conectarse con la elite mexicana de la zona. Los matrimonios con hijas de prominentes familias locales fueron una de las vías favoritas para su integración. En lo que pudiéramos llamar hispanización de la población anglo, estos personajes adoptaron costumbres hispanomexicanas: aprendieron español cambiaron sus nombres de James a Santiago o de Hugh a Hugo, a los que antepusieron el jerárquico "don".[1]

Pero, aun después de la guerra, la sociedad anglo de El Paso continuaba aislada de otros centros de población afines. Casi todos eran hombres y se encontraban rodeados de una mayoría mexicana; así, durante 1850, el matrimonio o el amancebamiento con mujeres mexicanas eran más que normales. Además, debe considerarse que cualquier oportunidad de éxito en los negocios estaba supeditada a establecer fuertes lazos financieros y comerciales con mexicanos. Era mayor la dependencia que los anglos tenían de éstos, ya que eran quienes producían la mayoría de los bienes agrícolas, además de productos artesanales como sillas de montar, cigarros y vino.

Lo que podemos considerar como un alto nivel de tolerancia y de armonía racial en la región de El Paso hacia mediados del siglo XIX se puede explicar por tres factores: la interdependencia económica; el asunto de enfrentar como región los peligros de los grupos indios beligerantes que se negaban a ser despojados de esos territorios, y el real y profundo aislamiento en que ambos sectores de la población vivían respecto a otros centros poblacionales a ambos lados de la frontera.[2] Las tensiones raciales eran pocas y los hechos de intolerancia, raros. La región de El Paso no fue escenario de los niveles de discriminación y violencia racial que se vivieron en el centro y este de Texas, donde los mexicanos fueron prácticamente expulsados de condados dominados por estadounidenses defenso-

res de una línea dura en cuanto a favorecer la expansión de la economía esclavista.[3]

El establecimiento de la nueva frontera coincidió con cambios drásticos de los flujos comerciales en el suroeste. La ruta comercial de Santa Fe, en Nuevo México, que tan importante fue durante el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, perdió vitalidad y dejó de ser el principal motor de la economía regional. La fiebre del oro en California hizo que se distrajese la atención de las caravanas, comerciantes y de quienes pensaron en establecerse en el suroeste: los movimientos de mercancías y de personas se empezaron a mover hacia el oeste en lugar de hacia el sur. Durante los años en que Texas existió como república independiente, muchos comerciantes evitaban cruzarla, y con ello el tránsito por la región de El Paso, hacia Santa Fe, se siguió privilegiando. Al pasar Texas a formar parte de Estados Unidos se inauguraron nuevas rutas, como la que venía de San Antonio y se internaba en México, cruzando las aduanas de Tamaulipas y golpeando seriamente la prosperidad de la región binacional de El Paso. La población de Franklin tuvo el beneficio de quedar como escala de la ruta entre San Antonio y Los Ángeles, en 1851, que si bien no tenía demasiada relevancia económica, sí, al menos, la ponía en el mapa del movimiento hacia la costa del Pacífico.[4]

Paradójicamente, al convertirse en frontera, la zona vivió muchas restricciones derivadas de su aislamiento y de las condiciones políticas heredadas de la guerra entre México y Estados Unidos. El gobierno de México, por ejemplo, estableció elevados impuestos a la importación de mercancías, provocando un incremento en el contrabando, corrupción aduanera rampante y, finalmente, disminución del comercio.[5] Los ánimos estadounidenses hacia México no se expresaron en actitudes de abierta hostilidad en la zona, pero sí dejaron un estigma de desconfian-

za y necesidad de vigilancia, materializado en la fundación del Fuerte Bliss. Adicionalmente, los conflictos internos y la inestabilidad política experimentados en ambos países dificultaron enormemente la comunicación entre Paso del Norte y Franklin, con sus respectivos centros político-económicos. La zona, que durante muchísimos años fue cruce importante de caminos, quedó en franco aislamiento y parecía más un rincón binacional que una frontera internacional.

Ese retraimiento parcial produjo un fenómeno de gran repercusión que explica la armonía racial mencionada. El intercambio comercial entre ambos lados del río Bravo experimentó un crecimiento notorio. Las tropas estacionadas en el Fuerte Bliss, aun siendo símbolo de desconfianza hacia México, se convirtieron en un fuerte acicate para los productores agrícolas mexicanos que los surtían de granos y hortalizas. Los recursos naturales con que se contaba y la vida que desató el establecimiento de la frontera permitieron a la región vivir en un relativo aislamiento. La vida cotidiana, en general, no se vio afectada; los riesgos de pasar hambres, aun en condiciones de guerra, eran remotos. Los sobresaltos políticos y sociales que vivían ambos países se sintieron con poca fuerza en la zona, lo que, sumado a la generosidad de la naturaleza, permitió que se retomara el crecimiento de la población.[6]

En efecto, hacia 1860 la población alcanzaba los catorce mil habitantes y de ellos sólo unos tres mil vivían en el margen estadounidense del río, de los cuales unos trescientos eran anglos. Uno de los ciudadanos pioneros de la sociedad anglo de El Paso, Anson Mills, señalaba que el lado mexicano estaba más poblado y desarrollado, "rico, con buena sociedad y gobiernos bien ordenados", de lo cual se carecía en el lado estadounidense. Esta situación obligaba, aún más, a que los habitantes anglosajones recién llegados se tuviesen que adaptar a las costumbres me-

xicanas, aprender español, usar el peso y la onza mexicanos; a relacionarse, en fin, con una sociedad que les era extraña de muchas maneras. No obstante, las buenas relaciones se establecieron sobre bases firmes:

> Fuera de las aduanas, que se podían burlar con gran facilidad, no había más obstáculo a las relaciones entre ambas riberas del Bravo que el propio río, pues no se necesitaba ningún papel para cruzar la frontera en cualquier sentido. Las relaciones familiares y de comercio entre los paseños de los dos países se consolidó y la región pudo seguir exportando su producción a otras zonas cercanas.[7]

Los conflictos internos que vivieron los dos países durante la década de los sesenta del siglo XIX tuvieron repercusiones de muy distinta intensidad y trascendencia para la región. Mientras que la vieja pugna entre liberales y conservadores no afectó de manera notable el futuro de la población mexicana, en el país vecino el enfrentamiento entre los estados del sur, que defendían el derecho a someter a esclavitud a la población negra, con los del norte que la combatían, trajo consecuencias de largo plazo en el lado estadounidense de El Paso.[8]

Una parte importante de los anglos asentados en la zona eran abiertamente simpatizantes del movimiento sureño. Al finalizar el año 1860, los estados de esa porción del país declararon su independencia de Estados Unidos y formaron el gobierno de Estados Confederados del Sur. Al iniciar el año siguiente, el estado de Texas y el condado de El Paso se aliaron a la Confederación, lo cual los involucró en la guerra civil. La minoría anglo que apoyaba al gobierno de Washington fue reprimida, al grado que muchos de sus miembros tuvieron que exiliarse en México. Por su parte, la población de origen mexicano fue objeto de constante hostilidad por parte de soldados sureños, debido en mucho a la tradicional oposición de los mexicanos a la esclavitud. El coronel confederado John R. Baylor

reportaba que los paseños mexicanos eran "decididamente norteños en sentimiento y utilizarán la primera oportunidad para robarnos o unirse al enemigo".[9] Es interesante anotar que, a pesar de los malos tratos, los mexicanos que vivían en el lado estadounidense no apoyaron ni se unieron al ejército norteño de la Unión. Algunos de ellos optaron por pedir apoyo de las autoridades locales y federales de México para cambiar su residencia al lado mexicano del río. Les fueron concedidas esas facilidades y se les otorgaron tierras en las poblaciones de Senecú, Guadalupe y Zaragoza.[10]

El predominio confederado fue efímero. Antes de terminar 1862, el ejército de la Unión derrotó al sureño, haciéndolo huir hacia el este e incluso hacia México. En El Paso dejaron un recuerdo amargo, pues las tropas confederadas, en muchos sentidos, se comportaron como un ejército de ocupación con poca disciplina: saquearon a comerciantes, granjeros, decomisaron alimentos y caballos. Este antecedente negativo, sumado a la contundente derrota militar, determinó la suerte de muchos prominentes paseños anglos que perdieron su posición social y económica al serles confiscadas sus propiedades. Este hecho marcó un giro en la composición social de la sociedad angloamericana de la zona, pues con mucha rapidez ambiciosos comerciantes y buscadores de oportunidades provenientes del triunfante norte y del medio oeste en auge ocuparon sus lugares, formando una nueva elite política y comercial, al lado de algunos de los escasos simpatizantes —antes de la guerra— de la Unión, como los hermanos William y Anson Mills, o ex oficiales del ejército del norte, como Albert French, James A. Zabriskie o Albert J. Fountain.[11]

Al término de la guerra civil, de nuevo El Paso se comportó de manera atípica. En la mayor parte del territorio texano —sobre todo en las zonas donde la esclavitud se

había practicado a gran escala—, los mexicanos fueron tratados con mucho rencor y desprecio, tanto por su oposición cultural a la esclavitud como por su actitud ambivalente frente al norte y al sur; fueron también objeto de mucha desconfianza, ya que en la conciencia de la población blanca, que era la mayoría en casi todo el estado, existía el temor de un comportamiento rebelde y de revancha de los mexicanos por los tratos recibidos. Pero en El Paso, donde la esclavitud existió sólo nominalmente, hubo pocas razones para sentimientos y aprehensiones tan negativos.[12]

Los siguientes quince años —de 1865 a 1880—, si bien mantuvieron algunos elementos previos a la guerra, como la ausencia de conflictos raciales y el aislamiento en que vivían mexicanos y estadounidenses de la región de El Paso, también presenciaron un paulatino pero constante proceso de progreso material que empezó a diferenciar a Franklin de Paso del Norte. La vitalidad del proceso de reconstrucción *post-bellum* que revolucionó prácticamente todo el sur estadounidense alcanzó a tocar a la región en beneficio de los nuevos empresarios angloamericanos. Aunque no tomaron ninguna iniciativa antimexicana, sí buscaron que Franklin tomara distancia del resto de las poblaciones del Valle —Isleta, San Elizario— predominantemente mexicanas y asiento de autoridades locales. En 1871, este grupo logró que fuese reconocida como una población separada; en 1873, obtuvo de la legislatura de Texas su elevación a la categoría de ciudad, aunque era más que evidente que no tenía ninguna de las características para serlo.[13]

La llegada de los ferrocarriles, entre 1880 y 1884, abrió el espacio de oportunidad que el grupo angloamericano de El Paso buscaba para empezar a fincar una estructura de poder, basada en principios de nacionalidad y raza. En sólo cuatro años aquel lugar aislado de los logros de la

economía estadounidense *post-bellum* fue catapultado a un nuevo horizonte de desarrollo y acumulación de riquezas, al convertirse en importante escala y destino de la circulación de mercancías y personas de los ferrocarriles Southern Pacific, Texas & Pacific, Atchinson-Topeka-Santa Fe, Galveston-Harrisburg-San Antonio y, en los hechos, el Ferrocarril Central Mexicano. La antigua Franklin cambió de nombre a El Paso a partir de 1888, y de los poco más de tres mil habitantes de 1880 pasó a tener ocho mil en 1890.[14] Así, al inicio del siglo XX, la población de origen anglo en El Paso dejó de ser un enclave blanco en la zona para convertirse en mayoría, no sólo demográficamente, sino también como dueña, casi absoluta, de los medios para obtener la riqueza material. Su número y poder no los obligaba a renunciar a todos los contenidos culturales de su sociedad: lo habían decidido, querían una ciudad anglo, con cultura, valores e instituciones *ad hoc*, y en el empeño por lograrlo mostraron una perseverancia notable que intentaré redondear con una caracterización general de lo que significó la instalación de la cultura anglo en una zona de vieja cultura hispanomexicana.

Debido al crecimiento de la población anglo ya no fueron necesarios los matrimonios con mujeres mexicanas. Tampoco hizo falta seguir compartiendo los mismos espacios de socialización, como escuelas o iglesias. En 1883 se fundó la primera escuela pública de la ciudad, la Central School, dedicada principalmente a niños de familias angloamericanas. Ese mismo año, Andrew Morelock estableció la Douglas School para niños negros y la Aoy School atendió a infantes mexicanos que vivían en Franklin; estas dos escuelas se establecieron gracias a esfuerzos particulares, y tuvo que transcurrir un tiempo para que ingresaran al sistema de educación pública de El Paso. Del mismo modo, nuevos espacios religiosos surgieron para atender a este sector creciente de la población: en 1881,

John A. Merril llegó para atender la Iglesia Episcopal de San Clemente, convirtiéndose en el primer ministro protestante de la ciudad. Poco tiempo después arribó el reverendo Jay, también episcopal, y los reverendos Carter y Halsh, de la Iglesia Bautista del Sur.[15] Las iglesias Metodista, Presbiteriana y Episcopal atendieron, en principio, a la población blanca, mientras que para la población negra se instalaron las iglesias Metodista Cristiana y la Segunda Bautista. Por esos mismos años la Iglesia católica se instaló en esa ciudad, pues hasta entonces había dado servicio desde Paso del Norte, en el lado mexicano.[16]

Pronto las escuelas, las iglesias protestantes y otras instituciones permitieron ir creando en la población anglo un sentido de comunidad, el cual desarrolló variados rituales de socialización sin la necesidad de mezclarse con la población mexicana, de hecho, alejándose de ella. El interés y la motivación por aprender español, entender la cultura mexicana e incluso establecer relaciones más o menos superficiales con los vecinos mexicanos de ambos lados de la frontera se fueron debilitando. La paulatina construcción de un abismo cultural estaba en marcha, sin que eso haya significado una explosión de violencia o animadversión racial; los sentimientos de superioridad racial germinaron sin que fueran importantes las evidentes prácticas de intolerancia. De nuevo, hay que entender que aun con la llegada de los ferrocarriles, El Paso seguía siendo una comunidad relativamente aislada y separada por varios cientos de kilómetros de otras poblaciones mayores del suroeste estadounidense, lo que dificultaba la comunicación de ideas y prácticas.

La relación entre la población anglo y la mexicana empezó teniendo carácter imperioso, de estricta sobrevivencia; pasada la guerra entre ambos países, establecida la nueva frontera internacional y convertido El Paso en centro ferrocarrilero situado en un lugar de privilegio, la rela-

ción con los mexicanos se volvió simbiótica para lograr explotar con éxito el nicho económico que el desarrollo del suroeste ofrecía a la ciudad. Esa simbiosis tuvo efectos de muy largo plazo para la región (muchos aún visibles). El lado mexicano quiso basar su prosperidad en circunstancias temporales y coyunturales, tales como la existencia de la zona libre, que convertían a Juárez en un paraíso para el consumo de bienes importados, pero que destruyeron otro tipo de vías para el desarrollo. El lado americano decidió apostar su futuro a la utilización de abundante mano de obra barata sin calificación y a convertirse en un centro de distribución de ésta para el resto de Estados Unidos. Dicha situación impidió que, a pesar de la instalación de algunas industrias y de la presencia de los ferrocarriles, se desarrollase un proletariado anglo o inmigrante en la ciudad. Las minas, las plantaciones de algodón y betabel, la construcción y mantenimiento de las vías férreas dependían, sin excepción, de la mano de obra mexicana. En ciudades como El Paso, los obreros de la construcción, los empleados municipales de pavimentación, los del mantenimiento de redes de drenaje y agua, los de las lavanderías y de la servidumbre, eran abrumadoramente mexicanos.

La relación simbiótica fue el resultado de la toma de decisiones conscientes de las elites a ambos lados de la frontera, con lo cual encarrilaron a la región en una ruta de atraso económico de largo plazo. Hay que admitir, sin embargo, que esa forma de arquitectura social alentó el desarrollo de un ambiente consensuado de tolerancia racial; uno de carácter contrario habría dañado a El Paso por ser un importante puerto terrestre para el comercio internacional entre Estados Unidos y México. La paz racial era, pues, una condición para que negocios e industrias, grandes o pequeños, garantizaran su futuro. Existía un entendimiento pleno de la dependencia que la región

tenía de la mano de obra mexicana y, por ello, los intereses comerciales, industriales y financieros impulsaron un estilo local de hacer política que los siguiera consolidando en la toma de decisiones, sin poner en peligro la estabilidad de las relaciones con la población mexicana y la mexicoamericana que, ya hacia fines del siglo XIX, existían con personalidad propia.

Un modelo de control

Este modelo local de política que podríamos llamar de "convivencia" daba amparo al deseo —producto de la necesidad— de mantener la tolerancia racial; pero debe aclararse que no perpetuaba la idea de contemporizar con todos los usos y costumbres de la población de origen mexicano, acostumbrada a niveles altos de protagonismo. El primer paso que dio la elite anglo fue despojar de la cabecera del condado al pueblo de Isleta —de población mexicana— y trasladarlo a El Paso en 1883, gracias a una elección notablemente fraudulenta en la que participaron incluso votantes de Ciudad Juárez. Para conmemorar este triunfo político, se construyó un impresionante edificio inspirado en la arquitectura del este de Estados Unidos y que renunciaba a las modestas construcciones de adobe de la tradición regional. El punto central para el traslado fue la acusación de que los funcionarios mexicoamericanos en Isleta eran notablemente incompetentes y corruptos, incapaces incluso de leer y escribir en inglés.[17]

Resulta muy interesante que, conforme la población angloamericana avanzaba en el proceso de su separación física y cultural de la mexicana, se construyera, al mismo tiempo, una estructura política de tipo corporativo cuya finalidad era mantener el apoyo de los mexicanos, indispensable para el control de la política local. De acuerdo

con los estándares de Estados Unidos, El Paso era aún una economía poco desarrollada en las últimas dos décadas del siglo xix. Las posiciones políticas que se ofrecían en la zona eran muy apreciadas para construir bases firmes que facilitaran el rumbo de los negocios personales. Un breve ejemplo puede ayudar a entender esta alianza anglo-mexicana: los hermanos Mills, como se dijo, habían sido de los pocos simpatizantes y apoyos reales que el gobierno de la Unión, en Washington, había tenido en El Paso; antes de finalizar la guerra, al ser las fuerzas confederadas expulsadas de la zona, el presidente Abraham Lincoln recompensó a uno de ellos, William, nombrándolo administrador de la aduana local en 1863. Casi de inmediato fue evidente el abuso de su poder, del cual obtenía grandes privilegios, tal como acabamos de señalar. Fue acusado de un manejo corrupto de esa posición, pues conocía a la perfección la manera en que "negocios" como los suyos se conducían en Juárez, entonces Paso del Norte.

La "mafia de la aduana" (Customhouse Ring) funcionó, según testimonios, porque Mills hablaba español; todos los mexicanos con poder a ambos lados del río eran sus amigos; se presentaba como un anglo con alma mexicana. Desde entonces, todos los anglos ambiciosos que desearan destacar en la política local requerirían del apoyo de la población mexicana, a través de sus patrones políticos. Hacia la década de 1880, un bien conformado grupo de anglos que representaba intereses comerciales y bancarios, así como a abogados y dueños de salones de juego, cantinas y prostíbulos, habían formado una estructura corporativa al amparo del Partido Demócrata para controlar posiciones de poder locales. El Ring o Círculo, como se le conocía, se mantuvo durante muchos años en el poder, gracias a la compra de las simpatías de la población mexicana o de ese origen. Establecieron una efectiva tradición de votaciones fraudulentas que cruza al menos

las últimas dos décadas del siglo XIX y llega a los años veinte. Los lazos de solidaridades que beneficiaban al Círculo le permitían la libre "importación" de votantes del lado mexicano, a quienes se invitaba a grandes francachelas en las que no faltaban el alcohol y las mujeres.[18]

Pero la funcionalidad de esa relación simbiótica, que operaba para asegurar el control del voto mexicano y la creciente subordinación de la población de ese origen, requirió de intermediarios que generalmente fueron mexicoamericanos, quienes se encargaban de organizar "la voluntad" popular de sus paisanos y hacerla efectiva en los periodos electorales. A estos jefes políticos, por lo regular, se les recompensaba con empleos en la municipalidad, tales como el Departamento de Construcción o el de Sanidad, en los que trabajaban muchos mexicanos, y algunos otros puestos de tipo administrativo, desde los cuales fuera posible que ejercieran sus labores de patronazgo e intermediación. Sin embargo, es importante señalar que, después de 1885, fue raro que alguno de estos personajes ocupara un puesto de relevancia. Se había puesto en marcha un patrón de relaciones que fue minando, cada vez más, la presencia mexicana en el sistema político. Por paradójico que parezca, cuando al iniciar el siglo XX comenzaron a movilizarse las grandes oleadas de inmigrantes mexicanos, estos jefes políticos perdieron todavía más influencia, pues esa nueva población mexicana estaba desinteresada en la política de Estados Unidos, patrón que se mantuvo durante buena parte del siglo XX.

De la misma manera que los mexicanos fueron oportunistamente aprovechados por los grandes patrones del suroeste estadounidense, el círculo de intereses políticos y económicos representados por el Ring supieron apreciar los beneficios de una alianza subordinada con la población mexicana y mexicoamericana. Este habilidoso grupo

de políticos angloamericanos integrados al partido Demócrata se aseguró el voto y el dominio político:

> A través del uso de políticos americanos de origen mexicano, del patronazgo y literalmente de la compra del voto mexicano [...] el Ring monopolizó al electorado mexicano para permanecer en el poder. Por ejemplo, el Segundo Barrio, que incluye la mayor parte de Chihuahuita, no sólo contenía al mayor número de votantes totales, sino que además se convertía en la reserva electoral para las maniobras de los candidatos del Ring en contra de sus oponentes. [Pero esos] políticos americanos de origen mexicano no eran meros lacayos de la maquinaria política. De hecho, gracias a su habilidad para organizar el voto mexicano pudieron organizar un grupo de presión dentro del Ring que les ayudó a obtener trabajos y protección étnica.[19]

Precisamente por el hecho de que estos intermediarios, aliados a los jefes políticos anglos, estuvieran en condiciones de lograr tantos privilegios personales y para sus bases de apoyo, destaca la poca importancia que se le puso a las mejoras sustanciales en las condiciones de vida de los miles de mexicanos que vivían en los barrios del sur de la ciudad, donde estaba esa "reserva electoral". Mientras que los barrios del norte de la ciudad, donde habitaba la mayoría de la población angloamericana, contaban con agua potable, drenaje, gas entubado y luz eléctrica desde finales de la década de los ochenta del siglo XIX, el sur de la ciudad hubo de esperar casi treinta años para ver aparecer esos servicios en sus barrios. En 1915, *El Paso Herald*, periódico opositor al Ring, criticaba al jefe de ese grupo, el alcalde demócrata de El Paso, C. E. Kelly, por no haberse empeñado a fondo en la mejora de Chihuahuita y del Segundo Barrio, donde los riesgos de padecer viruela, escarlatina o difteria eran grandes al no contarse con un sistema de drenaje.[20] En el caso de Kelly esta falta debió haber parecido aún más imperdonable, ya que siendo farmacéutico presumía de ser un hombre "preocupado por la salud pública".[21]

Si, como hemos dicho, en esa relación simbiótica los angloamericanos eran los jefes, y los mexicoamericanos, los intermediarios subordinados, el grueso de la población mexicana que vivía en El Paso no fue considerado más allá de su posibilidad de proporcionar mano de obra barata y presencia dócil el día de las elecciones. Pudiera considerarse que el funcionamiento de la maquinaria política que se generó en ciudades como El Paso fue facilitado, en buena medida, por la tradición de patrones políticos y caciques que dominaban la vida cotidiana de muchas de las comunidades de las cuales eran originarios los inmigrantes que ahora vivían en ciudades de Texas, Nuevo México o Arizona. La aparición de estos neocaciques significó una suerte de continuidad de la cultura política de subordinación a la que muchos de los inmigrantes estaban acostumbrados. Chester Chope, quien fue reportero y editor de los principales periódicos de El Paso entre 1917 y 1962, señalaba que la política local funcionaba como una maquinaria de control tipo mafia y que la compra de votos era generalizada. Los jefes políticos conseguían, a través de intermediarios, un número indicado de votantes mexicanos, a nombre de ellos se hacía el pago del impuesto electoral o *poll tax*, y el comprobante de éste servía como credencial electoral. De manera adicional, a cada votante se le entregaban entre uno y tres dólares que, considerando los bajos sueldos, eran un incentivo bastante atractivo. El resultado del proceso electoral se aseguraba al contar con un fuerte contingente de personas registrados para votar gracias al *poll tax*, con su boleta electoral previa y convenientemente marcada y lista para sólo ser depositada, con unos dólares extra en la bolsa y con la promesa de una buena fiesta al terminar la votación.[22]

Naturalmente, no hay que quedarse con la idea de que esta maquinaria política funcionaba sólo gracias al condicionamiento cultural de los inmigrantes mexicanos o a

una natural predisposición a la corrupción de los intermediarios mexicoamericanos. Si el control corporativo de votantes, la compra abierta de votos e incluso la importación descarada de votantes desde Juárez funcionaban, era porque el sistema político electoral de Estados Unidos y, en particular, de zonas como Texas o Arizona, permitía que ello sucediera. Incluso *El Paso Times* tuvo que hacer eco de las corrientes reformistas, tanto republicanas como demócratas, y pedir que los ciudadanos responsables de la ciudad pusieran un alto a los vicios electorales locales.[23] De hecho, la derrota del Ring se hizo efectiva hasta que la presión para tomar medidas por la purificación de El Paso se volvió incontenible.

Las fuerzas reformistas encabezadas por miembros del partido republicano, entre las cuales no faltaba un buen número de demócratas contrarios a Kelly y su Ring, eran mayoritariamente de angloamericanos que siempre habían reconocido la importancia de atraer el apoyo subordinado de mediadores de origen mexicano. No fue sino hasta 1912 cuando el Ring perdió a uno de los jefes mexicoamericanos más emblemáticos: Ike Alderete. Ese año, en el que se celebrarían elecciones en el condado de El Paso, Alderete fue acusado de traición al alcalde Kelly y expulsado de su círculo de poder después de haber permanecido fiel al grupo durante casi veinte años. Toda la fuerza electoral que representaban Alderete y su grupo fue puesta a las órdenes de los reformadores y en contra de sus antiguos aliados. Se reportó que Ike y su hermano Frank estaban repartiendo dinero a manos llenas en los populosos distritos electorales del valle bajo, donde sus prácticas de clientelismo político estaban más que ensayadas. A pesar de esta ruptura, el Ring se alzó de nuevo con la victoria en las elecciones.[24]

Las verdaderas consecuencias de las escisiones en el Ring se evidenciaron en las siguientes elecciones de 1915.

El alcalde Kelly pretendía una nueva reelección y los republicanos y la coalición reformista pidieron a Tom Lea que encabezara su fórmula. Sin apoyo formal por parte de la comunidad mexicoamericana, Lea recibió estratégicos apoyos por parte de Alderete, quien lo ayudó a afinar la puntería para los golpes de campaña. El discurso electoral de Lea se basó, fundamentalmente, en dos hechos: primero, en los reportes que un gran jurado había elaborado sobre los escandalosos casos de corrupción en la compra de los votos mexicanos, en los cuales se documentó cómo el Ring y sus intermediarios habían pagado el impuesto electoral de cientos de mexicanos (incluso los que vivían en Juárez) y cómo los habían formado en las casillas para depositar boletas electorales premarcadas; segundo, en una fuerte denuncia de cómo el Ring sólo beneficiaba a unos cuantos intermediarios a los que les daba trabajo en el ayuntamiento, mientras que, por el contrario, los barrios mexicanos como Chihuahuita se encontraban abandonados a su suerte, con una urbanización de pésima calidad. ¿Por qué, preguntaba Tom Lea en los mítines, el Ring no ha hecho nada por abatir la insalubridad de los barrios y combatir con seriedad las enfermedades infecciosas?: "¿Por qué es que el Ring se esfuerza tanto en hacer campaña electoral al sur de las vías del ferrocarril? Ellos no han hecho nunca nada por esa gente, y aun así ahora les están pidiendo su apoyo incondicional. ¿Por qué siempre les prometen tanto antes de las elecciones y les dan tan poco después de ellas?"[25]

El Ring fue vencido en esas elecciones y nunca volvió a recuperarse.

Mario T. García hace el siguiente balance, con el cual coincido:

> Un periodo de transición política comenzó con la caída del Ring. Una valoración, en retrospectiva, de esos políticos mexicoamericanos es difícil. A diferencia del resto de los inmigrantes mexicanos, ellos experimen-

taron una americanización profunda y desarrollaron el suficiente interés en la sociedad americana como para ver en la política un medio de movilidad social y económica. De hecho, a diferencia de otros grupos étnicos en Estados Unidos, no fueron los inmigrantes sino los mexicoamericanos los que experimentaron una integración a la cultura americana más allá de los espacios del Ring. De éste recibieron trabajos e influencia política a cambio de la entrega de los votos mexicanos. El Ring y los opositores a éste fueron beneficiarios del flujo constante de la mano de obra barata de México. Por consecuencia, el apoyo que esos mexicoamericanos dieron a la estructura política reforzó la subordinación de los mexicanos. La compra por unos cuantos pesos de los votos mexicanos no hacía sino mantener una estructura económica basada en la mano de obra barata. Por otro lado, las organizaciones mexicoamericanas sirvieron como grupos de presión para lograr alguna representación política, patronazgo, protección étnica, especialmente durante los años de la Revolución mexicana. Sin embargo, esas concesiones beneficiaron sólo a una minoría de mexicoamericanos. La constante entrada de inmigrantes mexicanos después de 1920 no sólo expandió el papel de los mexicoamericanos como mediadores entre los recién llegados y el gobierno local, sino que también fue recordatorio para los políticos americanos de la importancia política de la población mexicana de El Paso. No obstante, un patrón de manipulación política, de subordinación y subrepresentación, que aún continúa, fue establecido en esta ciudad fronteriza y a través de buena parte del suroeste.[26]

La elite

Durante muchos años, siglos en realidad, hemos acostumbrado afirmar que en los asentamientos gemelos ubicados en ambas márgenes del río Bravo ha vivido, de manera casi absoluta, población mexicana o, si se quiere, de origen hispano. Si hoy se recorren ambas ciudades, resulta un tanto difícil hacer una clara distinción étnica entre ellas. Pero la situación no siempre ha sido la misma.

Si bien es cierto que desde fines del siglo XVIII la población hispánica (que incluye a mestizos, criollos y españoles) fue predominante en esta región que pertenecía al gobierno colonial del Nuevo México, varios acontecimientos imprimieron cambios drásticos en la composición demo-

gráfica de la región. A vuelo de pájaro, pensemos en la política de colonización del territorio de Texas, promovida por el gobierno central de la joven República Mexicana; luego, en el movimiento independentista de los colonos anglos que llevaron a la formación de la República de Texas y su posterior incorporación como estado de la Unión Americana, lo que, finalmente, desataría la guerra con Estados Unidos con el trágico resultado de la pérdida de todo el antiguo norte mexicano, según quedó asentado en el Tratado de Guadalupe Hidalgo.

Estos sucesos, ocurridos en apenas unos veinticinco años, fortalecieron la presencia anglo en todo el sur de Texas, incluida la zona en que se encuentra la ciudad de El Paso.[27] Anteriormente señalamos la forma en que, en muy poco tiempo, esa población se multiplicó y afectó el conflicto secesionista que provocó la guerra civil estadounidense de 1861 a 1865, con la integración de una elite anglo renovada por los efectos del ajuste de cuentas que el fin de la guerra trajo. Muchos autores de la historiografía regional aceptan que, antes de finalizar el conflicto, la mayoría de los hombres poderosos de El Paso anglo habían salido de la zona en busca de refugio; asimismo, relatan la manera en que muchos de sus intereses comerciales y propiedades les fueron decomisados y cómo ambos hechos dieron paso, con asombrosa rapidez, a la formación de una nueva elite política-económica con inmigrantes del este y medio oeste de Estados Unidos y con ex integrantes del ejército de la Unión, quienes aprovecharon su temprana victoria sobre los intereses sureños de El Paso.[28]

Pero un asunto poco explorado lo constituye el hecho de que diez o quince años después de terminada la guerra, cuando la contraposición política entre ambos bandos se había debilitado, muchas familias sureñas llegaron a El Paso encabezadas por ex oficiales confederados, profesionistas o incluso antiguos propietarios de plantaciones que

habían utilizado el trabajo esclavo. En efecto, desde los años setenta del siglo XIX, El Paso empezó a recibir a estas viejas familias sureñas provenientes de diferentes condados de los estados de Virginia, Misisipi y Tennessee. Al paso de las siguientes dos décadas, muchos de esos grupos familiares pasaron a formar parte central de la elite paseña. Junto con ellos, El Paso también se volvió lugar de residencia para un buen número de empresarios judío-alemanes que desde Chicago y Nueva York vieron gran potencial en la frontera con México; a ellos se debió la instalación de algunos de los negocios más pujantes en la ciudad.[29]

Estas familias de origen sureño eran portadoras de una cultura basada en la segregación racial y en un pensamiento extremadamente conservador que preconizaba la inferioridad natural de grupos raciales distintos al *stock* de la gran familia anglosajona. Su presencia en El Paso fue numerosa pero, sobre todo, de gran influencia en el modelaje de la vida sociocultural de El Paso, su ciudad adoptiva. El propio alcalde Charles Edgar Kelly había nacido en una plantación de su familia, en el condado Jefferson del estado de Misisipi, en 1863, en medio de la Guerra Civil. Según recuerdan sus hijas, Kelly aseguraba que cuando llegó a El Paso, en 1883, era un lugar de frontera, refiriéndose con ello a que estaba al margen de la civilización; calificaba a la ciudad como una *wide open town*, es decir, un lugar sin límites ni referentes sociales o culturales bien establecidos, incluidos los linderos raciales. Sólo San Francisco y Nueva Orleans podían ser catalogadas en este mismo estadio de anarquía social: ciudades donde el juego, la prostitución y los vicios producían espacios sin los límites sociales necesarios para establecer la civilización estadounidense.[30]

Existen testimonios que ayudan a entender el papel que una ciudad como El Paso tuvo en la vida de muchas fami-

lias sureñas que después de la Guerra Civil habían caído en desgracia. "Davis, Beal and Kemp" fue una de las firmas de abogados más prominentes en El Paso hacia fines del siglo XIX. Dos de ellos, Davis y Beal, habían participado en la guerra como oficiales del ejército confederado, y al término de ésta, los estados del sur se convirtieron en lugares sin futuro para ellos: "Vinieron a ganarse la vida. No había dinero en el sur después de la Guerra Civil. El Paso era un pueblo nuevo y atractivo gracias al ferrocarril. Venir a El Paso probó ser un gran acierto para ellos". [31]

Junto a estos abogados, llegó también el médico H. White. Al igual que ellos, había perdido sus plantaciones y a sus esclavos en el condado de Glouchester, estado de Virginia. White llegó prácticamente huyendo de las "terribles condiciones que se vivían allá después de la guerra". [32] El testimonio de su viuda no deja lugar a dudas de que la actuación del doctor White estaba influida por su experiencia en una sociedad segregada racialmente. En su lucha por combatir enfermedades infecciosas, sabía que "racializar" el combate era la mejor medida; así, lo que hizo White para atacar la viruela fue enfocar sus baterías hacia los barrios mexicanos del sur de la ciudad, donde —señalaba la señora White— "vivía la gente mala de El Paso".

> Mi esposo fue un gran médico. Él limpió de viruela la ciudad y mantuvo el sanitario para aislamiento de los pacientes. Lo que mi esposo hizo fue juntar a todos los mexicanos, cargar enormes vehículos con ellos y llevarlos a bañar y a desinfectar al Puente. Ninguno podía regresar a su casa si no era bañado y desinfectado. Él pescó a todos los mexicanos que pudo y que vivían en El Paso. Decía: "tú sabes, los mexicanos deben ser obligados, pero son las personas más gentiles del mundo". Y él sabía lo que decía, había vivido en Virginia, allá donde están los negros. Si el hubiera tratado de hacer lo mismo con los negros, yo no estaría aquí ahora. Creo que los mexicanos entendieron que era por su bien y por ello accedieron.[33]

También del estado de Virginia, del condado de Amherst, provenía Zacarías T. White, quien había nacido en el seno de una familia de ricos dueños de plantaciones y comerciantes de algodón. La influencia de White, llegado a El Paso en 1881, fue enorme, pues en pocos años se convirtió en uno de los más acaudalados paseños. Fue el principal terrateniente de las tierras agrícolas del Valle, fundador de la El Paso Gas Company, dueño de molinos para harinas y de la fábrica de ladrillos, y una de las figuras más importantes del *boom* urbanístico de la ciudad, entre 1890 y 1910.[34]

Otros prominentes paseños, cuyo origen había sido el sur esclavista, fueron las familias Shelton, Burges, Perrenot y Yandell. Provenientes de los estados de Misisipi, Tennessee y Virginia, llegaron a El Paso entre 1885 y 1893 en busca de oportunidades y con la esperanza de rehacer sus vidas: "Eran gente de plantaciones [...] acostumbrada a ese estilo de vida y a tener esclavos".[35]

Tanto el doctor Yandell como W. H. Burges habían visto en El Paso una ventaja adicional: su clima podía ayudarles a recuperarse del asma que sufrían. Sin embargo, como a casi todos los de su grupo, la situación de la ciudad les preocupaba. La frontera con México estaba muy descuidada y el movimiento a través de ella era demasiado libre, lo que en buena medida provocaba que el sur de El Paso estuviera inundado de vicio: "Cuando iba al centro [...], nunca caminábamos por el sur de la ciudad. [...] Por aquellos días, *al norte de las vías* o *al sur de las vías* eran términos muy descriptivos. La ciudad estaba en los hechos partida en dos por las vías",[36] decía la esposa de W. H. Burges.

En el recuerdo de esta entrevistada queda muy clara la imagen de una ciudad con roles sociales y distribuciones de espacios basados en principios raciales. Al preguntársele sobre los habitantes de El Paso, su memoria revive por

nombre a sus iguales: los Shelton, los Perrenot, los Burges, los Yandell, los Stewarts, los Miles, los Kemps, los Rollins, los Magoffins, los Barrions o los Goggins. El resto de los paseños eran mexicanos, chinos y negros, gracias a los cuales "siempre había servidumbre, aun en los días más duros. Yo nunca conocí a nadie sin servidumbre. Normalmente la servidumbre era mexicana, mientras que los cocineros eran negros o chinos".[37]

Los mexicanos siempre han sido mayoría, señala la entrevistada, quizá por ello la imagen de El Paso es la de una ciudad con mucha pobreza. Al hablar del norte de la población, se refiere a los distritos residenciales como Magoffin, Sunset Hights, Manhattan Hights, Kern Place o Austin Terrace. El sur es simplemente descrito como el lugar donde viven los mexicanos y donde están los bares y burdeles.

No existe hasta ahora un estudio sobre el desenvolvimiento de los grupos sureños que, terminada la guerra civil, cambiaron su residencia al suroeste; algo que resulta evidente, a la luz de los materiales revisados, es que el ostracismo al que fueron condenados duró sólo unos años; ya para mediados de la década de 1870 su posicionamiento en regiones como El Paso era notable. Además de su éxito en el mundo de los negocios, muchos de ellos hicieron carreras políticas desde las que, seguramente, pudieron influir en la "renovación" de la *wild open town*.

William N. Bridges, cuyos padres eran originarios de Tennessee y Carolina del Sur y habían simpatizado con la causa confederada, fue, entre otros muchos puestos públicos, fiscal de distrito y juez. H. J. Stacey, nacido en Arkansas, fue oficial confederado y después tuvo una larga carrera como funcionario municipal en El Paso. Robert Fulton Campbell, de Tennessee, también hizo carrera en el ayuntamiento. John M. Dean provenía de connotadas familias confederadas del condado Forsyth, en Georgia, y

logró hacer una carrera exitosa como abogado y después como juez. El capitán James H. White se unió al ejército confederado en su condado natal, Portsmouth, Virginia, y en El Paso fue electo jefe de la oficina del sheriff y después de la oficina de impuestos. Dos casos más redondean la idea de la centralidad de este segmento de la elite paseña: William Johnson Fewel, de Greensboro, Carolina del Norte, fue criado en la plantación familiar y se unió al ejército del sur en contra de la liberación de esclavos; al llegar a El Paso, además de correr con suerte en el negocio de las bienes raíces, ocupó varios puestos públicos. Finalmente, Charles R. Morekead y su esposa, de Richmond, Virginia, cuyas familias no sólo simpatizaron con el sur, sino que financiaron la causa confederada, fundó en El Paso el State National Bank y fue uno de los más prominentes miembros del rito escocés de la masonería local. [38]

Los sureños no fueron el único segmento de la elite angloamericana de El Paso pues, como se ha señalado, durante el último tercio del siglo XIX llegaron nuevos residentes de origen geográfico y antecedentes culturales distintos. Pero la impronta sociocultural que produjeron fue profunda. También es cierto que, a pesar de ello, El Paso logró mantener un notable ambiente de tolerancia racial, que impidió los excesos discriminatorios y violentos de otras zonas del sur estadounidense. Resulta muy interesante percatarse de que los cánones de una cultura segregacionista —que pensamos como influencia conservadora de los estados esclavistas del sur— parecen haberse impuesto con mucha facilidad sobre el resto del grupo dominante que provenía de zonas política y culturalmente liberales.

Esta mezcla de corrientes, sumada a la relación simbiótica que se describió atrás, impidió el fortalecimiento político-electoral del Ku Klux Klan durante la década de los

veinte, así como las expresiones de violencia e intolerancia vividas en el mismo estado de Texas.[39] Sin embargo, no impidió que la discriminación aflorara y tomara formas ofensivas de exclusión en ciertos espacios que empezaron a ser considerados como de acceso restringido a la población blanca de la ciudad. *"No dogs or mexicans allowed"*, advertía un cartel colocado en la puerta principal del café del Cine Plaza.[40] Para la población negra, esas prácticas estaban generalizadas: no podían asistir libremente a espectáculos o restaurantes y, para su educación, debían acudir exclusivamente a la escuela Douglas, construida ex profeso para ellos.[41]

Un vecino peligroso

Los efectos de la Revolución Mexicana en la frontera fueron múltiples, pero podemos al menos distinguir tres de ellos que resultan de gran significación. El movimiento armado mexicano produjo una enorme oleada migratoria hacia el suroeste de Estados Unidos, fortaleciendo la tradicional presencia hispanomexicana de esa gran región. En total relación con el efecto anterior, ciudades como El Paso atestiguaron un despertar político y cultural de la comunidad mexicana, que en muchos casos se encontraba en calidad de exiliada (temas que serán abordados más adelante). El tercer efecto, que interesa tratar de inmediato, es el del fortalecimiento del sentimiento de intolerancia que amplios sectores de la población anglo de la ciudad mostraban desde tiempo atrás, de manera quizá discreta, hacia la población mexicana y mexicoamericana.

Ya habíamos señalado que la sensación de desconfianza por parte de la sociedad anglo y del propio gobierno estadounidense había quedado bien asentada desde la guerra entre los dos países, entre 1846 y 1848. El recuerdo amar-

go y quizá rencoroso que los mexicanos podían tener hacia Estados Unidos y que se expresaba, sobre todo, en términos culturales y populares, era correspondido con un proyecto mucho más sólido por parte del gobierno del país vecino: desde entonces, se inauguró una política, quizá con altibajos, de Estado, para mantener permanentemente vigilada la frontera con México. Esta zona de la frontera ha tenido presencia militar federal y local creciente desde hace casi 160 años; el paso del tiempo ha presenciado el fortalecimiento y la sofisticación de esa fuerza que recuerda que México es un potencial enemigo. Para nuestro país, para el Estado mexicano, la vigilancia de la frontera con Estados Unidos nunca ha sido prioridad, y se ha delegado su monitoreo a la autoridad estadounidense. El inicio de la Revolución, en 1910, inauguró una década de tensiones fronterizas como no se habían experimentado desde la guerra.

El estallido de la Revolución coincidió con un fenómeno que ya se mencionó. Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, El Paso había experimentado un notable crecimiento de su población angloamericana que, aunque había notado el clima de notable tolerancia racial existente, asegurada por acuerdos político-económicos, vio con desconfianza esa mezcla étnico-cultural que campeaba en la ciudad. La violencia revolucionaria que desde noviembre de 1910 se empezó a vivir al sur de la frontera, permitió que esos sentimientos no sólo se fortalecieran, sino que se perdiera la timidez para expresarlos abiertamente. Esa nueva avenida para la vida social de El Paso fue evidentemente facilitada por la seguridad que le proporcionaba a los sectores anglos y conservadores la presencia masiva de miles de tropas del ejército federal estadounidense que, habiendo abandonado su acuartelamiento en el Fuerte Bliss, patrullaban activamente las calles y los alrededores de la ciudad.

Conviene aquí reconocer que la ciudad de El Paso, como muchas otras a lo largo de la frontera con México o cercanas a ésta, manifestó una actitud entusiasta hacia la Revolución en sus inicios, en particular cuando la identificaban con el reformista Francisco I. Madero. Antes de noviembre de 1910, El Paso había dado cobijo y refugio a disidentes y complotadores en contra del régimen de Díaz; luego, cuando Madero lanzó el Plan de San Luis Potosí, se formó en la ciudad una junta para apoyarlo. Por supuesto, desde El Paso se logró embarcar importantes cargamentos de armas y municiones en apoyo a la causa maderista, sin mencionar que también ahí se imprimió, con gran libertad, propaganda a favor de su causa.[42] En la mente de varios hombres de negocios de El Paso, el estallido de la Revolución y la esperada batalla que haría caer Ciudad Juárez, después de un combate de tres días entre el 8 y el 10 de mayo de 1911, significaba la posibilidad de un *boom* económico para la ciudad texana. Banqueros y comerciantes se frotaron las manos ante la perspectiva de que centenares de mexicanos adinerados huyeran de su país y se establecieran en El Paso, trayendo con ellos sus fortunas para ser depositadas en sus bancos o gastadas en sus casas comerciales.

Incluso la batalla y toma de Ciudad Juárez significó un enorme atractivo turístico que los empresarios paseños aprovecharon: centenares de visitantes llegaron a la ciudad, incluidos muchos periodistas que no querían perder detalle del combate. Las azoteas de los edificios más altos fueron acondicionadas para ofrecer cómodos palcos, desde los cuales se podría observar, con la pequeña dosis de riesgo de una bala perdida, a los revolucionarios intentando derrotar a las fuerzas federales porfiristas: una revolución desde la azotea del hotel pudo haber sido una diversión perversa pero irresistible. La atracción fue tal que se afirmó que, cuando Pascual Orozco acampó sus fuerzas a

las afueras de Juárez, llegó a ser visitado por hasta quince mil "adictos a la Kodak" en un solo día, los cuales "habían cruzado el río para fotografiar a los insurrectos de aspecto tan fiero". Después de los primeros enfrentamientos, muchos de ellos cruzaron de regreso a El Paso con recuerdos de su osadía: sillas de montar, bridas o pertenencias de los primeros muertos en batalla.[43]

Muy pronto el entusiasmo decaería y profundos temores sobre el futuro y estabilidad de México se apoderaron de buena parte de la población y opinión pública estadounidenses. La falta de cumplimiento de Madero como presidente de la República con las expectativas de la población produjo miedos fundados de que las clases bajas y pobres del país pudieran provocar disturbios masivos en los que se expresara el sentimiento antiestadounidense reprimido por muchos años. De hecho, antes de este momento, incluso con anterioridad a la propia caída de Ciudad Juárez, se habían desarrollado manifestaciones en contra de Estados Unidos con las consabidas consignas de "abajo los gringos".

Resulta interesante percatarse de que, conforme crecieron el descrédito y la oposición al gobierno de Madero, el resentimiento antiestadounidense arreció en diversos puntos de México y se expresó abiertamente, situación que fue bien entendida por las autoridades de Estados Unidos:

> Hay indicaciones de acciones en común en los estados fronterizos, con la excepción de Tamaulipas. Casas Grandes [estado de Chihuahua] se ha rebelado en contra de la autoridad; el gobierno anticipa el empeoramiento de la situación en Ciudad Juárez; 1,500 insurrectos amenazan Santa Rosalía [Camargo, Chih.]; las empresas de los Madero en Parras se encuentran en huelga; hay reportes no confirmados de inestabilidad en Matamoros; la autoridad federal es inexistente en Chihuahua. En el sur del país prevalece la misma situación: estallidos en el estado de Veracruz; Michoacán prácticamente en anarquía; disturbios en Hidalgo. En la ciudad de México es universal la falta de confianza en el gobierno; la inconformidad y la aprensión son profundas; la prensa muestra una actitud

> violenta e incendiaria hacia el gobierno; parte de las manifestaciones son antiamericanas.[44]

Las expresiones de animadversión hacia Estados Unidos y sus ciudadanos se expresaron con fuerza en ciudades como Monterrey y Torreón y, debido a la gran comunicación que había entre éstas y El Paso, los hechos y los rumores que los agrandaban aumentaron la sensación de estar en vecindad con un país a punto de un estallido social incontrolado y peligroso para la nación del norte.[45] Es muy probable que esas manifestaciones hubiesen sido sobredimensionadas por la opinión pública de Estados Unidos, en parte debido a que el estado de confusión que reinaba en México, particularmente durante 1912, hiciera aún más incomprensible el escenario mexicano. Sin ir más lejos, cuando cayeron las autoridades maderistas de Ciudad Juárez, los gobernantes que sucedieron se reclamaban seguidores de Emiliano Zapata, de Emilio Vázquez Gómez o del muy popular Pascual Orozco. Al no comprender siquiera la situación que vivía la ciudad vecina, la opinión anglo de El Paso pensaba que la Revolución pintaba un panorama gris. "No hay entusiasmo y todo el mundo está harto de la guerra que han sufrido hasta los huesos los vecinos de la población fronteriza".[46]

Para los paseños en general, y de manera particular para los anglos, El Paso dejó de ser el privilegiado puesto de observación para experimentar de cerca la pintoresca revolución de los mexicanos, y la idea de que no sólo Juárez era un lugar peligroso sino que incluso El Paso estaba en riesgo se dispersó con rapidez. Reportes oficiales del Departamento de Estado señalaban la existencia de fuerzas armadas mexicanas, de quienes se conocían intenciones de atacar y capturar poblaciones fronterizas de Nuevo México y Texas. El temor de los sectores más conservadores fue hábilmente manejado por el alcalde de El Paso, Charles Kelly, quien para fines de febrero de 1912 ya había lo-

grado reunir una fuerza de quinientos hombres para la oficina del sheriff y así estar preparado para actuar ante "cualquier eventualidad". Animado por la fiebre antimexicana de la que era fiel promotor, Kelly pidió al secretario de Guerra el envío de tropas federales a Juárez, con el fin de detener los robos y asaltos nocturnos, de los cuales los estadounidenses eran las víctimas favoritas.[47] Resulta evidente que el alcalde buscaba una consolidación de su poder y un efecto de tipo anímico, más que una respuesta positiva del ejército. La presencia masiva de tropas en la ciudad vecina y en el puente internacional provocó manifestaciones frente al consulado estadounidense en Juárez.

No hay duda de que el remolino de acontecimientos mexicanos era confuso pero, en la actitud de los sectores conservadores de la sociedad estadounidense, incluida la población anglo de El Paso, lo que imperaba no era una actitud de comprensión de la situación, sino de su aprovechamiento, para consolidar la visión de un país caótico al sur de la frontera. Los problemas que vivía México, totalmente naturales después de un cambio político tan importante, eran la ocasión ideal para aquellos estadounidenses interesados en perpetuar la idea de un país habitado por un pueblo indisciplinado, propenso al caos y con inherente naturaleza violenta y sangrienta.[48] La llegada de Francisco Villa al poder en Chihuahua restauró el orden y la tranquilidad en todo su territorio, incluyendo Ciudad Juárez. Con él, al igual que con Madero, en Estados Unidos se intuyó una actitud proestadounidense que aseguraría sus intereses establecidos y hacía adivinar muchos otros negocios en los territorios villistas. De nuevo, gracias al oportunismo de esa visión, esa parte del territorio nacional fue vista con agrado, al menos hasta fines de 1915, cuando Villa fue derrotado y perdió el control de su zona de influencia en el norte de México.

La situación general de las relaciones entre ambos países, sin embargo, no gozó de ese periodo de simpatías. Al iniciar 1914, tropas de Estados Unidos bombardearon y ocuparon el puerto de Veracruz. Las credenciales antidemocráticas del golpista Victoriano Huerta molestaron, sobremanera, al presidente Wilson. Mostrando que las exigencias para la restauración democrática de otros países, en apariencia nobles, también podían emplearse para la afirmación de Estados Unidos como la nación-imperio, el gobierno estadounidense usó el pretexto de la injustificada aprehensión de unos marineros de esa nacionalidad en el puerto de Tampico para hacer demandas que llevaban a la renuncia del presidente Huerta. Un fuerte rechazo de corte nacionalista y popular fue la principal respuesta al abuso de fuerza que una nación poderosa ejercía sobre otra débil, violando flagrantemente su soberanía y causando numerosas muertes y destrucción material.

En la región de Juárez-El Paso, si bien no se reportaron motines nacionalistas antiestadounidenses de consideración, tampoco hubo una respuesta violenta por parte del gobierno villista del estado de Chihuahua.[49] Una nueva oleada de temores hacia los mexicanos y su inveterada cultura de violencia se expandió en el lado estadounidense de la frontera. Debemos recordar que, como consecuencia de la captura de las ciudades de Chihuahua y Ojinaga por el ejército de Villa, millares de refugiados habían pasado a territorio de Estados Unidos, incluidos soldados huertistas y sus familias. Las calles de El Paso empezaron a ser patrulladas por miembros del ejército y un sistema de vigilancia basada en filiación étnica se puso en marcha: todo aquel que fuera o pareciera mexicano era sospechoso. Fue tal la presión ejercida por las autoridades, así como por la prensa y los sectores anglos de El Paso, que, en un intento por disfrazar su condición, cientos de mexicoamericanos juraron públicamente su lealtad a Estados Unidos y ofre-

cieron luchar junto a las tropas angloamericanas en defensa de su país.

En México, los desacuerdos y desconfianzas mutuas entre Villa y Carranza fracturaron el constitucionalismo y, con ello, inevitablemente, enviaron el mensaje de que la fase armada de la Revolución estaba lejos de terminar; de hecho, las más sangrientas batallas con su secuela de muerte, destrucción, pobreza y hambre vendrían a partir de 1914. En la ciudad de El Paso, la combinación de una numerosa población mexicana, el gran número de refugiados por la guerra y el temor a que la Revolución deviniera en una guerra civil incontrolable resultó explosiva. Los paseños anglos se convencieron de que el peligro mexicano era real e inminente. Armonizando con esta evaluación del riesgo que representaba la frontera mexicana, el gobierno federal aumentó el número de tropas destacadas en el Fuerte Bliss, que hacia el otoño de 1915 se había convertido, "quizá, en la concentración militar más grande de la nación".[50] Los barrios mexicanos del sur de la ciudad, vecinos a la línea fronteriza, resultaron las áreas más vigiladas. Sin importar que los núcleos de conspiradores mexicanos estuvieran bien localizados y que éstos sólo pretendieran la organización de expediciones para regresar a México, la idea de que los mexicanos pudieran participar en auténticas carnicerías raciales en suelo estadounidense no cesaba.[51]

Detengámonos unas líneas en la muerte de Pascual Orozco, pues da muestra del ambiente al que nos referimos. Dependiendo de la fuente, las condiciones de su muerte van desde el enfrentamiento con unos rancheros que lo perseguían por haber robado ganado y sillas de montar de una propiedad cercana, hasta una celada que le fue tendida por las fuerzas de los Texas Rangers, cuando intentaba cruzar el río Bravo, de regreso a México.[52] La enorme popularidad de que había gozado Orozco durante

los primeros años de la Revolución se hicieron patentes en una gran tristeza e indignación en la población mexicana de ambos lados de la frontera. Esta situación motivó que la asociación de rancheros del condado de El Paso se armara en contra de una posible expresión violenta por parte de simpatizantes de Orozco. La policía local organizó un operativo antimotines el día en que el cuerpo de Orozco sería llevado a El Paso, pues no se quería permitir que ninguna multitud de mexicanos se juntara para presentar señales de duelo ante el ataúd del revolucionario; el operativo incluyó desembarcar los cuerpos de Orozco y cuatro de sus compañeros en la estación de carga y no en la de pasajeros, en el centro de la ciudad.[53]

La Revolución en Chihuahua estaba aún por producir hechos cruciales que tensarían las relaciones raciales en El Paso. En enero de 1916, fuerzas villistas detuvieron el ferrocarril en Santa Isabel, en el piemonte occidental chihuahuense, del que hicieron descender a los viajeros para después ejecutar a dieciocho de ellos. Se trataba de un grupo de ingenieros y empleados administrativos de compañías mineras estadounidenses que viajaban con rumbo a la Sierra Madre Occidental; la mitad de ellos fueron reconocidos como paseños y la ciudad estaba aterrada y furiosa por el crimen cometido por los revolucionarios mexicanos. Además de tratarse de asesinatos a sangre fría, se reportaba que los infelices habían sufrido abusos físicos y mentales, tales como la muerte a balazos de sus mascotas. La forma en que los periódicos locales narraron el evento, sumado al arribo de los cuerpos a El Paso, hicieron hervir la sangre de muchos paseños angloamericanos, y un ambiente de furia antimexicana se extendió por toda la ciudad.

La ejecución múltiple, episodio sin duda lamentable, tuvo un efecto positivo para el fortalecimiento del punto de vista más conservador y racista respecto a México, por

más que se tratara de ocultar. En su editorial, *El Paso Times* señaló que la muerte de los compatriotas inocentes mostraba con claridad que las quejas y las voces de alarma que la población anglo de la ciudad había estado lanzando no estaban basadas en mero prejuicio racial hacia los mexicanos, y recriminaba la actitud tibia del presidente Wilson hacia el revoltoso país del sur; en un arranque de patriotismo señalaba que, en relación con México, los estadounidenses no querían sólo conservar la cabeza sino mantener el honor y el coraje.[54]

Durante la tarde del 13 de enero de 1916, grupos de anglos tomaron las calles y expresaron su disgusto por lo acontecido, pero también su desprecio por los mexicanos:

> La violencia comenzó con esporádicos enfrentamientos a golpes entre soldados americanos y mexicanos en cantinas. Para las nueve de la noche, más de mil ciudadanos anglos se habían unido a la refriega y enfilaron hacia el sur de la ciudad, al distrito mexicano, y en su camino golpearon y asaltaron a cualquiera que pareciera mexicano. Para cuando la policía llegó, el rastro dejado por la multitud estaba marcado por hispanos golpeados y sangrando, incluso algunos de ellos habían sido apuñalados.[55]

El avance de anglos enfurecidos hacia barrios mexicanos, ubicados en el sur de la ciudad, apuntaba hacia una verdadera catástrofe que habría alterado por completo las relaciones de poder y la maquinaria política de control corporativo sobre la población mexicana por parte del Ring. Muchos vecinos del Second Ward o Segundo Barrio, como se conocía al distrito mexicano, se habían armado de palos y piedras y formaron una barrera en la calle San Antonio, dispuestos a detener a los anglos; las noticias de que afuera de los teatros Alcázar y Grecian, viejos, niños y mujeres habían sido brutalmente golpeados, los enfurecieron, y se aprestaban a cobrar la injusticia. Las autoridades de El Paso decidieron que el costo de un enfrentamiento abierto habría sido demasiado alto y decidieron

acordonar la entrada al barrio Chihuahuita con toda la fuerza policiaca y con elementos del ejército; sin embargo, según testimonios, fue la actitud mostrada por los vecinos de los barrios mexicanos lo que hizo desistir a la multitud anglo.[56]

Mantener la calma fue pronto visto como prioridad para las autoridades, y si bien es cierto que, en lo fundamental, representaban y defendían los intereses de la población angloamericana de El Paso, también lo es que la prosperidad de la ciudad se había cimentado en la presencia masiva de población mexicana o de origen mexicano y en el mantenimiento de un *statu quo* de tolerancia racial. Tolerancia que aseguraba la superioridad étnico-nacional de la población anglosajona; el ambiente de calma para los negocios basados en la captación, distribución y utilización intensiva de mano de obra mexicana, barata y sin calificación, y el rol de El Paso como puerta privilegiada hacia México. Los grandes intereses en El Paso pronto vieron la necesidad de que la masacre de Santa Isabel fuera manejada como un asunto diplomático para impedir que la ciudad se convirtiera en teatro de violentos enfrentamientos raciales.

Tom Lea, alcalde paseño con pocas simpatías por los mexicanos, al mismo tiempo que alababa la paciencia y sabiduría de los habitantes de la ciudad (aunque sin decirlo se refería a la población angloamericana), advertía que los sucesos a que la situación mexicana sometía a El Paso podían provocar que la gente perdiera la cabeza. Los periódicos hicieron también su parte y señalaron que, si bien el sentimiento de rechazo a la matanza de estadounidenses en México era justificado, convertido en motín habría producido actos desafortunados, cobardes y despreciables.[57] El 14 de enero, sólo un día después del motín contra los barrios mexicanos, el *New York Times*, en una noticia de primera página, anunció que en El Paso, esta-

dounidenses se enfrentaban en batallas campales con mexicanos. El empresariado local agrupado en la Cámara de Comercio urgió a los medios a que no sobredimensionaran la situación y a que “noticias exageradas no salieran de El Paso”, pues la reputación de la ciudad podría arruinarse de conocerse que se estaba convirtiendo en escenario de enfrentamientos raciales.[58]

Sueños de metrópoli

Franklin, desde 1888 El Paso, tenía atractivos para los inmigrantes de origen variopinto. Para muchos de los sureños y judío-alemanes del este y del medio oeste, la ciudad representaba una gran oportunidad de negocios, ya que se perfilaba como un nodo ferrocarrilero de importancia entre los grandes recorridos hacia la costa del Pacífico. Además, era la puerta de entrada para el comercio, legal e ilegal, con México. Pero al pasar los años y haberse asentado este grupo tan particular de inmigrantes, la región empezó a verse también a través de los ojos de la enfermedad o, mejor dicho, de la posibilidad de recobrar la salud. Así, desde la década de 1880, muchos miembros de la elite paseña pensaron en convertir a su ciudad en un gran centro sanativo natural. Varios de estos nuevos paseños formaron un grupo que estudió las características climáticas de la región, concluyendo que era muy difícil encontrar otro lugar que pudiera sobrepasar las bondades de El Paso en materia de temperatura, humedad, altitud y pureza del aire, lo cual, por supuesto, fue visto también como una oportunidad única para hacer negocios.[59] De hecho, varios miembros de este grupo, así como muchos inmigrantes anglos y judío-alemanes, habían llegado a El Paso buscando recuperarse de la tuberculosis o el asma que los aquejaba. Tal fue el caso del doctor R. B. Homan

y el cirujano dentista John C. Crimman.[60] Otros dos destacados profesionistas sureños, el doctor W. M. Yandell y el abogado W.H. Burges, llegaron a El Paso por la misma razón.[61] Muchos de los ejecutivos que vinieron a trabajar para tiendas departamentales, como La Casa Blanca, propiedad de judío-alemanes, vinieron atraídos por la posibilidad de vivir en un clima benigno para sus afecciones respiratorias o las de sus familias.

Pero la obsesión de la elite anglo por convertir a El Paso en una "montaña mágica"[62] o, mejor dicho, en "el desierto mágico", encontró dos grandes obstáculos: ningún empresario decidió hacer las inversiones que se requerían para recibir en condiciones aceptables a tuberculosos adinerados dispuestos a realizar viajes largos; en poco tiempo, instalaciones de este tipo fueron construidas en Arizona y la carrera se perdió. Además, hubo otro gran pero que impedía presentar esa versión idílica de pureza y tranquilidad. El Paso tenía una población mexicana muy numerosa y, por lo general, pobre, sobre la que había muchas dudas "sanitarias" y "morales"; adicionalmente, la frontera con Juárez era porosa, flexible en exceso, de vigilancia casi nula. Estas dos situaciones llevaron a considerar a El Paso como un *wide open town*, al cual urgía practicar una cirugía reconstructiva total.

Una vez consolidada en el poder, esta elite anglo-protestante (episcopales y bautistas), con marcadas influencias del conservadurismo racista sureño, empezó a ejercer presión para que se tomaran medidas que "limpiaran" la ciudad y para que los límites políticos, culturales y raciales se marcaran con fuerza para poder exigir que fueran respetados. Pero el problema a enfrentar era complejo, ya que las actividades "reprobables" que caracterizaban a El Paso incluían a la propia población anglo de la ciudad, que soportaba buena parte de su economía en numerosas cantinas y salones de juego, así como en la prostitución, que se

ejercía de manera abierta y que era muy próspera. Hacia fines del siglo XIX, las autoridades de la ciudad decidieron que los días salvajes del viejo oeste debían llegar a su fin y se empezaron a tomar medidas para barrer el vicio de una población que ahora quería ser una ciudad de orientación familiar.[63]

Las autoridades de la ciudad de El Paso tomaron dos medidas para lograr la "purificación" de la ciudad. La primera, en la que no me detendré en este texto, fue mover la zona roja *(red light zone)*, también conocida con el pícaro y sugestivo nombre de Tenderloin. En efecto, la promesa de limpieza "moral" de una enorme zona de la ciudad consistió en empujar las actividades del juego, el alcohol y la prostitución hacia el río, hacia el sur, hacia los barrios mexicanos pegados a la frontera. De esa manera, el centro de la ciudad quedó libre para las inversiones, las iglesias y la gente decente, por cierto, blanca.

Las vías de las diversas líneas de ferrocarril que llegaban a El Paso y lo atravesaban, de oriente a poniente y viceversa, se convirtieron en una frontera interna que dividió a la ciudad, con toda claridad, de norte a sur. El sector norte se iniciaba con el centro citadino ganado para la elite anglo y los barrios residenciales que se extendieron colina arriba, hacia una mesa desde la que se obtiene una vista privilegiada del valle y del río; los mejores servicios públicos y educativos apuntalaron al norte rico y anglo. Hacia el sur quedó un sector identificado: étnicamente, como mexicano (y con una minoría negra y asiática); socialmente, como el lugar de las clases pobres y asiento de las actividades relacionadas con el vicio; urbanísticamente, como lugar de hacinamiento, vivienda de baja calidad, pobres servicios públicos y de baja higiene. South El Paso, desde el punto de vista de la salud pública y de la mirada eugenista, fue el espacio donde tomaba cuerpo la idea de la decadencia de las mezclas raciales. En el sur de El Paso

se patologizó a un grupo étnico y a una nacionalidad; en muchos sentidos fue el laboratorio para integrar la patología del mexicano.

A partir de esa división, poca diferencia se estableció entre el sur de El Paso y Ciudad Juárez. La mirada despectiva e insultante que se había expresado públicamente desde la década de 1880[64] cobraba ahora la forma de políticas de higiene social y de salud pública, contenidas y respaldadas por un discurso científico que permitió poner en marcha acciones contundentes para fortalecer la frontera con México, reinventarla, podríamos incluso decir, a través de la medicalización de la región. Ello implicaba de manera evidente, que el viejo *wide open town* desapareciera y que la frontera perdiera porosidad y ganara en vigilancia constante.

La eugenesia proveyó un discurso de lenguaje científico que lograba paliar la verborrea racista de algunos políticos locales, quienes, una vez estallada la Revolución Mexicana, se pronunciaban de manera terriblemente despectiva. Tom Lea, uno de los alcaldes más recordados, famosos y queridos de la ciudad de El Paso, hizo las siguientes declaraciones en junio de 1916, cuando además ya se había producido el ataque villista a Columbus, Nuevo México: "Las hordas de mexicanos pobres y cargados de enfermedades que están buscando su entrada a El Paso, deben mantenerse lejos [...] a menos que se tomen la medidas necesarias para mantener alejados a los indeseables, declararé una cuarentena para impedir que se esparza el tifus."[65]

Precisamente en ese año, el USPHS decidió instalar un puesto sanitario permanente en el puente internacional.

Volvamos un momento al papel crucial de la salud pública en aquellos años. La construcción de una ciudad angloamericana sobre los cimientos de lo que había sido una población marcada cultural y demográficamente por mexicanos corrió paralela al proceso de materialización y fortalecimiento de una frontera que, establecida por la guerra y la política entre 1836 y 1854,[66] requirió de una auténtica invención cultural y complejos procesos de interiorización en los habitantes de la región. Esta obra de reingeniería cultural fue ejecutada por el concurso voluntario de diversos sectores de la sociedad angloamericana,[67] la ciencia médica y los aparatos del Estado. Me parece que no hay concreción más acabada de esa confluencia de voluntades que las estaciones de desinfección que el USPHS estableció en enero de 1917 en Brownsville, Laredo, Eagle Pass y, por supuesto, en El Paso.

Los edificios que albergaron esas estaciones fueron una impactante escenografía para evidenciar, a través de rituales de desinfección, el poder del Estado pero, con igual importancia, también fueron la expresión material e institucional de un lento pero exitoso esfuerzo por asociar a un grupo étnico-nacional, los mexicanos, con sucesos riesgosos como la pobreza, suciedad, enfermedades contagiosas e inestabilidad política. El año 1916 fue el momento perfecto para consolidar esa ecuación: la situación política en México era poco menos que clara, Villa había violado la soberanía territorial de Estados Unidos. Varios funcionarios y médicos estadounidenses habían muerto de tifus por su contacto con México o con mexicanos, y muchos sectores poderosos en el país estaban convencidos de que los mexicanos en Estados Unidos y la frontera con México constituían un peligro real.

Ante el reestablecimiento oficial de los baños de querosén, el doctor Pierce se expresaba así, justificándolos: "el tifus está presente en todo México [...]. Sus disturbios po-

líticos y las pésimas condiciones económicas están provocando una inusual inmigración de sus nacionales que llegan en extrema pobreza y careciendo de comida, vestido, lugar para vivir y oportunidades para su limpieza personal”.[68]

Sesenta y cinco por ciento de los mexicanos, de acuerdo con Pierce, se encontraba infestado de piojos, y muchos sólo pensaban en dejar México e ingresar a Estados Unidos.

Las estaciones de desinfección diseñadas por Pierce y su equipo eran la protección contra esa realidad a la que la geografía había sometido a su país. Podríamos decir que eran el vigilante de la frontera entre el miedo y las condiciones de enfermedad y desorden de México. Como ya hemos dicho antes, esa parafernalia institucional, apoyada con el poder de impactar y atemorizar de las estadísticas y el eco enorme de la prensa, logró consolidar el estereotipo de lo mexicano. Si una imagen dice más que mil palabras, veamos la caricatura realizada por Hill Blassingame en la que resume y difunde la idea sobre el México de 1916. La caricatura intitulada “La mortal enfermedad de México” representa a México en la figura de un pordiosero que, contorsionándose, viene corriendo del sur hacia la línea fronteriza, punto desde el cual un Tío Sam, entre escandalizado, asustado y molesto, le grita que se largue.[69]

Las condiciones de inestabilidad política en el México revolucionario y los riesgos a la salud pública que se vivían en la frontera fueron el marco adecuado para completar la racialización de la ciudad. En el sur de El Paso estaba la línea fronteriza, también ahí se encontraba la gran masa de mexicanos inmigrados o exiliados que podían utilizar el territorio estadounidense para prolongar los conflictos político-militares que se vivían entre las facciones revolucionarias en México. En el sur estaba también concentrada la pobreza y las condiciones de ignoran-

cia e insalubridad se veían agravadas por la tradicionalmente flaca inversión que la ciudad hacía en servicios públicos de urbanización, salud y educación.

Esa situación permitió que, ya desde 1915, barrios mexicanos como Chihuahuita se encontraran bajo control militar y sufrieran redadas contra sospechosos de suciedad o enfermedad. El estado de excepción que vivió el sector mexicano de la ciudad de El Paso permitió que los doctores Pierce y Tappan del USPHS recorrieran las calles de Chihuahuita y el Segundo Barrio sin demasiados problemas y "capturaran" a vecinos sospechosos de tener tifus o con apariencia de tener piojos, los subieran a transportes militares y los llevaran al Hospital del Condado, a los baños desinfectantes que había en la cárcel o, desde enero de 1917, en el puente Santa Fe. Pierce confiaba en el carácter pedagógico que sus razias tendrían frente a la ignorante población mexicana: "Es claro que no pretendíamos limpiar por completo aquella parte de la ciudad de la gente con piojos, pero nuestras acciones hicieron que otros se bañaran y desinfectaran por su propia voluntad, ello hizo que ese sector de la parte baja de la ciudad tuviera un cambio notable."[70]

Otros miembros de la comunidad médica también colaboraron en la lucha contra los hábitos de los habitantes de los barrios mexicanos. El doctor Hugh White utilizó la experiencia de su natal estado de Virginia, donde también se había tenido que luchar contra las "costumbres" de la población negra. White sabía cómo tratar a ese "otro étnico" y se aplicó a solucionar el riesgo de salud que significaba la población mexicana sin control.[71]

La contribución de las autoridades sanitarias federales a la sectorización racial de El Paso consistió en utilizar la experiencia acumulada durante muchos años, que había logrado establecer en varias regiones del suroeste una relación entre los piojos, la suciedad y el trabajo migratorio

mexicano.[72] La guerra contra el tifus se centraba desde hacía algunos años en el combate al piojo, su vector de transmisión.[73] La gente sucia era considerada entonces como un nido ambulante del piojo, por lo que se debía evitar el contacto con personas de esta condición. Los cines, las cantinas, los salones de baile o de juego y, por supuesto, los prostíbulos que se encontraran al sur de las vías del ferrocarril, en el mundo de El Paso mexicanizado, serían considerados como zonas de alto riesgo para la ciudad y sus habitantes.

Sólo dos semanas después de la muerte por calcinación y quemaduras de casi treinta prisioneros en la cárcel de El Paso durante las maniobras de desinfección, el doctor Pierce, en un artículo periodístico, pedía a la población —evidentemente a la anglo— que en lugar de asistir a lugares de vicio, dedicara su tiempo a "desarrollar actividades decentes, libres de piojos, propias de la clase media". El fino hilvanado realizado por Pierce transmitía la idea de que la salud pública, el combate a las enfermedades infecciosas y, en particular, la erradicación del piojo significaban necesariamente ciertos niveles de rechazo a Ciudad Juárez y a las formas de vida de los mexicanos que vivían en el sur de El Paso.[74]

A diferencia de lo que puede verse en la ciudad de El Paso de nuestros días, hace cien años la población se distribuía siguiendo patrones raciales de asentamientos bastante claros, los cuales no respondían a ordenamientos legales, sino al seguimiento de costumbres y comportamientos derivados de eso que hemos llamado la ingeniería cultural para la vida y las relaciones sociales de una ciudad, como El Paso, que había sido una población de origen hispanomexicano.

Las prácticas cotidianas de exclusión hacia los mexicanos[75] formaban parte de las relaciones de trabajo precarias, discriminatorias y sujetas al oportunismo económico,

así como de una definición condenatoria de raza y nacionalidad, identificadas con ignorancia, pobreza, suciedad y enfermedad. La exclusión y discriminación laboral, por raza y nacionalidad, sumadas a las de tipo cultural, religioso y educativo, tuvieron un necesario correlato urbano-espacial que marcó la forma en que vivía la inmensa mayoría de los mexicanos del lado estadounidense de la frontera.

La idea de que a los mexicanos les gustaba vivir rodeados de otros como ellos no era sino una forma de encubrir la discriminación que los obligaba a asentarse sólo en determinadas sectores de la ciudad. Como dice Mario T. García:

> Los mexicanos vivían en casas sobrepobladas con pocas o nulas instalaciones sanitarias, con altos índices de mortalidad infantil, múltiples casos de tuberculosis y otras enfermedades, y el índice de criminalidad más alto de la ciudad. Esas condiciones provocaban muchos problemas, pero los mexicanos supieron ajustarse porque se sabían pobres y tenían esperanzas de que residirían sólo temporalmente en El Paso. Desafortunadamente esa capacidad de ajuste aumentó su grado de vulnerabilidad y los llevó a sufrir abusos no sólo en términos de sus condiciones de vivienda, sino en otras actividades.[76]

La concentración de la población mexicana de escasos recursos en el sur de la ciudad facilitó las cosas para que los grandes empleadores, tales como compañías ferrocarrileras y de construcción, los dueños de lavanderías o quienes buscaban empleadas domésticas tuvieran un lugar a donde ir en busca de mano de obra abundante y barata.

Al iniciar el siglo XX, dos tercios de la población mexicana de El Paso vivían al sur de la Calle Overland, la que, junto con las calles San Antonio y la Segunda, además de las vías del ferrocarril, formaba lo que podríamos llamar la frontera interna de la ciudad, que la dividía del sector angloamericano. Entre los años que van de finales del siglo XIX a principios del XX, la población mexicana creció de

manera vertiginosa, pero la rigidez de los límites raciales de la ciudad no cedió demasiado. La creciente población se asentó en lugares cada vez más cercanos al río Bravo, hacia el este, lo cual la hizo más propensa a sufrir con las crecidas del río, con condiciones de salud poco menos que desastrosas.

Además de Chihuahuita, dos asentamientos de mexicanos se hicieron notar en el mapa racial de El Paso. En las colinas al norte de la ciudad, en una pequeña meseta que tenía condiciones de salud excelentes por su lejanía del río y la limpieza del aire, se fundó una colonia de mexicanos pobres que habían huido de Chihuahuita después de una gran inundación, en 1897. Cerca de un centenar de familias llegaron al acuerdo de pagar una renta a D. Storm por la facilidad de vivir ahí: por ello, se conoció como Stormville. El otro asentamiento mexicano se desarrolló en el elegante y tradicional vecindario de Sunset Heights; hasta 1911 los únicos mexicanos que podían transitar por ese sector eran los que prestaban servicios domésticos en las casas de familias anglo y judío-americanas. La llegada de mexicanos exiliados de la Revolución fue una auténtica novedad, pues hasta entonces "los barrios eran mundos aparte, el Second Ward era de puros mexicanos y las escuelas de esos barrios eran para ellos [...]. Los refugiados que llegaron entre 1911 y 1915 contribuyeron a cambiar algo las cosas [...] porque entonces hubo muchos mexicanos de dinero".[77]

Aun considerando que se tratara de mexicanos de "clase superior", como ellos mismos se consideraban, pasó muy poco tiempo para que la tolerancia inicial de los propietarios anglo y judíoamericanos de Sunset Heights disminuyera. Como no había ningún tipo de medida que emprender en contra de la presencia de esta reducida comunidad de mexicanos acomodados, los antiguos vecinos

empezaron a vender sus casas y a mudarse a mejores sectores.[78]

A las condiciones "culturales" o veladas para que funcionase la exclusión urbano-espacial sobre la población mexicana, se sumaban dos hechos directos y claros: la imposibilidad de pagar las rentas o los precios por casas en barrios anglos, donde la renta podía significar todo el ingreso mensual de un trabajador, o los precios por arriba de los seis mil dólares por casa que estaban fuera del alcance del mexicano promedio;[79] pero también se presentaba la sencilla negativa de los casatenientes anglos a rentar o vender bienes raíces a clientes mexicanos.

A pesar del ambiente de tolerancia racial del que presumía El Paso, no era difícil encontrar anuncios en los que se publicitaban "modernos departamentos de tres recámaras. Sólo americanos". Esta negativa persistió hasta poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Guillermo Balderas, llegado a El Paso antes de la Revolución Mexicana, recuerda que todavía cerca de 1940, a él se le había negado la posibilidad de rentar una habitación en la calle Cotton, sector predominantemente angloamericano. "No rentamos a mexicanos", fue la respuesta que recibió del dueño del edificio.[80]

A pesar del crecimiento de la población mexicana, todavía en los años veinte su movilidad geográfica resultaba del crecimiento o el sobrepoblamiento de los barrios tradicionales. Incluso Chihuahuita, siendo un barrio viejo, continuó siendo el lugar que captó a la mayoría de los recién inmigrados, durante la década revolucionaria. Los barrios mexicanos crecían, no sólo por la inmigración, resultado de la guerra en México, sino por la conveniencia de los grandes patrones, tales como las compañías ferrocarrileras y la planta fundidora de la Asarco. La combinación de una fuerte inmigración mexicana con las condiciones de subdesarrollo impuesto por el modelo económico

del suroeste estadounidense produjo una efectiva segregación de la población mexicana y trajo como consecuencia la creación de uno de los asentamientos humanos con condiciones de vivienda, salud y criminalidad más dramáticos de la historia de El Paso y, quizá, de la región.

El proceso de creación de los barrios puede verse como una simple cuestión de "comodidad" cultural que llevaba a los mexicanos a vivir "entre ellos mismos" y como una circunstancia estrictamente económica; sin embargo, así se nubla el proceso de sectorización urbana basada en antecedentes raciales y nacionales. En ciudades como El Paso, el barrio es un concepto que implica orígenes étnicos y nacionales y no hay en esas construcciones sociourbanas casualidad alguna. Tomemos los papeles que la educación pública y la Iglesia católica desempeñaron en la modelación de las divisiones urbanas de esta ciudad fronteriza.

La lógica con la que fueron construidas las escuelas públicas de la ciudad es una muestra de esa intencionalidad de hacer crecer, de manera segregada, a la población mexicana hacia el este de la ciudad, y siguiendo la margen del río Bravo. El caso emblemático es la Escuela Primaria Aoy que empezó a funcionar en 1899, en la esquina de las calles Séptima y Kansas, en el corazón del barrio Chihuahuita. En 1906, el abogado Adolph Huffman realizó un censo escolar para El Paso y reportó que

> el sur de El Paso estaba poblado casi por completo por mexicanos y que no más de 20 familias americanas vivían aún al sur de la calle Tercera. En consecuencia, la escuela Álamo, en las calles Hill y Cuarta, el extremo oriental de Chihuahuita, se había convertido en una escuela mexicana [...]. El superintendente escolar notó que de 1908 en adelante la población en este sector se estaba expandiendo con rapidez. La población escolar de la escuela Aoy había pasado de 837 a 1364 estudiantes y todos eran mexicanos. La escuela Franklin tenía un estudiantado de 163 y 100 eran mexicanos. La escuela Álamo tenía 500 estudiantes mexicanos de un total de 517 [...]. La escuela Beall en el este de El Paso tenía una población escolar de 324 y 300 eran mexicanos.[81]

Las autoridades de educación de la ciudad recibieron quejas por parte de familias estadounidenses del sur y del este de El Paso. Protestaban por lo que consideraban un crecimiento desmedido de la población mexicana en sus escuelas. Las autoridades no hicieron mayor caso a esas protestas.

Conforme la ciudad desarrolló los servicios urbanos del norte y noreste de El Paso, las familias angloamericanas se mudaron y utilizaron las escuelas que se habían construido para ellos, dejando las de Álamo, Franklin y Aoy para uso de los mexicanos. Si bien es cierto que no había segregación racial en el sistema escolar aprobada legalmente, sí la hubo en la práctica derivada de la cultura local y de lo que llamamos la racialización de la ciudad.

El sistema escolar no sólo contribuyó a esa nueva urbanización de El Paso; en los hechos fortaleció la idea de que los mexicanos, ya que no se les podía mantener fuera del país, deberían recibir una educación *ad hoc* al nicho económico que se les había asignado por la particular dinámica económica del suroeste. Sin ir más lejos, en los terrenos de la gran planta fundidora de Asarco se instaló una escuela pública para atender a los hijos de obreros, que eran en su mayoría mexicanos. De esa manera, se fortalecía el patrón de asentamiento planeado para esa zona de la ciudad y se evitaba que los trabajadores se desgastaran o llegaran tarde a sus turnos.

En ese mismo tenor, la búsqueda de la calidad en la educación era sometida a los mismos filtros culturales de exclusión. El sistema escolar de El Paso, al iniciar los años veinte, estaba compuesto por dieciséis planteles; en sólo cinco de ellos se aglomeraba la mitad de la población escolar y, como puede resultar lógico, eran las escuelas adonde asistían los niños mexicanos o mexicoamericanos. [82] Pero, además de las condiciones de sobrepoblación, las escuelas para mexicanos normalmente sólo ofrecían

los primeros seis años de educación y no los ocho impartidos en la mayoría de los otros planteles a que asistía la niñez anglo. La lógica de esa realidad era sencilla: no se esperaba, ni se necesitaba, que los niños mexicanos recibieran una educación más completa, puesto que su futuro no estaba en los empleos bien remunerados, sino en los que demandaban esfuerzo y desgaste físicos.[83] Los estímulos para estudiar más allá de la educación primaria eran pocos, y los obstáculos, formidables. Así lo indican testimonios como el de Mario Acevedo: "A lo que se podía aspirar era a ser dependientes de tiendas de ropa o abarrotes, choferes, elevadoristas o encargados de mantenimiento y algunos puestos menores en oficinas [...]. Si venciendo la adversidad llegaba uno a la Universidad, como yo que estudié en el College of Mines, la discriminación por parte de los otros alumnos era grande."[84]

De nueva cuenta, la Iglesia católica pareció dividir sus actividades educativas entre aquellas dedicadas a los mexicanos y las dirigidas a los estadounidenses. Se sabe que a la escuela de Saint Mary, en el centro de la ciudad, iban predominantemente alumnos anglos. En el caso de las escuelas operadas por la Iglesia católica de El Paso, hay que decir que, si bien no cerraban sus puertas a la población más pobre, sí fueron preferidas por familias mexicanas con una mejor posición económica. De hecho, El Sagrado Corazón y San Ignacio fueron la opción de los refugiados políticos durante la década revolucionaria. Aunque ambas escuelas llegaban al octavo grado, el ambiente de preparación limitada para el trabajo y actividades poco remuneradas era más o menos claro. La comunidad mexicana —dice García— no tiene un historial de rechazo a la educación o de atención poco esmerada, sino un historial de oferta limitada apoyada por los grandes patrones del suroeste de Estados Unidos.[85]

Para la comunidad mexicana de El Paso, la labor educativa de la diócesis católica reforzó la cultura de exclusión y discriminación encubierta, pues su funcionamiento ahondó la identificación del sector sur de la ciudad con la presencia socioeconómica, demográfica y cultural de los mexicanos pobres. Tal es el caso de la escuela adyacente a la iglesia del Sagrado Corazón, en el centro mismo del barrio Chihuahuita. Conforme fue necesario que parte de la población de estos barrios viejos se moviera hacia el este de la ciudad, la diócesis fundó la Iglesia de San Ignacio en 1904 y luego la del Ángel Guardián en 1908. En los límites de esas tres parroquias vivía la gran mayoría de la población mexicana de El Paso, contribuyendo con ello al patrón racializado de urbanización que impuso la elite anglo desde finales del siglo XIX.[86]

Como un elemento muy importante para arraigar a una abundante población mexicana, alrededor de la planta de fundición de Asarco, en los suburbios del sureste de la ciudad, se estableció la iglesia de Santa Rosalía (St. Rosalie), que después fue renombrada como San José del Río. La existencia de la iglesia permitió, entre otras circunstancias, que la población de ese suburbio creciese de unos cuantos cientos de personas a principios de 1890 a dos mil hacia fines de siglo, y a cinco mil en 1923. Aunque la ciudad extendió el sistema de tranvía hasta la fundidora, para la empresa fue muy importante que la inmensa mayoría de los mexicanos decidiera quedarse viviendo a su alrededor, pues esto le permitía tener acceso a ellos a cualquier hora. El tranvía fue utilizado, sobre todo, por el personal administrativo y por algunos obreros de mayor categoría que en su totalidad eran angloamericanos.[87]

Resulta por demás interesante que el asentamiento mexicano en Stormville o Kern Place, que después sería una zona residencial codiciada, nunca tuvo una iglesia o pa-

rroquia construida por la diócesis. Fueron los propios vecinos del lugar quienes construyeron una pequeña iglesia que llamaron Nuestra Señora de la Luz.

Hay un elemento que no se debe dejar pasar en el análisis de lo que hemos llamado la racialización de El Paso. Al mismo tiempo que se construía un discurso efectivo para una identidad patológica entre México y las enfermedades transmisibles, los barrios mexicanos de la ciudad texana sufrieron parte de las consecuencias de ese mismo discurso. De esa manera, se fortalecía la idea de que el problema no era sólo con los ciudadanos que vivían en México, sino aun con aquellos que ya estaban en Estados Unidos. Así, los mexicanos se convertían en un riesgo para la salud de la comunidad angloamericana, no sólo por vivir en México, sino porque se relacionaban enfermedad y raza, con independencia de dónde se viviera. Los mexicanos, incluso después de muchos años de vivir en Estados Unidos, mostraban un muy imperfecto proceso de asimilación de las virtudes ciudadanas de ese país, de acuerdo con el discurso exclusionista que se propalaba desde diversas arenas sociales y políticas.[88]

Las prácticas sanitarias e higiénicas de la población mexicana de Chihuahuita y otros barrios mexicanos al sur de las vías del ferrocarril eran consideradas como extensiones de la cultura y condiciones de su vida anterior en México. Sin embargo, en esta materia también los mecanismos de exclusión, segregación o simple racismo, además de los intereses económicos (mano de obra barata, abundante y concentrada) y las políticas urbanas dirigidas a esos sectores de la ciudad, modelaron la imagen de las comunidades mexicanas con rasgos de hacinamiento, suciedad y enfermedad.

Al haberse limitado la expansión de asentamientos mexicanos al sur de las vías del ferrocarril, los barrios estaban prácticamente pegados al cauce del río Bravo. Ante la

falta de servicios públicos e instalaciones sanitarias, como agua potable, drenaje y alcantarillado, el río se convirtió en la fuente de abasto de agua para todos los usos, lo cual ocasionó que las buenas conciencias angloamericanas que desde fines del siglo XIX venían exigiendo la "purificación" de la comunidad mediante la expulsión de las actividades inmorales del centro de la ciudad, muy pronto demandaran también que los indignos espectáculos que daban los mexicanos al bañarse en el río se prohibieran. Sin embargo, fue una imposición que caminó con mucha lentitud. Las primeras noticias de arresto datan de 1892, cuando unos niños fueron detenidos por "exhibición indecente". Una década más tarde, *El Paso Times* reportaba que

> los mexicanos no han entendido la prohibición [de bañarse en el río] pues aún se les encuentra en gran número usando el río. Un oficial de policía fue mandado al sector sur de la ciudad con órdenes de arrestar a cualquier bañista. Cuando el oficial llegó al río, encontró a una multitud de hombres, mujeres y niños divirtiéndose en el agua, desde mujeres en camisones, hombres en calzones, hasta la total desnudez. Tres mujeres y tres niños pequeños fueron arrestados y llevados a la cárcel.[89]

Entre 1895 y 1910 hubo un lento proceso de mejora urbana en Chihuahuita, que se explica por dos motivos. Por un lado, el Ayuntamiento no estaba dispuesto a correr con los gastos de instalación de las líneas de agua potable, drenaje y pavimentación de las calles.[90] Por otro, no debemos olvidar que las relaciones de la elite paseña con la comunidad mexicana estaban totalmente cimentadas, tanto sobre la base de un acuerdo corporativista al que nos hemos referido como el Ring —al cual un arreglo rápido de las condiciones de vida en Chihuahuita le habría restado poder de negociación durante los procesos electorales— como de la conveniencia de mantener salarios notoriamente bajos que permitieran asegurar la competitividad dentro de la estructura económica de la región.[91]

Las demandas para mejorar las condiciones de vida de Chihuahuita y del resto de los barrios mexicanos chocaban con el modelo de desarrollo que la ciudad de El Paso (y, de hecho, todo el suroeste) habían tomado décadas atrás para lograr competir con las economías del este y medio oeste del país. Esta situación nunca fue admitida como tal e, incluso, el grueso de la responsabilidad se dirigió contra las costumbres de los mexicanos: "el alcalde de El Paso declaró que la ciudad poseía el mejor Departamento de Salud de Texas y junto con otros miembros del Ayuntamiento insinuaron que los hábitos de vida de los mexicanos creaban todos los riesgos de salud".[92]

Con la oleada de inmigrantes y refugiados que produjo la Revolución, las modestas mejoras en las condiciones de vida logradas en los barrios mexicanos fueron ensombrecidas por la sobrepoblación. Hacia entonces, las autoridades de la ciudad, capitaneadas por los alcaldes Kelley y Lea, habían adoptado una actitud más agresiva para lograr la conversión de los mexicanos a los estándares de vida propios de la ciudadanía estadounidense. Desde 1910 y durante la década revolucionaria, la mayoría de las casas y chozas de adobe, construidas por mexicanos en los terrenos que rentaban, fueron sistemáticamente derrumbadas. Conforme las actividades del USPHS y del Departamento de Salud de El Paso se volvieron más intensas en los barrios mexicanos, se fue descubriendo que la pobreza y lo inadecuado de las pequeñas casas y chozas habían sido provocados por los propios dueños angloamericanos de aquellos terrenos, a los que nunca les interesó o convino la urbanización adecuada y permanente de los predios, pues siempre estuvieron a la espera de alcanzar un mayor beneficio. El derribo de las casas de adobe por motivos de salud pública marcó el momento, pues esos mismos terratenientes urbanos se volvieron los casatenientes de grandes complejos de edificios de departamentos en

renta que desde entonces se empezaron a construir, algunos de los cuales aún están en pie.

8
La Revolución Mexicana y la construcción de un nacionalismo en el exilio

Aun antes de que estallara el movimiento revolucionario mexicano, que produciría una gran avalancha de refugiados hacia Texas, Arizona y California, varias voces de la "conciencia anglo" quisieron hacer ver al pueblo y gobierno estadounidenses los focos rojos prendidos por una pretendida inmigración descontrolada proveniente del sur. En fechas tan tempranas como 1895, funcionarios de la aduana se defendían de ciertas acusaciones de ineficacia en su trabajo, al declarar que "encontraban casi imposible prevenir que mexicanos depauperados cruzaran la frontera [ya que en caso de] ser atrapados simplemente declaran que habían estado de visita y venían de regreso a México".[1]

Esta facilidad de tránsito se debía a que los mexicanos no estuvieron sujetos a ninguna restricción migratoria hasta bien entrado el siglo XX. La Ley de Inmigración de 1917, por vez primera, incluyó a los mexicanos como grupo migratorio al que se le exigirían requisitos adicionales; de manera específica, el pasaporte. Antes de ese año, bastaba con no dar muestras evidentes de incapacidad física o mental, no ser pordiosero, mendigo, o catalogado como

criminal convicto, anarquista o ejercer la prostitución, para cruzar la frontera.[2]

Al iniciarse el siglo XX, la economía regional del suroeste, y de El Paso, en particular, continuaba su explosivo crecimiento, por lo que quienes se oponían a la entrada de mexicanos chocaban con la demanda de mano de obra inmigrante. En el verano de 1901 una serie de notas —con evidente inspiración conservadora— clamaban que la falta de trabajadores estaba causando que "hasta cien" inmigrantes de México "de la más pobre clasificación lleguen a la ciudad y señalaban que éste era un tipo de inmigrantes que no convenían al país. La inmensa mayoría de los mexicanos que llegan a El Paso, decían, son 'peones de clase baja totalmente indeseables como ciudadanos'".[3]

En declaraciones a *El Paso Times*, el jefe de la Oficina de Inmigración en El Paso señalaba que "hordas de mexicanos de todas las edades estaban inundando la frontera, buscando los beneficios de la ciudadanía estadounidense", aunque el mismo diario se encargó de confirmar la idea del apetito voraz que el mercado laboral regional tenía por la mano de obra mexicana, al decir que "los enganchadores pastorean a los mexicanos y los transportan a los campos ferrocarrileros para ser usados como mano de obra barata".[4]

Poco después, en 1903, la El Paso Medical Association se quejaba de que la inmigración de peones mexicanos era un riesgo potencial de salud y llamaba a la vigilancia federal de la frontera. La voz de alerta que lanzaron los defensores de la salud de El Paso anglo llamó a proteger la ciudad combatiendo la entrada ilegal de pobres y enfermos, haciendo que todos las agencias y cuerpos de vigilancia de nivel local, estatal o federal, agentes de aduanas, médicos o simples policías de barrio, se convirtieran en inspectores de migración con capacidad para detener a cualquier sospechoso de ser mexicano, pobre, enfermo o ilegal. La vali-

dación racial y visual para el movimiento a través de la frontera empezó a ganar terreno gracias a las opiniones "autorizadas del gremio médico". En 1903, los médicos paseños solicitaron un año completo de prohibición para la entrada de peones inmigrantes.[5]

Sin embargo, las medidas proteccionistas extremas, lanzadas tanto por higienistas como por racistas y aislacionistas, fueron opacadas por el ímpetu del crecimiento económico regional.[6] El mismo periódico daría cuenta de las estadísticas migratorias de la ciudad que indicaron que, durante los años fiscales 1905 y 1906, 25 mil y 32 mil inmigrantes habían cruzado la frontera por El Paso. La demanda por la mano de obra mexicana inmigrante se había vuelto casi frenética, antes incluso de que la Revolución produjera tantos inmigrantes hacia Estados Unidos. Cientos de empresas de todos tamaños y giros habían empezado a depender —para mantener amplios márgenes de utilidad— de los bajos salarios que pagaban a los trabajadores venidos del sur de la frontera. Al iniciarse la Primera Guerra Mundial, la planta de fundición propiedad de Asarco, en El Paso, tenía tres mil trabajadores, en su mayoría provenientes de México. The Santa Fe Railroad Company tenía 2,700 empleados, 2,600 de los cuales eran mexicanos. Para el ferrocarril Southern Pacific trabajaban cerca de trece mil empleados; una cuarta parte ellos lo hacían en su División Suroeste, de los cuales 2,700 eran mexicanos.[7]

Desde esta época, la política migratoria oficial de Estados Unidos estuvo ligada de manera íntima a los ciclos económicos regionales o nacionales. Mientras los mercados laborales requerían a los trabajadores migratorios, los reclamos de un monitoreo estricto de la frontera eran escuchados y respondidos con medidas ciertamente laxas: solicitudes al gobierno mexicano para que vigilara más la frontera e impidiera que "personas indeseables cruzaran"

el límite internacional, formación y distribución de listas de “inmigrantes indeseables” que debían ser rechazados o, incluso, el decreto de nueva leyes migratorias como la del 1 de julio de 1903, la cual imponía un impuesto que iba de 2 a 4 dólares por inmigrante.[8]

No fue sino hasta que la economía estadounidense sufrió el primer revés provocado por una de sus crisis cíclicas, que las filas se cerraron en contra de los trabajadores inmigrantes de México, de manera por demás rápida. Todavía en el verano de 1906, las compañías ferrocarrileras pedían mayores facilidades para contratar braceros en el sur de la frontera. La demanda era tan grande que incluso los salarios tendían a aumentar.[9] Súbitamente, el intenso tráfico de mexicanos hacia la frontera fue detenido. Cientos fueron rechazados diariamente durante muchos meses por las autoridades estadounidenses. Las grandes compañías mineras y ferroviarias, que habían enganchado a estos braceros en varios puntos del norte del país, simplemente los dejaron abandonados del lado mexicano, pues ya no tenían interés en llevarlos a trabajar a sus minas y campamentos. Durante 1907, miles de braceros rechazados se quedaron varados en Ciudad Juárez y algunos otros en El Paso. En la primera no había trabajo para ellos; en la segunda, se quería impedir que se convirtieran en carga para el erario público.[10]

El mal momento de la economía estadounidense fue relativamente breve. Hacia mediados de 1909, los negocios volvieron a recobrar su tono de vigor y, como consecuencia, los mercados laborales se reanimaron vivamente. El suroeste del país vecino no fue la excepción y pronto los contratistas y enganchadores de trabajadores migratorios estaban de nuevo en la frontera de El Paso con Ciudad Juárez, peleando por obtener el mayor número de braceros para campos mineros y ferrocarrileros, principalmente.[11]

Mientras esto sucedía en la frontera, en muchas partes de México la agitación política se avivaba por la campaña electoral maderista, que con habilidad estaba atrayendo y aglutinando a buena parte de la oposición antiporfirista. El estallido de la Revolución no es un evento ajeno a la frontera; en su primera etapa —concluida con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez en mayo de 1911— es, quizá, un hecho fronterizo que no se explica sin las posibilidades que abría este espacio de características únicas. Diversos autores se han referido al aspecto político-militar de la región durante toda la década revolucionaria.[12] Aquí, nuestro interés se centra más en el papel de ese gran movimiento armado en la forja de mecanismos de identidad y sentimientos nacionalistas entre la comunidad mexicana asentada en el lado estadounidense de la frontera.

El despliegue nacionalista de los inmigrados mexicanos en lugares como El Paso debe entenderse como resultado de varios fenómenos. A diferencia de otras comunidades de inmigrantes en Estados Unidos (judíos de la Europa central y oriental, irlandeses, alemanes, rusos, italianos, así como chinos, japoneses y coreanos), los mexicanos, aun estando fuera de su patria, se encontraban muy cercanos a ella. El suroeste estadounidense, región que acogió a la gran mayoría de los inmigrantes, era un espacio que, aunque se intentara negar, conservaba evidentes elementos del pasado hispano y mexicano en los nombres de pueblos, ciudades, ríos, montañas y cordilleras. Además, miles de familias que habían decidido quedarse en aquellos territorios después del Tratado de Guadalupe Hidalgo recordaban con sus apellidos, formas de socialización, religión, comida e idioma que "lo mexicano" no era culturalmente ajeno a esa área.

La exclusión y segregación cotidianas

La cultura política de los mexicanos de esas regiones, de fuerte pasado y acento hispano, estaba profundamente condicionada a su cercanía física y espiritual con un México real o, quizá, imaginario. Además, a pesar de su presencia numéricamente tan importante, la comunidad inmigrante mexicana fue objeto de varios mecanismos de segregación, particularmente por su condición de braceros con muy bajos niveles de calificación laboral, pero no menos importante, por la cultura racista del suroeste y la violencia racial de grupos como los Texas Rangers. Los espacios que pudieran haber operado como niveladores o minimizadores de las diferencias sociales —escuelas, iglesias y sindicatos— fortalecieron con sus prácticas discriminatorias la segregación cotidiana experimentada por mexicanos de clases media y popular.

El sistema educativo, desde un principio, fundó escuelas especiales para mexicanos y, con la excusa de su pobre dominio del inglés, creó establecimientos en los que sólo se ofrecían los primeros grados de educación elemental que era completada con el desarrollo de habilidades prácticas "apropiadas", tales como carpintería y plomería, o lavandería y costura para las niñas. A mediados de la década revolucionaria se fundó, en el sur de El Paso, la Escuela Aoy como el prototipo de la escuela pública dirigida a mexicanos.[13] En ella se puso en marcha un modelo de americanización que consistía en inculcar principios de patriotismo, ética, limpieza y la enseñanza del inglés. Aoy School —dice Mario T. García— representó el modelo de escuela para mexicanos: grande, congestionada y promotora de los valores que servían a los intereses de la industria y las empresas locales.[14] Incluso aquellos que lograban escapar al modelo de gueto del sistema educativo encontraban enormes obstáculos.

Guillermo Balderas, quien logró hablar el inglés sin acento, tuvo que aceptar el consejo que su maestra de sexto grado dirigía a sus alumnos mexicanos: "Pienso que no deberías pensar en asistir a El Paso High School; porque, como deberías saber, como regla, tu gente está aquí [en Estados Unidos] para cavar zanjas, para hacer el trabajo de pico y pala".[15]

Por su parte, las diferentes iglesias participaban también de la cultura de la segregación. La importante comunidad mormona de El Paso —de acuerdo con un testimonio— marcaba perfectamente la línea racial al tener establecido su culto para sus practicantes anglos en una buena edificación y el ofrecido a mormones mexicanos en un humilde "saloncito en el Eastside". "Éramos mormones de segunda clase. Los americanos lo alentaban y nosotros lo permitíamos".[16]

La Iglesia católica no se comportaba de manera diferente; a pesar de que su feligresía era mexicana por evidente mayoría, la Catedral de San Patricio era el templo para los americanos, mientras que el Sagrado Corazón lo era para los mexicanos.[17] De hecho, esta distinción ocasionó un escándalo en 1916, pues involucró al general Luis Terrazas, quizá el exiliado chihuahuense más famoso en El Paso, quien fue testigo y, de alguna manera, víctima del racismo que consentía la diócesis de la ciudad. Durante una misa de domingo, el sacerdote que oficiaba, incluyó, como parte de los anuncios a los fieles, la solicitud de que los mexicanos deberían cumplir preferentemente con la obligación de la misa en otra parroquia de la ciudad, como el Sagrado Corazón, debido a que la catedral de San Patricio estaba destinada a servir a católicos anglos.

Don Luis y su familia, que vivían a unas cuadras de la catedral, probaron el sabor de la discriminación cuando el sacerdote mencionado hizo la anterior petición a los feligreses. Un hombre poderoso como él no podía quedarse

callado y en compañía de su yerno, Federico Sisniega y su nieto, Juan Creel, visitó al obispo Schuller. La siguiente es una reconstrucción de aquella entrevista, según Lulú Creel de Müller:

> Estamos, señor Obispo, verdaderamente desconcertados por un suceso inaudito que se sucedió hoy en la Catedral de San Patricio. Desde que arribamos a esta ciudad como refugiados políticos, la mayor parte de mi familia ha asistido a esa parroquia por ser la que nos corresponde, de acuerdo con la zona en que vivimos. En realidad, no nos había extrañado el hecho —que ahora comprendí insólito— de que nunca habíamos visto dentro del templo a feligreses de nuestra raza, a pesar de la contigüidad de la iglesia con el barrio donde muchos de ellos habitan. Éramos nosotros los únicos mexicanos asistentes a misa. Hoy, por primera vez, nos encontramos ahí con una familia de piel trigueña y pobremente vestida, aunque con decoro y pulcritud. No sé si por el tono de su piel, o por ser su indumentaria de personas humildes, el cura se atrevió a anunciar desde el púlpito que los mexicanos no somos bienvenidos en San Patricio. Que eso suceda entre tejanos ignorantes, prejuiciados y faltos de caridad, me explico, pero que un representante de Cristo actúe en esa forma no tiene disculpa posible. [Se ha rebajado] al nivel de un patán sin instrucción. Yo no sé que piense Su Excelencia al respecto. Tampoco adivino, ni me compete, cómo pondrá en su lugar a ese clérigo. Me duele el daño que puede haber causado a esa pobre familia. Por mi parte, quiero recordarle que ustedes (la Iglesia) nunca se han negado a recibir ayuda económica —en extremos generosa, por cierto— de mi nuera María Luján, que siempre ha tenido su bolsa abierta para responder a las necesidades de la Parroquia. Dudo que siga haciéndolo con tanta largueza después de haber visto a sus compatriotas humillados.[18]

El Obispo Schuller le dio a Terrazas la simplona excusa de que lo que se quiso decir era que en la Sagrada Familia se ofrecía el servicio en español, a lo que el viejo patriarca contestó:

> ¡Pobre disculpa es esa! Los mexicanos a quienes nos referimos viven muy lejos del Sagrado Corazón. Creo que Su Excelencia olvida que ellos no cuentan con coches y chofer para trasladarse fácilmente de un lado a otro de la ciudad. Yo insisto en que se dé una satisfacción pública a mis compatriotas. No puedo tolerar que se menosprecie a mis hermanos de raza, porque cualquier desaire que reciba un mexicano repercutirá en to-

dos los que lo somos, aunque no estemos en la misma posición económica que los que sean humillados. [19]

La revancha de los exiliados pudientes, como los Terrazas o las familias juarenses Ochoa, Daguerre y Samaniego, fue encargar la construcción de la capilla de la Sagrada Familia, inaugurada para las fiestas patrias del año 1916. Sin embargo, las prácticas racistas en la catedral de San Patricio no terminaron; por ejemplo, en la escuela parroquial adscrita a ella, los niños, para ser aceptados, eran sometidos a una evaluación de la que formaba parte un examen de complexión, y se incluía una prueba que medía la suficiencia o insuficiencia de “melanina”; lo cual ocasionó que parientes de tez blanca “abogaran” a favor de la blancura de un niño de tez morena que buscaba su admisión.[20]

Los propios sindicatos tuvieron su papel en armar el medio de clasificación racial y de reforzamiento de los mecanismos de exclusión que caracterizaron a ciudades con fuerte presencia hispana y mexicana como El Paso. El mercado laboral de la región había hecho una apuesta por apoyar y alimentar a la economía extractiva del suroeste; debido a ello, le era indispensable asegurar flujos constantes de mano de obra barata y poco calificada que sólo fue posible gracias al enganche masivo de braceros mexicanos.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el mapa laboral de la ciudad marcaba claramente a una sociedad que funcionaba con fuertes diferenciaciones raciales. Los empleos administrativos, gerenciales y profesionistas, conocidos como *white-collar*, estaban destinados fundamentalmente a los americanos anglos; en tanto que todos los trabajos que requerían un bajo nivel de calificación y se pagaban con salarios bajos en la industria, los servicios

públicos, almacenes, etc., estaban destinados a mexicanos, a quienes se conocía como empleados *blue-collar*.[21]

La presencia masiva de trabajadores mexicanos en la escena laboral del suroeste estadounidense se debe a una política deliberada de atracción y contratación de estos braceros que permitieron el *boom* económico regional. Por ello, resulta paradójico que los sindicatos de aquel país, en lugar de realizar su combate contra los grandes intereses económicos y las políticas migratorias oportunistas de su gobierno, dirigieran sus denuncias, encono y aun agresiones contra braceros mexicanos, tal como hizo durante años el sindicato local de la American Federation of Labor, que fue incapaz de poner la identidad de clase por encima de la discriminación racial. Trabajo, clase y raza se encontraban, pues, totalmente entremezclados en el sistema de exclusión de la sociedad estadounidense de la frontera.

La cercanía física y anímica sumada a este complejo sistema de segregación produjo, como uno de los resultados más importantes y de más larga vida, la falta de interés por parte de inmigrantes mexicanos por mezclarse más intensamente con la cultura estadounidense y, como consecuencia, una falta total de incentivos para volverse ciudadanos de Estados Unidos. La participación política de la comunidad mexicana en ciudades como El Paso era bajísima; su agenda era inexistente salvo en periodos electorales, cuando su peso demográfico hacía que los políticos profesionales y los partidos para los que trabajaban voltearan los ojos hacia esos mexicanos silenciosos.

El voto mexicano en El Paso tuvo un carácter pasivo y fue utilizado como moneda para la compra de ciertas formas de protección. En efecto, desde fines del siglo XIX, un grupo de políticos profesionales mexicoamericanos fueron impulsados por una alianza de importantes comerciantes y profesionistas pertenecientes al Partido Demócrata, que

se interesaba en garantizar el decisorio voto mexicano, cuyo control se aseguró ofreciendo protección “racial”, es decir, tratando de minimizar las tensiones étnicas que eran promovidas por los sectores más conservadores de la población anglo. Esa alianza, el Ring, tuvo un papel muy importante en la derrota del grupo local del Ku Klux Klan, a principios de la década de 1920.[22]

A través del Ring se promovió la formación de varias agrupaciones políticas de mexicanos que tuvieron escasa participación real. Agrupaciones tales como el Club Político Social Ortiz, el Young Women’s Democratic Club, el Young Men’s Democratic Club y el Círculo de Amigos sirvieron para la promoción de las carreras de los políticos mexicoamericanos y para mantener el control clientelar de los votantes mexicanos con prácticas que desde el principio fueron denunciadas como viciosas y fraudulentas.[23]

El estallido de la Revolución vendría a cambiar radicalmente esta situación de pasividad y de alejamiento de la política. La guerra civil que consumió toda la segunda década del siglo xx produjo cambios enormes en la actitud de la comunidad mexicana en Estados Unidos, particularmente en aquella asentada en la frontera con México. En primer lugar, provocó una oleada migratoria que llevó durante esos años a un millón de mexicanos a vivir al país vecino; en segundo término, para la inmensa mayoría de los mexicanos que llegaron durante la Revolución, pero también para los muchos miles que vivían desde antes de su inicio, México, y no Estados Unidos, era el depositario de su identidad patriótica. Allá habían encontrado refugio, trabajo, posibilidades de sobrevivir, pero no dejaba de ser un mundo de connotaciones materiales; México los habría hecho huir por razones políticas, falta de oportunidades o por simple miseria pero, finalmente, era su patria.

La Revolución fue la bujía que encendió el interés político y la maquinaria nacionalista de los mexicanos fuera de México, quizá simplemente por el hecho de que con la guerra, familiares, amigos o lo que pudieran haber dejado de patrimonio material se encontraban en peligro. No fue, pues, éste un nacionalismo alimentado por una guerra de intervención o un levantamiento de liberación nacional, fue un sentimiento avivado por una patria cercana envuelta en una guerra fraticida —como son las guerras civiles— en la que, precisamente, la cercanía les exigía alguna forma de involucramiento; sobre todo porque, para una gran cantidad de los exiliados, el futuro —real o ideal— seguía teniendo como escenario a México. Por ello, sentían el compromiso de cooperar, desde el exterior, en la construcción de un país próspero, estable y en paz, al cual peregrinar de regreso.

No sé si pueda catalogarse como único, pero lo cierto es que el fenómeno del exilio producto el movimiento armado mexicano entre 1910 y 1920 tuvo muy interesantes matices. Se podría decir que el exilio mexicano está compuesto por oleadas de inmigrantes que se refugiaron, de manera fundamental, en Estados Unidos, durante diferentes momentos políticos de la Revolución. En cada una de las oleadas eran fácilmente distinguibles dos grupos de mexicanos: aquellos que salían del país por el riesgo que corrían al estar en el poder una facción contraria a la de ellos y, por el otro lado, formando la mayoría del exilio, los centenares de miles que dejaron México por la simple cuestión de sobrevivencia material. Las condiciones de vida en su país los expulsaban a buscar suerte en territorio estadounidense, en donde, además, eran necesarios para asegurar el éxito de la economía del suroeste de esa nación.

En el año 1917, se calcula que en Estados Unidos vivía más de un millón de mexicanos, destacando los estados

fronterizos: Texas con 555,000, California con 350,000, Nuevo México con 180,000, Colorado con 70,000 y Arizona con 60,000. Diez años después, la United States Catholic Welfare Conference hizo pública su estimación de 2.5 millones de mexicanos en aquel país y, al menos, un millón de ellos en condición de ilegales.[24]

Lo que hace, pues, tan especial el exilio mexicano producido por la Revolución es esa combinación de emigrados por cuestiones de revanchismo político —menos por cuestiones ideológicas— y el resto, la mayoría, que dejó México por huir de las desastrosas condiciones económicas provocadas o agravadas por la guerra civil. Más interesante aún resulta explorar las condiciones de vida que tuvieron en Estados Unidos y el tipo de relaciones que se establecieron entre esos dos grupos.

Exiliados pero diferentes

Digamos primero que mucho antes de que la Revolución de 1910 se iniciara, la ciudad de El Paso había sido escenario de las actividades de muchos disidentes y opositores al dictador Porfirio Díaz. En 1893, Víctor L. Ochoa hizo de esta población su centro de operaciones conspiratorias. Desde aquí planeó el asalto a la aduana mexicana de Palomas, situada a unos 100 kilómetros al poniente de Ciudad Juárez, y tuvo en jaque durante varios meses a las autoridades del estado de Chihuahua y a la sede consular mexicana en El Paso.[25] Años después, los magonistas encontraron apoyo y adherentes para sus ideas y movimiento en contra del régimen de Díaz, el cual para 1905-1906 había acumulado ya desprestigio y encono en México, así como dudas sobre su capacidad de modernizar al país en Estados Unidos.

Pero ningún movimiento causó tantas simpatías y apoyos abiertos como el encabezado por Francisco I. Madero. El apoyo recibido tanto por la colonia mexicana como por sectores importantes de la sociedad anglo, incluyendo al periódico *El Paso Times*, convirtió a El Paso en una auténtica ciudad maderista. En 1912, un grupo de maderistas paseños formaron una organización llamada *The Defenders of Order* (Los defensores del orden) y en agosto de ese año la mayoría de los clubes sociales y agrupaciones de mexicanos y de mexicoamericanos, residentes permanentes tanto como inmigrantes, desfilaron por las calles de la ciudad para mostrarla como una plaza fuerte del maderismo.[26]

El primer grupo significativo de exiliados de la Revolución en llegar a El Paso fue traído por el sitio y posterior toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911. Para las familias de clases acomodadas resultó más que sencillo cruzar el puente internacional de Santa Fe y buscar acomodo y alojamiento mientras los momentos críticos pasaban. En la mente de muchos de ellos, seguramente, se guardaban esperanzas de que el ejército federal conservara la plaza y que el régimen de don Porfirio reestableciera su control sobre el territorio nacional. Bien sabemos que eso no sucedió: las fuerzas maderistas tomaron la ciudad y para las familias pudientes juarenses quedarse a vivir en El Paso mientras intentaban negociar la protección de sus intereses en Ciudad Juárez fue algo relativamente fácil; finalmente —deben haber pensado— el líder del movimiento armado era un hombre educado, rico y de buena familia, con el cual sería sencilla la comunicación. Muchos de sus intereses eran los mismos de Madero. Las figuras populares que habrían de infundir temor a las clases adineradas y beneficiarias del régimen de Díaz, como Francisco Villa o Pascual Orozco, permanecían subordinadas a Madero.

La formación del exilio de clase alta fue relativamente lenta, empezó durante los aciagos días de la toma de Ciudad Juárez y continuó durante el siguiente año y medio. Todo habría de cambiar a fines de 1913. Francisco Villa ya comandaba a un poderoso ejército revolucionario y su avance sobre Chihuahua, la capital del estado, fue suficiente para que una parte considerable de las familias ricas y poderosas de la ciudad, encabezadas por el viejo patriarca Luis Terrazas, prepararan maletas, juntaran oro, joyas y dinero, y huyeran hacia Estados Unidos por Ojinaga, atravesando el desierto oriental chihuahuense en un gélido mes de diciembre. Tras los pasos de aquella caravana, muchos otros marcharon al exilio. Según algunos cálculos, durante las primeras semanas de 1914 más de cinco mil personas —entre civiles y militares— habían llegado a El Paso. Aquellos con recursos encontraron lugar para vivir en hoteles y casas de renta, pero la inmensa mayoría fue instalada en un campo de refugiados en el Fuerte Bliss.

Hacia 1915, en El Paso, como en otras ciudades del suroeste estadounidense, estaba ya bien asentado un exilio de miembros de la clase alta mexicana y chihuahuense, representante de las oligarquías que habían apoyado tanto al régimen de Díaz como al de Victoriano Huerta. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas, quienes concentraban sus fuerzas físicas y anímicas en sobrevivir a las duras condiciones de trabajo y discriminación, este sector del exilio mexicano tuvo el tiempo, los recursos y la necesidad de lanzar un notable proyecto de identidad cultural y nacional.[27] En El Paso, fueron responsables de ofrecer una imagen de la lengua española como una de enorme riqueza y potencial cultural, promoviendo el teatro español del Siglo de Oro, así como la opereta, la zarzuela y la música de cámara mexicana. No menos importante en esa labor fue el establecimiento de escuelas, círculos literarios y artísticos, bibliotecas y, sobre todo, periódicos, que, como

La Patria, dirigida por el respetado periodista de Chihuahua Silvestre Terrazas, colocaron el español como la segunda lengua extraoficial de la ciudad.

La condición de exilio para estas antiguas clases oligárquicas sometió a sus miembros a un proceso contradictorio de construcción de identidad. Por un lado, reprodujeron los esquemas de separación y estigmatización social que caracterizaban a la sociedad mexicana de aquellos años; pero por otro, ellos mismos eran objeto de actitudes marcadas por la discriminación, por parte de la sociedad anglo. Paradójicamente, también se encontraban distanciados, tanto de sus compatriotas pobres a quienes consideraban inferiores, como de la sociedad anglo, la cual sólo ocultaba su desprecio ante las fortunas que habían traído consigo desde Chihuahua y otro lugares de México.

La maquinaria cultural, que sirvió como parapeto identitario y nacionalista, fue compleja y tuvo una función doble. Creando un ambiente "culto y selecto" reafirmó su estatus social y trasladó el mismo esquema material y simbólico que los colocaba en la punta de la jerarquía social, cultural y racial prevaleciente en México; pero, a diferencia de lo que ocurría en su país de origen, esta maquinaria sociocultural funcionaba también como una protección en contra de los prejuicios y la discriminación de que eran objeto por parte de la sociedad anglo dominante.

Un proyecto cultural amplio que permitiera la recreación de un México idealizado fue parte importantísima de la vida de este segmento del exilio mexicano en las ciudades estadounidenses. Las organizaciones, clubes y círculos se sumaron a la tarea desplegada por iglesias y escuelas, fundadas para atender a la enorme colonia mexicana en El Paso, y permitieron, además de la reafirmación de la rígida jerarquía social, la posibilidad de que la vieja oligarquía se convirtiera de nuevo en la elite del exilio, ofreciendo al resto de sus compatriotas —en ciudades como El Pa-

so— una versión particular “a la mexicana” de lo que significaba la modernidad y que se presentaba como alternativa al materialismo de masas estadounidense, considerado como inferior, vulgar y culturalmente contaminante. En este gran montaje cultural, el compromiso por mantener y cultivar la cultura hispánica, como matriz de la mexicana, fue de gran importancia.[28] Enrique Acevedo, sonorense radicado en El Paso, hace un interesante recuerdo de la entrevista de los presidentes Díaz y Taft en 1909. El mandatario americano —señala— iba vestido de negro con demasiada sobriedad; en cambio, don Porfirio hizo alarde de lo que debe ser un presidente: vestía de gala y su cortejo y guardia personal vestían “igual que los reyes europeos, con cascos, plumas y caballos hermosísimos”.[29]

Es entendible que el exilio de esas “grandes” familias del México de principios de siglo haya llamado y llame tanto la atención;[30] sin embargo, miles de mexicanos de clases medias y populares también decidieron su suerte dejando el país. La ciudad de El Paso ofrece uno de los mejores ejemplos de esas familias que, al llegar a Estados Unidos, se encontraron desprovistas de los medianos niveles de bienestar y reconocimiento logrados en lugares como Juárez, Chihuahua, Camargo, La Laguna o la capital del país. Muchas de sus historias son narraciones de intentos desesperados —muchas veces fallidos— por mantener “su decencia”. Eran mexicanos “de la mejor clase” —como dice Víctor Macías en su espléndida descripción de la burguesía chihuahuense en el exilio— que reclamaban un trato diferente al que se les daba a sus paisanos braceros; para ello pusieron a disposición del mercado laboral local sus aptitudes, conocimientos, refinamiento y apariencia física, logrando así colocarse como secretarias, empleados de oficinas, contadores y vendedores. Otros, con mejores contactos, corrieron con suerte y lograron reestablecer sus prácticas profesionales como médicos, aboga-

dos, profesores, boticarios u oficios bien pagados, como mecánicos, barberos, impresores, agentes viajeros, incluso músicos y artistas.[31]

El exilio resultó una dolorosa sangría para la sociedad mexicana, pues con independencia del sufrimiento que provocaba la separación de las familias, muchos de sus escasos profesionistas, gente con habilidades sociales y actitud emprendedora, dueña de talentos empresariales e intelectuales en verdad notables, abandonaban México. La otra cara del exilio fue el enorme beneficio cultural y material que éste trajo a muchas ciudades de Estados Unidos, las cuales se beneficiaron prácticamente en todos los sentidos con su presencia. Podemos decir que refinaron la vida de esas ciudades del suroeste y sus aptitudes les abrieron un nicho en la vida fronteriza; su condición bicultural y bilingüe les permitió ampliar los horizontes de los grandes comercios, empresas y muchos en Estados Unidos supieron reconocer las "curiosidades" de aquellos mexicanos: "Su bilingüismo y su exquisita cortesía, junto con sus habilidades para memorizar e imitar rápidamente, se combinan con su disposición al servicio y al sacrificio para hacerlos particularmente aptos para tal clase de trabajos que requieren un alto grado de habilidades sociales."[32]

La clase media fue el segmento del exilio que tuvo más dificultades para adaptarse a su nueva vida fuera de México. Como resulta fácil de entender, los hombres tenían mejores posibilidades de conseguir empleos que las mujeres, quienes se vieron obligadas a emigrar solas o como jefas de familia. Para muchos de ellos, la situación se facilitó cuando comprobaron que habían trabajado para compañías estadounidenses, en Chihuahua u otros estados del país, sobre todo aquéllas con fuertes inversiones, como las ferrocarrileras, mineras o las dedicadas al comercio o la ganadería. Al ser contratados en El Paso, estos mexicanos refugiados ponían a disposición de esas grandes compa-

ñías y corporaciones, sus conocimientos y redes de contactos, que eran una excelente herramienta para la expansión de actividades en México; podemos decir que funcionaron como puentes o traductores culturales, con una importancia que no ha sido reconocida.

Las compañías transnacionales en los campos de la importación y exportación, ferrocarriles, minería, petróleo, agricultura y ganadería se beneficiaron de la gran habilidad para los negocios de muchos de estos refugiados, quienes, a su vez, ofrecieron a aquellas el valor agregado de su excelente educación y "buenas maneras". Para este grupo selecto de exiliados, el ascenso social y material fue relativamente fácil; a ellos habría que sumar los cientos de abogados, ingenieros y doctores que ofrecieron su talento a Estados Unidos, sin que este país hubiese invertido un solo centavo en su formación. Un simple dato nos puede dar idea de la dimensión de ésa que, quizá, fue la primera gran fuga de cerebros de México: en 1920, y 6 por ciento de los médicos y dentistas de aquel país eran de origen latinoamericano y, de ellos, los mexicanos eran la fracción más importante.[33]

Pero entre estos refugiados hubo también quienes no pudieron conservar el nivel de vida que tenían en México. La situación provocada por la Revolución había ya deteriorado sus patrimonios y, al salir del país, muchos lo hicieron con tal prisa que no pudieron vender sus bienes, llegando a Estados Unidos prácticamente sin nada. A diferencia de sus compatriotas de familias ricas, o de aquéllos que consiguieron buenos empleos, a éstos les fue imposible irse a vivir al norte de la ciudad a barrios elegantes, como Sunset Heights, donde el exilio dorado tenía como vecinos a miembros prominentes de la comunidad judía de El Paso.[34] Muchos de estos refugiados, sin capacidad para elegir donde vivir, tuvieron sus domicilios en los barrios mexicanos tradicionales cercanos a la línea fronteri-

za, donde vivía la mayor parte de la población trabajadora. Vecindarios como Chihuahuita o el Segundo Barrio fueron el escenario donde muchas familias de antiguas clases medias vieron sus esperanzas de ascenso social derrumbadas, e iniciaron un camino seguro hacia una lumpenización que fue vivida como verdadera tragedia. Ir a vivir al "sur de las vías del ferrocarril" significaba hacerlo junto a las discriminadas masas proletarias: un rotundo revés para seguir siendo "gente decente".

Para muchos de estos refugiados mexicanos, tan atados a una autoconciencia de pertenecer a los "mexicanos de mejor clase", el objetivo por permanecer en ese mundo del exilio y no en el del inmigrante bracero fue perseguido con muchos esfuerzos y en ocasiones con obsesión. La generación del concepto de "mexicanos de afuera" o "mexicanos del exterior" los acercaba más —a pesar de su precaria vida material— a los miembros acomodados del exilio que a las masas de inmigrantes pobres. Por ello, el apego a conceptos e ideales de limpieza, comportamiento, virtud, civilidad, masculinidad y feminidad contribuyeron tanto a que los mecanismos de exclusión cultural y discriminación racial que la sociedad anglo dominante practicó en contra de la colonia mexicana no generaran respuestas organizadas por parte de la población mexicana, que ya hacia 1920 superaba a la población anglo en una relación de 2 a 1.[35]

"Podré no tener un centavo, pero no soy un pelado": así podría resumirse el elaborado mecanismo de identidad de ese sector de refugiados. En su lucha por diferenciarse de los mexicanos proletarizados, muchos hombres y, sobre todo, muchas mujeres aceptaron empleos con salarios bajísimos, en tanto que el "ambiente" en el que fueran a desarrollar su trabajo mantuviera la escenografía de un sitio decente: una tienda departamental, la recepción de un consultorio médico o el despacho de un abogado, etc.[36]

Si ello contribuía a mantener bien dibujada la línea divisoria, el reto era asumido, provocando la felicidad de sus patrones, anglos y judíos, que no podían más que reforzar aquella ideología de identidad que tan lucrativa les resultaba.[37]

Otros refugiados tomaron el camino del autoempleo, desarrollando un buen número de pequeños negocios, catalogados como empleos de *blue collar*: talleres mecánicos, panaderías, estanquillos o abarrotes, servicios de construcción y plomería o, incluso, algunas fondas, restaurantes y hasta hoteles.[38] La importancia de este grupo reside en que, al tener que renunciar a varios de los enunciados discriminatorios de la cultura dominante proveniente de México, se encontraron en un plano de mayor igualdad e identidad con los millares de braceros inmigrantes que componían el sector más desfavorecido de la población paseña, quienes, al ser sus principales clientes, los ayudaron a prosperar y a generar una auténtica explosión de pequeñas empresas iniciadas con apenas un poco más que ganas y fuerzas propias. Decenas y decenas de restaurantes, lavanderías, sastrerías y carnicerías fueron fundándose conforme transcurrían los años revolucionarios en México. Hacia 1920, a esos sencillos negocios se habían agregado otros de mayor envergadura: funerarias, librerías, imprentas, joyerías, hoteles y cines. No cabe duda de que, si bien este sector del exilio fue "expulsado" del círculo —importado de México— de las personas "bien", a cambio recibió la lealtad de sus consumidores, varias decenas de miles de mexicanos pobres que vivían al sur de la ciudad o en poblaciones rurales cercanas e, incluso, de muchos juarenses.

La cercanía con su país de origen y las prácticas —abiertas o veladas— de discriminación de la sociedad anglo dominante crearon la necesidad de alimentar una relación de identidad muy fuerte con México y para ello inge-

niaron una parafernalia cultural variada y sofisticada. Fue precisamente esa necesidad de identidad la que generó un engrudo social que afianzó una relación multiclasista entre la enorme comunidad de inmigrados y refugiados de El Paso. Los elementos de esa ingeniería cultural para el lanzamiento de un nacionalismo en el exilio fueron de una gran variedad. Los escenarios utilizados para su expresión abarcaron casi la totalidad de los espacios de la vida social: religioso, educativo, cultural y el de esparcimiento, de civismo patriótico, comunicación y comercio, y el de la política, por supuesto. A continuación describiré muy brevemente algunos de ellos.

Nacionalismo desde abajo

El espacio religioso

Las prácticas religiosas que formaban parte del comportamiento de diversas iglesias en El Paso reforzaban la cultura de segregación y discriminación a que eran sometidos en mayor o menor medida todos los mexicanos y los mexicoamericanos. Siendo un aspecto tan sensible para la vida diaria de los seres humanos y de la sociedad mexicana en lo particular, no es de extrañar que parte de la cruzada de identidad nacionalista que lanzaron varios sectores de la colonia mexicana en esta ciudad fuera precisamente en el campo de la vida diaria impactada por la religión. Quizá el momento más espectacular de utilización de la religión como mecanismo nacionalista, en defensa no de la religión en sí misma, sino de la discriminación de la Iglesia católica anglo en contra de los mexicanos, fue la protesta dirigida al obispo Schuller. Pero ese enojo, y la consecuente construcción de la iglesia de La Sagrada Familia en la calle West Missouri por parte de la oligarquía

chihuahuense en el exilio, para servir a fieles mexicanos, fue sólo parte de la estrategia en este campo.

Al igual que la Iglesia católica anglo de El Paso, La Sagrada Familia abrió una escuela encomendada a la congregación de las Hermanas de Loreto que proveyó de educación elemental, en un ambiente católico, a los hijos de familias de emigrados de clases media y alta. También para el servicio de este sector fue fundado el Colegio de Señoritas de las Hijas de Jesús y María, cuya madre superiora era María de Loyola, hija del depuesto dictador mexicano Porfirio Díaz.[39]

Un proyecto de identidad cultural y fortalecimiento de los sentimientos nacionalistas no podía estar completo sin un plan que incluyera a los sectores populares de la población mexicana de El Paso y, como puede resultar fácil imaginar, la figura de la Virgen de Guadalupe fue escogida. Desde 1915 y poco después de la llegada masiva de refugiados huertistas a El Paso, la idea de construir un templo dedicado a esta advocación mariana fue tomando fuerza. Hacia fines de esa década, ya estaba montada una red para promover esa obra que a diferencia de las otras experiencias, despertó un enorme interés en los sectores marginados de la población inmigrante mexicana; de hecho, esos mexicanos "de humildad notable [...] sin mucha instrucción pero con corazón grande" pidieron que el templo fuera erigido en la zona conocida como La Mesa, al norte de la ciudad, en la que vivía una gran cantidad de familias mexicanas de origen obrero o dedicadas a los servicios públicos y domésticos. Su barrio, por encontrarse en un lugar alto y "humilde", recordaría lo sucedido en el Tepeyac. Por su parte, los mexicanos de clases acomodadas también estaban entusiasmados, pero sugerían que fuera el elegante barrio de Highland Park donde se levantara el templo, pues ahí los recursos serían más abundantes.[40]

El espacio de la cultura y el esparcimiento

La oligarquía mexicana había desarrollado una fijación casi obsesiva por las manifestaciones culturales europeas; las de origen español fueron desplazadas por las provenientes de Francia y se hicieron presentes en múltiples manifestaciones de su vida cotidiana: arquitectura, música, el francés como segunda lengua, comidas, bebidas, vestuario y mobiliario. Sin embargo, al estallar la Revolución y verse obligados a refugiarse en Estados Unidos, sus preocupaciones culturales sufrieron un giro. Ahora, la presión que provocaba el carácter discriminatorio de la sociedad anglo dominante los impulsó a una recreación simbólica de un México cuya producción cultural consideraban de mucha mayor calidad y linaje.

La cultura y el entretenimiento proporcionaron nuevas herramientas para construir formas identitarias y apuntalar un patriotismo que les ayudara a sobrellevar la discriminación y, al mismo tiempo, resistir los riesgos de la asimilación cultural y espiritual. El tradicional culto a las formas afrancesadas de la "alta cultura" cedió rápidamente espacio al "descubrimiento" de la belleza y profundidad de la cultura hispana y de la mexicana en lo particular. La poesía, el teatro, la música y luego el cine fueron parte de esta ingeniería cultural para reposicionar los valores nacionales, sobre todo durante los años de la guerra civil. Amado Nervo, el teatro del Siglo de Oro, las canciones vernáculas mexicanas y la zarzuela española fueron mezclados para producir la sensación de una cultura nacional que, si bien se encontraba en el exilio, era heredera de lo más refinado de la cultura occidental. La colonia mexicana, pensaban los más activos promotores de este renacimiento cultural nacionalista, "debía dar muestra permanente de su cultura y civismo en el extranjero" y

con ello mostrar “la devoción hacia la tierra en que se nace”.[41]

Una tras otra, diversas iniciativas culturales fueron lanzadas por los mexicanos refugiados en El Paso, para no ser simples observadores de los espectáculos profesionales que llegaban a la ciudad, sino actores de ese renacimiento de la cultura nacional en el extranjero. El Centro Cultural Mexicano se encargaba —entre otras cosas— de mantener viva y popularizar la obra del poeta Amado Nervo. El programa de conmemoración de 1919 sugiere con claridad el esfuerzo por hermanar la obra de Nervo con expresiones de la música europea, reclamando así la pertenencia de la cultura mexicana como parte esencial de la cultura occidental.[42] El Centro Juvenil Literario Nicolás Bravo, fundado por mutualistas en 1915, organizaba con frecuencia festivales en los que sus miembros hacían gala de sus dotes artísticas y en los que también se insistía en presentar expresiones culturales mexicanas de corte popular, como el jarabe tapatío, con números de ballet clásico, música de Verdi, poemas patrióticos, sin faltar la ejecución del Himno Nacional.[43]

La Sociedad de Damas de la Escuela Católica de la Sagrada Familia organizaba grandes festivales artísticos en el Liberty Hall, en los que talentos locales participaban junto a músicos internacionales para integrar programas que de nueva cuenta mezclaban la música de compositores mexicanos, como Manuel M. Ponce, con la de Saint-Saëns.[44] En Estados Unidos se formaron además compañías artísticas profesionales dedicadas a la promoción de la música mexicana y la opereta española. En los estados de Texas, Nuevo México y Arizona fue muy conocida la Compañía de María del Carmen Martínez que se encargó de estrenar y difundir la *Revista patriótica, sentimental y política Pro Patria* del actor cómico refugiado Luis G.

Quevedo, a quien se elogiaba por no transigir con el gobierno carrancista que lo mantenía en el exilio.[45]

Se sumaban a estos esfuerzos los realizados por agrupaciones de tipo político que utilizaban los actos culturales y artísticos para promover sus proyectos políticos, como la Asociación Unionista Mexicana,[46] el Club Cultural Porfirio Díaz, la Alianza Liberal Mexicana, la Agrupación Mutualista Leñadores del Mundo o el Comité Mexicano por la Paz.

Esta intensa actividad cultural, encaminada a despertar sentimientos patrióticos, era complementada con la visita a El Paso de artistas mexicanos de gran fama, tanto de los que venían de México como de los que se encontraban en el exilio. La opereta, la zarzuela y la revista musical gozaban de una popularidad enorme entre las clases medias mexicanas de las ciudades del suroeste y el oeste estadounidenses. Por el Teatro Colón de la ciudad de El Paso desfilaron Mimí Derba, que estrenó la opereta *La Reina del Carnaval*, la Compañía Valdealde-Llerandi, integrada por 36 artistas mexicanos, y la Compañía Graziani-Castillo, de la que era estrella la soprano Beatriz Pisorni Gini, mexicana de nacimiento. En el mismo teatro se presentaron también la soprano mexicana Consuelo Medina y la Compañía Artística de los Hermanos Bell, integrada por artistas mexicanos que vivían en Estados Unidos. En el Teatro Estrella, la Compañía de Zarzuela y Variedades del barítono David A. Martínez realizaba largas temporadas para un público con menores posibilidades económicas, pues mientras que en el Colón las entradas llegaban a costar hasta tres dólares, en el Estrella la entrada a cada tanda costaba 11 centavos.

Junto a estos espectáculos, los empresarios de teatro mexicanos de la ciudad trajeron a artistas populares como Celia Montalván o a la propia Orquesta Típica Mexicana Lerdo de Tejada. Los teatros eran manejados por la Com-

pañía Internacional de Diversiones, empresa mexicana que se especializó en ofrecer espectáculos para audiencias muy diversas, gracias a que contaba con los teatros Alcázar, Eureka, Hidalgo, Iris y Rex, en los que se podían presentar, en un mismo día, una revista musical, un recital o el estreno de películas silentes, como el melodrama romántico *Ramona*, que tenía como su mayor atractivo "comenzar y terminar en la histórica catedral de México". [47] Un gran acontecimiento fue la presentación del actor mexicano Ramón Novarro, a quien se presentaba en un arranque de mercadotecnia patriótica como "Un hijo legítimo de México".

El espacio del civismo patriótico

Hay un hecho que no debe sorprendernos: no obstante tratarse de mexicanos exiliados a causa de la Revolución, la gran mayoría de los refugiados —sobre todo los pertenecientes a los sectores medios y los que habían salido de México por razones verdaderamente de orden político o ideológico— no eran personajes de ideología conservadora o totalmente atados al pensamiento católico de la época; el despliegue de esfuerzos patrióticos durante los años del exilio muestra con claridad el apego, al menos anímico, a las causas liberales perseguidas por Hidalgo, Juárez, Díaz y Madero. En su conciencia, la historia de México parecía haberse detenido en 1910 para que luego la nación cayese en una especie de torbellino de pesadilla, de la cual tenían esperanzas se saliese pronto, sobre todo cuando surgiese un nuevo hombre fuerte o se diese el apego a las instituciones modernas amparadas por la Constitución de 1857 —por la que sentían veneración— y que hasta entonces habían tenido una existencia nominal frente al México real de caciques y corporaciones.

Prácticamente ninguna de las agrupaciones mexicanas surgidas en el exilio, ya fueran locales o sucursales de alguna de alcance nacional, renegaba del pasado liberal decimonónico y urgía a retomar el camino para la reconstrucción nacional, de acuerdo con el modelo ideal planteado por la mencionada Constitución del 57. Igualmente, el sector pensante del exilio y con mayor acceso a las audiencias, estaba unificado en varias ideas: el rechazo al carrancismo, la necesidad de conseguir un gran acuerdo para lograr la paz, lo cual significaba reducir las demandas radicales del movimiento armado, y la urgencia de conseguir el reconocimiento de Estados Unidos para un nuevo gobierno mexicano.[48]

La reivindicación de los principios liberales mexicanos y de los héroes que mejor los representaban, el discurso que rescataba los ideales de una patria unida y próspera, el rechazo a las reformas sociales radicales por improcedentes e inoportunas, la necesidad de dar término al régimen de Venustiano Carranza y lo absurdo que sería planear el futuro del país sin tener en cuenta la relación con Estados Unidos unían a diferentes agrupaciones de exiliados e inmigrantes, como el Club Progresista, la Asociación Unionista Mexicana, la Alianza Liberal Mexicana, el Comité Mexicano por la Paz, la Junta Patriótica y el Círculo Patriótico Miguel Hidalgo, por mencionar las más importantes y activas. De todas ellas, el periódico *La Patria* —que muy pronto se había convertido en uno de los principales diarios publicados en español en Estados Unidos— fue un aliado invaluable debido a la entrega a las tareas patrióticas de su fundador y director, el veterano periodista Silvestre Terrazas.

La celebración y conmemoración de los héroes o de las fiestas patrias reconocidas como tales —el inicio de la guerra de Independencia, el constituyente de 1857 y la Batalla del Cinco de Mayo— se ajustaban a un ritual festivo

elaborado y abigarrado que podía extenderse por horas enteras, para que el clima patriótico se pudiese alcanzar sin error. Sin faltar, tras la bienvenida a tales actos, sucedían alocuciones de damas o niños, números musicales instrumentales, cuadros bailables, recitación de poemas patrios, presentación de algún cantante, discurso estrella preparado por algún tribuno profesional invitado, interpretación del Himno Nacional —que podía llevar a las lágrimas a varios— y, para terminar, de manera opcional, una simple despedida o un baile, dependiendo de los recursos dedicados a la organización del festejo y de las posibilidades económicas de los convidados.

El Club Progresista se encargó en 1919 de organizar la velada para celebrar "el glorioso aniversario de la Batalla de Puebla, en la que el general mexicano Ignacio Zaragoza venció a las fuerzas invasoras". La bienvenida y el discurso oficial fueron pronunciados por Horacio Casa López, para luego dar paso a números musicales y literarios por "señoritas hijas de miembros del Club". El número fuerte corrió a cargo del "notable bailarín [hawaiano] Moli-Carlangas, que aceptó tomar parte del festejo por su simpatía hacia México". El artista interpretaría ¡tangos argentinos y danzas exóticas para dar realce al acto patriótico![49] La Asociación Unionista Mexicana organizó una fiesta matiné dedicada a la memoria del general Porfirio Díaz. Primero, una orquesta tocó una obertura; luego el organizador, el señor Vicente Vergara, pronunció un extenso discurso "sentido y bello" que le fue muy aplaudido; después la orquesta volvió a tocar una pieza para dejarle el escenario a la artista mexicana María del Carmen Martínez, quien recitó una poesía heroica dedicada a Díaz, por la que recibió una estruendosa ovación con el público de pie. La señora Elodia de Roberts cantó el "Caro nome" de la ópera *Rigoletto* de Verdi, recibiendo "una tempestad de aplusos". Después el teniente coronel Jesús

Franco “pronunció un discurso vehemente y pletórico de patriotismo” que fue constantemente interrumpido por las palmas de los espectadores. La matiné continuó con más música, la lectura de la hoja de servicios de Porfirio Díaz y la interpretación, por Reginaldo Sánchez, del aria “Spirito gentile” de *La Favorita* de Donizetti. No conformes, Luis G. Quevedo leyó un madrigal de su autoría que fue ovacionado, Pilar Manzano cantó arias de *El Barbero de Sevilla* de Rossini, para, finalmente, todos juntos, sumados al público, cantar el Himno Nacional mexicano. [50]

Si estos maratones se organizaban para recordar a los héroes, la celebración de la Independencia se prolongaba durante casi dos días y hasta el delirio patriótico. Se iniciaba a las 8 de la noche del día 15 de septiembre y continuaban las actividades de corrido hasta el día siguiente cerca de la media noche.

Este sector ilustrado del exilio funcionó como un aparato intelectual orgánico de porciones muy importantes de la población mexicana que, en Estados Unidos, vivía en ciudades como El Paso. En su discurso, la condición de “arrancados de la patria”, de “mexicanos de afuera”, no hacía sino potenciar sus sentimientos nacionales. El exilio durante esos intensos —aunque cortos— años de la Revolución no había significado el alejamiento físico ni espiritual de la patria. El parapeto nacionalista, tan rápidamente construido, había ayudado a resistir los riesgos que se veían en la asimilación cultural, así como a soportar con éxito las prácticas discriminatorias de la sociedad anglo dominante.

El nacionalismo en el exilio tuvo éxito al encontrar campo común que evitara hacer énfasis en las diferencias, así como en confrontaciones a las que pudieran llevarlos sus simpatías por Díaz, Madero, Vázquez Gómez, Villa o Huerta. Ese discurso y prácticas nacionalistas fueron efi-

caces también en ocultar las notables diferencias socioculturales y económicas tan evidentes y que en México habían sido la base de una sociedad jerarquizada, casi estamental. Los mexicanos en el exilio decían que "al estar alejados de la Patria, [lo estamos] también de las convulsiones políticas que la agitan desde hace tiempo y [precisamente] por ello no podemos ni debemos permanecer indiferentes ante los peligros que la amenazan ni ante la realidad de las condiciones de zozobra, de miseria y de ruina en que viven nuestros hermanos allende el Bravo."[51]

El nacionalismo en el exilio encontró en diversas formas de solidaridad la vía para ensanchar, más allá de los júbilos celebratorios de las fiestas patrias, los beneficios prácticos de este patriotismo fortalecido. Durante los primeros días de 1920, un fuerte temblor sacudió los estados de Veracruz y Puebla, dejando muchos damnificados. Las agrupaciones mexicanas de El Paso reunieron a la colonia de paisanos en una arrebatada y exaltada convocatoria, "¡Mexicanos que vivís en Estados Unidos: merecéis bien de la Patria!", a colaborar con los hermanos en desgracia, ya que "la Patria Mexicana no se encierra entre el Suchiate y el Bravo, sino que más allá de esos linderos políticos, más allá de las ondas del Atlántico y del Pacífico que la bañan amorosamente, hay una ampliación espiritual de la patria [...] donde late un corazón mexicano, allí esta México". En sólo unos días, se juntaron en El Paso 5 mil dólares; pero, ahora se pedía que el periódico *La Patria* solicitara a los mexicanos de otras ciudades estadounidenses que se sumasen a esa "inmensa explosión de mexicanismo".

Los promotores del nacionalismo en el exilio ponían a prueba la efectividad de la herramienta cultural cotidianamente utilizada, sobre todo desde 1914, en estos llamados a la solidaridad. La ayuda a las víctimas de los terremotos de Puebla y Veracruz resultaban una prueba de fuego, ya

que entonces, el origen de la colonia mexicana de El Paso era mayoritariamente de los estados del norte del país, pero, como señalaba la convocatoria, "ayudar a nuestros compatriotas en suelo extraño" era muestra de que "todos se han sentido mexicanos [y que] los desterrados, perseguidos por odios gratuitos, han olvidado sus resentimientos y suman sus esfuerzos con los que aquí representan a sus perseguidores". Terminaba la convocatoria llamando a formar comisiones, "inflamadas de celo patriótico", a competir entre ellas en la reunión de fondos para que aquella que sobresaliese fuera premiada con "una banda con los colores nacionales, de poco valor en sí".

Patriotismo, nacionalismo y solidaridad se expresaron también dentro de Estados Unidos cuando periódicos influyentes como *La Patria*, de El Paso, o *El Heraldo Mexicano*, de Los Ángeles, se sumaban a campañas para pedir clemencia por presos mexicanos sometidos a condenas impuestas por tribunales estadounidenses. Estos medios publicaban un pequeño cupón que podía ser utilizado por mexicanos que vivían en Estados Unidos, en el que se solicitaba al gobernador de algún estado que conmutara o redujese la pena a que estaba sometido algún compatriota. Particularmente activas fueron las campañas para salvar de la muerte, en California, a Pedro Rico, a quien, se sospechaba, se le había realizado un juicio injusto; o aquella en la que se pedía la liberación del general Federico Cervantes y algunos otros que habían sido acusados de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos, en sus intentos por conspirar en contra del gobierno de Carranza.

El éxito de este nacionalismo en el exilio se consiguió al cubrir los espacios culturales, religiosos y políticos mencionados, y esto, evidentemente, fue reforzado por elementos quizá menos espectaculares pero sí muy efectivos, por su carácter cotidiano y su capacidad de influir en sucesos sencillos de la vida diaria. Empresarios y comercian-

tes mexicanos en El Paso desarrollaron una interesante y, tal parece, lucrativa labor de mercadotecnia patriótica, al ofrecer numerosos productos que eran muestra del apego de los consumidores a su patria. La casa comercial San Luis Mercantile Company, del señor José G. Nieto, realizaba su labor patriótica ofreciendo artículos mexicanos, como piloncillo, chocolate, orégano, comino, queso de tuna, monturas, chorizos, tamarindo y máquinas para hacer tortillas, multitud de hierbas medicinales tradicionales, guitarras, banderitas y emblemas tricolores como distintivos patrióticos para las casas o para portar en la ropa. La publicidad de la San Luis Mercantile no deja duda de la unión entre mercadotecnia y sentimientos nacionales pues decía: "Nuestra casa es netamente mexicana; si usted es buen mexicano, prefiéranos con sus órdenes".

Con igual estrategia de promoción comercial, basada en sentimientos nacionales, el señor B. Rodríguez, inventor que vivía en El Paso, ofrecía los productos de su ingenio para consumir platillos preparados con pasta de maíz. Su empresa, de nombre Cuauhtémoc, tenía como emblema una figura del rey azteca y como fondo una bandera nacional ondeando que formaba la figura de la República mexicana. Otros productos, ofrecidos a través de la publicidad en los periódicos, nos hablan del éxito que seguramente tenía este comercio basado en los mecanismos de identidad nacional y en los sentimientos patrióticos. Una compañía de Arizona anunciaba la venta de estandartes con la figura del cura Miguel Hidalgo, grabada con un texto que sentenciaba: "No debe faltar en ningún hogar mexicano; todas las sociedades que se llaman mexicanas, así como las comisiones honoríficas, deben tener como símbolo de la nacionalidad la venerable figura del Cura de Dolores". El mismo periódico *La Patria* ofrecía a los automovilistas mexicanos la posibilidad de adquirir un distin-

tivo metálico que representaba el águila mexicana, para ponerse en el radiador de cualquier automóvil.

Hasta aquí, sólo se ha ofrecido un repaso breve de los mecanismos utilizados por la población mexicana refugiada en Estados Unidos para promover una identidad basada en el patriotismo y el nacionalismo, en un momento en que México proyectaba una imagen de país sin rumbo y sumido en una guerra de facciones de la que no se avizoraba el fin. El nacionalismo en el exilio, construido por sectores influyentes de la población mexicana refugiada, retoma con claridad elementos de la historia y las raíces culturales que mejor le convinieron para sus fines. Lo mexicano en el exterior fue elaborado con el rescate de una cultura nacional, hija de aquella heredada por España; por la elevación de algunos elementos de la cultura popular mestiza y criolla, al mismo rango de la alta cultura occidental europea, y por la reelaboración de un panteón de héroes y un calendario cívico-patriótico totalmente *ad hoc* a las necesidades sentidas. De manera sobresaliente resalta la eliminación de cualquier rescate del elemento indígena, el destierro de los líderes populares como Zapata o Villa y la condena tácita a sucesos como la Revolución o la Constitución de 1917 como elementos de discordia nacional.

Queda pues, clara, en este texto, mi adscripción a las corrientes teóricas e historiográficas aquí citadas, que rescatan un carácter eminentemente histórico, por no decir instrumental, del variado abanico de las elaboraciones nacionalistas.

El nacionalismo popular contra la discriminación

El holocausto

El 6 de marzo de 1916, Frank Scotten, alcalde de la prisión de El Paso, y su director médico, el doctor G. B. Calnan, giraron instrucciones para que, aproximadamente, cincuenta prisioneros de la cárcel de El Paso fueran llevados al patio central. Ahí, se les ordenó desnudarse y agruparse para ser despiojados con una mezcla de querosén y vinagre. Repentinamente, una chispa de origen desconocido inflamó los vapores que salían de los tanques que contenían la mezcla y que se esparcían por el patio, produciéndose como consecuencia enormes lenguas de llamas que, según algunos testigos, literalmente se tragaron a los infelices prisioneros que se encontraban desnudos. Después, los propios tanques funcionaron como bombas y causaron una tremenda explosión que destruyó ventanales y puertas del hospital de la cárcel, situación que, si bien puso en riesgo a los prisioneros hospitalizados, permitió que algunos de los sometidos al procedimiento de desinfección, pudieran abandonar el patio en llamas y refugiarse dentro del hospital.[52]

Para los paseños, el suceso los puso frente a una crisis doble. En primer lugar, la explosión había puesto en riesgo a los internos de la cárcel, a todos sus trabajadores, mayoritariamente anglos, y a mucha gente en los alrededores. Por otro lado, la destrucción causada había dejado paso libre para que muchos prisioneros escaparan y se vulnerara el carácter de esa institución de castigo. Ese doble escenario se hizo patente inmediatamente después de la explosión. Hubo que hacer frente al rescate de quienes estaban dentro de la prisión. Por un lado, algunos ciudadanos sólo pensaron en entrar y ayudar a quienes no pudieran abandonar, por sí mismos, el edificio en llamas; por el otro, las autoridades montaron un cordón policial que impidiera que los prisioneros, aun los heridos, abandonaran la cárcel y dejaron cerradas áreas de la prisión en las que quedaron atrapados algunos reclusos.[53]

La descripción que hicieron los periódicos da cuenta de una doble actitud ante la tragedia. Los ciudadanos que entraron a la cárcel, intentando ayudar a los heridos, señalaron que había un fuertísimo olor a gasolina que, mezclado con el proveniente de cuerpos calcinados y ropa sucia en llamas, hacía el aire prácticamente irrespirable. Carmen Alonzo, una jovencita mexicana de diecisiete años exiliada en El Paso, se convirtió en la heroína civil del holocausto al haber dado los primeros auxilios —aprendidos en los campos de batalla de México— a varias de las víctimas. Hacia el final de aquel día, se sabía que de los cincuenta prisioneros que eran desinfectados en aquellas condiciones, once habían muerto en el sitio, once más no se esperaba que sobrevivieran más allá de un par de días, 27 se creía que se recuperarían y sólo uno se reportó como huido.

Mientras que los periódicos de El Paso, en sus crónicas del suceso, insistieron más en el carácter trágico y en el comportamiento heroico de los bomberos y de Carmen Alonzo, el *San Antonio Express* reportó testimonios de Ciudad Juárez donde había un sentimiento de rabia e indignación por la irresponsabilidad de las autoridades estadounidenses. Dos prisioneros mexicanos, aún con sus ropas en llamas, habían logrado cruzar hacia el lado mexicano y narrar que no se había tratado de un accidente, que las autoridades de El Paso les habían arrojado gasolina y luego un cerillo encendido.[54] El reportero de este diario señaló que era evidente el sentimiento de irritación que se respiraba en Juárez por la forma en que las autoridades de Estados Unidos trataban a los mexicanos, sobre todo a los que venían del interior de la República, con el pretexto de la lucha contra el tifus.[55]

El coraje y la indignación se extendió entre la población mexicana, tanto de El Paso como de Ciudad Juárez, pero fue en esta última donde había más libertad para tomar

acciones nacionalistas abiertamente antiestadounidenses. Los habituales visitantes temporales anglos, que cruzaban para divertirse en el hipódromo o los salones de juego y cantinas de Juárez, fueron insultados, agredidos e, incluso, sus automóviles fueron baleados antes de llegar al puente Santa Fe, en su regreso a El Paso. Las autoridades carrancistas dieron muestras también de ese nacionalismo popular desorganizado y voluntarista al no intervenir para detener los disturbios o incluso al cerrar las oficinas de aduanas y el puente mismo, obstruyendo el tráfico de El Paso hacia Ciudad Juárez. No fue sino hasta que las autoridades militares de El Paso demandaron la protección del gobierno federal mexicano, que el general Murguía, comandante militar carrancista en Chihuahua, tomó acciones de protección. Durante los siguientes días, los estadounidenses que recorrían el circuito entre el puente Santa Fe, las instalaciones de la aduana, el hipódromo, la zona de bares y salones de juego fueron custodiados por el ejército mexicano. Pocos momentos ejemplifican de manera tan clara el tipo de relación neocolonial que la nación-imperio, en aquellos años todavía en formación, esperaba de otros países. La ruta de la diversión, la prostitución, el juego y los vicios, recorrida por los visitantes anglos, era vigilada por el ejército del país “anfitrión”.

El holocausto significó también un aparatoso traspié al proceso de construcción de ciudad ideal que los paseños anglos habían iniciado casi tres décadas antes. El Paso, como comunidad imaginada, era internacional y de gran tolerancia racial, era un sitio seguro en donde el progreso se aseguraba, gracias a la visión de sus grandes hombres de negocios y a la acción de renovación de la salud moral y física, emprendida por sus reformadores y por las instituciones del Estado encargadas de vigilar la salud pública y la integridad de la frontera. Todo este proyecto cultural había sido puesto a prueba desde el estallido de la Revolu-

ción Mexicana pero, finalmente, se podía hacer recaer la culpa en los revoltosos e incivilizados vecinos del sur. Lo sucedido en la cárcel de la ciudad golpeaba desde el interior la imagen autoconstruida de gran metrópoli.

Varias figuras prominentes de la opinión pública local no pudieron sino sumarse a diversas formas de condena por lo sucedido, buscando con ello exorcizar la culpa. Sólo dos días después del acontecimiento, cuando el hospital del condado se encontraba lleno de quemados, moribundos y en recuperación, el juez del condado declaraba que, tanto en El Paso como en el resto del país, existía la seguridad de que en algún momento alguien había actuado con negligencia criminal y que los paseños debían poder explicarse cómo era posible que un montón de individuos desafortunados y que eventualmente se encontraban bajo el cuidado de la ciudad hubieran perecido cremados.[56]

Al día siguiente de la tragedia se trató el tema en la Convención del Movimiento de Misioneros Seglares (Laymen's Missionary Movement Convention) y, en ese mismo tenor exorcizante, representantes de varias iglesias protestantes se dirigieron a su audiencia, intentando digerir el evento. El reverendo Fred B. Fisher pedía a su feligresía dejar de pensar en los muertos como lo que habían sido para que se les pensase como "hombres iguales a nosotros que pudimos haber estado en la cárcel la tarde de ese lunes".[57] Dirigiéndose a sus fieles, miembros de la población anglo más conservadora, el noble pastor hacía un llamado a una caridad cristiana: "pensemos que eran hombres como nosotros". Sin embargo, una lectura desdoblada del discurso también refleja una mirada llena de piedad racista: pensémoslos como hombres y no como mexicanos: encarcelados, pobres y llenos de piojos.

En la misma sesión, W. M. Gilbert sacaba una lección del "accidente" del día anterior e invitaba a que se aprovechara la privilegiada ubicación de El Paso para usarla

“como una puerta para ejercer una mayor influencia sobre México”. Desde ciudades como ésta —decía— se podía realizar una gran obra civilizatoria, “sería más conveniente mejorar las condiciones de la población mexicana de El Paso y sus alrededores que estar volteando hacia el Lejano Oriente”. De acuerdo con Gilbert, debería empezarse por implantar “las ideas y los ideales” estadounidenses en la vasta población mexicana inmigrada:

> Durante el poco tiempo que he pasado en la ciudad, he descubierto que hay 35,000 mexicanos en El Paso y sólo la mitad tiene educación. Hay 300 jóvenes mexicanos, ahora exiliados en El Paso, que antes de la Revolución estaban realizando estudios profesionales. Entiendo que hace algo más de un año había unos 300,000 mexicanos expatriados en la frontera y que para este momento deben ser unos 500,000 [...] Hay, probablemente, 1,250,000 mexicanos en Estados Unidos y esa gente constituye un campo para la labor misionera de grandes posibilidades.[58]

La ciudad de El Paso se encontraba en una encrucijada en la que coincidían dos nacionalismos: por un lado, el estadounidense que reclamaba limpiar la imagen de la ciudad y de Estados Unidos, para volver a hacer automática la identificación entre etnicidad, nacionalidad, ciudadanía y el más alto estadío civilizatorio (como lo plantearía Turner). Pero este nacionalismo purificador y exorcizante se enfrentaba a un nacionalismo mexicano, quizá desarticulado de sus formas oficiales y de Estado, pero con un preocupante potencial xenofóbico popular, que clamaba reivindicación e incluso venganza.

Con sorprendente rapidez, ¡un día después!, el alcalde Tom Lea y el juez Dan M. Jackson buscaron encauzar una posible oleada de indignación y presiones de la opinión pública, local y nacional, y el enojo de la población mexicana, nombrando un gran jurado que tendría que determinar si los cuerpos policiacos, así como los miembros del departamento de salud pública, tenían alguna responsabilidad. ¿Cómo explicar —preguntaba el juez Jackson— la

necesidad de usar querosén y vinagre para la desinfección de los prisioneros? ¿Cómo entender el proceder de la policía que había impedido la salida de la cárcel después de la explosión?

No sólo sorprenden, sino que son fascinantes los términos en que el juez Jackson convocó al “gran jurado”, pues no sólo predisponía a sus integrantes, sino contribuía a la construcción social de la imagen de los mexicanos:

> Quiero instruirlos, caballeros, de su responsabilidad hacia esta corte y hacia la comunidad toda, de llevar a cabo una investigación completa para llegar al fondo del desafortunado incidente de ayer. Llamo a ustedes su atención del hecho de que, aunque la mayoría de los infortunados cuyas vidas fueron destrozadas ayer eran vagabundos y desechos de la sociedad, al mismo tiempo la ley es muy clara respecto a nuestra obligación.[59]

Si bien la referencia general que hacía el juez era hacia los prisioneros, debemos recordar que la mayoría de los que fueron llevados a someterse al baño de desinfección el día 6 de marzo eran mexicanos. Para el día 8, el número de fallecidos por el incendio llegaba a 18 y sólo uno era angloamericano, un pintoresco personaje llamado Tommie James, quien con frecuencia era arrestado por embriaguez.[60]

Los doctores e higienistas Pierce y Tappan, funcionarios del USPHS, habían sido los artífices del sistema de monitoreo sanitario de la frontera y de alguna manera los autores de la patologización del mexicano como portador de enfermedades. Ellos debieron haber explicado a profundidad no sólo el porqué de la mezcla de querosén y vinagre, sino también por qué se había determinado que los prisioneros de origen mexicano eran sujetos a esas medidas; por qué no raparlos si lo que se sospechaba era que tenían piojos.[61] Desde el punto de vista de la salud pública, la relación entre el tifus y el piojo como vector de su transmisión

había quedado comprobada científicamente. Sin embargo, el mecanismo de monitoreo de la frontera establecido por el USPHS requirió que, además, quedara establecido que el piojo estaba relacionado con las condiciones de pobreza, suciedad e ignorancia, privativas de la población mexicana. En un revelador testimonio, el general S. L. A. Marshall señaló que la muerte de los mexicanos en la cárcel había sido trágica, pero que debía entenderse que, por entonces, en El Paso se luchaba contra enfermedades infecciosas de las cuales los mexicanos, especialmente si vivían en Juárez, eran portadores habituales.[62]

Las víctimas habían llegado de Juárez, "una ciudad sucia, increíblemente sucia" —apuntaba Marshall—, y entre los prisioneros había unos diecinueve villistas que habían sido hechos prisioneros al tratar de cruzar a El Paso; "todos ellos estaban siendo desinfectados por la epidemia de tifus que había en el norte de México [...] porque el tifus era una epidemia en ese país".

Muchas preguntas más podrían hacerse, como por qué en pleno invierno se les llevaba a desnudarse a un patio y cómo era posible que alguien pudiese encender un cerillo en condiciones tan peligrosas (los prisioneros no pudieron haberlo hecho, pues se encontraban desnudos y desprovistos de sus pertenencias), y por qué había ese fuerte olor a gasolina que los testigos percibieron y que hace un poco más creíble la versión rendida en Juárez de que se les había arrojado el combustible. Pierce y Tappan enfrentaban una conclusión de la opinión pública, difícil de rebatir: mientras al tifus sólo se le podían atribuir cinco muertes, las acciones para combatirlo habían causado más de veinte.

Pero regresemos, brevemente, al miedo a una respuesta animada por el nacionalismo popular mexicano. No hay, hasta ahora, forma de comprobar una relación causa-efecto, pero lo cierto es que entre los muertos del holocausto

se encontraban varios villistas y que sólo tres días después Columbus, Nuevo México, fue atacada por sorpresa por un contingente de fuerzas pertenecientes a los restos del ejército villista. La explicación más socorrida hasta hoy ha sido la del resentimiento que durante esos días Pancho Villa tenía frente a la actitud del gobierno del presidente Wilson, quien había dado facilidades militares al ejército carrancista, que finalmente lo derrotó a fines de 1915 en Sonora. El reconocimiento del gobierno de Venustiano Carranza, por parte de Estados Unidos, fue leído como una deslealtad de Wilson y como un acto de traición a la patria por parte de Carranza.[63]

Ahora bien, aunque la explicación que sigue imperando es la anterior, resulta por lo menos intrigante y aun fascinante revalorar el componente macro de tipo político, e integrar a la narrativa del suceso el antecedente de un hecho tan importante para la historia de relaciones fundacionales, como son las raciales, de una región como El Paso, donde la frontera seguía en proceso de construcción. [64] Tengo la seguridad de que la invasión de territorio estadounidense estuvo revestida de elementos adicionales de popularidad y legitimidad entre la población mexicana de ambos lados de la frontera, resultado de la siguiente lectura popular: Columbus fue un acto de justa venganza a la terrible muerte de mexicanos causada por acciones de un racismo oficial en Estados Unidos. De hecho, existen testimonios de que, tanto en Ciudad Juárez como en El Paso, se pensó que Columbus estaba ligado al holocausto. El citado general Marshall aseguraba que el ataque había sido ampliamente percibido como represalia contra lo que muchos en México, incluido Villa, consideraron un acto criminal. Mario Acevedo, quien llegó a El Paso en 1916 siendo un adolescente, recuerda:

> La incursión de Villa, según los rumores […] fue en represión, en venganza, de un incidente que paso aquí en El Paso con algunos presos en la

> cárcel […]. Parece que estaban despiojando a algunos presos con gasolina y que estando una persona o dos, de lejos […] de manera no intencional, sino inadvertida, alguna persona encendió un cerillo para prender un cigarro. Todo se prendió […] y según se decía, Villa dijo: ¡Ahora les voy a enseñar cómo se quema a la gente![65]

En ese mismo sentido resulta interesante escuchar otro testimonio, el de Ramona González, paseña de origen mexicano, quien siendo una niña de diez años recuerda que su hermano mayor había presenciado

> el incendio de la cárcel […] ¡sí, los bañaban con gasolina!, y no una untada, se las vaciaban, por eso se provocó el incendio, por tanta gasolina que había […] y luego los peinaban para que no llevaran piojo […]. A los americanos no les tocaba nada de esto porque ellos pagaban fianza y no iban a la cárcel. En El Paso, los mexicanos, a eso le achacamos que Villa fue y atacó Columbus […] en venganza y rabia por todos los que murieron.[66]

El ataque villista volvió a encender las pasiones racistas en la ciudad y de nueva cuenta partidas de paseños anglos enfilaron rumbo al sur y, cruzando la frontera étnica de la ciudad, marcada por las vías del ferrocarril y el propio centro de la ciudad, expresaron su ira atacando y golpeando a cualquier persona que tuviera apariencia de mexicano. La violencia potencial de la acción de estas turbas era tal, que las fuerzas del ejército estadounidense que protegían las instalaciones sanitarias del puente Santa Fe, al ser agredidas desde Juárez por mexicanos molestos, abandonaron el lugar y tendieron un cordón de protección para detener a esa particular expresión de la sociedad civil estadounidense, en plena manifestación de su nacionalismo violento y racista.[67]

El holocausto llevó a un *vis à vis* de nacionalismos de diferente calidad, calibre y objetivos, dejando escapar tensiones acumuladas, quizá desde la guerra de 1846-1848. Imprimió también dos marcas hacia el futuro: el naciona-

lismo y el proyecto para la construcción y vigilancia de la frontera con México fueron mucho más coherentes y articularon con gran efectividad diversos niveles de discurso e identidad, el popular con el de la ciencia y, finalmente, con la acción del Estado. En el caso mexicano, el nacionalismo se movió entre el nivel de un discurso enunciativo y las expresiones de un nacionalismo popular, poco articulado, sujeto a respuestas coyunturales explosivas, voluntaristas y de corte defensivo. Pero, de forma igualmente importante, el holocausto y las expresiones nacionalistas de ambos lados obligaron a reformulaciones importantes del proyecto de salud pública y, particularmente, aquel destinado a fortalecer el monitoreo de la frontera con México. De alguna forma, este sistema de vigilancia tuvo que aceptar que la inspección de los cuerpos de las personas, basada en etnicidad, nacionalidad y ciudadanía, había producido y seguiría produciendo diversos niveles de enfrentamiento entre dos comunidades nacionales opuestas por cultura.

Fue necesario reinventar los procedimientos y espacios para la inspección de las personas que cruzaban el puente. Sin embargo, hay que reconocer también lo que pudiese verse como un efecto no planeado del ataque a Columbus. La invasión villista a territorio continental de Estados Unidos generó un fuerte conflicto internacional, provocó una numerosísima fuerza invasora a nuestro país con resultados desastrosos y ayudó a preparar a la sociedad y fuerzas armadas estadounidenses para su irremediable ingreso al teatro bélico de la Primera Guerra Mundial. Todo ello, finalmente, redujo la presión para que la investigación del muy posible comportamiento criminal en la cárcel de El Paso llegase hasta sus últimas consecuencias. Al convertirse en un asunto de corte internacional, en el que, además, estaban en juego elementos del nacionalismo estadounidense, tan fuertes como su soberanía, su honor y

las responsabilidades institucionales por un combate a las enfermedades transmisibles, basado en una mezcla de conocimiento científico y racismo, se diluyeron. La fuerte presión que recibieron el doctor Pierce y el USPHS, justo después del holocausto, se desinfló, por lo que los cambios realizados fueron suficientes. El Paso, como un todo, pareció ponerse de acuerdo en echar tierra al hecho como para hacerlo invisible a la memoria colectiva.

Escuchemos de nuevo las reveladoras palabras del general Marshall: "El incidente ha escapado a la memoria de El Paso. Usted no encontrará referencia alguna a éste y a su conexión con el ataque [a Columbus], y ello me sorprende mucho pues el evento estremeció a la comunidad completa. Los paseños vieron una relación causa-efecto entre el incendio y el ataque."[68]

Vistos como unidad, el holocausto en El Paso y el ataque a Columbus nos muestran una visión integradora de la forma en que la frontera era construida por esos días, desde dos proyectos nacionales de abismales diferencias y potencialidades. El horror causado por la muerte de entre quince y veinte mexicanos en la cárcel de El Paso y, sobre todo, las condiciones en que ésta se dio auguraban una escalada de conflictos raciales de dimensiones no conocidas para la zona. Vale la pena también imaginar que, habiendo ya una comunidad de exiliados tan grande en la ciudad y en todo el suroeste del país, pudo haber encendido también la mecha de un nacionalismo mexicano militante con fronteras mucho más allá de los límites culturales.

La violenta entrada a territorio estadounidense de una partida de hombres identificados como villistas fue leída en términos nacionalistas por ambos grupos: es una venganza política pero también de raza, por lo sucedido a los mexicanos muertos en la cárcel en condiciones que lindaron con la ejecución y que, adicionalmente, formaban parte de los leales a Villa. Pero, también, en ambos casos

la respuesta nacionalista a esos dos hechos fue minimizada con rapidez, con la puesta en marcha de una invasión a territorio mexicano por parte de un cuerpo expedicionario con fines punitivos.

Durante la primera quincena de ese mes de marzo de 1916, los acontecimientos se sucedieron de manera vertiginosa: el día 6 explotó el patio central de la cárcel de El Paso, incinerando a más de una docena de prisioneros mexicanos; el día 9, un grupo armado identificado con Francisco Villa atacó Columbus y, para el día 15, estaba lista para entrar a territorio del estado de Chihuahua una fuerza del ejército estadounidense de casi cinco mil soldados al mando del general John Pershing.[69] En menos de dos semanas, el asunto dejó de ser el holocausto en la cárcel paseña y se convirtió en la entrada a territorio mexicano de una fuerza expedicionaria enviada por el gobierno estadounidense y que, si bien era de carácter punitivo contra Villa, no dejó de ser una invasión de una nación a otra.

La entrada de Pershing y su fuerza expedicionaria a México nubló las posibilidades de una respuesta nacionalista de tipo localista, enfocada al holocausto, y abrió una etapa para el fortalecimiento de un nacionalismo antiyanqui, más amplio pero también más disperso, más de orden cultural que de acciones concretas de reivindicación.

La revuelta de la pelirroja

Era el 28 de enero de 1917. Como todos los días, Carmela Torres y muchas otras mujeres de Juárez se preparaban para cruzar el puente Santa Fe. La mayor parte del trabajo doméstico en El Paso era realizado por mujeres como Carmela. No habían dado las 7 de la mañana y, quizá, para evitar los rigores del invierno, varias de ellas

habían abordado el tranvía que las llevaría hasta el centro de El Paso. Pagaron su boleto y el peaje del puente, pero el recorrido a sus lugares de trabajo fue súbitamente interrumpido por el doctor Claude Pierce. Amparado en la autoridad como jefe de la estación de la USPHS, en su prestigio profesional y la cuarentena que se había decretado para proteger a El Paso de las enfermedades contagiosas que pudieran importarse desde México, Pierce ordenó a las mujeres descender del tranvía y pasar a la planta de desinfección recién inaugurada.

Normalmente, una primera inspección ocular decidía quiénes debían ser sometidos al ritual de desinfección; sin embargo, sobre todo en el caso de mujeres, algunos cruzantes decidían acompañar a los seleccionados por el miedo o disgusto de ir solos a la planta. En un primer momento, Carmela y sus compañeras de viaje se molestaron porque el gasto que habían realizado en el tranvía y el peaje para un cruce rápido a sus trabajos, ahora resultaba dinero tirado a la basura y "se les había negado su reembolso".[70] Muy seguramente, la actitud del personal de vigilancia del puente Santa Fe y la forma en que se les informó que no era optativo el proceso de desinfección, irritó a Carmela, quien pasó de inconformarse por haber sido bajada del tranvía y perder su dinero, a negarse a ser bañada.

Debemos tomar en consideración que los baños y los mecanismos de desinfección practicados por las autoridades sanitarias, locales y federales, estaban rodeados de recuerdos amargos como el más ominoso y aún muy reciente holocausto. Pero, además, contamos con testimonios que narran lo degradante y traumática que resultaba la experiencia de ser bañados y salir con la ropa arrugada y con un fortísimo olor a desinfectante: "Los desnudaban y los bañaban, y luego les regresaban sus ropas todas arru-

gadas [...] se pensaba que los mexicanos traían microbios o algo por el estilo desde México”.[71]

Los testimonios tampoco dejan lugar a dudas sobre el doble papel de las cuarentenas y las medidas de desinfección: en primer lugar, la explicación oficial sobre la protección de la salud pública de la ciudad de El Paso; en segundo, y como parte del discurso no escrito y de la ingeniería cultural practicada a la frontera con México, estaba el fortalecimiento de los límites políticos y socioculturales entre las dos naciones a partir de la racialización de “los otros” (los mexicanos) y del norte de México como una realidad geográfica y humana totalmente diferenciada. [72] Un antiguo obrero de la planta de refinación de metales Asarco en El Paso dice:

> Cuando uno cruzaba y lo daban de alta [en el trabajo], pero que ya así lo llevaban a bañar allí. Pero mire, como entra uno así que le echaran la casa encima, así corría [ininteligible] blanco, así de ponerse [ininteligible] en los baños. ¡Era una pesadilla! Y luego otra cosa, hombres, mujeres, a todos los pelonaban. Y luego... lo bañaban a uno, y después del baño lo bañaban de criolita, un compuesto muy fuerte. Toda la gente trabajadora se bañaba, nomás la gente de oficina y todo eso no. Pero a todos los demás trabajadores.[73]

Un exiliado de la Revolución ayuda con su testimonio a entender el vínculo entre raza, nacionalidad, clase y medidas sanitarias:

> En aquella época sí que nos trataban mal a nosotros, principalmente los Texas Rangers. Eran los inspectores, nos daban patadas cuando algo no les gustaba, [...] además nos bañaban cada ocho días, teníamos que bañarnos cada ocho días y nos daban un como recibo cuando queríamos pasar. Nos bañaban abajo del puente. Por el puente había unos baños, unas regaderas y una caldera. La ropa la metían en un como túnel, y allí le soltaban vapor y nos la entregaban toda arrugada [...] Eso hacían a todo el que pasaba de México para trabajar. Un día de la semana nos decíamos: ¡Me toca baño! Y perdíamos medio día.[74]

Regresemos con Carmela. En sólo unos momentos su enojo y el de otras mujeres trabajadoras que, como ella, tomaron el tranvía aquella mañana, se convirtió en uno de los más serios entredichos en los que fue puesto el sistema de vigilancia sanitaria, basado en cuarentenas y baños desinfectantes. Pero también la actitud de la opinión pública estadounidense se había tornado menos tolerante. Si un año antes, ante el escándalo provocado por el holocausto en la cárcel de El Paso, había mostrado cierta simpatía ante la tragedia sufrida por los mexicanos y denunciaba algunos de los malos tratos que sufrían en Estados Unidos, frente a la actitud molesta de las mujeres mexicanas encabezadas por Carmela Torres, se mostró durísima.

La cobertura que se dio al suceso del 28 de enero presentó a un grupo de mujeres mexicanas ignorantes, pobres y desordenadas, quienes se oponían a un perfectamente estructurado sistema de reglamentaciones estadounidenses. La nueva estación sanitaria del puente Santa Fe representaba una de las facetas más sofisticadas del sistema de monitoreo que el Estado había montado para defender la frontera con México, y el doctor Pierce, uno de los preclaros diseñadores. La protesta fue vista como una actitud antiamericana que venía a sumarse a sus repetidos actos de agresión que los mexicanos cometían contra un vecino de buena voluntad, como Estados Unidos. "Mujeres lideran una revuelta en contra de las leyes americanas", fue la frase utilizada tanto por *El Paso Times* como por el *New York Times*. Condenaban el hecho de que los baños de desinfección, que eran una expresión de un nacionalismo moderno y manejado por el gobierno federal, hubiese sido puesto en duda y abiertamente rechazado por una expresión de un nacionalismo mexicano popular, ignorante y llevado a cabo ¡por mujeres!

El hecho de llamar rebelión o motín a la actitud de las mujeres juarenses ayudó a recrear la imagen de los secto-

res antimodernos de la sociedad fronteriza que, con su actitud insubordinada, ponían a la ciudad de El Paso bajo la amenaza de contagios, de los cuales cuidaba precisamente las instalaciones del USPHS. No era la primera vez que las autoridades sanitarias, con el eco de la prensa, condenaban la actitud de las turbas urbanas formadas por inmigrantes que se oponían, debido a su fanatismo e ignorancia, a los procedimientos de salud pública de un país moderno.[75] La molestia de que esta oposición hubiese sido protagonizada por mujeres fue hecha pública por la prensa, que en tono nacionalista y de franco desprecio a las mujeres no dudaba en calificarlas como antiamericanas y como parte de un movimiento criminal organizado: "Una mafia de mujeres jefaturadas por una pelirroja organizan un motín antiamericano" fue la noticia que leyó la sociedad angloamericana del estado de Texas.[76]

Utilizando también la connotación negativa y semidiabólica de las mujeres con cabelleras rojas, *El Paso Times* publicaba la versión de que la "amazona pelirroja" que había encabezado los disturbios de mujeres en el puente Santa Fe había puesto en peligro la integridad de funcionarios y autoridades estadounidenses. La misma nota se encargó de introducir un elemento que en teoría pudiera explicar el disturbio: "hay un rumor entre las sirvientas mexicanas de que los funcionarios encargados de la cuarentena las fotografían desnudas mientras se bañan". Sin embargo, no se trata sino de realzar la irracionalidad con que mujeres mexicanas, ignorantes y pobres reaccionaban en contra de las medidas modernas de la salud pública.[77]

De nueva cuenta, la respuesta del gobierno mexicano fue prácticamente inexistente y la población reaccionó con espontáneos brotes de nacionalismo, expresados en hechos de xenofobia popular: lanzar piedras hacia el lado estadounidense, atacar automóviles de turistas que visita-

ban el hipódromo u otros centros de diversión, insultos a funcionarios federales, secuestros rápidos de taxis de El Paso que se encontraban en Juárez. Muchas de esas expresiones fueron realizadas por mujeres, lo cual hizo que se acrecentara la dimensión del insulto, de la insolencia y del delito:

> aquellos que atestiguaron las acciones de la turba mexicana en el extremo del puente nunca lo olvidarán. Había un estado de *shock* ante la furia que se producía en Ciudad Juárez [...] La multitud estaba compuesta sobre todo por jovencitas, obsesionadas por destruir todo lo que viniera del lado americano. Tan pronto como un automóvil cruzaba, las jovencitas lo rodeaban y lo cubrían por completo. [...] Las manos de la turba femenina se clavaban en los toldos de los autos y los desgarraban. Los cristales eran desmontados y eran estrellados al igual que otras partes, tales como faros y cláxones.[78]

Las autoridades carrancistas de Ciudad Juárez no realizaron mayor esfuerzo por detener o atemperar la protesta.[79] Quizá, tal como sucedió durante los disturbios por el holocausto, su actitud pasiva fue la forma de sumarse a esa expresión de nacionalismo popular desorganizado y voluntarista que tanto caracteriza a la frontera norte de México hasta nuestros días. Cuando el cónsul mexicano en El Paso, Andrés García, cruzó el puente e intentó convencer a la muchedumbre de que no había motivo para protestar y que la USPHS sólo desinfectaría a los que cruzaran hacia El Paso, que la gente de Juárez no tenía de qué preocuparse, la gente se enfureció con él y lo regresó a El Paso. Incluso cuando el jefe militar de la plaza, el general Murguía, envío un destacamento de caballería, las mujeres se les enfrentaron tomando las riendas de los caballos en una mano y el sable, que algunos soldados llevaban desenvainado, con la otra. La tropa carrancista no se atrevió o no quiso arremeter en contra de las mujeres. Ya para entonces, a las mujeres se les habían sumado muchos hombres que, en calidad de esposos, hijos o hermanos, se

indignaban ante la posibilidad de que “sus mujeres” fueran desnudadas, fotografiadas y desinfectadas.[80]

Los dos sucesos narrados aquí representan arranques de un nacionalismo, alimentados por la xenofobia popular que se materializaba en expresiones momentáneas, voluntaristas, desordenadas, radicales en ocasiones, pero que no lograban crear un cuerpo de ideas y comportamientos alineados a una propuesta coherente, proveniente del Estado mexicano. Llama poderosamente la atención que los testigos que hablan de esos acontecimientos y que se encuentran en la colección de historia oral de la Universidad de Texas en El Paso insisten en los actos de humillación para cruzar el puente. Sin embargo, también son muestra de que las protestas eran provocadas por los actos extremos de vejación, protestas que no lograban articular un rechazo coherente a actos de exclusión, consecuencia de la reformulación que Estados Unidos hizo de la frontera con México.

De hecho, muchos mexicanos que cruzaban habitualmente el puente Santa Fe aprendieron a jugar con las reglas de la apariencia que el monitoreo de las autoridades estadounidenses habían impuesto, lo cual incluía la costumbre de escoger la vestimenta adecuada y lucir una apariencia de limpieza que les facilitase el cruce a El Paso.[81] Los baños desinfectantes, la campaña contra las enfermedades contagiosas y, en términos generales, el nuevo tipo de vigilancia establecido en la frontera con México fueron, al parecer, absorbidos, interiorizados, naturalizados por los mexicanos de la región. Raza y nacionalidad pasaban a formar parte de los riesgos de la vida diaria fronteriza.

Conclusiones

Por si se pudiera concluir

Habitualmente, la atención de los angloamericanos hacia el fenómeno de la frontera ha estado atada a la reconstrucción imaginaria, turneriana, de la historia estadounidense en su expansión hacia el oeste; aunque, en realidad, hay dos tradiciones a considerar: la muy familiar de uso en inglés, *frontier*, que nos dice que la frontera es un espacio donde los colonizadores blancos entraron en zonas "libres" con abundante tierra "disponible", y otra tradición, la *border*, mucho menos familiar, que es la zona que divide a Estados Unidos y a México.

Mientras la primera tradición creó en la sociedad estadounidense la ilusión de tierras vacantes y por conquistar, con arrojo y trabajo, la segunda los enfrentó con una realidad que con el paso del tiempo sólo se ha ido complicando hasta convertirse en el lugar "donde el tercer mundo se enfrenta al primero, y sangra", para utilizar el lenguaje, anímicamente desgarrado, de Gloria Anzaldúa.[1]

Las fronteras, en general, son erigidas para definir lugares: lo propio y lo extraño, lo seguro y lo inseguro, la pertenencia y la exclusión; sirven, en pocas palabras, para diferenciar el *nosotros* de los otros. De manera particular, la frontera que divide a Estados Unidos de México no sólo

fue durante casi un siglo una estrecha línea de difícil determinación, sino que a uno y otro lado se extendía un mismo espacio, definido por estructuras históricas antiguas y que, si bien fueron parcialmente destruidas por la guerra (1846-1848) y sus consecuencias, dejaron poderosos remanentes culturales y emocionales, así como fuertes redes sociales y de movilidad que una división tan absurda y súbita no podía eliminar con facilidad.

Aunque el conjunto de estos ensayos se ha concentrado en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, se muestra la idea de cómo una frontera como la construida para separar a Estados Unidos de México fue, por su origen y elementos constitutivos, un espacio físico cuyo contenido social y cultural se ha encontrado en un constante estado de transición y complicado afianzamiento. Es la construcción de las identidades que contienen o excluyen, el filtro que define lo permitido y lo prohibido, lo legítimo y lo transgresor. La exclusión, la discriminación y el racismo dirigidos contra los mexicanos tuvieron que ser paulatinamente elaborados en Estados Unidos por el Estado y muy diversos sectores de su sociedad. Para ello, se valieron de prácticas de variada sofisticación, desde el racismo rústico y ramplón del "not dogs or mexicans allowed" hasta los cálculos de las cuotas migratorias por nacionalidad, elaboradas al amparo del triunfo del racismo científico.

Hoy, la región que separa a estos dos países se nos aparece como un lugar único en el mundo, por ser un espacio donde una nación poderosa e industrializada comparte una frontera terrestre tan grande con otra, cuya constante parece ser un perenne estado de saltos frustrados para salir de la pobreza. El abismo material entre las dos naciones es tan grande y produce tantos desequilibrios que cualquier intento por suavizar la idea de frontera como un lugar de gran riqueza cultural por la multitud y variedad

de sus intercambios y sincretismos —en donde la gente ha aprendido a convivir sin problemas— se vuelve un chocante intento por romantizar lo que por necesidad es conflictivo. En la frontera, la violencia cotidiana, real y simbólica proviene, en buen grado, del hecho de que las relaciones de poder y subordinación que atraviesan las relaciones entre la nación imperial y una nación periférica, se concentran en un espacio relativamente pequeño. Relaciones nacionales de tal complejidad y tensión no pueden producir zonas limítrofes pacíficas, armoniosas y de comprensión sencilla.

He tratado de presentar una visión opuesta a la de una frontera como un escenario sencillo y que se forma por decreto, acuerdo o tratado impuesto por la fuerza. La construcción de la frontera entre Estados Unidos y México no es un problema de mapas, aunque haya quien lo suponga así.[2] La distancia entre una línea divisoria, trazada en un mapa oficial, y una frontera construida y entendida a través de prácticas sociales y de autoridad, es enorme. La primera se logra en poco tiempo la segunda toma décadas, en el mejor de los casos.

Quise centrarme en realizar una especie de arqueología de la formación de la frontera para un periodo relativamente corto pero, sostengo, muy significativo. Busqué entender ese proceso como un acto de la ingeniería cultural del proceso de construcción del Estado-nación estadounidense en su carrera por imponer al mundo el designio imperial de su poder. Los elementos de esa ingeniería cultural que aquí se han explorado y relacionado son la migración provocada y la elaboración del concepto de México y lo mexicano como versión particular de la otredad.

La herramienta usada para esa exploración fue el análisis del desarrollo de las políticas de administración de un puesto de vigilancia fronteriza: El Paso, Texas. El puente internacional Santa Fe ha sido propuesto aquí como el

teatro para la escenificación de los rituales de vigilancia y monitoreo fronterizos, resultado de la interacción del poder estatal y de las agendas particulares de los grupos de interés estadounidenses.

Comparada con la extensión de tres mil kilómetros de la frontera entre Estados Unidos y México, la región de El Paso y los pocos metros cuadrados que cubrían el puente Santa Fe y sus instalaciones de vigilancia parecen insignificantes. También pueden perderse las actuaciones de "personajes menores" como médicos, inspectores, contrabandistas, patrones e inmigrantes, ante la fuerza y visibilidad de los jefes de Estado, diplomáticos, militares de alto rango y revolucionarios. Sin embargo, la apuesta ha sido a que es precisamente en el espacio reducido y en el detalle cotidiano de la actuación de estos personajes "menores" donde se concentran y hacen evidentes las relaciones de poder y la capacidad de crear conciencia de esa ingeniería cultural. Las prácticas de vigilancia fronteriza que llevan a la clasificación y a la exclusión, como el escrutinio ocular, las entrevistas, la revisión física de cuerpos, los baños y desinfecciones, pasaportes y vacunas, conforman la parte fundamental del andamiaje de esa construcción del Estado-nación imperial.

Los agentes del poder estatal estadounidense requirieron ir creando bases de legitimidad, cada vez más sofisticadas y aceptadas, para administrar la composición del *body politic* nacional y, al mismo tiempo, para satisfacer las demandas prácticas de su desarrollo económico. Las contradicciones entre políticas de inmigración y la necesidad de los mercados laborales no son momentos de excepción sino la regla que hace del oportunismo, del pragmatismo cínico, la norma de actuación de una nación de las dimensiones y ambiciones de Estados Unidos.

Desde la Ley de Inmigración de 1891, la entrada a Estados Unidos fue convertida en un "rito de pasaje", acotado

de manera cada vez más sustancial por vocabularios médicos que para la segunda década del siglo XX habían logrado una relación de correspondencia entre patologías, razas y nacionalidades. Los grandes avances que la medicina mostró durante la última parte del siglo XIX, en materia de la teoría de gérmenes y bacteriología, dieron un vuelco a la comprensión de la etiología de muchas enfermedades infecto-contagiosas que afectaban a las personas, abriendo con ello el camino para las reformas de los sistemas de salud de la época. Pero cuando estos avances cruzaron su camino con teorías emergentes en materia de herencia, el racismo científico cobró fuerza. Al amparo de la fuerza y "neutralidad" de la ciencia, esas corrientes urgieron a que los Estados comprendieran y contribuyeran, particularmente en países destino de las migraciones, a convertir en sentido común los postulados de "ciencia, eficiencia y orden", que postulaba el movimiento eugenista en su afán por implantar la contención institucionalizada de la reproducción y la movilidad de grupos "no aptos". [3]

No sobra insistir en estas páginas que una de las vías —la de mayor legitimidad y consenso— para revolucionar la vigilancia y administración de las puertas de entrada de *aliens* a Estados Unidos fue sustentada en el discurso médico. Uno de los argumentos clave para entender el proceso de consolidación de los modernos Estados nacionales es aquel que apela a la salud pública. En el puente internacional Santa Fe, el escrutinio médico y sus procedimientos de desinfección, prevención y exclusión fueron el mecanismo más eficaz, quizá por la violencia implícita institucionalizada que implicaba, para redefinir la historia social y cultural de los habitantes de una región binacional como la de El Paso-Juárez. Era imposible, después de ser sometido a este tipo de revisiones, seguir ignorando que existía una frontera cuya vigilancia diferenciaba a unos de

otros, por su origen nacional, raza o pertenencia a cierta clase social. Es, quizá, uno de los ejemplos más precisos y radicales que pueda yo pensar de cómo las relaciones de poder penetran los cuerpos y conciencias de las personas.

El discurso y prácticas de salud pública son, en apariencia, sólo producto de la conciencia científica "neutra" a favor del bienestar de las personas. Sin embargo, también tenemos evidencia de que estas políticas, como herramienta del Estado, sirven para proteger intereses particulares y, no obstante, gozar de consenso popular, merced a que se presentan envueltos en el velo de la salud ciudadana de una nación. Los discursos de la medicina y de la eugenesia lograron una catalogación de gran aceptación de México como territorio donde las enfermedades infecto-contagiosas se sufrían de manera endémica. De manera necesaria, se concluía también que los mexicanos deberían ser considerados como vectores de tales enfermedades.

Me parece que se ha aportado la evidencia que impide la sorpresa ante el hecho de que tales enfermedades hayan tenido un papel tan poco relevante en decidir la exclusión de los inmigrantes mexicanos: menos de 1 por ciento de todos los mexicanos que cruzaron hacia Estados Unidos, entre 1900 y 1930, fueron rechazados por motivos de salud. El diagnóstico comprobado de los inmigrantes mexicanos como portadores de enfermedades contagiosas es en verdad raro, según los registros históricos del USPHS.[4] La conclusión que obtenemos es que la salud pública fue también la vía para dar respetabilidad a las inspecciones basadas en otro tipo de evidencias, tales como la pobreza, la apariencia racial y la adscripción a creencias políticas consideradas peligrosas o subversivas. El azoro, de existir, desaparece y surge en su lugar la necesidad de entender el rol de la salud pública en el triunfo del racismo científico que, sobre todo en los años veinte, contribuyó a modelar los rostros de las naciones en la "era de los extremos", co-

mo se refiere Hobsbawm al siglo xx. Gracias a ello, las objeciones por clase, raza, sexo o incluso creencias políticas podían ocultarse en un discurso que seguía generando clasificaciones de otredad pero, supuestamente, liberadas de carga política o prejuiciosa, mediante el uso de una terminología desarrollada por la patología y la medicina.

El consenso popular ganado con este discurso permitió que hacia fines de los años veinte, cuando se quiso restringir la entrada de mexicanos a una cuota anual, gobernantes, legisladores, líderes sindicales, académicos y eugenistas pudieran acudir a estereotipos sobre el mexicano —pobre, ignorante, sucio, enfermo y, como consecuencia de la Revolución Mexicana, violento y revoltoso— para argumentar la validez de prácticas humillantes y la segregación sociocultural de facto del *body politic* estadounidense.

Las reflexiones y el contenido de estos ensayos abonan la idea del carácter oportunista de las políticas de inmigración de Estados Unidos. También explican que las formas de exclusión de estas políticas son de naturaleza fluida y amoldable a las necesidades del entorno nacional y pueden utilizarse a conveniencia o, incluso, ser modificadas según el momento: riesgo a la salud pública, incapacidad mental, aptitud física, género, ignorancia, moralidad, robo de oportunidades a trabajadores locales, riesgo político, combate al terrorismo, etc. Ese carácter fluido y oportunista de las formas de exclusión muestra su utilidad en la medida en que, sin dañar los intereses económicos del país, siempre mantienen a la mano la posibilidad de reclamar que cualquier inmigrante representa un riesgo para la nación.[5]

El carácter fluido de estas prácticas migratorias y de exclusión selectiva tiene su ejemplo más completo en la forma en que se ha querido entender el movimiento de trabajadores mexicanos hacia la frontera norte y la administra-

ción de su ingreso a Estados Unidos. Se ha hecho pasar como de sentido común, como algo connatural a la nacionalidad mexicana, la necesidad de que millones tengan que cruzar la frontera, legal o ilegalmente, para encontrar trabajo y así paliar la pobreza secular de México. Uno de los objetivos más claramente perseguidos en este texto ha sido develar el carácter instrumental del proceso migratorio. La emigración hacia Estados Unidos no es producto, en su origen, de las condiciones de pobreza que se viven en el sur. Es un proceso conscientemente inducido desde Estados Unidos, que responde a la toma de decisiones que el Estado y buena parte de los grupos dominantes hicieron para satisfacer sus mercados laborales. Primero del suroeste y el medio oeste y luego de muchas otras regiones del país. La pobreza de México sólo fue un elemento que facilitó la atracción de mano de obra abundante, barata y poco calificada, durante un muy largo periodo, desde los últimos quince años del siglo XIX hasta el Programa Bracero iniciado durante la Segunda Guerra Mundial y terminado en la década de los sesenta.

La migración, vista desde el observatorio que proporciona la información aquí presentada, toma un giro radical. No es un movimiento producido como resultado de un fenómeno físico en el que la carencia busca la satisfacción. Verlo así es olvidar la historia y borrar la responsabilidad que las situaciones de dominio colonial y poscolonial tienen al irrumpir en las zonas periféricas, creando grandes disrupciones. Por el contrario, una mirada arqueológica sobre la migración debe ayudar a entender la responsabilidad de los imperios coloniales y poscoloniales en la creación de las tremendas oleadas migratorias que hoy arriban a sus territorios y que son vistas como invasiones de "nuevos bárbaros".[6]

Baste decir, por otro lado, que no se propone un regreso a las posiciones de los teóricos de la dependencia econó-

mica de los años setenta, quienes en su afán por demostrar las consecuencias del imperialismo pasaban por alto la responsabilidad de las elites locales en el afianzamiento de las condiciones de pobreza de los países latinoamericanos. Tampoco se ha querido obviar el carácter que las fronteras tienen como espacio de transformaciones recíprocas entre el dominante y el subalterno. El encuentro entre el mundo imperial y el periférico, en zonas de contacto como las fronteras no implica un movimiento de entidades discretas a través de límites inamovibles. De manera evidente, se trata de transformaciones recíprocas, de encuentros que, si bien son desiguales por la dirección en que circulan las relaciones de poder, los cuerpos, las conciencias y las fronteras mismas se definen mutuamente y son transformadas por esos procesos asimétricos de transculturación.

Retos pendientes

Las investigaciones que nos permitan ir reconociendo en la frontera un fenómeno de gran complejidad histórica y cultural tienen aún caminos largos por recorrer. Naturalmente, no me refiero al hecho de aceptar que hoy en día la frontera representa un hecho de muy difícil manejo y comprensión por las tensiones que la vecindad entre Estados Unidos y México enfrentan al arranque del siglo XXI. A este respecto hay, para decir verdad, una literatura que ha sido producida como avalancha, casi en exceso. La frontera, en muchos sentidos, es y ha sido moda durante los pasados veinte años. Sin embargo, me parece que han privado las miradas inmediatistas e instrumentales.

Pretendo una forma de diálogo distinto con la frontera para proponerla como un artefacto diseñado y manipulado por intereses y necesidades de dos Estados nacionales,

los cuales fueron construidos, expresados y socializados en términos de prácticas culturales de una gran variedad. He propuesto que esas prácticas de identidad, monitoreo, exclusión y discriminación son, a su vez, procesos que definen y transforman los caminos de consolidación del Estado-nación. Queda claro que un trabajo más integral para comprender esta frontera binacional está aún lejos y se requerirá continuar promoviendo investigaciones para estudiar más "zonas de contacto" como lo intentamos con la región de El Paso. Cada nueva investigación tendrá, idealmente, que promover una visión más integradora del fenómeno fronterizo mexicano-estadounidense en su conjunto.

El otro reto, mayor y que puede constituir la continuación de estas ideas que hoy presento, corresponde a la forma en que el Estado y la sociedad mexicanos enfrentaron la formación de esta frontera. A lo largo del texto se adelantan algunas ideas. La frontera no fue ni ha sido escenario para la expresión del optimismo nacional; tampoco ha sido considerada como muestra del espíritu cultural de México. Podríamos preguntarnos si hoy día esa actitud ha cambiado; hay datos para no suponer un giro sustancial y pensar que el territorio fronterizo sigue siendo, en más de un sentido, el espacio que nos separa del vecino poderoso y abusivo. El carácter periférico y marginal que se le ha dado a la región en el proyecto de construcción nacional, desde el siglo XIX, ha promovido la idea de espacio vacío y donde todo, o casi todo, se vale.

La frontera como ese lugar de contacto en el que abruma el poderío de Estados Unidos también tiene parte de su explicación en la ausencia del Estado mexicano en la zona; ni física ni anímicamente la franja fronteriza fue, durante los años que aquí se estudian, objeto de sus esfuerzos. Tal pareciera que desde que los límites internacionales quedaron, de manera general, fijados como conse-

cuencia de los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, los sucesivos gobiernos mexicanos decidieron que la vigilancia de la frontera, sólo correspondería a la nación poderosa. Desde entonces, las diferentes facetas que hacían evidente la presencia del Estado: militar, salud, educación, etc., siempre se dieron en el lado estadounidense. La respuesta mexicana fue consistentemente escasa y tardía. Las consecuencias de las políticas erradas y de la ausencia de Estado en la región se viven hoy al iniciar el siglo XXI.

Durante los años que cubren estos ensayos, las respuestas mexicanas, tanto las oficiales como las populares, carecieron de estructura y continuidad. Pero aun en el desorden y en el voluntarismo que las caracterizaron, se percibe tanto la ausencia de una política de Estado para la frontera, como los prejuicios raciales que marcaron a la sociedad mexicana y la actuación de sus gobiernos. Fue después del estallido de la Revolución Mexicana cuando se recrudecieron las prácticas de vigilancia, exclusión y discriminación en el suroeste de Estados Unidos. Ciudadanos mexicanos fueron objeto de malos tratos, tanto en el ambiente laboral como en los procedimientos de admisión en ciudades como El Paso, Laredo o Brownsville y, si bien es cierto que las autoridades consulares mexicanas tuvieron una actividad destacada, también es cierto que en su actuación se permeaban actitudes racistas hacia los indígenas y los trabajadores más pobres de México.

Los cónsules mexicanos de aquellos años, que se encontraban cumpliendo una misión en ciudades cercanas a la frontera, presentaron quejas ante autoridades estadounidenses, federales y locales, denunciando malos tratos a ciudadanos mexicanos. Sin embargo, estas quejas tendían a referir la experiencia de "respetables mexicanos norteños de clase media", separándolas de aquellas sufridas por simples peones o indígenas.[7] La desgracia de la falta de protección en el norte del Bravo se completaba para los

trabajadores migratorios cuando regresaban a México, donde la práctica de estafarlos y asaltarlos ya está bien afincada en aquellos años. El Estado mexicano se hacía cómplice de estos delitos, al menos por omisión.[8]

La combinación de la actitud hacia la frontera con la proveniente del racismo mexicano hacia indígenas y campesinos fueron parte de la ausencia de una política de Estado que incluyera a la frontera. Las valiosas conclusiones que Manuel Gamio derivó de sus estudios, *The Mexican Immigrant: His Life-Story*, de 1931, y *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment*, de 1930,[9] fueron prácticamente ignoradas en México, a diferencia de lo ocurrido en Estados Unidos, donde sus obras fueron muy leídas y discutidas en el marco de la gran crisis de 1929.

Por esos años, el Estado mexicano tampoco puso en marcha algún plan para promover o facilitar la repatriación de los trabajadores que se encontraban en Estados Unidos bajo las tremendas presiones laborales, legales y culturales que la depresión económica trajo a partir del año 1929. No obstante, el tono nacionalista de los gobiernos mexicanos, sobre todo a partir de Venustiano Carranza, en la evidencia histórica denota un desinterés casi total hacia la suerte del millón y medio de sus ciudadanos emigrados.

El proyecto mexicano para su frontera con Estados Unidos, explorado de la manera en que aquí lo hicimos para el caso estadounidense, plantea una línea de investigación necesaria para entender el fenómeno fronterizo en toda su riqueza y cabalidad. Las facilidades para la investigación son menores, sin embargo, la exploración que ya se está haciendo sobre los elementos de la ingeniería cultural en el proyecto de reconstrucción del Estado-nación en los años veinte y treinta del siglo XX, así como la utilización de nuevos recursos documentales, permiten plan-

tear la futura, pero pronta, investigación que complemente esta propuesta.

Notas

Introducción

[1] Lay, 1985.

[2] Foucault, 1999: 141-142.

[3] La importancia de este tipo de registros consistía en que afirmaba la relación de supremacía respecto a México ofreciendo, vía las estadísticas, radiografías del país y de sus nacionales, a quienes lograba convertir en objeto de conocimiento y sujetos del poder. La integración de este corpus informativo representa una continuidad del viejo discurso colonial que las potencias europeas usaron para definir al “otro” e imponer su poder frente a culturas distintas.

[4] Foucault, 1999: 189.

[5] Frey, 2002: 102.

[6] Cohn, 1987.

[7] Me refiero de manera particular al notable volumen editado por Joseph, Legrand y Salvatore, 1998.

[8] En ese sentido destaca por su novedad el libro de Gamio, 2002.

[9] Prólogo al libro de Joseph, Legrand y Salvatore, eds., 1988: XI-XII.

[10] La idea de “zonas de contacto” entre el centro y la periferia pero que ya no se encuentran en las áreas coloniales o periféricas ha sido desarrollada por Pratt, 1992. Su uso está también en la obra de Ian Chambers, 1994.

[11] *Ibídem*: 14.

[12] Un trabajo inspirador es el de Markel, 1997.

[13] Markel y Stern, 1999: 1313-1330.

[14] Señalan Markel y Stern (1999:1315): “At a time when epidemics were on decline, many public health officials became concerned less with diseases such as cholera, typhoid, and plague and more interested in identifying more ambiguous conditions and syndromes such as feeblemindedness, constitutional psychopathic inferiority, and poor physique. The three physicians who occupied the position of Surgeon General during the Progressive Era reflected

this trend and often voiced their anxieties and opinions about what 'face' the nation should have and who should comprise the body politic".

[15] Rozat, 2002: 31.

1. *Border, frontier,*

[1] Limerick, 1987: 18-19.

[2] *Ibídem*: 19.

[3] Turner, 1988: 346.

[4] *Ibídem*: 347.

[5] *Ibídem*: 373.

[6] *Ibídem*: 374.

[7] Limerick, 1987: 21.

[8] Lee Klein, 1997: 20.

[9] Etulain, 1991. Véase en particular "After Turner: The Western Historiography of Frederic Paxson".

[10] Limerick, 1987: 21. La propia Limerick da una de las pistas por las que la tesis de la frontera tuvo tal fuerza en la historiografía del oeste americano: mientras que los historiadores de la época colonial tenían en 1776 una marca para su periodización, los historiadores del sur o de la Guerra Civil la tenían en 1865; los historiadores de la frontera no tenían una marca de tal precisión. Turner les creó una: 1893.

[11] De los dos primeros los consejos llegaron en forma de lecturas: Hayden White y Michel DeCertau. El tercero corresponde a un maestro permanente, Guy Rozat.

[12] Hasta hace pocos años, los cursos de "Western American History" en las universidades de Estados Unidos llegaban hasta fines del siglo XIX o acaso hasta la Primera Guerra Mundial.

[13] El plan de trabajadores mexicanos temporales, propuesto por el presidente George W. Bush a inicios de 2004, tiene asombrosa semejanza —como se verá más adelante— con otras iniciativas puestas en marcha durante los años de la Primera Guerra Mundial y luego durante la década de los veinte.

[14] Aparecido primero en *State Historical Society of Wisconsin Proceedings* de 1893 y reimpreso en *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*. Madison, University of Wisconsin Press, 1938: 316. Una buena manera de acercarse a la obra de Turner es el inspirador libro de Kerwin Lee Klein, 1997.

[15] Utilizo el carácter instrumental y el adjetivo *imaginario* como han hecho los estudiosos del surgimiento de las naciones y los nacionalismos. Me ha resultado particularmente útil la lectura de la célebre conferencia dictada en la Sorbona en 1882 por Ernest Renan, "Qu'est ce que c'est une nation?" en

su versión al inglés “What is a Nation?”, en Eley y Grigor Suny 1995: 42-56; la obra de Hobsbawm, 1990; la de Greenfeld, 1992; la de Anderson, 1992, la de Nairn, 1997. Desde la perspectiva etnosimbólica, véase Smith, 1997.

[16] Sobre este tema se puede consultar el espléndido volumen reunido por Kaplan y Pease (eds.), 1993. También Joseph, Legrand y Salvatore (eds.), 1998.

[17] George W. Pearson, “The Frontier and Frontiersmen of Turner´s Essays”, *Pennsylvania Magazine of Biography and History*, núm. 64, octubre, 1940, citado en Lee Klein, 1997: 22-23.

[18] Juricek, 1966: 10-34.

[19] Podemos destacar a Hayden White con sus obras *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, 1973; *The Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, 1978; *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, 1987. Asimismo, Furet, 1982. También es indudable la influencia de las obras de Michel Foucault y de Michel de Certau.

[20] En la medida en que se convirtieron en interlocutores, unos más evidentes que otros, de esta investigación, quiero al menos citar a Limerick, 1987; Sánchez, 1993; Katz, 1982; Knight, 1986; Reisler, 1976; Kaplan y Pease, 1993; Stoler, 1995; Cooper y Stoler (eds.), 1997; Hall y Coerver, 1988; Utley, 1980.

[21] González H. y León G., 2000.

[22] Esta sentencia de Ezequiel Martínez Estrada pareciera ser la queja de algún fronterizo mexicano recriminando el abandono de la región: “La causa de inseguridad con que avanza la República Argentina es esa parálisis periférica, ese vacío que hay detrás de sus bordes, desde donde nos llegan las emanaciones de un sopor profundo, de una existencia letárgica y cargada de amenazas”. Véase Martínez Estrada, 1993: 56.

[23] Una buena guía para rastrear estos temas en la producción bibliográfica brasileña está en Chevalier, 1999.

[24] Martínez, 1978; Sonnichsen, 1968.

[25] Hasta donde sé, la mayor parte de las aportaciones en este tema son de estudiosos ingleses y estadounidenses. Aquí cito una muestra representativa: De Guy, 1990 y 1991; Brading, 1989; Knight, 1994; Mallon, 1995. A los anteriores hay que sumar la obra del antropólogo mexicano de la Universidad de Chicago Claudio Lomnitz, en particular, 2001.

[26] Vázquez, 1970b; y Kay Vaughan, 1982.

[27] El término quizá debamos atribuírselo a Agustín Basave Benítez, 1992. Véase también la obra del antropólogo Lomnitz, 1992.

[28] En este tema sigo las ideas del antropólogo e historiador Tenorio Trillo, 1998.

2. La lenta construcción de una frontera

[1] Marcus Braun, inspector de Inmigración en Nueva York, a Frank P. Sargent, Comisionado General de Inmigración. Nueva York, 10 de junio de 1907, Micropelículas del Immigration and Naturalization Service, Record Group 85. Series A, part. 2, Mexican Immigration, 1906-1930. (En adelante, INS, RG 85), Casefile 52320/1A.

[2] Meade, 1988: 43-51.

[3] *Ibídem*: 47.

[4] Al momento de ese decreto la población china se calculaba en unas 360,000 personas. Núñez García y Zermeño Padilla (comps.), 1988.

[5] Limerick, 1987.

[6] *Ibídem*: 265. Acerca del proceso político cultural para crear el aparato de ideas antichinas, dice Limerick: "Such efforts at assimilation produced meager results, which in turn provided "evidence" for the "inability" of the Chinese to assimilate. [...] Once the failure to assimilate had been interpreted as racial character, anti-Chinese partisans joined the tide of scientific racism, freed from blame or responsibility for any injuries that followed. Along with scientific racism, the anti-Chinese advocates could draw on a familiar element of 19th century American political thought. The arrival of the Chinese coincided with widespread controversy over slavery; almost immediately, the two matters were intertwined. Most Chinese immigrants had to borrow money for their passage; this credit-ticket system put them under the control of Chinese merchants. Control extended through their stay; to secure a return ticket, the Chinese immigrant had to present a release, certifying that he was debt-free. [...]. Chinese immigration came to be dominated by the analogy of slavery: if an economy was built on cheap, racially distinctive, centrally controlled labor, the West would bring on itself the struggles and frustration of the South [...]. If white Americans saw Chinese labor as a variation on slavery, their version of abolition was to keep out the slaves [...]. In the 1882 Exclusion Act, racial antipathy revolutionized American immigration policy, drawing for the first time a line based on race and nationality". *Ibídem*: 267-268.

[7] Entre los ejemplos de la literatura en los que se trata la situación de la población china en Estados Unidos, se encuentran Barth, 1964, y, Millar, 1969. De particular interés para, la situación de los chinos en el oeste americano y la zona fronteriza, están: Saxton, 1975; Limerick, 1987: cap. 8.

[8] Una excelente descripción se puede encontrar en García, 1981.

[9] Traducción de las "Regulaciones relativas a la inmigración china a México", aparecidas en el *Diario Oficial* del 2 de octubre de 1903; INS, RG 85, Casefile 55609/551.

[10] *El Paso Evening Tribune*, 18 de octubre de 1893: 4.

[11] *El Paso Herald*, 14 de mayo de 1907: 2. Hasta 1890, la población japonesa en Estados Unidos era casi inexistente, véase Limerick, 1987: 270.

[12] Véase Núñez García y Zermeño Padilla (comps.), 1988: 534 y 549-551.

[13] *El Paso Herald*, 21 de diciembre de 1906: 1.

[14] *El Paso Herald*, 19 de febrero de 1907: 6.

[15] *El Paso Herald*, 22 de marzo de 1907: 1.

[16] A. Seraphic, inspector a cargo a Comisionado General de Inmigración, Washington, 8 de enero de 1906; INS, RG 85, Casefile 51423/1A.

[17] *Ibídem*.

[18] "U.S. Will Ask Mexico to Help Keep out the Undesirable Immigrants", *El Paso Herald*, 25 de noviembre de 1905: 2.

[19] E. E. Thompson a Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores, México, 7 de junio de 1906; INS, RG 85, Casefile 45115/8.

[20] Comisionado General de Inmigración a Comisionado de Inmigración de Ellis Island, Washington, 6 de febrero de 1907; INS, RG 85, Casefiel 51423/1.

[21] Secretario de Estado a secretario de Comercio y Trabajo, Washington, 22 de agosto de 1906; INS, RG 85, Casefile 51423/A.

[22] Departamento de Comercio y Trabajo, Washington, 2 de febrero de 1907; INS, RG 85, Casefile 52546/1B.

[23] "Sensacional Removal Rumored at El Paso Port of Entry For Aliens", *El Paso Morning Times*. 14 de agosto de 1908: 2-3. También en INS, RG 85, Casefile 52588/1B.

[24] F. P. Sargent, Comisionado General de Inmigración, a T.F. Smucker, inspector a cargo en El Paso, Washington, 14 de febrero de 1907; INS, RG 85, Casefile 51423/1.

[25] A esas voces se sumaban también los discursos darwinistas, como el de Henry Cabot Lodge, en los que se proponía una visión "histórica" de la superioridad de la raza blanca y de la necesidad de proteger la "base racial" de Estados Unidos con medidas que sólo permitieran la inmigración a personas de habla inglesa, alemanes, escandinavos y franceses. Su iniciativa de ley para restringir la inmigración, presentada en 1896, hacía eco de "un franco deseo del pueblo norteamericano por restringir [...] la inmigración hacia los Estados Unidos." El proyecto Lodge pretendía ampliar la base de exclusiones de la ley vigente que a su entender eran excesivamente reducidas y no incluyen a "todos, ni siquiera a una parte considerable de los inmigrantes cuya presencia en este país es indeseable o dañina". Núñez y Zermeño [comps.], 1988: 537-548.

[26] *Ibídem*: 544.

[27] *Ibídem*: 547. De hecho los eugenistas calculaban que la reserva genética de la raza superior se ponía en riesgo cuando ésta era menor a 85 por ciento del total de la población.

[28] El gobierno de Wilson, sin embargo, cedió a las presiones de los grandes empleadores de inmigrantes mexicanos y emitió la circular del 23 de mayo por medio de la cual se suspendía la aplicación de varias de las provisiones

restrictivas para entrar al país. “George J. Harris, inspector supervisor a inspector a cargo”, El Paso, 15 de junio de 1917; INS, RG 85, Casefile 54261/202.

[29] Declaraciones de Marcus Braun, inspector de migración en El Paso, en *El Paso Herald*, 25 de noviembre de 1905: 2.

3. ¿Nativistas, eugenistas o racistas?

[1] Una visión sintética de esta corriente se encuentra en Feagin, 1997: 13-43.

[2] Allen, 1994.

[3] Sobre el paulatino debilitamiento de la influencia de las ideas de Darwin, es muy útil Bowler, 1983.

[4] Leys Stepan, 1991: capítulo 1.

[5] Kevles, 1985.

[6] Un impresionante recuento de la limpieza racial disfrazada de salud pública en la Alemania gobernada por Hitler se encuentra en Proctor, 1988.

[7] La Eugenics Records Office fue fundada por Charles Davenport en 1903 y publicaba el *Eugenical News* como órgano de difusión.

[8] Una lectura sugerente de la concepción del Estado al tomar estas responsabilidades es la obra de Dawley, 1991.

[9] El procedimiento cultural por el que se establece la ecuación entre los inmigrantes y el movimiento de los gérmenes nocivos es espléndidamente descrito por Kraut, 1995.

[10] Clasificación que se dio a ciudades con límites morales y raciales muy laxos, tales como Nueva Orleans, San Francisco y El Paso. Véase Cleveland, 1968.

[11] Sobre el tema es iluminador el libro de Brandt, 1987.

[12] Una parte del trabajo fino y pionero de Stern se encuentra en 1999a.

[13] David Starr Jordan a Charles Davenport, 7 de mayo de 1925. Esta comunicación forma parte de la colección Davenport que se encuentra en la American Philosophical Society de Filadelfia y me fue proporcionada por Alexandra M. Stern.

4. La medicalización de la frontera

[1] De hecho, se presentaron casos en los que, aun antes de que los comisionados de límites de ambos países terminaran de trazar la línea divisoria, militares estadounidenses se fueron hacia el sur con el fin de lograr más ga-

nancias territoriales. Tal fue el caso de las comunidades de Ysleta, Socorro y San Elizario —al oriente de Paso del Norte o Juárez— que, aun sin quererlo, fueron seccionadas del territorio chihuahuense y pasaron al de Texas. Igual suerte corrieron los ejidos y tierras comunales de los pueblos de San Lorenzo y Senecú. Véase Martínez, 1994: 157-172.

[2] Una revisión a fondo de las consecuencias del mencionado tratado se encuentra en Griswold del Castillo, 1990. Véase también el libro clásico de Vázquez, 1970a.

[3] Montejano, 1987.

[4] Había la costumbre de llamar *tejano* al habitante de ese Estado de origen mexicano, mientras que *texano* se aplicaba al de origen angloamericano. Véase De la Teja, 1994: 80.

[5] En otros casos, como en los condados centrales de Texas, tres mundos quedaron claramente delineados: el anglo (definido por su blancura, por lo que también incluyó a irlandeses, italianos o judíos), el negro o africano y el mexicano. Véase el trabajo de Foley, 1997.

[6] Esas luchas por el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos estadounidenses son descritas por Griswold del Castillo, 1990, y, para el caso particular de California, Almaguer, 1994.

[7] Palabra ofensiva que designa tanto a una persona mestiza o de sangre cruzada como a un perro.

[8] Este fenómeno ha sido muy bien descrito por Mario Cerutti en su vasta obra sobre el noreste de México y su relación con Texas.

[9] Para una visión clara y sintética puede verse el utilísimo manual de los acreditados historiadores Foner y Garraty [eds.], 1991: 868-871 y 917-923.

[10] El Surgeon General en el gobierno federal de Estados Unidos equivaldría a un secretario o ministro de salud de otros países.

[11] McKiernan, 2002: 43-45.

[12] *Ibídem*: 46.

[13] "Memorandum as to Efforts Made to Perfect an Agreement with the Railways of Mexico Concerning Inspection of Aliens", s/l, junio de 1904, INS, RG 85, Casefile 51464/41.

[14] Ann Laura Stoler, en su trabajo sobre las prácticas coloniales de Francia y Holanda en Vietnam y Camboya durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, acuña el concepto de *interior frontiers* para explicar las políticas de exclusión y represión de los comportamientos raciales ambiguos de los europeos y los temores sobre el crecimiento de la población *métise* y su potencial subversivo. "Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusión in Colonial Southeast Asia", Cooper y Stoler [eds.], 1997: 198-237.

[15] Más adelante nos adentraremos en detalles de cómo se establecieron límites raciales en El Paso, con el fin de controlar los males que se adjudicaban a los habitantes no anglosajones de la ciudad: además de la enfermedad

relacionada con la suciedad, se contaban la prostitución, el juego y la venta de alcoholes y drogas.

[16] Legalmente, la esclavitud terminó en 1862, pero la vieja cultura del sur se movió con rapidez hacia el suroeste después de la Guerra Civil. Una descripción excelente para la región central de Texas está en Foley, 1997: cap. 1.

[17] McKiernan, 2002: 50. Una descripción minuciosa de un sistema de restricciones y dominio patriarcal en una sociedad esclavista como Brasil, se presenta en el clásico de Gilberto Freyre, 1956.

[18] McKiernan traza dos elementos que nutren ese "marco teórico": uno proveniente de la experiencia imperial de la Gran Bretaña denominado *death by migration*, que en pocas palabras era un índice de la capacidad de resistencia a las condiciones de los trópicos de las tropas británicas, y otro afincado en la cultura de exclusión, agricultura de plantación y economía esclavista de los estados del sur de Estados Unidos. Mckiernan, 2002: 50.

[19] *Ibídem*: 55.

[20] *The Lone Star*, 21 de octubre de 1883: 2; también citado en García, 1981: 143.

[21] Citado en Stern, 1999a: 63.

[22] Tanto la familia de la entrevistada como la del esposo provenían del estado de Virginia, donde habían sido propietarios de plantaciones y de esclavos. Véase Metz y Fuller, 1968.

[23] Las políticas de salud pública han sido parte importante de la definición de las fronteras de influencia imperial de Estados Unidos en Latinoamérica, desde fines del siglo XIX (Cuba y Puerto Rico); tales medidas ayudaron paradójicamente a la consolidación de procesos de construcción del nacionalismo y del Estado-nación. Véase Palmer, 1998. México no fue ajeno a esta misma infuencia, como lo muestra Solórzano, 1994: 52-71.

[24] Esta alegoría me vino a la mente al leer a García, quien ha dicho que El Paso simboliza para los mexicanos lo que Nueva York para los inmigrantes.

[25] El nombre de Franklin lo tomaron los pobladores anglos de la ribera norte del Bravo de Franklin Coon, dueño de esas tierras.

[26] En 1925 se construyó un moderno puente alterno, de hormigón y acero, y en 1930 otro igual sustituyó al de madera. Flores Simental *et al.*, 1994: 27.

[27] Para este tema ha sido de gran inspiración la brillante investigación de Alexandra Minna Stern.

[28] El término *contact zone of the American empire* fue desarrollado por Pratt, 1992, citado en Joseph, Legrand y Salcatore (eds.), 1998: 3-46.

[29] No sobra decir que el puente también ha sido y sigue siendo un espacio para la protesta y la respuesta airada, incluso violenta, contra el comportamiento racista de las autoridades de inmigración. Sin embargo, la "normalización" o aceptación fronteriza del monitoreo estricto ha sido la regla.

[30] El mejor recuento sobre los dramáticos y fascinantes días del sitio, batalla y caída de Ciudad Juárez, y la forma en que ambas ciudades vivieron esos días, se encuentra en Siller, 2003.

[31] Este suceso será descrito con amplitud más adelante.

[32] Katz, 1979.

[33] *El Paso Herald*, 27 y 28 de enero de 1917, reseñó el hecho como un gran acontecimiento.

[34] La carrera de Pierce continuó por la ruta de un líder del eugenismo: durante la década de los veinte se dedicó al combate de las enfermedades venéreas y en los cuarenta fue director médico de la Planned Parenthood Federation. Véase Stern, 1999a: 42.

[35] Sobre la capacidad generadora de identidades de las ferias y exposiciones se pueden ver dos estupendos libros: Rydell, 1984: cap. 8, y para el caso mexicano, Tenorio Trillo, 1998.

[36] *El Paso Herald*, 28 de abril de 1916: 13.

[37] "No New Cases of Typhus Here", *El Paso Herald*, 18 de marzo de 1916: 25∫; y "No New Typhus Cases in El Paso", 30 de abril de 1916: 7.

[38] *El Paso Herald*, 20 de marzo de 1916.

[39] McKiernan, 2002: 191-192.

[40] "Dr. Husk Dies of Typhus Fever; A Martyr to Cause of Humanity", *El Paso Herald*, 20 de marzo de 1920: 3-4.

[41] *El Paso Herald*, 15 de junio de 1916: 5.

[42] La novela de ese nombre, de Thomas Mann, se desarrolla precisamente en un sanatorio para tratar tuberculosos, aunque no inspiró a estos paseños, puesto que fue publicada hasta 1924.

[43] *El Paso Herald*, 1 al 5 de enero de 1917.

[44] Adicionalmente, el nuevo edificio evitaría tragedias como "el holocausto" del año anterior.

[45] A quien ya me referí en el capítulo "La lenta construcción de una frontera".

[46] Martínez, 1974a.

[47] La descripción completa proviene de Pierce, en Stern, 1999a: 46.

[48] No tengo forma de comprobarlo, pero sospecho que esa cantidad corresponde con el número total de cruces realizados en toda la frontera, ya que en la frontera Texas-México la cantidad mensual rondaba los 164,000 cruces y en un periodo de cuatro meses el total sólo pudo haber alcanzado 640,000.

[49] Reportes de Pierce en los Public Health Records, utilizados por Stern, 1999a: 47-49.

[50] Stern, 1999a: 49.

[51] *Ibídem*: 72.

5. El enemigo indispensable

[1] Se ha señalado que los registros de inmigración referentes a mexicanos, realizados por autoridades de Estados Unidos, son poco confiables para esos años. De hecho, los registros migratorios mexicanos anotan hasta el doble de personas que abandonaban México. El Censo de 1930, el primero que incluyó la categoría "mexicano", estimó que la población de ese origen había pasado de 367 mil en 1910 a 700 mil en 1920, pero dejando fuera de esa cantidad a los que se encontraban en condición de ilegales o los censados bajo el rubro étnico de "blancos". Véase García, 1981: 34-36.

[2] Tal es el caso de *La Patria*, diario fundado en enero de 1919 por el veterano periodista Silvestre Terrazas, quizá el más importante e influyente de los periódicos publicados en español en Estados Unidos. *Ibídem*, 4.

[3] Una visión crítica completa del desarrollo económico de El Paso en aquellos años puede encontrarse en García, 1981: cap. 1. Para un análisis del estado de Texas véase Zamora, 1993.

[4] *El Paso Herald*, 28 de enero de 1895: 4.

[5] González Herrera, 2004.

[6] *El Paso Herald*, 30 de julio: 1; 1 de agosto: 4, y 15 de agosto de 1901: 4.

[7] Las declaraciones de este funcionario, el General Malloy, fueron recogidas por este periódico en su edición del 13 de febrero de 1902. García, 1981: 38.

[8] Martínez, 1972.

[9] García, 1981: 39.

[10] Estas últimas protestas de alguna manera influyeron en el gobierno federal que impuso una "cuarentena" migratoria a fines de 1903. Sin embargo, unos cuantos meses después, se ordenó al Departamento de Inmigración no sólo levantar esa "cuarentena", sino "ayudar de cualquier forma a la entrada de trabajadores mexicanos". Véase *El Paso Herald*, 11 de mayo de 1904: 1.

[11] Cuando se trataba de contratar a trabajadores de bajos salarios, las compañías ferrocarrileras empezaron a preferir a los mexicanos sobre chinos y japoneses. No sólo se les pagaba un dólar diario, sino que además eran físicamente más fuertes, de trato fácil, de obediencia pasiva, fáciles de satisfacer y sin riesgo de que realizaran acciones concertadas. U. S. Congress. Senate. Dillingham Commission. *Immigration in Industries*. 61s Congress, 1911, Doc., núm. 633, cit. por García, 1981: 40.

[12] *El Paso Herald*, 4 de febrero de 1905: 5; 20 de octubre de 1903: 1, y 5 de enero de 1904: 3.

[13] *El Paso Herald*, 7 de agosto de 1906: 9.

[14] *El Paso Herald*, 4 de febrero: 2; 9 de febrero: 5; 23 de febrero: 9; 15 de noviembre: 3, y 9 de diciembre de 1907: 2; 11 de enero: 9; 15 de enero: 4, y 27 de enero de 1908: 5.

[15] Esta renovación del apetito por los braceros mexicanos fue reportada ampliamente por *El Paso Herald* en sus ediciones del 12 de julio, p. 4; 9 de agosto, p. 1; 31 de agosto, p. 12, y 5 de octubre de 1909, p. 9, y del 25 de marzo, p. 12 y 8 de agosto de 1910, p. 3.

[16] Holmes Suplpy Company, Los Ángeles, California, 26 de septiembre de 1907, en INS, RG 85, Casefile 52546/31B.

[17] Holmes Supply Company a comisión de Irrigación de Nueva York; Los Ángeles, California, 27 de septiembre de 1907. *Ibídem*.

[18] Carl Van Riper, abogado de Kansas, a J.H. Pager, inspector de Inmigración en Kansas, Dodge City, 17 de junio de 1908, INS, RG 85, Casefile 52546/31.

[19] J. M. White, asistente del sheriff de El Paso, a comisionado general de Inmigración, El Paso, 13 de agosto de 1909, INS, RG 85, Casefile 52546/31.

[20] La Holmes Supply Company proveía trabajadores para las líneas del poniente del ferrocarril Santa Fe; la L. H. Manning and Company lo hacía para el Southern Pacific, y la J. E. Hutt Construction Company, para el ferrocarril El Paso, Southwestern y Rock Island.

[21] F. Berkshire, inspector a cargo en San Antonio, a comisionado general de Inmigración, San Antonio, 1 de noviembre de 1909, INS, RG 85, Casefile 52546/31.

[22] *Ibídem*.

[23] Daniel J. Keefe, comisionado general de Inmigración, a inspector supervisor en El Paso, Washington, 19 de noviembre de 1909, INS, RG 85, Casefile 52546/31.

[24] Todo hace suponer que las contrataciones directas de trabajadores fueron muy raras. Hay una reportada que realizó el Southern Pacific, que, ante una renuncia inesperada después del día de pago, hizo una contratación directa en el puente Santa Fe. Subcomisionado General de Inmigración a inspector supervisor en El Paso, Washington, 9 de marzo de 1910, INS, RG 85, Case file 52546/31.

[25] Samuel Gompers, presidente de la AFL, a Daniel J. Keffe, comisionado general de Inmigración, Washington, 28 de abril de 1910, INS, RG 85, Casefile 52546/31A.

[26] Frank Morrison, secretario de la American Federation of Labor, a Daniel J. Keffe, comisionado general de Inmigración, Washington, 29 de abril de 1910. *Ibídem*.

[27] *The Labor Advocate*, El Paso, 6 de mayo de 1910, en INS, RG 85, Casefile 52546/31B.

[28] El reporte menciona el cruce de panaderos, cantineros, fabricantes de ladrillos, carniceros, carpinteros, cocineros, floristas, sombrereros, impresores, zapateros, relojeros e incluso un doctor y un ingeniero. Debe tenerse en cuenta que ésta es la contabilidad de aquellos que, viviendo en Juárez, cruzaban diariamente a El Paso. Cuadro: "Mexican Aliens Residing in Juarez, Mexico, and Crossing over to the United States Daily, All of Them Being Emplo-

yed in El Paso, Texas" del reporte del Inspector Frank R. Stone, "Mexican Labor Conditions", mayo de 1910, INS, RG 85, Casefile 52546/31B.

[29] El periódico está citando a un sheriff del que no da el nombre ni el lugar. *Ibídem*.

[30] Presentación del reporte "Mexican Labor Conditions" del inspector Frank R. Stone., F. W. Berkshire, inspector supervisor en El Paso a comisionado general de Inmigración, El Paso, 30 de junio de 1910. *Ibídem*.

[31] *Ibídem*.

[32] El documento en que se estipulaban estas condiciones era "Reglas de observancia para las agencia de empleo", contenido en F. W. Berkshire, inspector supervisor en El Paso a comisionado general de Inmigración, El Paso, 18 de marzo de 1911, INS, RG 85, Casefile 52546/31C.

[33] "Observaciones a las reglas para las agencias de empleo", en abogado de Zarate & Aviña Company y otros, a secretario de Comercio y Trabajo de Estados Unidos, El Paso, 3 de agosto de 1911. *Ibídem*.

[34] Los seis dólares eran pagados por la compañía ferrocarrilera que hacía el encargo de peones pero luego eran recuperados del primer sueldo ganado por ellos. El "Informe Stone" ofrece cifras más conservadoras.

[35] Comisionado general de Inmigración a secretario de Comercio y Trabajo, Washington, 3 de julio de 1911, INS, RG 85, Casefile 52546/31C.

[36] Al gobierno estadounidense le preocupaba que, además de ser numerosos, los nuevos inmigrantes siguieran apoyando a las facciones enfrentadas en México, violando así las leyes de neutralidad de Estados Unidos. A fines de 1911, se decidió la realización de redadas con autoridades locales para reunir a los mexicanos y saber si se estaban involucrando en actividades políticas. Procurador general de Estados Unidos McDaniel a procurador general de Texas, Washington, 20 de noviembre de 1911, INS, RG 85, Casefile 53108/1C.

[37] R. H. Taylor, inspector en El Paso, a comisionado general de Inmigración, El Paso, 9 de julio de 1912, INS, RG 85, Casefile 52546/31E.

[38] *Ibídem*.

[39] Quejas llegadas desde Arizona y Kansas. Comité de Inmigración y Naturalización de la Cámara de Representantes a Charles Nagel, Secretario de Comercio y Trabajo, Washington, 31 de diciembre de 1912, INS, RG 85, Casefile 52546/31G.

[40] "Dearth of Labor", *The Topeka State Journal*, 27 de noviembre de 1912, INS, RG 85, Casefile 52546/31G.

[41] *Ibídem*.

[42] The Atchison, Topeka & Santa Fe Railway Company a los miembros del Congreso de Estados Unidos, Topeka, Kansas, 3 de enero de 1913, INS, RG 85, Casefile 52546/31F.

[43] Charles Nagel, secretario de Comercio y Trabajo, al senador H. C. Lodge, Washington, 4 de enero de 1913. *Ibídem*.

[44] A. A. Graham a Woodrow Wilson, Topeka, 1 de marzo de 1913, INS, RG 85, Casefile 52546/31G.

[45] *Ibídem.*

[46] *Ibídem.*

[47] El tinte populista forma parte del discurso nativista, por ello encontró tanto eco en sectores populares y depauperados o dentro del movimiento obrero organizado. Por otro lado, las acusaciones a la administración Taft parecen un tanto injustas, pues, aunque su secretario de Comercio y Trabajo, Nagel, efectivamente provenía de la Standard Oil, durante su periodo decretó un gran número de medidas antimonopolio. Véase Foner y Garraty [eds.], 1991: 1056-1057.

[48] A. A. Graham a Joseph E. Evans, secretario de Comercio y Trabajo, Topeka, 8 de febrero de 1913, INS, RG 85, Casefile 52546/31G.

[49] A. A. Graham a Woodrow Wilson, Topeka, 14 de agosto de 1913, INS, RG 85, Casefile 52546/31H.

[50] *Ibídem.*

[51] A. A. Graham a William P. Wilson, secretario del Trabajo, Topeka, 17 de abril de 1914, INS, RG 85, Casefile 52546/31H.

[52] Daniel Keffe, comisionado general de Inmigración, al secretario de Comercio y Trabajo, Washington, 12 de marzo de 1913, INS, RG 85, Casefile 52546/31G.

[53] Joseph Meyers, inspector, a comisionado general, El Paso, 9 de enero de 1914, INS, RG 85, Casefile 52546/31H.

[54] F. Berkshire, inspector supervisor de El Paso a comisionado general de Inmigración, El Paso, 29 de noviembre de 1911, INS, RG 85, Casefile 53108/71C.

[55] F. Berkshire, inspector supervisor de El Paso, a comisionado general de Inmigración, El Paso, 10 de febrero de 1912. *Ibídem.* F. Berkshire a comisionado general, El Paso, 20 de agosto de 1913, INS, RG 85, Casefile 53108/71G.

[56] F. Berkshire, inspector supervisor de El Paso, a comisionado general de Inmigración, El Paso, 26 de febrero de 1914, INS, RG 85, Casefile 53108/71J.

[57] La gran mayoría de los que fueron regresados a México eran miembros del ejército federal que defendía al régimen huertista; entre los repatriados había centenares de mujeres y niños familiares de los soldados. F. Berkshire, inspector supervisor de El Paso, a comisionado general, El Paso, 17 de octubre de 1914, INS, RG 85, Casefile 53108/71M.

[58] Alan C. Bernard al senador A. Smith, Tucson, 20 de marzo de 1916, INS, RG 85, Casefile 54152/79.

[59] García, 1981: 46.

[60] Murrell L. Buckner, superintendente de The Union Terminal Company, al senador Morris Sheppard, Dallas, Texas, 30 de mayo de 1917, INS, RG 85, Casefile 54261/202.

[61] John L Burnett, presidente del Comité de Inmigración y Naturalización de la Cámara de Representantes, a William B. Wilson, secretario del Tra-

bajo, Washington, 27 de mayo de 1917, INS, RG 85, Casefile 54261/202.

[62] George J. Harris, inspector temporal a cargo en El Paso, El Paso, 15 de junio de 1917. *Ibídem*.

[63] A. J. Milliken, inspector en Nogales, a inspector supervisor en El Paso, Nogales, 20 de junio de 1917. *Ibídem*.

[64] A. Caminetti, comisionado general de Inmigración, a todos los comisionados e inspectores del Servicio, Washington, 10 de mayo de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202B.

[65] "Circular núm. 9 del Servicio General de Migración a los CC. Gobernadores de los Estados", *Diario Oficial de la Federación*, 23 de febrero de 1918. *Ibídem*.

[66] *Ibídem*.

[67] Paul Scharrenburg, inspector de Conciliación, a A. Caminetti, comisionado general de Inmigración, San Francisco, Calif., 30 de marzo de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202A.

[68] T. B. Searus a W. Wilson, Utah, junio de 1917, INS, RG 85, Casefile 54261/202, y J. de la Torre, comisionista, a A. Caminetti, comisionado general, Nueva Orleans, 24 de junio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202B.

[69] A. P. Pratt, presidente de Chestatee Pyrites and Chemical Corporation, al secretario del Trabajo, Atlanta, Georgia, 25 de junio de 1918. *Ibídem*.

[70] La última parte de la solicitud era una descarada violación a la Contract Labor Law. *Ibídem*.

[71] J. P. Bishop, examinador a cargo, al senador Charles Culberson, Brownsville, Texas, 27 de junio de 1918. *Ibídem*.

[72] Howard C. Hopkins, jefe de la División de trabajadores mexicanos, al director general del Servicio de Empleo de Estados Unidos, Washington, 2 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202A.

[73] Las excepciones en el horizonte político mexicano eran, de acuerdo con Hopkins, Pablo González —quien había comandado el ejército constitucionalista del noreste—, señalado como el único verdadero amigo de Estados Unidos, pero sin poder alguno, y Álvaro Obregón, que había girado su posición y ahora mostraba sus simpatías hacia el vecino del norte pero se encontraba retirado, en ese momento, a la vida privada. Howard C. Hopkins al director general del Servicio de Empleo de Estados Unidos, Washington, 3 de julio de 1918. *Ibídem*.

[74] *Ibídem*.

[75] *Ibídem*.

[76] A. Caminetti, comisionado general de Inmigración, al secretario del Trabajo, Washington, 9 de junio de 1918. *Ibídem*.

[77] *Ibídem*.

[78] *Ibídem*.

[79] Congresista James V. McClintic, el Comité de Tierras Públicas de la Cámara de Representantes, a A. Caminetti, Washington, 9 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202C.

[80] L. B. Leighton, International Coal Mines Company, al secretario de Trabajo, Eagle Pass, 10 de julio de 1918. *Ibídem*.

[81] Barkman, Railroad District 10, al Servicio de Empleo de Estados Unidos, Kansas City, 12 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202B.

[82] A. Caminetti, comisionado general de Inmigración, al secretario del Trabajo, Washington, 22 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202D.

[83] *Ibídem*.

[84] *Ibídem*.

[85] M. B. Hammond, War Labor Policies Board-U.S. Food Administration, al comisionado general de Inmigración, Washington, 10 de agosto de 1918. *Ibídem*.

[86] Secretario del Trabajo al congresista Tom Connally, Cámara de Representantes, Washington, 30 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54262/202C.

[87] William B. Wilson, secretario del Trabajo, Orden Departamental, 10 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202.

[88] T. C. Jennings, Comisionado del Departamento del Trabajo del Estado de Texas, al Dr. H. C. Hall, examinador médico en Laredo, Austin, 7 de agosto de 1918, INS, RG 85, Casefile 54549/381.

[89] Desde lugares tan lejanos como Nueva Jersey, donde la Asarco operaba una planta refinadora y fundidora de cobre y plomo, se reclamaba la inmediata importación de cuando menos, quinientos empleados mexicanos; para traerlos, pedían "se haga una excepción, ya que está parada la refinación de metales por falta de trabajadores y los productos son necesarios para la guerra, [además] el peón mexicano es muy bueno en el trabajo de fundición". W. M. Loeb, director gerente de Asarco al secretario del Trabajo, Nueva York, 29 de julio de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202C.

[90] A. Caminetti a los comisionados e inspectores de inmigración a cargo, Washington, 21 de diciembre de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202G, y B. Long, División de Asuntos Mexicanos del Departamento de Estado a Caminetti, Washington, 23 de diciembre de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202E.

[91] The Junior Order of United American Mechanics of the U.S.A. al Senado y Cámara de Representantes, Filadelfia, 20 de Julio de 1917, INS, RG 85, Casefile 54261/201A.

[92] *Periódico Oficial del Gobierno de Tamaulipas*. Ciudad Victoria, 20 de marzo de 1918, INS, RG 85, Casefile 54261/202B.

[93] Discurso de Edward F. Parker, vicepresidente de la Southwest Cotton Co., Tucson, 20 de marzo de 1917, INS, RG 85, Casefile 54231/181.

[94] Hugh R. Osburn al secretario del Trabajo, King City, California, 21 de marzo de 1919, INS, RG 85, Casefile 54261/202F.

[95] Véase el capítulo anterior.

[96] Harris, inspector supervisor en funciones, al comisionado general de Inmigración, El Paso, 13 de abril de 1919, INS, RG 85, Casefile 54261/202H.

[97] Amalgamated Meat Cutters and Burtcher Workmen of North America (AFL) a H. W. Husband, comisionado general de Inmigración, Chicago, 14 de abril de 1921, INS, RG 85, Casefile 55091/6.

[98] R. Bennett, inspector, al inspector a cargo, Galveston, Texas, 20 de abril de 1921. *Ibídem*.

[99] Jefe de Policía de Denver a Vicente Rendón Quijano, cónsul de México en Denver, Denver, 13 de enero de 1922, INS, RG 85, Casefile 55091/6.

[100] George R. Elder al comisionado general de Inmigración, El Paso, 24 de marzo de 1923. *Ibídem*.

[101] William B. Wilson, secretario del Trabajo, Circular para atención inmediata, Washington, 3 de enero de 1919, INS, RG 85, Casefile 54261/202. Sólo los algodoneros de Arizona solicitaron en el verano de 1919 permiso para la importación de cuando menos 10,000 peones, a los que se les levantarían todas las restricciones. Arizona Cotton Growers Association al comisionado general de Inmigración, Tempe, 19 de agosto de 1919, INS, RG 85, Casefile 54261/202H.

[102] Orla M. Cannon, editor de *The Guadalupe Gazzette*, al congresista Free, Guadalupe, California, 18 de enero de 1926, INS, RG 85, Casefile 55224/358C.

[103] "Awaking to the Menace", *Arizona Silver Belt*, Tucson, 21 de septiembre de 1927, INS, RG 85, Casefile 55598/549B.

[104] *Ibídem*.

[105] "The Destroyers", *The Daily Silver Belt*, Miami, Arizona, 4 de enero de 1928, INS, RG 85, Casefile 55598/459B.

[106] "Mexican Immigration", en *The Colorado Labor Advocate*. Denver, 5 de enero de 1928. *Idem*.

[107] "The Rising Tide of Mexican Immigration", *Arizona Labor Journal*, Phoenix, 18 de febrero de 1928, INS, RG 85, Casefile 55598/459C.

[108] "Race Conflicts in Arizona", *The Daily Arizona Silver Belt*, Glendale, 14 de enero de 1928, ISN, RG 85, Casefile 55598/459B.

[109] Recuérdense las ideas del senador Lodge, analizadas en "La lenta construcción de una frontera".

[110] Edwin Gordon Lawrence, "In Behalf of the Box Bill", *El Paso Times*, 12 de febrero de 1928, INS, RG 85, Casefile 55598/459C.

[111] H. R. Mansfield, inspector a cargo, al comisionado general, Denver, 8 de agosto de 1924, INS, RG 85, Casefile 55091/6.

6. Se completa el aparato de vigilancia

[1] G. C. Wilmoth, inspector a cargo en El Paso, al comisionado general de Inmigración, El Paso, 31 de marzo de 1923, INS, RG 85, Casefile 55301/217.

[2] *Ibídem*.

[3] *Ibídem*.

[4] "Schedule Showing the Minimum Number of Officers and Employees Required in the Mexican Border District. Fiscal Year 1923", inspector supervisor en El Paso, INS, RG 85, Casefile 54750/36E.

[5] James J. Davies, secretario del Trabajo, al Senador Ralph H. Cameron, Washington, 16 de julio de 1925, INS, RG 85, Casefiele 55301/217.

[6] *Ibídem*.

[7] El Paso Chamber of Commerce a W. W. Husband, comisionado general de Inmigración, El Paso, 10 de marzo de 1923. *Ibídem*.

[8] *Ibídem*.

[9] "Los pasaportes serán anulados quizá en breve", *La Patria*, 1 de enero de 1919: 3.

[10] "Los pasaportes en la frontera serán abolidos", *La Patria*, 12 de mayo de 1919: 1.

[11] "Los pasaportes sustituidos ya por la tarjeta", *La Patria*, 20 de mayo de 1919: 1.

[12] Pan-American Federation of Labor al Departamento del Trabajo, Washington, 10 de diciembre de 1919, INS, RG 85, Casefile 54549/516.

[13] "No fue autorizado R. Pesqueira para negar pasaportes", *La Patria*, 23 de noviembre de 1920: 1.

[14] "Los pasaportes abolidos sólo en las 40 millas", *La Patria*, 15 de julio de 1921: 1. Un año antes, la autoridad consular mexicana en El Paso calculaba ingresos por 100 mil dólares gracias al cobro de 10 dólares por cada permiso y pasaporte expedido. Véase *La Patria*, 5 de mayo de 1920: 1.

[15] "La cuestión de los pasaportes está siendo hoy discutida para suprimirlos en breve", *La Patria*, 4 de agosto de 1921: 1.

[16] "Se agrava más el asunto de los pasaportes y ahora es más difícil identificarse", *La Patria*, 12 de agosto de 1921: 1.

[17] "Los pasaportes han sido la rémora del tráfico comercial", *La Patria*, 11 de noviembre de 1921: 6, y "La derogación del molesto pasaporte es precisa a México", *La Patria*, 12 de noviembre de 1921: 1.

[18] La cláusula tercera del decreto del presidente Warren G. Harding señalaba: "Los ciudadanos mexicanos no serán requeridos para que presenten pasaportes, tarjetas de identificación, permisos o documentos similares para entrar a Estados Unidos, directamente de México o de alguno de los demás países arriba especificados [Canadá, Terranova, Bermuda, Bahamas y súbditos ingleses]", *La Patria*, 27 de enero de 1922: 1.

[19] "Como *[sic]* debe observarse la ley de Inmigración con respecto a la abolición de pasaportes" (*Ibídem)*.

[20] "No hay más pasaportes desde ayer pero se han puesto en vigor las leyes de migración", *La Patria*. 2 de febrero de 1922: 1.

[21] Véase la nota 76 del capítulo anterior.

[22] “Se pone en práctica en el lado mexicano una medida legal para los visitantes”, *La Patria*, 5 de marzo de 1923: 1; y, “Desde hoy comenzarán a ser exigidas las tarjetas para la identificación en México”, *La Patria*, 2 de julio de 1923: 1.

[23] Sánchez, 1993: 57. Los datos que aparecen en la nota 101 del capítulo anterior son diferentes, pero mantienen la veracidad de la tendencia.

[24] Limmerick, 1987: 249.

[25] Perkins, 1918: 93-94.

[26] Shaw, 1986.

[27] Martínez, 1975a, cit. en Sánchez, 1993: 55.

[28] “Declaratoria de la acusación de Charles Geck contra Nick D. Collaer”, Naco, Arizona, 17 de julio de 1925, INS, RG 85, Casefile 55301/217A. La acusación en contra de Collaer no tuvo efecto alguno: poco después fue nombrado jefe de la Border Patrol en El Paso. Véase *El Paso Herald*, 5 de enero de 1928.

[29] Sánchez, 1993: 59.

[30] *El Paso Times*, 17 de enero de 1927, INS, RG 85, Casefile 55598/459.

[31] “They Need a Friend”, *El Paso Post*, 5 de febrero de 1927. *Ibídem*.

[32] “Says Border Patrol finest Police Organization in US” en *El Paso Times*, 16 de febrero de 1927. *Idem*.

[33] En 1920 había, oficialmente, 486 mil mexicanos, a los que se sumaron 34,025 en ese mismo año; 38,892 en 1921; 22,795 en 1922; 72,087 en 1923; 102,215 en 1924; 45,018 en 1925; 54,448 en 1926, y 69,685 en 1927. “Number of Mexican Immigrants in Nation Increasing. Commisioner of Labor States”, *The United States Daily*, 24 de septiembre de 1927, INS, RG 85, Casefile 55598/549B.

[34] “Upsetting the Melting Pot”, *Montana Labor News*, Butte, Montana, 20 de diciembre de 1927. *Ibídem*.

[35] “Proposal to Restrict Crossing of Borders by People of American Countries Opposed”, *U.S. Daily*, Washington, 2 de marzo de 1928, INS, RG 85, Casefile 55598/459C.

[36] Mc Lean, 1928.

[37] “Mexican Quota Problem Topic”, *Arizona Daily Star*, Tucson, 7 de enero de 1929, INS, RG 85, Casefile 55598/459C.

[38] “Pass the Box Bill”, *The Arizona Daily Star*, Tucson, 13 de febrero de 1930, INS, RG 85, Casefile 55598/459E.

[39] *Ibídem*.

[40] El secretario del Trabajo Davis había reconocido frente al Senado que los mexicanos se quedaban en Estados Unidos y que su tasa de naturalización alcanzaba apenas 5 por ciento del total de residentes, INS, RG 85, Casefile 55598/459C.

[41] *Ibídem*.

[42] Declaraciones del doctor W. A. Evans, "Noted Medic Gives Advice Upon Health", *Los Angeles Examiner*, 2 de noviembre de 1928. *Ibídem*.

[43] Estas declaraciones fueron reproducidas por muchos periódicos de los Estados Unidos. INS, RG 85, Casefile 55598/459E.

[44] "Servicio Consular Americano a todos los funcionarios consulares en México. Correo confidencial. Circular núm. 136", ciudad de México, diciembre de 1919, INS, RG 85, Casefile 54549/516.

[45] Paul H. Foster, cónsul en Veracruz, al secretario de Estado, Veracruz, 31 de febrero de 1921, INS, RG 85, Casefile 55079/290.

[46] Esta comunicación señala que sólo en abril de ese año, 531 inmigrantes de Europa central habían llegado a Veracruz, la mayoría con la intención de luego ir a Estados Unidos. Departamento del Trabajo a Servicio de Inmigración, El Paso, 5 de mayo de 1921. *Ibídem*.

[47] John Word, cónsul a cargo a secretario de Estado, Veracruz, 11 de febrero de 1922, INS, RG 85, Casefile 55609/551.

[48] Harrison, inspector a cargo, al comisionado general, San Antonio, Texas, 28 de junio de 1923, INS, RG 85, Casefile 55224/358A.

[49] En el caso específico del jefe de inmigración en Nuevo Laredo, Pedro Núñez, se informaba que la cooperación que prestaba era aprobada por la Secretaría de Gobernación de la ciudad de México. Inspector a cargo al comisionado general, Laredo, Texas, 31 de enero de 1924, INS, RG 85, Casefile 55224/358.

[50] Viejas querellas nacionales, como las de montenegrinos con serbios o bohemios con austriacos, eran usadas para vigilar las redes de contrabando. A. A. Spurgeon, inspector a cargo, al comisionado general, Tucson, 21 de septiembre de 1925. *Ibídem*.

7. Una sociedad anglo en la frontera

[1] Algunos de los pioneros anglos de la región fueron Hugh Stephenson, James Wiley Magoffin, Simeon Harty Benjamin S. Dowell, quienes se relacionaron por matrimonio con las familias Azcárate, Valdés, Siqueiros y Márquez, respectivamente. Detalles de estas uniones se encuentran en: Sonnichsen, 1968, vol. I: cap. X; Timmons, 1981: 51-52.

[2] Shawn, 1985: 4.

[3] Un muy buen recuento de las actitudes de los anglos hacia los mexicanos en las diferentes regiones de Texas, después de su independencia, está en De León, 1982. Al respecto véase el segundo capítulo de esta obra.

[4] González de la Vara, 2002: 90-94.

[5] El viajero alemán Julius Froebel llegó a El Paso en noviembre de 1852 y así describió su experiencia en la aduana mexicana: "Los asuntos de El Paso nos ocuparon del 3 al 9 de noviembre. Las negociaciones con las autoridades

aduaneras nos llevaron la mayor parte del tiempo [...]. Así fue como me di cuenta de las triquiñuelas a que comerciantes y autoridades aduaneras recurren cuando hay de por medio una buena cantidad de mercaderías. Los aduaneros echan mano de todo truco para calcular, en provecho propio, el monto del impuesto, mientras que por su parte el comerciante saca ventaja del incentivo del soborno". Véase Froebel, s.f.: 9.

[6] *Ibídem*: 92.

[7] *Ibidem*: 93.

[8] La controversia sobre la legitimidad de la esclavitud se reavivó durante la guerra con México ya que, como se preveía, su resultado significaría importantes ganancias territoriales a Estados Unidos. El *quid* era saber si los nuevos territorios permitirían la esclavitud, pues con ello se perdería el equilibrio de poder en el Senado. La falta de un acuerdo estable al respecto terminó siendo una de las causas de la guerra civil estadounidense entre 1861 y 1865. Para una visión sintética véase Moyano, Velasco y Suárez, 1988: 467-492.

[9] Shawn, 1985: 5.

[10] González de la Vara, 2002: 97.

[11] Shawn, 1985: 6. El proceso de confiscación y remate de esas propiedades estuvo lleno de irregularidades y, sobre todo, de abusos. En diciembre de 1865 se llevó a cabo una subasta pública en El Paso, entonces Franklin, ordenada por el poder judicial federal, en la que muchas casas y parcelas fueron rematadas a precios ridículos; la subasta se realizó de tal manera que los hermanos Mills y su círculo lograron cimentar sus fortunas futuras en este acto de "pillaje legal". Véase Sonnichsen, 1968, vol. II: 170-171.

[12] De León, 1983: cap. 8

[13] Timmons, 1981: 54.

[14] El crecimiento siguió siendo meteórico, pues la población se duplicaba cada diez años: 16 mil habitantes en 1900, 39 mil en 1910, 77 mil en 1920 y 120 mil en 1930. *Idem*: 72.

[15] A esos primeros cuatro ministros se les conoció como "The Old Guard" [La vieja guardia]. "Pioneer Association Biographical Sketchbook", Colección de Microfilmes, El Paso, UTEP, MF 503.

[16] Timmons, 1981: 60-61.

[17] En efecto, los funcionarios civiles y judiciales de pueblos cercanos como Isleta o Socorro seguían llevando los asuntos oficiales y el registro escrito de ellos en español. Véase Lay, 1985: 11.

[18] García, 1981: 158-165; Lay, 1985: 12.

[19] García, 1981: 7.

[20] *El Paso Herald*, 9 de febrero de 1917.

[21] Esto es confirmado por sus hijas en 1973. Salazar y Torok, 1973a y 1973b.

[22] Cleveland, 1968.

[23] *El Paso Times*, 4 de mayo y 11 de septiembre de 1902. Sobre el tema es espléndido el capítulo 8 de García, 1981.

[24] García, 1981: 166-167.

[25] *El Paso Times*, 29 de enero de 1915: 12. García, 1981: 168.

[26] García, 1981: 171.

[27] Para un estupendo seguimiento de la interacción entre anglos y mexicanos en Texas véase Montejano, 1987.

[28] Autores citados como Sonnichsen, Timmons, De León y Lay.

[29] Al iniciarse el siglo XX, 60 por ciento de la población de El Paso era anglo y 40 por ciento mexicana, negra o asiática. Cálculos de Chris P. Fox, sheriff del condado de El Paso entre 1932 y 1942. Véase Martínez, 1976a.

[30] Veáse Salazar y Torok, 1973a y 1973b.

[31] Leon C. Metz y Robin Fuller, "Entrevista a Mrs. Hugh White". El Paso, OHI-UTEP, núm. 48, 3 de junio de 1968.

[32] Su hija califica a sus padres como refugiados de la guerra civil. Hovious, 1973b.

[33] *Ibídem*.

[34] "Pioneer Association Biographical Sketchbook", Colección de Microfilmes-UTEP. El Paso, MF 503.

[35] Hovious, 1973a.

[36] *Ibídem*. Se refiere a las vías del ferrocarril.

[37] *Ibídem*. Sus recuerdos reviven imágenes de El Paso entre 1900 y 1920.

[38] "Pioneer Association Biographical Sketchbook", Colección de Microfilmes-UTEP, El Paso, MF 503.

[39] Foley, 1997, y De León, 1983.

[40] [No se permite la entrada a perros y a mexicanos]. Martínez, 1974c.

[41] John y Martínez, 1975. La entrevistada recuerda que la actitud de los mexicanos hacia los negros dependía de su posición social: "Los ricos tenían la misma actitud hacia nosotros los negros que hacia los pobres".

[42] Estrada, 1975; González H., 1992; Siller, 2003.

[43] Shawn, 1985: 19, *El Paso Times*; Turner, 1935: 49-66.

[44] Wilson a Caminetti, Washington, 2 de febrero de 1912, INS, RG 85, Casefile 53108-71C.

[45] Shawn, 1985: 20.

[46] *El Paso Herald*, 26 de febrero de 1912. Véase también De Wetter, 1946: 53-70. Quizá el mejor recuento de la Revolución en la zona sea la tesis de Richard M. Estrada, ya citada.

[47] Shawn, 1985: 20. El Departamento de Guerra evidentemente hizo caso omiso de la histérica solicitud de Kelly.

[48] Ya cité en este mismo capítulo el excelente trabajo de Arnoldo de León, en el que hace una escrupulosa reconstrucción del sentimiento antimexicano por parte del estado de Texas anglo hacia la entonces mexicana Texas.

[49] De hecho, la prensa nacional acusó a Villa de ser aliado de Estados Unidos por no haberse pronunciado contra la invasión de Veracruz.

[50] Garna Loy, 1977: 357, citada por Shawn, 1985: 23.

[51] *El Paso Times*, 26 y 30 de agosto de 1915.

[52] Sánchez Escobar, 1934: 116-123 y 125. Esta narración señala que habiendo estado alardeando Orozco de su intención de internarse a México, con una fuerte cantidad de dinero, a los Rangers "les fue muy fácil ponerse al acecho, y cuando los cinco hombres atravesaban el río limítrofe, los cazaron como patos y tranquilamente extrajeron del agua los cuerpos ya muertos de ellos, sirviéndoles como pretexto los caballos que, ensillados, se encontraban esperándolos del lado mexicano, y cuyo robo les atribuían". Agradezco a Pedro Siller haber llamado mi atención sobre este texto.

[53] *El Paso Times*, 31 de agosto, 1 y 2 de septiembre de 1915, y *El Paso Morning Times* [edición en español], 4 de septiembre de 1915.

[54] *El Paso Times*, 14 de enero de 1916: 1 y 2.

[55] Shawn, 1985: 17.

[56] Martínez, 1976b.

[57] *El Paso Herald*, 14 de enero de 1916.

[58] Shawn, 1985: 25, y *El Paso Times*, 15 de enero de 1916.

[59] Este reporte fue dado a conocer por la prensa local y presentado como uno de los grandes atractivos de la ciudad, en: Gould C.A. & Co, 1886.

[60] Hovious, 1973a.

[61] Hovious, 1973b.

[62] Nuevamente refiero a la muerte del mismo nombre de Thomas Mann.

[63] Cleveland, 1968. El reverendo Williams fue nombrado rector de la Iglesia Episcopal de San Clemente en 1894.

[64] He aquí una nota del periódico *The Lone Star* del año 1883: "La prostitución en El Paso es practicada por mujeres mexicanas" y "los mexicanos viven en jacales insalubres que son nidos de enfermedades". Ese mismo año, un inspector del United States Marine Hospital Service, que es el antecedente del USPHS, se refería así a Paso del Norte: "… la ciudad no tiene sistemas de drenaje y alcantarillado, y durante doscientos cincuenta años han estado defecando al aire libre en las calles y 80 por ciento de la población arroja su excremento al lado de sus viviendas". Citado por Stern, 1999a: 63.

[65] *El Paso Herald*, 16 de junio de 1916.

[66] Entre la separación de Texas de la República Mexicana y la compra de La Mesilla.

[67] Y también la angloamericanizada, pues grupos de origen mexicano fueron entusiastas de muchas medidas racistas y excluyentes. De hecho, lo siguen siendo.

[68] Pierce, 1916; McKiernan, 2002: 203-204.

[69] *EL Paso Times*, 15 de febrero de 1917.

[70] Citado por McKiernan, 2002: 208.

[71] Metz y Fuller, 1968.

[72] Véase el apartado de "Cordones sanitarios, frontera y nacionalidad" del capítulo cinco.

[73] A principios del siglo XX, Walter Reed desarrolló el modelo de vectores, aprovechado poco después por dos investigadores que trabajaban de manera independiente: Charles Nicolle, del Instituto Pasteur, que trabajaba en Argelia, y Howard Ricketts, en la ciudad de México. Ambos fueron capaces de aislar al piojo como el vector transmisor del tifus utilizando chimpancés. Resulta sorprendente cómo hacia 1915, menos de cinco años después de los descubrimientos, la evidencia de laboratorio se había vuelto consenso en la comunidad médica que proclamaba que el tifus provenía de condiciones de suciedad y desnutrición. McKiernan, 2002: 188-189.

[74] "USPHS Explains How to Get Rid of Typhus", *El Paso Morning Times*, 26 de marzo de 1916.

[75] A esas prácticas de exclusión nos referiremos en el siguiente capítulo.

[76] García, 1981: 127.

[77] Novak, 1974b.

[78] El abandono masivo de Sunset Heights se dio a partir de 1920 conforme la población mexicana empezó a crecer. García, 1981: 135, y Estrada, 1975b.

[79] Cleveland, 1968.

[80] Anuncio publicado en *El Paso Herald*, 20 de enero de 1916, y citado por García, 1980: 263. El testimonio de Balderas viene de Martínez, 1974c.

[81] García, 1981: 124.

[82] *Ibídem*.

[83] Entre 1898 y 1920, sólo 22 mexicanos se graduaron de El Paso High, la escuela preparatoria más grande de la ciudad. En ese mismo periodo, lo hicieron 812 estudiantes angloamericanos. García, 1981: 125, y Martínez, 1972.

[84] Martínez, 1975b.

[85] García, 1981:126.

[86] Los datos de la fundación de parroquias proviene de Calleros, 1954: 131-132.

[87] Martínez, 1972, y Martínez, 1974a.

[88] Recordemos el discurso del movimiento obrero, el de las autoridades policiacas o el de destacados intelectuales que estudiaron el problema de la emigración hacia Estados Unidos en los años veinte y que, en términos generales, aceptaban la teoría de la inadaptabilidad del mexicano a nuevas culturas. Para revisar ideas de Manuel Gamio, Manuel Fabila o Enrique Santibáñez, véase Durand (Comp.), 1991.

[89] *El Paso Times*, 29 de julio de 1905, cit. por García, 1981: 136.

[90] Durante un tiempo se discutió quiénes deberían pagar por esas obras: si los dueños de los terrenos y de algunas de las casas de alquiler, que en su inmensa mayoría eran hombres de negocios angloamericanos, o los vecinos mexicanos de los barrios. Los dueños alegaban que sus inquilinos pagaban

rentas tan reducidas que no les sería costeable la inversión; los mexicanos en su mayoría eran tan pobres que resultaba una ilusión pensar que tendrían fondos para pagar por ese tipo de mejoras. La decisión final fue que tanto dueños y vecinos como la propia ciudad colaborarían. *Ibídem*.

[91] Me parece que, además de estas consideraciones, hay otro elemento que puede ayudar a entender la falta de acuerdo para la introducción de servicios urbanos de calidad en barrios mexicanos, particularmente agua potable. La negativa a excavar pozos en el sur de la ciudad puede estar relacionada con un turbio negocio entre la Compañía Watts, que proveía de agua a la ciudad de pozos que sacaban agua del lecho del Río Bravo, y las autoridades de El Paso. En 1903, la familia Watts había adquirido los derechos para extraer agua y surtirla a la ciudad; el servicio, al parecer, fue notoriamente deficiente, y en 1909 se declaró en crisis financiera, pidiendo que la ciudad comprara la International Water por cerca de un millón de dólares. El precio fue denunciado como un atraco por Juan Harte, editor y primer dueño de *El Paso Times*; ante ello, Harwood J. Simmons y otros cinco prominentes paseños compraron el periódico por 150 mil dólares y lo silenciaron. Poco después la ciudad compró la compañía por casi un millón de dólares. Timmons, 1981: 69.

[92] García, 1981: 138.

8. La Revolución Mexicana y la construcción de un nacionalismo en el exilio

[1] *El Paso Herald*, 28 de enero de 1895: 4.

[2] González Herrera, 2004: 429-446.

[3] *El Paso Herald*, 30 de julio: 1; 1 de agosto: 4, y 15 de agosto de 1901: 4.

[4] García, 1981: 38. Las declaraciones de este funcionario, el general Malloy, fueron recogidas por este periódico en su edición del 13 de febrero de 1902. Martínez, 1972.

[5] García, 1981: 39.

[6] Estas últimas protestas influyeron de alguna manera en el gobierno federal, que impuso una "cuarentena" migratoria a fines de 1903. Sin embargo, unos cuantos meses después, se ordenó al Departamento de Inmigración no sólo levantar esa "cuarentena", sino "ayudar de cualquier forma a la entrada de trabajadores mexicanos". Véase *El Paso Herald*, 11 de mayo de 1904: 1.

[7] Cuando se trataba de contratar a trabajadores de bajos salarios, las compañías ferrocarrileras empezaron a preferir a los mexicanos sobre los chinos y japoneses. No sólo porque se les pagaba un dólar diario, sino porque, además, eran físicamente más fuertes, de trato fácil, de una obediencia pasiva, fáciles de satisfacer y no presentan un riesgo de que realizaran acciones

concertadas. U.S. Congress, Senate, Dillingham Commission, *Immigration in Industries*, 61st Congress, doc. núm. 633, 1911, cit. por García, 1981: 40.

[8] *El Paso Herald*, 4 de febrero de 1905: 5; 20 de octubre de 1903: 1, y 5 de enero de 1904: 3. *El Paso Herald*, 7 de agosto de 1906: 9.

[9] *El Paso Herald*, 7 de agosto de 1906: 9.

[10] *El Paso Herald*, 4 de febrero: 2; 9 de febrero: 5; 23 de febrero: 9; 15 de noviembre: 3, y 9 de diciembre de 1907: 2; así como 11 de enero: 9; 15 de enero: 4, y 27 de enero de 1908: 5.

[11] Esta renovación del apetito por los braceros mexicanos es reportada ampliamente por *El Paso Herald*, en sus ediciones del 12 de julio: 4; 9 de agosto: 1; 31 de agosto: 12, y 5 de octubre de 1909: 9, y del 25 de marzo: 12, y 8 de agosto de 1910: 3.

[12] Katz, Knight, Estrada.

[13] Martínez, 1975b.

[14] García, 1981: 6.

[15] Martínez, 1974c.

[16] *Ibídem*.

[17] Martínez, 1974a.

[18] Creel de Müller, 1982: 575-577.

[19] *Ibídem*.

[20] Macías González, 1995: 126.

[21] Esa clasificación se debía a que unos iban al trabajo usando camisas de cuello blanco y otros con toscos overoles azules.

[22] García, 1981: 160-161, y Shawn, 1985.

[23] Cleveland, 1968. El señor Chope fue reportero y editor de la sección local de *El Paso Times*, entre 1917 y 1925, y después editor asociado de *El Paso Herald Post*, hasta 1962. Él señala que la compra de votos durante las primeras décadas del siglo XX era común. Véase también Timmons, 1981: 67.

[24] Macías González, 1995: 126.

[25] De hecho, hay evidencia que permite pensar que Ochoa recibía no sólo apoyo de la comunidad mexicana, sino de autoridades estadounidenses. Véase González Herrera, 1989.

[26] *El Paso Times*, 21 de agosto de 1912: 1; y Macías González, 1995: 183.

[27] Sin ser exhaustiva, la lista incluiría a viejas familias de Juárez y El Paso, como Ochoa, Samaniego, Provencio, Gutiérrez, Flores, Escobar, Daguerre, Bárcenas, Armijo, Maese y Cuarón. Otras, provenientes fundamentalmente de la ciudad de Chihuahua, son: los Terrazas, Creel, Gameros, Madero, Urrutia, Porras, Ochoa, Argüelles, Parra, Aguilar, Velarde, Asúnsolo, Cuilty, Lizárraga, Fernández, etc. Nombres tomados del OHI-UTEP.

[28] Macías González, 1995: 6.

[29] Novak, 1974b.

[30] Un serio intento por recuperar la experiencia del exilio de las clases altas mexicanas es el libro de Tello Díaz, 1993.

[31] Caballero, 1973, y Martínez, 1977.

[32] Macías González, 1995: 123.

[33] *Ibídem*: 125-126.

[34] Familias como Mathias, Caples, Orndorff, Krakauer, Shamaley, Trost, Farah, Schwartz. Sobre ese barrio residencial véase Rice, 1982.

[35] 72,000 habitantes eran mexicanos, contra una población anglo de 38,000.

[36] Estrada, 1975b.

[37] *Ibídem*.

[38] En los abarrotes, la comida y la hotelería destacaron varias mujeres como Jesusita Uribe, Josefa Azad, J. Estrada o Josefina Galván, quienes lograron prosperidad sin abandonar el círculo de la "gente decente". Macías González, 1995: 126-127, y Gomilla, 1990.

[39] Esta orden, que tenía como sede la ciudad de México, movió su noviciado completo a El Paso, en 1926, ubicándolo en la Casa Mundy, una enorme mansión en Sunset Heights, el barrio de los exiliados ricos. Véase Calleros, 1936.

[40] *La Patria*, 20 y 21 de mayo de 1919.

[41] Franco y Enríquez, 1920: 2.

[42] *La Patria*, 17 de julio de 1919: 3.

[43] *La Patria*, 23 de mayo de 1919: 3.

[44] *La Patria*, 23 de noviembre de 1921: 1.

[45] *La Patria*, 20 de junio de 1919: 2.

[46] Esta Unión organizaba las conmemoraciones más importantes de la figura de Porfirio Díaz, desde su muerte en París en julio de 1915. *La Patria*, 2 de julio de 1919, p. 1.

[47] *La Patria*, 4 de diciembre de 1919: 5.

[48] Un buen ejemplo de estas ideas se puede encontrar en Cervantes, 1919.

[49] *La Patria*, 25 de abril de 1919: 1.

[50] *La Patria*, 5 de julio de 1921: 1.

[51] "A todos los Mexicanos", exhorto del Gran Círculo Cooperativo de Emancipación Mexicana, en *La Patria*, 27 de noviembre de 1919: 5.

[52] *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916: 8, y *San Antonio Express*, 8 y 9 de marzo de 1916: 1. Este periódico, en su encabezado, atribuía el accidente a un cigarrillo.

[53] *El Paso Morning Times*, 8 de marzo de 1916.

[54] Recordemos el fuerte olor a este combustible reportado por los testigos civiles, minutos después de la explosión. El olor, probablemente, provenía de una mezcla de gasolina, creosota y formaldehído en la que se sumergía la ropa de los prisioneros: "Una solución de querosén y vinagres era administra-

da para bañar [a los prisioneros]. Después del baño los prisioneros debían sumergir sus ropas en la mezcla dicha". R. H. Bagby, prisionero de buena conducta que gozaba de privilegios y que ayudaba en el proceso del baño, declaró que otro prisionero, un anglo de apellido McDonald, había encendido no uno sino dos cerillos, y los había arrojado al piso. Su declaración, respecto a la aparición de un cerillo en un sitio donde estaban estrictamente prohibidos, ponía en aprietos al director de la prisión, Frank Scotten, quien había jurado que, personalmente, había inspeccionado a los prisioneros y ninguno tenía cerillos. *Ibídem*.

[55] *San Antonio Express*, 9 de marzo de 1916, cit. por McKiernan, 2002: 195.

[56] *El Paso Morning Times*, 8 de marzo de 1916.

[57] *Ibídem*.

[58] *Ibídem*.

[59] "Instrucciones del Juez Jackson al Jurado", en *ibídem*.

[60] *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916.

[61] *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916.

[62] Estrada, 1975.

[63] En ese contexto, el ataque ha sido visto como una forma de represalia al gobierno estadounidense, pero sobre todo como una forma de poner en dificultades al gobierno de facto de Venustiano Carranza, al tener que enfrentar un conflicto con Estados Unidos. Ésta es la explicación que ha encontrado mayor apoyo por parte de historiadores como Katz, 1998 y 1999, y Knight, 1986: 419-421.

[64] Alexandra M. Stern hace también una propuesta de relectura en su texto ya citado "Buildings, Boundaries, and Blood: Medicalization and Nation-Building on the U.S.-Mexican Border, 1910-1930" (1999: 53).

[65] Martínez, 1975.

[66] Martínez, 1976b.

[67] Stern, 1999b: 131-139.

[68] Estrada, 1975.

[69] A las fuerzas de la expedición punitiva, muy pronto se sumaron otros cinco mil hombres y, como se sabe, el objetivo de capturar a Villa resultó un fracaso. De hecho, hay evidencias de que para antes de que finalizara el año, la persecución de Villa se había abandonado y sólo se esperaba la incorporación de las tropas a los frentes de la Primera Guerra Mundial. Novak, 1974.

[70] *El Paso Times*, 28 de enero de 1917.

[71] Nuckolls, 1979.

[72] Stern, 1999a: 70.

[73] Martínez, 1974c.

[74] Martínez, 1974b.

[75] Las masas de inmigrantes europeos pobres habían sido marcadas con esa etiqueta a fines del siglo XIX. Véase Markel, 1997.

[76] Véase McKiernan, 2002: 198-203, y *San Antonio Express*, 29 de enero de 1917.

[77] "Auburn haired Amazon at Santa Fe Bridge leads feminine outbreak", *El Paso Times*, 29 de enero de 1917.

[78] *El Paso Times*, 28 de enero de 1917.

[79] No se puede dejar de pensar que este ataque de nacionalismo xenofóbico expresaba la rabia que producían los requisitos odiosos que los mexicanos debían cumplir para cruzar la frontera, y la facilidad total que los "gringos" tenían para venir a Juárez, situación que, hoy mismo, es exactamente igual.

[80] Edición en español de *El Paso Morning Times*, 20 de enero de 1917, y McKiernan, 2002.

[81] Sánchez, 1993: 51, y Mckiernan, 2002: 215.

Conclusiones

[1] Anzaldúa, 1999.

[2] Véase Rebert, 2001: 1.

[3] Markel y Stern, 1999: 1313-1330.

[4] *Ibídem*: 1323.

[5] Baste recapitular lo dicho sobre los mexicanos en diferentes momentos. Antes de la Revolución Mexicana, eran trabajadores saludables, fuertes y amoldables. Después, y al cambiar las condiciones, las posiciones restriccionistas antimexicanas decidieron que estaban enfermos y que eran débiles, flojos y rebeldes.

[6] Ian Chambers ve en ese reconocimiento la posibilidad de "empezar a hablar de una interrupción significativa del sentido anterior de nuestras vidas, culturas, lenguas y de nuestros futuros [...] Estas diferencias, sin embargo, no son siempre inexorablemente instancias de división, barreras. Ya que pueden operar como mecanismos no sólo para cerrar puertas en el creciente tráfico universal, sino también para abrirlas" (1994, 14-15).

[7] Esas quejas se encuentran en los archivos del Departamento de Estado y son citadas por McKiernan, 2002: cap. VIII.

[8] He aquí unas líneas de Alfonso Fabila, de 1932: "Los trabajadores mexicanos, que a fuerza de sacrificios logran ahorrar para volver, llevan consigo 500, 1,000 dólares, con los que piensan establecerse independientemente en sus pueblos [pero] al cruzar de regreso la frontera, los empleados aduanales los reciben hostilmente [...]. Saben que el peón lleva dinero y se lo arrebatan estúpidamente. En cambio, si cruza la línea un señoritingo que porta flamante carta de recomendación, introduce, libre de derechos, cuanto se le antoja". Durand, (comp.), 1991: 62.

[9] El primero de esos libros de Manuel Gamio fue recientemente publicado en una espléndida edición bajo el título: *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927* (2002).

Bibliografía

Aguirre Cárdenas, Flavio

1929 *El problema de la heterogeneidad racial de México*, México, Talleres Gráficos de la Nación.

Allen, Theodore W.

1994 *The Invention of the White Race*, Nueva York, Verso.

Almaguer, Tomas

1994 *Racial Faultlines: The Historical Origins of White Supremacy in California*, Berkeley, University of California Press.

Anderson, Benedict

1992 *Imagined Communities*, Londres, Verso.

Anderson, Mark C.

1995 *Revolution by Headlines: Mass Media in the Foreign Policy of Francisco "Pancho" Villa*, Riverside, University of California [tesis doctoral].

Anzaldúa, Gloria

1999 *Borderland, La Frontera, The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute Books.

Barth, Gunther

1964 *Bitter Strength: A History of the Chinese in the United States, 1850-1950*, Cambridge, Harvard University Press.

Basave Benítez, Agustín

1992 *México Mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, Fondo de Cultura Económica.

Batchelder, Roger

1917 *Watching and Waiting on the Border*, Boston, Houghton Mifflin. Beezley, William H. y Linda A. Curcio-Nagy (eds.).

2000 *Latin American Popular Culture: An Introduction*, Wilmington, SR Books.

Bowler, Peter

1983 *The Eclipse of Darwinism: Anti Darwinian Evolution Theories in the Decades around 1900*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Brading, David A.

1989 "Liberal Patriotism and the Mexican Reforma", *Journal of Latin American Studies*, vol. 20, no. 1, febrero, pp. 27-48.

Brandt, Alan M.

1987 *No Magic Bullet: A Social History of Venereal Disease in the United States since 1880*, Oxford, Oxford University Press.

Bulnes, Francisco

1916 *The Whole Truth about Mexico: President Wilson's Responsibility*, Nueva York, M. Bulnes Book.

Caballero, César

1973 "Entrevista a Mario Acevedo", OHI-UTEP, no. 153, 9 de abril.

Calleros, Cleofás

1936 *Diocese of El Paso: Texas Centennial Celebration*, El Paso, Diocese of El Paso.

Cervantes, Federico

1919 "Unificadores, no faccionarios", *La Patria*, 10 de marzo, p. 3.

Chambers, Ian

1994 *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

Chevalier, François

1999 *América Latina. De la Independencia a nuestros días*, México, Fondo de Cultura Económica.

Cleveland, Wilma

1968 "Entrevista a Chester Hope, editor de *El Paso Times* de 1917 a 1925", *OHI-UTEP*, no. 27, 27 de julio.

Cohn, Bernard

1987 *An Antropologist among the Historians and Other Essays*, Delhi, Oxford University Press.

1988 "Beyond the Fringe: The Nation-State Colonialism, and the Technologies of Power", *Journal of Historical Sociology*, vol. I, no. 2, junio, pp. 160-199.

Cooper, Frederick y Ann Laura Stoler (eds.)

1997 *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press.

Creel de Müller, Lulú

1982 *El conquistador del desierto, biografía de un soldado de la república*, Chihuahua, edición particular.

Creighton Millar, Stuart

1969 *The Unwelcome Immigrants: The American Image of the Chinese, 1785-1882*, Berkeley, University of California Press.

Dawley, Allan

1991 *Struggles for Justice, Social Responsibility and the Liberal State*, Cambridge, Harvard University Press.

De Guy, P.C. Thompson

1990 "Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", *Journal of Latin American Studies*, vol. 22 no. 1, febrero, pp. 31-60.

1991 "Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 10, no. 3, pp. 265-292.

De la Teja, Jesús F.

1994 "La colonización e independencia de Texas. El punto de vista tejano", en Ma. Esther Schumacher (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, México, FCE-SRE.

De León, Arnoldo

1982 *The Tejano Community 1836-1900*, Albuquerque, The University of New Mexico Press.

1983 *They Called Them Greasers. Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, Austin, University of Texas Press.

De Wetter, Mardee

1946 *Revolutionary El Paso, 1910-1919*, El Paso, Universidad de Texas en El Paso [tesis de maestría].

Durand, Jorge (comp.)

1991 *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, México, Conaculta.

Eley, Geoff y Ronald Grigor Suny (eds.)

1995 *Becoming National: A Reader*, Nueva York, Oxford University Press.

Estrada, Richard

1975 *Border Revolution: The Mexican Revolution in the Ciudad Juarez-El Paso Area, 1906-1915*, El Paso, [tesis de maestría], University of Texas at El Paso.

1975a "Entrevista al General S. L. A. Marshall", OHI-UTEP, no. 181, 5, 7, 9, 11 y 19 de julio.

1975b "Entrevista a Gaspar Cordero", OHI-UTEP, no. 195, 3 de julio.

Etulain, Richard W.

1991 *Writing Western History: Essays on Major Western Historians*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Edwards, Everett E. (comp.)

1938 *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*, Madison, University of Wisconsin Press.

Feagin, Joe R.

1997 "Old Poisson in New Bottles: The Deep Roots of Modern Nativism", en Juan F. Perea (ed.), *Immigrants Out! The New Nativism and the Anti-Immigrant Impulse in the United States*, Nueva York, New York University Press.

Flores Simental, Raúl *et al*.

1994 *Crónica en el desierto. Ciudad Juárez de 1659 a 1970*, México, Ágora Comunicadores.

Foley, Neil

1997 *The White Scourge. Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, University of California Press.

Foner, Eric y John A. Garraty (eds.)

1991 *The Reader´s Companion to American History*, Boston, Houghton Mifflin.

Foucault, Michel

1992 *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta.

1999 *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.

Franco, Jesús y Roberto Enríquez

1920 "Manifiesto a la honorable colonia mexicana de la ciudad de El Paso, Texas", *La Patria*, 9 de agosto, p. 2.

French, William E.

1990 *Peaceful and Working People: The Inculcation of the Capitalist Work Ethic in a Mexican Mining District (Hidalgo District, Chihuahua, 1880-1920)*, Austin, University of Texas at Austin [tesis doctoral].

Frey, Herbert

2002 *El "otro" en la mirada. Europa frente al universo américo-indígena*, México, Universidad Autónoma de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa.

Freyre, Gilberto

1956 *The Masters and The Slaves [Casa-Grande & Senzala]. A Study in the Development of Brazilian Civilization*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Froebel, Julius

s/f. "Viaje por Chihuahua en 1852", *Textos de la Nueva Vizcaya*, año 1, no. 0.

Furet, François

1982 *In the Worshop of History*, Chicago, University of Chicago Press.

Gamio, Manuel

2002 *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, México, Segob / INM / US MEXUS / CIESAS / Miguel Ángel Porrúa.

García, Mario T.

1981 *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*, New Haven-Londres, Yale University Press.

Garna Loy Christian

1977 "Sword and Plowshare: The Symbiotic Development of Fort Bliss and El Paso, Texas, 1849-1918", Lubbock, Texas Tech University, [tesis de doctorado].

Gomilla, Michelle Lorraine

1990 *Los refugiados y los comerciantes: Mexican Refugees and Businessmen in Downtown El Paso: 1910-1920*, El Paso, UTEP [tesis de maestría].

González de la Vara, Martín

2002 *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*, México, New Mexico State University, El Colegio de la Frontera, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

González Herrera, Carlos

1989 *Miguel Ahumada, el gobernador porfirista de Chihuahua*, Ciudad Juárez, Meridiano 107-UACJ.

2004 "Purificar la frontera: eugenesia y política en la región El Paso-Juárez, 1900-1930", en Hernán Salas Quintanal y Rafael Pérez-Taylor, eds.,

Desierto y frontera. El norte de México y otros contextos culturales, México, UNAM, pp. 429-446.

González Herrera, Carlos y Ricardo León G.

2000 *Civilizar y exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, CIESAS-INI.

Greenfeld, Liah

1992 *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge, Cambridge University Press.

Griswold del Castillo, Richard

1990 *The Treaty of Guadalupe Hidalgo: A Legacy of Conflict*, Norman, University of Oklahoma Press.

Hall, Linda B. y Don M. Coerver

1988 *Revolution on the Border: The United States and Mexico, 1910-1920*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Hanson, Victor Davis

2003 *Mexifornia. A State of Becoming*, San Francisco, Encounter Books.

Hendricks, Rick y W. H. Timmons

1998 *San Elizario, Spanish Presidio to Texas County Seat*, El Paso, Texas Western Press.

Hobsbawm, Eric

1990 *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hovious, Jo Ann

1973a "Entrevista a Jane Burges Perrenot", *OHI-UTEP*, no. 58, febrero y marzo.

1973b "Entrevista a Leigh White Osborn", *OHI-UTEP*, no. 81, 2 y 10 de abril.

Johnson, Robert B.

1964 *The Punitive Expedition: A Military, Diplomatic, and Political History of Pershing's Chase after Pancho Villa, 1916-1917*, San Diego, University of Southern California [tesis doctoral].

John, Sarah E. y Oscar J. Martínez, "Entrevista a Drusilla 1975 Nixon", El Paso, OHI-UTEP, no. 194, 11 de diciembre.

Joseph, Gilbert

1998 "Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latinamerican Relations", en Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand y Ricardo D. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Londres, Duke University Press.

Joseph, Gilbert, Catherine C. Legrand, y Ricardo D. Salvatore (eds.)

1998 *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Londres, Duke University Press.

Juricek, John J.

1966 "American Usage of the Word 'Frontier' from Colonial Times to Frederick Jackson Turner", *Proceedings of the American Philosophical Society*, no. 110.

Kaplan, Amy y Donald E. Pease (eds.)

1993 *Cultures of United States Imperialism*, Durham-Londres, Duke University Press.

Katz, Friedrich

1979 *Pancho Villa y el ataque a Columbus*, Chihuahua, SCHEH.

1982 *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, ERA.

1998 *Pancho Villa*, México, ERA.

Kay Vaughan, Mary

1982 *Estado, clases sociales y educación en México*, México, Fondo de Cultura Económica.

Kevles, Daniel J.

1985 *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*, Nueva York, A. Knopf.

Knight, Alan

1986 *The Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press.

1994 "Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 10, no. 1, enero, pp. 135-161.

Kraut, Alan

1995 *Silent Travelers: Germs, Genes, and the "Immigrant Menace"*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Lay, Shawn

1985 *War, Revolution and the Ku Klux Klan: a study of intolerance in a border city*, El Paso, Texas Westerns Press.

Lee Klein, Kerwin

1997 *Frontiers of Historical Imagination Narrating the European Conquest of Native America, 1890-1990*, Berkeley, University of California Press.

Leys Stepan, Nancy

1991 *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America*, Ithaca, Cornell University

Press.

Limerick, Patricia N.

1987 *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Nueva York, W. W. Norton.

Lomnitz, Claudio

1992 *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*, Berkeley, University of California Press.

2001 *Deep Mexico Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Lowry, Philip

1949 "The Mexican Policy of Woodrow Wilson", Yale University [tesis doctoral].

Macías González, Víctor Manuel

1995 "Mexicans 'of the Better Class'. The Elite Culture and Ideology of Porfirian Chihuahua and its Influence on the Mexican American Generation, 1876-1936", El Paso, UTEP [tesis de maestría].

Mallon, Florencia E.

1995 *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, California, University of California Press, XXIV, p. 471.

Markel, Howard

1997 *Quarantine! East European Jewish Immigrants and the New York City Epidemics of 1892*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Markel, Howard y Alexandra Minna Stern

1999 "Which Face? Whose Nation? Immigration, Public Health, and the Construction of Disease at America's Ports and Borders, 1891-1928",

American Behavorial Scientist, vol. 42, junio-julio, pp. 1313-1330.

Martínez, Óscar J.

1916 “Entrevista a Hortensia Villegas”, El Paso, OHI-UTEP, no. 235, 17 de febrero.

1972 “Entrevista a Cleofas Calleros”, OHI-UTEP, no. 157, 14 de septiembre.

1974a “Entrevista a José Cruz Burciaga”, El Paso, no. 143, 16 de febrero.

1974b “Entrevista a Félix López Urdiales”, El Paso, OHI-UTEP, no. 144, 22 de febrero.

1974c “Entrevista a Guillermo Balderas”, El Paso, OHI-UTEP, no. 148, 18 de abril.

1975a “Entrevista a J. C. Machuca”, El Paso, OHI-UTEP, no. 152, 9 de mayo.

1975b “Entrevista a Mario Acevedo”, El Paso, OHI-UTEP, no. 153, B, 1 de mayo.

1976a “Entrevista a Chris P. Fox”, El Paso, OHI-UTEP, no. 214, 22 de enero.

1976b “Entrevista a Ramona González”, El Paso, OHI-UTEP, no. 334, 15 y 29 de mayo y 19 de julio.

1977 “Entrevista a Ángel Oaxaca”, OHI-UTEP, no. 418, 26 de febrero.

1978 *Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, FCE.

1994 *Puntos* importantes en las relaciones fronterizas México-Estados Unidos, 1848-1876”, en Ma. Esther Schumacher (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, México, FCE-SRE.

Martínez Estrada, Ezequiel

1993 *Radiografía de la Pampa*, México, Conaculta.

McKiernan, John Raymond

2002 "Fevered Measures: Communicable Disease and Community Formation on the Texas-Mexico Border, 1880-1923", Ann Arbor, University of Michigan Press [tesis doctoral].

McLean, Robert Norris

1928 *That Mexican! As He Really Is, North and South of the Rio Grande*, Nueva York y Londres, Fleming H. Revell Co.

Meade, Edwin R.

1988 "Inmigrantes chinos en los Estados Unidos", en Silvia Núñez García (comp.) *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*, México, Instituto Mora.

Metz, Leon C. y Robin Fuller

1968 "Entrevista a Mrs. Hugh White", *OHI-UTEP*, no. 48, 3 de junio.

Montejano, David

1987 *Anglos and Mexicans in the making of Texas, 1836-1986*, Austin, University of Texas Press.

Moyano, Ángela, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez

1988 *EUA. Síntesis de su historia I*. México, Instituto Mora-Alianza Editorial Mexicana. (7, nota 1)

Muñiz, Elsa

2002 *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934*, México, UAM-A y Miguel Ángel Porrúa.

Nairn, Tom

1997 *Faces of Nationalism. Janus Revisited*, Londres, Verso.

Novak Robert H.

1974a "Entrevista al Coronel H. Crampton Jones", El Paso, OHI-UTEP, no. 125, 8 de abril.

1974b "Entrevista a Enrique Acevedo", El Paso, OHI-UTEP, no. 130, 17 de mayo. Nuckolls, María

1979 "Entrevista a la señora X", El Paso, OHI-UTEP, no. 722, 7 de diciembre.

Núñez García, Silvia y Guillermo Zermeño Padilla (comps.)

1988 "Ley de Exclusión China del 6 de mayo de 1882", en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia política*, México, Instituto Mora, pp. 260-262.

Palmer, Steven

1998 "Central American Encounters with Rockefeller Public Health, 1914-1921", en Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, y Ricardo D. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Wrtitting the Cultural History of U.S.-Latin America Relations*. Durham, Duke University Press.

Payno, Manuel

1882 *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de Instrucción Pública de la República Mexicana*, México, Imprenta de F. Díaz de León.

Perkins, Clifford A.

1918 *Border Patrol: With the U.S. Immigration Service on the Mexican Boundary, 1910-1954*, El Paso, Texas Western Press.

Pratt, Mary Louise

1992 *Imperial Eyes: Travel Writting and Transculturation*, Londres, Routledge.

Priestley, Herbert Ingram

1930 *The Mexican Nation. A History*, Nueva York, The Macmillan Company.

Proctor, Robert N.

1988 *Racial Higiene: Medicine under the Nazi*, Cambridge, Harvard University Press.

Raby, David L.

1974 *Educación y revolución social en México*, México, SEP-Setentas.

Rebert, Paula

2001 *La Gran Línea. Mapping the U.S.-Mexico Boundary, 1849-1857*, Austin, University of Texas Press.

Reisler, Mark

1976 *By the Sweat of Their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940*, Westport, Greenwood Press.

Rice, Martin R.

1982 *Sunset Heights: Proposed District (Zoning), Summary Report* [El Paso Public Library, Southwest Collection, Fichero vertical], El Paso, Tx., Office of Historic Preservation Department of Planning, City of El Paso.

Rozat D., Guy

2002 *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/INAH.

Rydell, Robert W.

1984 *All the World's Fair, Visions of Empire At American International Expositions, 1876-1916*, Chicago, The University of Chicago Press.

Salazar, David y Mildred Torok

1973a "Entrevista a Anne y Elizabeth Kelly", El Paso, *OHI-UTEP*, no. 87A, 26 de marzo.

1973b "Entrevista a Howard y Mary Kelly Quin", El Paso, *OHI-UTEP*, no. 68, 6 de marzo.

Sánchez, George J.

1993 *Becoming Mexican American. Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press.

Sánchez Escobar, Rafael

1934 *El ocaso de los dioses. Cómo murieron algunos connotados revolucionarios*, México, Talleres Tipográficos de la Casa de Orientación para Varones.

Saxton, P.

1975 *The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California*, Berkeley, University of California Press.

Scott, James C.

1990 *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, ERA.

Shaw, Wesley C.

1986 "Entrevista a Wesley G. Sitles", El Paso, *OHI-UTEP*, no. 756, enero.

Shawn, Lay

1985 *War, Revolution, and the Ku Klux Klan. A Study of Intolerance in a Border City*, El Paso, Texas, Western Press.

Siller, Pedro

2003 *1911. La Batalla de Ciudad Juárez. La Historia*. México, Cuadro por Cuadro Editores.

Smith, Anthony D.

1997 *La identidad nacional*. Madrid, Trama.

Solórzano, Armando

1994 "The Rockefeller Foundation in Revolutionary Mexico: Yellow Fever in Yucatan and Veracruz", en Marcos Cueto (ed.), *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation in Latin America*, Bloomington, Indiana University Press.

Sonnichsen, C.L.

1968 *Pass of the North, four Centuries on the Rio Grande*, El Paso, Texas Western Press.

Stern, Alexandra Minna

1999a "Buildings, Boundaries, and Blood: Medicalization and Nation-Building on the U.S.-Mexican Border, 1910-1930", *Hispanic American Historical Review*, vol. 79, no. 1, febrero.

1999b *Eugenics Beyond Borders: Science and Medicalization and the U.S. West, 1900-1950*, Chicago, University of Chicago [tesis doctoral].

Stoler, Ann Laura

1995 *Race and the Education of Desire: Foucault's History or Sexuality and the Colonial Order of Things*. Durham, Duke University Press.

1997 "Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia", en Frederick Cooper y Ann Laura Stoler (eds.), *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press.

Tello Díaz, Carlos

1993 *El exilio: un relato de familia*, México, Cal y Arena.

Tenorio Trillo, Mauricio

1998 *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE.

Timmons, W.H.

1981 *Four Centuries at the Pass. A New History of El Paso on its 400th Birthday*, El Paso, The City of El Paso Arts Resources Department.

Tompkins, Colonel Frank

1935 *Chasing Villa*, Harrisburg, Penn., Military Service Publishing.

Turner, Frederick Jackson

1988 "El significado de la frontera en la historia Americana", en Silvia Núñez García, comp., *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*, México, Instituto Mora.

Turner, Timothy G.

1935 *Bullets, Bottles and Gardenias*, Dallas, South-West Press.

Utley, Robert M.

1980 *Facing the West: The Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Vázquez, Josefina Zoraida

1970a *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*, México, SEP-Setentas.

1970b *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México.

White, Hayden

1973 *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

1978 *The Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

1987 *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Zamora, Emilio

1993 *The World of the Mexican Worker in Texas*, College Station, Texas A&M University Press.

Periódicos

El Diario, ciudad de México.

El Imparcial, ciudad de México.

El Paso Herald, El Paso, Texas.

El Paso Morning Times, El Paso, Texas.

La Patria, El Paso, Texas.

Archivos

Immigration and Naturalization Service, RG. 85, Colecciones Especiales, Biblioteca Central, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez.

Oral History Intitute, Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso.

"Pioneer Association Biographical Sketchbook" en Colección de Microfilmes- MF 503, Universidad de Texas en El Paso.

Índice onomástico

LA FRONTERA QUE VINO DEL NORTE

Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D. F.
Teléfono 5420 7530
www.editorialtaurus.com/mx

ISBN: 978-607-11-0871-5
Conversión ebook: Kiwitech





Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana
www.editorialtaurus.com
Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21
Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56
Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60
Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00
Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20
Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91
El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66
España
www.editorialtaurus.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24
Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45
Guatemala
www.editorialtaurus.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.editorialtaurus.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.editorialtaurus.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.editorialtaurus.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.editorialtaurus.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.editorialtaurus.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01
Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62
República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22
Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83
Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

ÍNDICE